DOCUMENT RESUME

ED 392 288 FL 801 048

AUTHOR	Munoz, Gabriel Trujillo, Ed.
TITLE	Lecturas de Baja California (Readings from Baja California).
INSTITUTION	Instituto Nacional para la Educacion de los Adultos, Mexico City (Mexico).
PUB DATE	90
NOTE	307p.; For related documents, see FL 801 047-068. Photographs may not copy well.
PUB TYPE	Guides - Classroom Use - Instructional Materials (For Learner) (051)
LANGUAGE	Spanish
EDRS PRICE	MF01/PC13 Plus Postage.
DESCRIPTORS	Adult Basic Education; Adult Students; Foreign Countries; *Functional Literacy; *Instructional Materials; *Latin American Culture; Latin American History; *Latin American Literature; *Spanish Speaking
IDENTIFIERS	*Baja California; *Mexico

ABSTRACT

This anthology/textbook is part of a Mexican series of instructional materials designed for Spanish speaking adults who are in the process of becoming literate or have recently become literate in their native language. This document presents a collection of works from important writers directed to the population of Baja California, especially to adult students engaged in attaining a basic education. This collection consists of fragments of chronicles, stories, novels and poems that attempt to present in an elegant way a panorama of Mexico's roots and a vision of what the Mexican people are today. The natural beauties, traditions, legends and feelings of the population depicted will be recognized by adult readers as their own. Subjects covered in these stories and histories touch on the intrusion of the conquistadors, the influence of the Jesuits and the Franciscans, native rebellions, conflict over territory between the United States and Mexico, political turmoil, the ethnic composition of Mexico, the Mexican Revolution, peasant movements against local authorities, the urbanization of lower California, and various migrations and social change. (Adjunct ERIC Clearinghouse for ESL Literacy Education) (CK)

****
* Reproductions supplied by EDRS are the best that can be made *
* from the original document. *
****

ED 392 288

"PERMISSION TO REPRODUCE THIS MATERIAL HAS BEEN GRANTED BY
Marta Sanchez Soler
TO THE EDUCATIONAL RESOURCES INFORMATION CENTER (ERIC)."

U.S. DEPARTMENT OF EDUCATION
Office of Educational Research and Improvement
EDUCATIONAL RESOURCES INFORMATION CENTER (ERIC)
This document has been reproduced as received from the person or organization originating it.
☐ Minor changes have been made to improve reproduction quality.
• Points of view or opinions stated in this document do not necessarily represent official OERI position or policy.

LECTURAS DE BAJA CALIFORNIA

FL801048

BEST COPY AVAILABLE

Instituto Nacional para la Educación de los Adultos

Delegación Baja California

Lecturas de Baja California

Educación básica
Primaria para adultos

SEP

Secretaría de Educación Pública
Lic. Manuel Bartlett Díaz

Instituto Nacional para la Educación de los Adultos
Dirección general
Dr. Fernando Pérez Correa

Dirección de Educación Básica
Profa. Celia Solís Sánchez

Delegación Baja California
Lic. Marta Fernanda Sánchez Soler

Coordinación técnica
Lic. Jaime Javier López Mejía

Editor y compilador
Dr. Gabriel Trujillo Muñoz

Consejo editorial
Prof. Sergio Gómez Montero
Lic. Marta Fernanda Sánchez Soler
Lic. Santiago Cázarez Avena
Lic. Norma Bocanegra Gastélum
Dr. Gabriel Trujillo Muñoz
Profa. Nirvana Estrada Ojeda
Lic. Juan Carlos Ruiz Rubio
Prof. José Manuel Di Bella Martínez

Diseño y producción
***Bolfeta** y Asociados*

Fotografía de portada
Alberto Gruel Culebro

®1990. Instituto Nacional para
la Educación de los Adultos
Dirección de Educación Básica

Derechos reservados conforme a la ley.
Prohibida su reproducción parcial o total
por cualquier medio.
Instituto Nacional para la Educación
de los Adultos

Indice

Presentación 9
Introducción 11

I. Historia y testimonios
Hernán Cortés en California (carta a Cristobal de Oñate, 1535) 19
Expedición de Melchor Díaz al valle de Mexicali (1540) 21
Por el golfo californico (1746) 25
Hacia el Norte: el viaje de Wenceslao Link (1766) 28
Bordeando el océano Pacífico (1769) 31
Indios, misioneros dominicos y "gente de razón" 34
Contra la invasión norteamericana a Baja California (1847) 41
La guerrilla bajacaliforniana contra William Walker (1853-1854) 43
Situación del Partido Norte (1877-1878) 50
Combatiendo la tiranía. (La invasión anarcosindicalista, 1911) 53
Cómo la perversión trae beneficios. (El periodo de entreguerras) 56
En la frontera: impresiones de los años treinta. (Memorias de don Crispín Valle Castañeda) 63
Historia de la colonia Libertad (1927-1964) 68
La Colorado River Land Company y el asalto a las tierras (1937) 77
Don Zeferino: bracero repatriado 83
Viaje al Noroeste 86
El desierto y Babilonia 90
Los nómadas del mar: San Felipe 98
Recursos naturales y saqueos en Baja California 102

II. Paisajes naturales
Un sitio calendárico k'miai (1987) 107
Visiones californianas (1919) 110
La Bufadora (1988) 113
Pleno desierto (1989) 115
La ruta sobre el desierto (1951) 117
Claridad reminiscente (1987) 120
Por el filo de la sierra (1951) 121
La Rumorosa (1988) 125
Cerro Prieto: más venusino que terrestre (1969) 127
Caminata por las Californias (1990) 130
En lo gris del mundo (1969) 135

III. Cuentos y leyendas
Mito de creación kiliwa 139
Mito de creación cucapá 141

Las hijas del Tecolote (Tradición oral pai pai) 144
El coyote gritón (Tradición oral cochimí) 146
Cuchumá. Leyenda de Tecate 149
El buque negro 153
El Dorado 159
Corrido de Joaquín Murrieta 162
Cipriana 164
El mexicano 166
La Faraona 172
Ave negra 177
Las ciudades invisibles de Baja California 180

IV. Paisajes urbanos
La ciudad que recorro 187
Aquí nomás en Tijuana 189
Mis abuelos 195
Retorno a la ciudad 196
Las delicias de Mexicali 200
Vuelta a los Estados Unidos 210
Mexicali saturday live 211
El romance de la gesta heroica 216

V. Tradiciones y costumbres
Crónica de base-ball 225
El mismo Mexicali, la misma gente 228
Braceros 230
La flor más bella de la maquiladora 235
Canción del emigrante 239
Cinema rural 240
El vecindario 241
Tijuanenses 242
De infancia y adolescencia 247
El New Yorker 252
Halloween en la Calle Mayor 255
Feos y curiosos 260

VI. De amor y muerte
¿Cómo será tu piel de magrugada? 269
Nombre del día: ocurren cosas
tú te llamas 8 de noviembre de 1982
y que si tú no sabes nada 270
Estela sueña 272
Para siempre, Maga 275
El Great Wallenda o summertime time time 279

La amistad se encuentra en un café de chales 282
Tijuana moods 289
Lento transcurrir 293
Resurección sin vida 297
Corrido de Don Pacheco Ventura (Mixteco) 304
El abrazo 306
Ceremonial 308
Sacriificio 309
Post mortem 310

Bibliografía 311

Agradecimientos 315

Indice de ilustradores 316

Presentación

El Instituto Nacional para la Educación de los Adultos se ha propuesto publicar y difundir obras de escritores de la entidad; obras que le hablen al lector de la vida, de la historia, el paisaje, las costumbres y los modos de expresión regionales. La finalidad de estos libros consiste en que los adultos estudiantes cuenten con una educación básica más cercana a su modo de ser y de vivir.

Una de estas obras es *Lecturas de Baja California*, dirigida al pueblo bajacaliforniano y, en particular, a los adultos estudiantes de educación básica y a quienes los apoyan en su aprendizaje.

Esta obra no es, ni pretende ser, una antología sino un muestrario de nuestra creación literaria, constituida ésta por fragmentos de crónicas, cuentos, novelas y poemas, el cual busca dar a conocer, en forma amena, un panorama de nuestras raíces y una visión de lo que hoy somos. El libro que usted tiene en sus manos reúne textos de algunos de los autores más representativos del estado y otros con temas inspirados por la misma entidad.

Las bellezas naturales, las tradiciones, las leyendas y los sentimientos del pueblo nutren esa inspiración, y será muy valioso que el adulto lector reconozca tales obras como suyas y las entienda como un gran aporte a la cultura nacional. Algunas obras de pintores de Baja California, así como fotografías del paisaje y la vida urbana del estado, complementan los textos literarios.

El Instituto Nacional para la Educación de los Adultos y quienes participan en la compilación y revisión de esta obra esperamos que cada lector encuentre, a través de ella, una más profunda identificación consigo mismo, con su pueblo al que pertenece y con su tierra; que sirva, no sólo para un mejor desarrollo de su dominio de la lectura sino, igualmente, para reafirmar, con mayor hondura, el conocimiento y el amor por su estado de Baja California.

Instituto Nacional para la Educación de los Adultos

Introducción

Baja California: crónicas de lo real y lo imaginario

Baja California surgió a la conciencia de los europeos una década después de la caída de la gran Tenochtitlán. Los conquistadores españoles llegaron al Océano Pacífico (el Mar del Sur como ellos lo llamaban) y se encontraron frente a un nuevo reto a vencer, frente a un nuevo espacio por descubrir. En 1533, los primeros occidentales alcanzaron las costas de nuestra península y dos años más tarde el propio Hernán Cortés fundó el puerto de Santa Cruz. Pero lo que al principio parecía un lugar de riquezas inimaginables, un El Dorado, se convirtió, con las experiencias de navegantes y exploradores, en una realidad hecha de clima extremoso, tierras áridas y habitantes aguerridos.

Los californios nativos resintieron de inmediato la intromisión de gentes extrañas que hablaban de un nuevo dios y que buscaban imponerles nuevas tradiciones y costumbres. Su agresividad, unida a la escasez de oro y piedras preciosas, hicieron que la conquista de la península se pospusiera. Unas cuantas expediciones terrestres, como la de Vázquez de Coronado y Melchor Díaz, intentaron descubrir las riquezas escondidas. Pero todo fue en vano: sólo la desolación y la muerte aguardaba a los que se aventuraban a semejante empresa.

No es sino hasta fines del siglo XVII que otro grupo de hombres emprendió la conquista de la Baja California. Fueron los miembros de la compañía de Jesús, bajo la protección del Imperio Español, los que lograron fundar las primeras misiones en la parte sur de la península. Las primeras décadas se dedicaron a la consolidación de tales misiones, pero a mediados del siglo XVIII se iniciaron los viajes hacia el norte. Allí están las exploraciones de Fernando Consag y Wenceslao Linck.

Pero antes de consolidar la labor evangélica, los jesuitas, por razones políticas, fueron expulsados en 1767 de todos los dominios de España. Quienes continuaron sus tareas misionales fueron los franciscanos, de 1768 a 1773, con Junípero Serra a la cabeza. Luego vendrían los

dominicos, que se mantuvieron hasta mediados del siglo XIX, ya cuando México es un país independiente.

El choque cultural que trajo la llegada de los misioneros, tuvo como consecuencia, vía enfermedades o violencia, el despoblamiento indígena de la península.

En lo que hoy es el estado de Baja California, pocas misiones lograron fundarse y escasa influencia tuvieron entre los diversos grupos nativos. Reacciones adversas al yugo de jesuitas, franciscanos y dominicos fueron causa de las constantes rebeliones indígenas. Manuel Clemente Rojo consignó muchas de estas rebeliones en sus apuntes históricos fechados a mediados del siglo XIX. Es notorio, además, que los propios indígenas lograron mantener con vida sus mitos y relatos tradicionales, mitos y relatos que aun hoy nos ofrecen un panorama de extrema riqueza literaria, una perspectiva singular y compleja de estas culturas: como la cucapá, como la kiliwa.

Pero pronto los conflictos armados entre "blancos" e indígenas dieron paso a conflictos de repercusiones internacionales. Nuestros vecinos del norte, los Estados Unidos, se consideraron a sí mismos como los regentes del continente americano e impusieron, arbitraria e injustamente, la guerra contra México, lo que ocasionó la pérdida de la mitad de nuestro territorio nacional. Así, repentinamente, la parte norte de la península quedó como frontera con los Estados Unidos. Esto implicaba que Baja California quedaba como un botín codiciable y al alcance de la mano para cualquier aventurero o pirata norteamericano que quisiera apoderarse a la fuerza de la misma. No faltaron voluntarios. Uno de ellos, el más conocido, fue William Walker, pero hubo muchas otras intentonas agraciadamente fracasadas.

Sólo hasta después del triunfo del presidente Benito Juárez y con la restauración del gobierno republicano, fue que las autoridades mexicanas empezaron a tomar cartas en el asunto, porque antes,a lo largo de las primeras siete décadas del siglo XIX, México había vivido conflictos y desórdenes mayúsculos: las guerras de independencia, los golpes de estado, los enfrentamientos entre liberales y conservadores y las invasiones extranjeras habían dejado poco espacio para que se atendieran las necesidades y requerimientos de los bajacalifornianos.

12

Desgraciadamente, cuando se quiso hacer algo al respecto, lo único que se le ocurrió al dictador Porfirio Díaz fue concesionar las tierras y las riquezas naturales de la península a las compañías extranjeras. Porque decían los "científicos" de la época: "si los mexicanos no tenemos capital para nuestro desarrollo, que los capitalistas ingleses, franceses y norteamericanos lo hagan por nosotros". El resultado fue la llegada, entre otras, de la compañía inglesa a Ensenada y de la Colorado River Land Company al valle de Mexicali.

Por ello, capataces europeos y norteamericanos, así como peones chinos, japoneses y mexicanos fueron los que dieron el primer impulso a los incipientes poblados de Tijuana, Tecate, Ensenada y Mexicali. Y con el crecimiento de los poblados, aparecieron los comercios, los edificios públicos, las cantinas, los casinos y los hoteles. Y también siguieron, a fines del siglo XIX en Ensenada y Tijuana y a principios del siglo XX en Mexicali, los primeros periódicos bajacalifornianos. En ellos se dieron a conocer los primeros escritores-periodistas, que lo mismo publicaban la crónica de un baile que un cuento de fantasmas o un poema de amor para la damisela de sus sueños. Basten como ejemplos autores como Pedro N. Ulloa y los hermanos Facundo y Francisco Bernal.

Con el transcurso del siglo XX, Baja California vio pasar a lo lejos los contratiempos de la Revolución Mexicana, si exceptuamos, por supuesto, la frustrada invasión anarcosindicalista auspiciada por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón en 1911. Para nuestros antepasados, las primeras décadas de esta centuria fueron una época de prosperidad gracias al contrabando de toda clase de productos y al turismo extranjero ávido de emociones fuertes. Pero esta prosperidad enmascaraba una situación social y económica insoportable: nuestras riquezas seguían estando en manos extranjeras, ya fueran los *gangsters* de los casinos o las compañías arrendadoras de terrenos.

Finalmente, el espíritu de la Revolución Mexicana llegó hasta nosotros con su fuerte carga de conciencia social y su revalorización de nuestro nacionalismo. Amplios movimientos obreros y campesinos, con o sin el apoyo de las autoridades locales, hicieron que Baja California se nacionalizara. Mucho tuvo que ver en esta recuperación de nuestra

dignidad colectiva, el entonces presidente Lázaro Cárdenas, quien invalidó las concesiones de tierras a las compañías extranjeras en el valle de Mexicali, y en Tijuana y Ensenada transformó las casas de juego en escuelas.

Todo lo anterior no fue, por cierto, sólo una decisión presidencial. Fue, y es lo más importante, un movimiento popular que abarcó a todo el estado y que requirió grandes sacrificios personales, como los testimonios de Emigdio Mora, Dionisio Pantoja o Pedro Pérez, participantes del movimiento agrario, nos lo han hecho ver a través del relato de aquellos días de lucha y represión.

Poco a poco, el territorio norte de Baja California dejó de ser una región lejana e inaccesible. Las comunicaciones con el resto del país fueron aumentando gracias a la apertura de carreteras, vías de ferrocarril y vuelos comerciales. Para 1952 ascendimos a la categoría de estado número 29 y para 1957 surgió la primera institución de educación superior: la Universidad Autónoma de Baja California. Para los años sesenta, la urbanización prosiguió a un ritmo acelerado. Al mismo tiempo que llegaban las maquiladoras, surgieron nuevas generaciones de bajacalifornianos, más instruidos y capacitados para dar cuenta de la realidad en que habitaban.

Es el momento en que los literatos locales formaron asociaciones de escritores, publicaron libros y revistas, y estuvieron unidos bajo la estandarte de "La Californidad", que era, nada más ni nada menos, un rescate de lo propio: nuestra historia, nuestros valores y costumbres, con el afán de darlos a conocer al resto de sus comunidades. Esa fue la meta de las obras de Héctor Banjamín Trujillo, Miguel de Anda Jacobsen, Víctor Manuel Peñalosa, Olga Vicenta Díaz Castro, Pedro F. Pérez y Ramírez y tantos otros artistas e intelectuales de la época.

Una década más tarde, a mediados de los años setenta, surgió una nueva generación de escritores en nuestra entidad. Universitarios la mayoría de ellos, representaban a una cultura formada a partes iguales por el movimiento estudiantil del 68 y la música de rock en inglés, por una actitud contestataria ante el mundo en que vivían y por una conciencia de que para ser escritores había que profesionalizar a la creación literaria.

Reconocían el rezago cultural que los rodeaba y reaccionaban contra el mismo creando revistas con *Hojas, Entorno* y *El último vuelo,* a la vez que realizaban, con el apoyo de instituciones educativas e institutos de investigación, trabajos sobre las maquiladoras, las tomas de tierras, los grupos juveniles y los movimientos migratorios, procesos sociales conformadores todos del perfil actual de nuestro estado.

Para los años ochenta y noventa, los escritores bajacalifornianos ya no son unos cuantos, sino que ahora constituyen un grupo numeroso y en expansión constante. Nuevas revistan dan cuenta de esta explosión demográfica: *El Oficio, Esquina baja, La ranura del ojo, Tintas y Trazadura.* Se multiplica la publicación de libros y los textos publicados adquieren, a través de sus temáticas o de sus lenguajes, una libertad expresiva nunca antes vista. En sus poemas, crónicas, cuentos y ensayos se manifiesta, sin afanes moralistas o declaraciones panfletarias, todo el panorama de la vida fronteriza. Sus obras son un compendio de nosotros mismos y contienen historias de amor y de violencia, visiones de la vida nocturna y de la muerte colectiva.

Estos autores, como Federico Campbell, Rosina Conde, José Manuel Di Bella, Roberto Castillo, Vianka R. Santana, Leobardo Saravia Quiroz, Raúl López Hidalgo o Francisco Morales ejemplifican al escritor bajacaliforniano actual; un escritor que quiere dejar testimonio de las distintas y contrapuestas realidades que hoy nos caracterizan y que van desde conflictos sociales, explotación económica, influencias norteamericanas, narcotráfico y migración, hasta el mundo de la fantasía y la imaginación. En esta diversidad creadora se halla la riqueza y el dinamismo de la literatura bajacaliforniana de nuestros días.

Por otro lado, y la carta de Hernán Cortés a Cristobal de Oñate es la prueba más antigua, Baja California, su geografía natural y urbana lo mismo que sus habitantes, ha sido siempre motivo de interés en diarios de navegación, crónicas históricas, relatos de exploradores y textos literarios de índole variada. En la época española abundaron historias de fervor cristiano a favor de los misioneros. En el siglo XIX fueron principalmente diarios de viaje de aventureros o científicos. En nuestro siglo han sido crónicas periodísticas y obras de creación literaria

inspiradas en algún aspecto de la vida natural o urbana de la península. Y cuyos autores son tanto nacionales como extranjeros.

Allí están, para muestra, los trabajos de José María Barrios de los Ríos y Jack London a principios del siglo; de José Revueltas en los años cuarenta; de Fernando Jordán, Allen Ginsberg y Jack Kerouac en los años cincuenta; de Oscar Lewis y Gutierre Tibón en los años sesenta; de Guillermo García Oropeza y Ricardo Garibay en los años setenta y de David Martin del Campo, y José León Sánchez en los años ochenta. Todos ellos conforman una vasta literatura sobre Baja California, un corpus literario que enriquece la visión que tenemos sobre nosotros mismos y nos permite saber cómo nos han contemplado y nos contemplan, y cuántas semejanzas y diferencias existen entre lo que otros escritores, viajeros incansables, han descubierto sobre esta región del país y lo que nosotros, bajacalifornianos por nacimiento o adopción, observamos y vivimos.

Ese es, al final de cuentas, el milagro de la literatura. Ya sean historias reales o imaginarias, poemas de amor o relatos costumbristas, crónicas de la vida en común o reportajes acerca de las múltiples injusticias que padecemos, los escritores que han hecho de Baja California su motivo de inspiración, nos han dejado obras de interesante y amena lectura, obras que pueden conducirnos hacia nuevos universos, hacia el espejo desnudo (a veces grato y a veces terrible, pero siempre auténtico y verdadero) de lo que hemos sido y de lo que somos. He ahí su contribución a nuestra historia, su aporte a una conciencia colectiva, realmente crítica y democratizadora, que nos permita vislumbrar un futuro que podamos contruir entre todos, como entre todos compartimos un mismo alfabeto, un mismo idioma, estas y muchas otras lecturas.

Gabriel Trujillo Muñoz
Mexicali, B.C.
Septiembre 1990.

Historia y testimonios

BEST COPY AVAILABLE

Hernán Cortés en California
(carta a Cristobal de Oñate[1],1535)

*Hernán Cortés**

Noble señor:
Con la prisa que tuve en mi partida no os escribí desde el puerto del Espíritu Santo y ahora en ésta no se me ofrece más de haceros saber cómo llegué a este puerto y bahía de Santa Cruz el día de la santa cruz de mayo, por cuyo respeto se le puso este nombre. Reconocí las tierras, el primero de mayo, día de los dos apóstoles y porque en la parte que reconocimos eran en las más altas sierras de esta tierra, se le puso el nombre de sierras de San Felipe. En este mismo día descubrimos una isla que está cerca de esta tierra que le llamamos isla de Santiago y luego vimos otras dos; a una se le nombró isla de San Miguel[2] y la otra de San Cristóbal.[3] Tardé en el viaje XVI días a causa de las muchas calmas y tiempos contrarios que tuve. Faltáronme de toda la compañía seis caballos entre los cales fue el uno hoverico que no lo tuve por poca pérdida. Todos los demás caballos y toda la gente llegaron muy bien, bendito Nuestro Señor. No os escribo de la manera y disposición de esta tierra porque no he salido a explorarla. Hemos visto mucha gente y algunos han venido con mucha cantidad de perlas y pesquerías. En cuanto partan estos navíos

* Hernán Cortés (Medellín, España, 1485 - Castilleja de la Cuesta, España, 1547). Conquistador de México y uno de los primeros exploradores de la Baja California.
[1]Conquistador de Nueva Galicia y fundador de las ciudades de Tepic y Guadalajara.
[2]Isla Partida.
[3]Isla del Espíritu Santo.
[4]Nuño de Guzmán.

entraré a tierra y habrá más noticias de los secretos de ella y más lugar para poderos hacer relación de lo que hubiéramos visto. No escribo al señor gobernador[4] hasta que haya cosa cierta que le podamos escribir más que me encomiendo en su merced. Y al protector[5] también, señor, daréis mis encomiendas y que yo tendré cuidado de escribirle siempre y que ahora no lo hago por lo que tengo dicho. Esas cartas os encomiendo, Señor, hagáis enviar con persona cierta que fuere a México, al licenciado Altamirano mi primo, lo más breve que pudiere.[6] Guarde Nuestro señor vuestra noble persona como, Señor, deseáis. Desde puerto y bahía de Santa Cruz, XIIII de mayo de DXXXV.- El Marqués.

[5] Fray Juan de Zumárraga, Arzobispo de México, protector de los indios.
[6] El licenciado Juan Altamirano era apoderado de Cortés.

Expedición de Melchor Díaz al valle de Mexicali (1540)

*Pedro de Castañeda**

Y él salió en demanda de la costa del mar, entre norte y poniente, con guías, y habiendo caminado obra de ciento y cincuenta leguas, dieron en una provincia de gentes demasiadamente altos y membrudos, así como gigantes, aunque gente desnuda que hacía su habitación en chozas de paja, largas, a manera de zahurdas, metidas debajo de tierra, que no salía sobre la tierra más de la paja. Entraban por la una parte de largo y salían por la otra. Dormían en una choza de más de cien personas, chicos y grandes. Llevaban de peso sobre las cabezas, cuando se cargaban, más de tres y de quatro quintales. Vióse querer los nuestros traer un madero para el fuego y no lo poder traer seis hombres, y llegar uno de aquellos y levantarlo en los brazos y ponérselo él solo en la cabeza y llevarlo muy livianamente. Comen pan de maíz cocido en el rescoldo de la ceniza, tan grandes como hogazas de Castilla grandes.

Llegan al Colorado: río del Tizón

Para caminar de unas partes a otras, por el gran río, sacan un tizón en una mano con que se van calentando la otra y el cuerpo, y ansí lo van troncando a trechos. Y por esto, a un gran río que van por aquella tierra, lo nombran el río del tizón. Es poderoso río y tiene de boca más de dos leguas. Por allí tenían media legua de travesía.

* Pedro de Castañeda. Cronista de la conquista de la Nueva España y compañero de Vazquez de Coronado en la expedición a Cibola. Escribió la *Relación de la jornada de Cibola* (1560), publicada en París en 1838.

Noticias de la expedición de Hernando de Alarcón y descubrimientos de que California no es isla

Allí tomó conocimiento el capitán de cómo los navíos de Alarcón habían estado tres jornadas de allí por bajo hacia la mar. Y llegados a donde los navíos estuvieron, que era más de quince leguas, el río arriba de la boca del puerto, hallaron en un árbol escrito: aquí llegó Alarcón, a el pie de este árbol hay cartas. Sacáronse las cartas, y por ellas vieron el tiempo que estuvieron aguardando nuevas de el campo y cómo Alarcón había dado la vuelta desde allí para la Nueva España con los navíos porque no podía correr adelante, porque aquella mar era ancón que tornaba a volver sobre la isla del Marqués que dicen California y dieron relación cómo la California no era isla sino punto de tierra firme, de la vuelta de aquel ancón.

Cruza Melchor Díaz el Colorado o río del Tizón.

Visto eso por el capitán, tornó a volver el río arriba,sin ver el mar, por buscar vado para pasar a la otra banda, para seguir la otra costa. Y como anduvieron cinco o sies jornadas, parecioles podrían pasar con balsas. Y para esto llamaron mucha gente de los de la tierra, los cuales querían ordenar de hacer asalto en los nuestros y andaban buscando ocasión oportuna y como vieron que querían pasar,acudieron a hacer las balsas con toda presteza y diligencia, por tomarlos así en el agua o dividirlos, de suerte que no se pudiesen favorecer ni ayudar. Y en este enmedio que las balsas se hacían, un soldado que había ido a campear, vio en un monte atravesar gran número de gente armada, que aguardaban que pasase la gente. Dio de ello noticia y secretamente se encerró un indio para saber de él la verdad, y como le aprestasen, dijo toda la orden que tenían ordenada para cuando pasasen, que era como hubiesen pasado parte de los nuestros, que los de las balsas procurasen ahogar los que llevaban y la demás gente saliese a dar en ambas partes de la tierra. Y, sí como tenían cuerpos y fuerzas tuvieran discreción y esfuerzo, ellos salieran con su empresa.

Visto su intento, el capitán hizo matar secretamente al indio que confesó el hecho y aquella noche le echó en el río con un lastre para que

22

los indios no sintiesen que eran sentidos. Y como otro día sintieron el recelo de los nuestros, mostráronse de guerra echando rocíadas de flechas. Pero los caballos los comenzaron a alcanzar y las lanzas los lastimaban sin piedad y los arcabuceros también hacían buenos tiros, hubieron de dejar el campo y tomar el monte hasta que no apareció hombre de ellos vivo por allí. Y así pasó la gente a buen recaudo, siendo los amigos balseadores y españoles a las vueltas, pasando los caballos a la par de las balsas donde los dejaremos caminando...

Ya dijimos cómo Melchor Díaz, el capitán, había pasado en balsas el río del Tizón para proseguir adelante el descubrimiento de aquella costa. Pues al tiempo... llegaron mensajeros a el campo de la villa de San Hierónimo con cartas de Diego de Alarcón, que había quedado allí en el lugar de Melchor Díaz. Traían nuevas de cómo Melchor Díaz había muerto en la demanda que llevaba y la gente se había vuelto sin ver cosa de lo que deseaban. Y pasó el caso de esta manera. Como hubieron pasado el río, caminaron en demanda de la costa que por allí y daba vuelta sobre el sur, o entre sur y oriente porque aquel ancón de mar entra derecho al norte y este río entra en el remate del ancón trayendo sus corrientes debajo del norte y corre a el sur.

En la región de Cerro Prieto

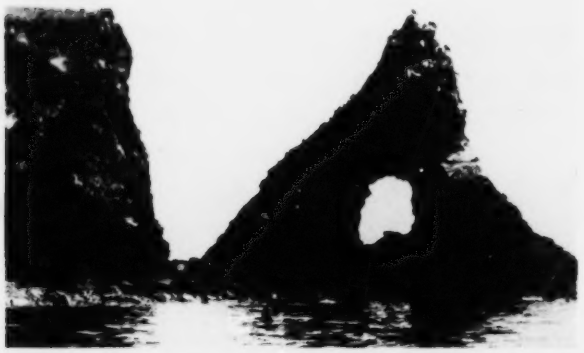
Yendo como iban caminando, dieron en unos médanos de ceniza ferviente que no podía nadie entrar a ellos porque fuera entrarse a ahogar en la mar. La tierra que hollaban temblaba como témpano que parecía que estaban debajo algunos lagos. Parecío cosa admirable que así hervía la ceniza en algunas partes que parecía cosa infernal. Y desviándose de aquí por el peligro que parecía que llevaban y por falta del agua, un día un lebrel que llevaba un soldado antojósele dar tras de unos carneros que llevaban para bastecimientos y como el capitán lo vio, arrojóle la lanza, de encuentro yendo corriendo e hincóla en tierra y, no pudiendo detener el caballo, fue sobre la lanza y clavósela por el muslo que le salió el hierro a la ingle y le rompió la vejiga.

Regreso y muerte de Melchor Díaz el 8 de enero de 1541

Visto esto, los soldados dieron la vuelta con su capitán teniendo cada día refriegas con los indios que habían quedado rebelados. Vivió obra de veinte días, que por traerle, pasaron gran trabajo y así volvieron hasta que murió con buena orden, sin perder un hombre.

Por el golfo californico (1746)

*Fernando Consag**



Día 10. Poco avanzamos este día por haber soplado viento contrario. Al mediodía se saltó a tierra con bastante trabajo, así por el poco fondo, como por ser la resaca violenta y muy brava en las orillas que son muy secas. La serranía dista de la mar ya tres leguas, ya cuatro, y en partes algo más. Mejor playa logramos por la noche, aunque el mar estaba más alterado. En esta orilla reconocimos que había algún lodazal en el fondo.

Día 11. A no mucho andar, dimos en unos pantanos colorados, de donde inferimos estar ya en el desemboque del río Colorado. Navegamos hasta la tarde, habiendo intentado por varias partes llegar a tierra, pero en vano, porque los pantanos no sólo impedían a las canoas acercarse a la playa, mas también a los que intentaron salir a pie. Esta dificultad nos hizo echar las anclas y dar fondo en frente de una isla que hace un estero arqueado al fin del estrecho. El agua es ya diferente de la del mar y de calidad tan acre y maligna, que les quita el pellejo a los que se mojan en ella. Todos nos mojamos, fuera de mí, en quien no hizo mella. Todos quedaron afectados no sólo de dicho accidente, sino con dolor muy sensible por escaldarse en las partes más delicadas y sensibles del cuerpo, durándoles a los más esta molesta pensión hasta el fin de la empresa.

Día 12. Vino un tiempo recio por el sur con que se separaron las canoas; una probó varias veces, sin efecto, alcanzar la punta de el

* Fernando Consag (Yugoslavia, 1703 - San Ignacio Kadakaaman, B. C. 1759). Misionero jesuita, fundador de la Misión de Santa Gertrudis.

pantano, en que remata la isla mencionada en el día antecedente. Dicha canoa estuvo por zozobrar a instancia y fuerza de las olas que, por ambos lados, se le entraban y, por la proa, hasta la popa. Por no tener quilla, no sólo no hacía viraje, sino que se enterraba más en el lodazal o pantano, no pudiendo ir adelante sin perderse. Dio fondo y aún así solamente escapó con la industria de arrimar un remo a popa y otro a proa, para que no se volteara, y con el trabajo de vaciarle el agua que, por todos lados, se entraba continuamente. Otra canoa, para no zozobrarse, aligeró casi toda la carga. Las otras dos, aunque mojada la gente y carga, tuvieron la buena suerte, después de montada la punta, de hallar una orilla en que abrigarse, por estar ya fuera del sumidero del pantano.

Día 13. Habiendo navegado casi toda la noche, la canoa que había arrimado a la otra costa, entre las siete y ocho de el día arribó a San Buenaventura, en donde, sacada y puesta al oreo la carga, se varó la canoa. De las otras venían algunos en busca de ésta; no la alcanzaron, porque el estero les prohibió pasar adelante.

Día 14. Mientras se secaban los bastimentos y trastes, salieron algunos a registrar aquellos contornos, y hallaron mucha huella de gente y caballada. Los que estaban en San Buenaventura, hacían diligencia de registrar y buscar aguaje, que no hallaron, sin embargo de haber tardado casi día y medio en su busca. La canoa menor vino con ellos a encontrar en dicho paraje. Con esto se supo que toda la gente y canoas se habían salvado. En el mismo desemboque se halló agua bebediza, derrame del río Colorado.

Días 15 y 16. Habiendo ayudado la canoa menor a la otra en faena de hacer aguada, se restituyó el día 17, al paraje de las otras, cerca de la primera isla del río Colorado.

Día 18. Se prosiguió la entrada del río Colorado en donde está la mencionada isla, casi triangular, que divide sus aguas en dos brazos: el uno de California corre para el norte y el otro de la otra banda para el noroeste. Saltó la gente en la isla y, a un mismo tiempo, se vio cogida de dos corrientes impetuosas de agua: la una del río, que llegó crecido, y la otra del mar que no subió con menor ímpetu y fuerza. Escapó toda la

26

gente, aunque de ella algunos se vieron en mucho peligro de perecer ahogados. Sólo hubo de pérdida alguna ropa. Las canoas se arrimaron a la costa de California buscando mayor seguridad. De noche se vieron varias lumbradas, pero de día no se vio gente alguna.

Hacia el Norte: el viaje de Wenceslao Link (1766)

*Francisco Javier Clavijero**

Hechos los preparativos salió de Adac el padre Link en febrero de 1766 acompañado de un teniente, de quince soldados y de un competente número de neófitos, y se encaminó hacia el Norte por entre las montañas y el mar Pacífico. Caminaron algunos días por una tierra no tan montañosa y áspera como el resto del país de los cochimíes, pero tan estéril y árida que apenas había agua potable para los viajeros y las bestias. Pasando adelante encontraron un terreno abundante en pastos, con un arroyo y varios manantiales, cuya agua aunque no alcanzaba para regar sementeras, bastaba para abrevar un número considerable de cabezas de ganado mayor, que podían mantenerse allí. Este lugar fue llamado *San Juan de Dios*, acaso por que fue descubierto el 8 de marzo en que se celebra la fiesta de este santo; mas para que fuese útil se necesitaba hallar a poca distancia otro donde pudiese plantarse la misión. Se halló cuatro leguas más adelante, donde había un arroyo copioso, cuya agua podía regar fácilmente el terreno labrantío que había en sus dos costados. Había además muchos pinos, guaribos y otras especies de árboles útiles para fabricar, que faltaban en todas las otras misiones de la California a excepción de las meridionales. Este lugar, situado a cosa de 32° y llamado por los indios *Guiricatá*, les pareció a nuestros viajeros

* Francisco Javier Clavijero (Veracruz, Veracruz, 1731 - Bolonia, Italia 1787). Sacerdote jesuita. Autor de la *Historia antigua de México* (1780-1781) y de la *Historia de la antigua o Baja California* (1789).

distante de Adac cuarenta leguas, aun por el camino más corto que fuese posible.

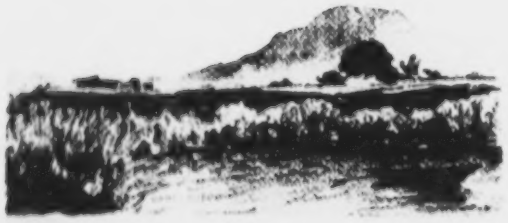
Continuando su viaje hasta los 33° o poco más, observaron que desde San Juan de Dios hacia el Norte la tierra aparecía menos desagradable porque tenía más abundancia de agua y vegetales y sus habitantes eran más afables y menos espantadizos. Es verdad que a la primera vez huían por el espanto que les causaba aquella gente extraña que entraba en su país, y mucho más los caballos, que jamás habían visto; pero luego que los neófitos de la comitiva les aseguraban que no les harían ningún mal, volvían sin temor, se acercaban confiadamente a nuestros viajeros, respondían amigablemente a todas sus preguntas, les manifestaban los lugares en que había agua potable y los acompañaban parte del camino. Habiéndose puesto en fuga una de aquellas tribus bárbaras al ver la comitiva, la viuda de un indio principal de la misma tribu, sin atemorizarse ni moverse del lugar donde estaba, los llamó diciéndoles que viniesen a ver si aquellos hombres eran verdaderamente amigos como lo parecían. Hallándose segura de esto, trató a sus huéspedes con maneras tan corteses, que no parecía educada en los bosques, sino en alguna ciudad. El capotillo de pieles que traía puesto, más nuevo y hermoso que los de las otras mujeres, el aire señoril que manifestaba en todas sus acciones, y sobre todo, la diferencia y respeto con que la trataban todos los de su tribu, persuadieron a nuestros viajantes que sería verdaderamente señora de aquellos indios, lo que era tanto más admirable cuanto más envilecido se hallaba el sexo femenino en el resto de la California. Otra tribu de bárbaros mostró un valor superior al de los otros californios. Al ver ellos que se acercaban algunos soldados que se habían adelantado a sus compañeros, tomaron sus arcos, empuñaron las flechas y se pararon intrépidamente de frente, sin manifestar ningún temor a las armas y caballos de los soldados. No pudiendo éstos tranquilizarlos con razones porque ignoraban la lengua y estándoles prohibido hacer uso de sus armas, tomaron el partido de retroceder, hasta que habiendo llegado un intérprete, manifestó a los bárbaros que aquellas gentes no habían ido a hacerles ningún mal, lo cual bastó para apaciguarlos y para que tratasen como amigos a aquellos extranjeros.

En aquel país se vieron algunas cabañas de madera labrada, lo que da a entender que sus habitantes son más laboriosos e industriosos que los otros californios; mas estas cabañas estaban desiertas, y por eso se creyó que no las habrían fabricado para habitarlas permanentemente, sino para refugiarse en tiempo de frío, porque no es allí rara la nieve en invierno, y nuestros viajeros vieron nevar en abril.

Luego que estos creyeron que se hallaban en la latitud del río Colorado, caminaron hacia el Oriente para pasar los montes y bajar a las bocas del río; pero los montes eran tan riscosos y escarpados que no podían trepar los caballos. Se desviaron de allí para buscar un paso menos malo, y dieron en un arenal tan grande, que faltándoles agua y temiendo que los caballos se inutilizasen con la demasiada fatiga, determinaron abandonar por entonces la empresa para acometerla de nuevo el año siguiente, y se volvieron a Adac en pocos días.

Bórdeando el océano Pacífico (1769)

*Junípero Serra**



Día 19 salimos de buena mañana, y ha sido continuando el hábito que ya teníamos de subir y bajar. Al vencer el primer cerro hemos dado con otro arroyo de encinos y algunos alisos también seco. Así, interpolando con cerros y arroyos todos secos aunque frondosos, hemos pasado toda la caminata, que ha sido de tres horas poco más, y la última media ha sido virando rumbo derecho al sur, para dar con el aguaje, que nos tenía explorado y avisado dicho señor Sargento, que va por delante con este trabajoso ejercicio, y el de hoy tuvo más que hacer que el hallarlo, pues hubo de trabajar en alegrarlo y componerlo, con el beneficio y la economía de que bajasen a él poco a poco las bestias, han podido beber todas a su satisfacción. A este paraje, que es muy parecido al antecedente con sola la diferencia de tener agua, llamamos *Santa Miguelina,* o Micaelina. En la jornada de hoy, un criado del gobernador de nación genovés y de oficio cocinero, ha mostrado el valor de su espada atravesando con ella una burra por entre las nalgas, y dejándola muerta a sus pies, por que se le ponía delante y retardaba el andar de su cabalgadura; y certificado dicho señor gobernador, por testigos de vista y confesión del reo, del burricidio, le privó del oficio, mandó quitarle las armas, le condenó a seguir la expedición a pie, y a que pague la burra *in quadruplum,* esto es 40 pesos.Aquí una yegua parió una hermosa mulita, y considerando que el tierno animal no podría seguir a las demás, se les adjudicó a los indios,

* Junípero Serra (Villa de Petra, España, 1713 - San Carlos, Monterey, California, 1794). Misionero franciscano. Fundador de las misiones de la Alta California.

quienes prontamente la desollaron, y puesta en pedazos a la lumbre empezaron a regalarse con sus frescas y tiernas carnes. Buen provecho les haga.

Día 20 seguimos nuestra peregrinación, y fue la caminata de cinco horas, todas por barrancas de una vez penosas, subidas y bajadas sin la menor tregua. A la una hora, desde una eminencia vimos el deseado mar de la contracosta, y al fin de la jornada paramos en su playa, aunque como una legua distantes de sus aguas, pero llamo playa por que estaba ya todo llano hasta dicho mar. Lugar pastoso, pero sin agua que beber ni irracionales ni racionales. Reconocimos ser este paraje el que los mapas y derroteros llaman *la Ensenada de Todos Santos*.

Día 21 proseguimos, siguiéndole el rumbo a la playa del nordeste al sudueste, y por camino todo llano, menos una barranca, que se ofrece en la medianía, que no es cosa de cuidado, a las dos horas y media de andar, llegamos a la rinconada de la dicha ensenada y paramos como a tiro de fusil del mar. Es paraje hermoso, bello llano de tierra toda buena y en su orilla junto a los cerros, que no son muy altos, frondosea con mucha arboleda por las orillas de un arroyo, que al presente no trae agua, pero de ésta y buena hay tanta abundancia que podría alcanzar para una ciudad, sólo que está en varias pozas grandes y éstas están en bajo, aunque no mucho. Si se halla forma de poder aplicar esta agua a riego, o a buscarla arriba en su origen, se podrá con ella hacer grande labor. Fuera de eso, la tierra está toda muy vestida de pasto verde, y se conoce tener bastante humedad, ya que es sitio donde llueve. Ello es que el paraje convida a una misión, que con la circunstancia de marítima, y costa mansa en tan bella ensenada, podría dar y recibir de los navegantes consuelo y utilidades. Y porque ya se me hace largo el tiempo de dedicar algún paraje a María Santísima, mi madre y señora, y que estamos en días en que se hallaba de visita en las montañas de Judea, dije que llamásemos a este hermoso sitio, la *Visitación de María Santísima*. Y convinieron todos con mucho gusto.

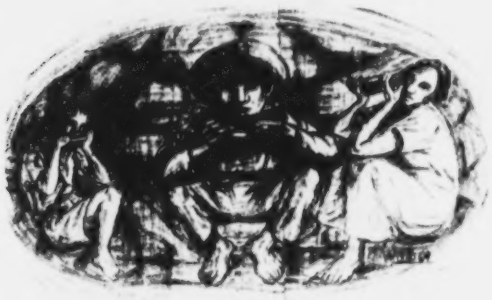
Aquí encontramos al Sargento, que habiendo andado una jornada más, nos vino a dar razón de la tierra y a tomar bastimento para pasar adelante.

32

Día 23 salimos del paraje, y dando vuelta a una ringlera de cerros, que forman esta ladera de la ensenada, y en menos de una hora de camino nos volvimos a hallar en la orilla del mar, y por ella proseguimos lo restante de la caminata, que toda ha sido de tres horas y media, toda de camino bueno, llano y de tierra tiesa, hasta dar contra un cerro que finaliza dentro el mismo mar y tiene en su falda un bagial muy verdioso con varias pozas de agua dulce y buena, y aquí hemos pasado la noche. Aquí mismo vive una numerosa ranchería de gentiles, con quienes hemos estado con sumo gusto. Su bello talle, deporte, afabilidad, alegría nos han enamorado a todos. Nos han regalado pescado y almejas, han ido con sus canoas a pescar al propósito para nosotros, nos han bailado a su moda y nos decían que durmiésemos aquí dos noches. Cuanto les decíamos en castellano nos lo repetían con toda claridad. En fin todos los gentiles me han cuadrado, pero éstos en especial me han robado el corazón. Sólo las mulas les han causado mucho asombro y miedo, y estando en medio de nosotros muy confiados, si veían arrimarse mulas, todos temblaban, y porque nos las habían oído nombrar, luego llamaban *mula, mula*, y se querían ir, hasta que se levantaba alguno a apartarlas. Este paraje no parece poder servir de otra cosa que lo que sirve, que es para ranchería, que llamaremos, para memoria, *La Ranchería de San Juan*. Las mujeres van honestamente cubiertas, pero los hombres desnudos como todos. Traen su carcaj en los hombros como suelen pintarlos, en su cabeza los más traen su género de corona, o de piel de nutria o de otra de pelo fino. Su cabello cortado en forma de peluquín y embarrado de blanco, verdaderamente con aseo. Dios les de el del alma: Amén.

Indios, misioneros dominicos y "gente de razón"

*Manuel Clemente Rojo**



I. Historia de Janitin

"Yo y dos parientes míos, bajamos de la sierra de Neji a la playa del Rosarito, a pescar almejas para comer y llevar a la sierra como lo teníamos de costumbre todos los años; ningún daño hicimos a nadie en el camino y en la playa no pensábamos mas que en pescar y sacar almejas para llevar a nuestra ranchería".

"Cuando esto hacíamos, vimos venir corriendo dos hombres a caballo en dirección a donde nosotros estábamos, mis parientes tuvieron desde luego miedo y echaron a huir a toda carrera, ocultándose en el sauzal muy espeso, que entonces exisitía en la cañada del Rancho del Rosarito".

"Luego que me vi solo, me dio también miedo de aquellos hombres y corrí al bosque para juntarme con mis compañeros, pero ya era tarde, porque al momento me alcanzaron y me lazaron y arrastraron un largo trecho, estropeándome mucho con las ramas sobre las cuales me arrastraron, jalándome lazado como estaba a carrera de sus caballos; despues de esto, me amarraron de los brazos para atrás y me llevaron por delante a la Misión de San Miguel, haciéndome andar casi a la carrera para igualar el trote de sus caballos, y cuando paraba un poco para tomar aliento, me azotaban con las reatas que llevaban y me hacían entender por señas que anduviera aprisa; después de mucho andar de este modo, acortaron el paso y me azotaban para que mantuviese siempre el paso de sus caballos".

* Manuel Clemente Rojo (1823-1900). Abogado de origen peruano. Llegó a Baja California en 1860. Sus *Apuntes históricos* se consideran fuentes informativas de primer orden para la historiografía bajacaliforniana.

"Cuando llegamos a la misión, me encerraron en un cuarto por una semana. El padre me hacía ir a su habitación y me hablaba por medio de un intérprete, diciéndome que me hiciera cristiano, y me platicaba muchas cosas que yo no entendía, y Cuñur, así se llamaba el intérprete, me aconsejaba que hiciera como el padre me decía, porque ya no me iban a soltar, y me iría muy mal si no consentía en ello; me daban a tomar atole de maíz que no me gustaba porque no estaba acostumbrado a esa comida; pero qué iba a hacer si no había otra cosa".

"Un día me echaron agua en la cabeza y me dieron a comer sal, y con esto me dijo el intérprete que ya era cristiano y que me llamaba Jesús: yo no sabía nada de esto, y por todo pasaba porque al fin era un pobre indio y no tenía mas remedio que conformarme y pasar por cuantas cosas hicieran conmigo".

"Al día siguiente de mi bautismo, me sacaron a trabajar con los demás indios, y me pusieron a limpiar una milpa de maíz; como no sabía manejar el azadón que me dieron, a poco de andar azadoneando, me corté un pie y no quise seguir trabajando con él sino que me puse a arrancar las yerbas con la mano, y de este modo no acabé la tarea que me dieron. En la tarde me azotaron porque no acabé, y al día siguiente me sucedió lo mismo que el día anterior, todos los días me azotaban injustamente porque no cumplía lo que no sabía hacer, y así estuve muchos días hasta que hallé la manera de escaparme; pero me fueron siguiendo por el rastro y me alcanzaron en la Zorra, allí me agarraron a lazo como la primera vez, y me llevaron a la misión martirizándome en el camino; luego que llegamos estaba el padre paseándose en el corredor de la casa, y mandó que me amarraran a la picota y me castigasen; me dieron de latigazos hasta que no supe de mí; ni sé cuándo me desataron de la picota, ni lo que pasó en muchas horas después. Estuve varios días sin poderme levantar del suelo donde me acostaron, y todavía tengo en las espaldas las señales de los azotes que entonces me dieron."

II. Historia de Jatiñil

"Me llamo Jatiñil, y soy el capitán de esta tribu, desde el año en que se fue de aquí para el Sur el teniente Ruiz (1822). Mi padre fue capitán antes

35

de mí, y primero que mi padre lo fue mi abuelo; de manera que el mando de nuestra tribu estuvo siempre a cargo de mi familia, y por eso es que lleva la tribu mi propio nombre. Mi padre me decía que esta tierra sería de las gentes de razón y que no fuese yo contra ella, porque a nosotros no nos gusta el robo ni que se mate a nadie sin razón. Yo le ayudé al padre Caballero, a levantar la Misión del Descanso, desde sus cimientos hasta el fin, no me acuerdo ya en qué tiempo fue esto (1830). Poco después salí en campaña con Macedonio González contra los indios de Santa Catalina, los quiliguas y cucapá que entonces eran muchos, a mí me obedecían mil hombres de guerra y con toda mi gente estuve peleando a cada ratito contra aquellas tribus que me mataron la mayor parte de mis mejores guerreros, nosotros también les matamos muchísimos; de los de Macedonio no morían porque andaban fajados con riatas toda la caja del cuerpo, de modo que no entraban las jaras, y además llevaban una rueda grande de cuero doble y triple muy dura, para defenderse la cara, y sabían capearse mucho manejando esa rueda con la mano izquierda, mientras que con la derecha ofendían con sus sables y sus lanzas; yo entraba a la guerra así como me ves, por eso estoy todo herido de flechas, y afortunadamente no me acertaron ni una buena parte".

"Duramos peleando más de un año, hasta que todas las tribus alzadas *bajaron* de paz y entonces vine a ayudarle al padre Félix, a levantar la Misión de Guadalupe desde los cimientos hasta el fin, y también le ayudaba a sembrar todos los años y a levantar sus cosechas, y el padre nos daba lo que quería, maíz, cebada y trigo, de eso mismo que le sembrábamos y cosechábamos nosotros; pero no contento con esto pretendió varias veces que nos bautizáramos para tenernos encerrados en la misión, y manejarnos como a los demás indios. Después que salvé a la escolta que se metió con Macedonio González, en la Sierra de Jacume, cuando se alzaron Pedro Pablo, Martínez y Cartucho, me retiré de la Sierra a la Costa porque eran muchísimos los enemigos que allí podían atacarme, y vine a hacerme fuerte a un aguaje que hay en la mesa del Descanso muy a propósito para defendernos, porque parece una fortaleza el lugar donde está; el padre Félix pensó seguramente que yo no podría volver a la Sierra, de miedo, y que me hallaba muy débil

36

para hacer de mí y de mi gente lo que él quisiera; y entonces sin acordarse de mis servicios y de todos nuestros trabajos provenían de haber querido ayudar a los de razón, contra la voluntad de todos nosotros, comenzó a bautizar por la fuerza a la gente de mi tribu que iba a visitarlo como acostumbrábamos hacerlo; esto me dio mucho coraje y por eso fui a buscarlo a Guadalupe con la intención de matarlo; yo no quería matar ni ofender a nadie más que a él, pero la gente que llevaba se me adelantó mientras yo me detuve un ratito en el monte, fue la que mató sin mi orden al cabo Orantes y a los indios Francisco y José Antonio.
"Después que yo llegué ya no se hizo nada, y como no hallé al padre Félix, me volví a salir de la misión, y no tomamos nada de ella. Desde entonces volví a esta ranchería, no he salido para ninguna parte. Mira, ya ni miro de viejo, la mayor parte de mi gente murió en la guerra, otra se alborotó y se fue para la Alta California, cuando los placeres, y no ha vuelto, ya lo ves, no me quedan más que unas cuantas familias y todos vivimos trabajando sin robar a nadie".

III. Gente de razón

Se llama en la Frontera, "gente de razón", a las personas blancas o mestizas con tal que no sea indio puro, para diferenciarse de ellos, aunque los llamados de razón, no sean de más lúcido entendimiento que los aborígenes del país. Los hombres de razón son generalmente hijos de los soldados que vinieron a la conquista y de las indias que se distinguían en las misiones por su fisonomía agradable, docilidad para hacerse a las costumbres de los blancos y buenos manejos, con las cuales se casaban los soldados y formaban familias; pobres en extremo, dedican a sus hijos desde la infancia, al ejercicio a caballo, sobre el cual se crían robustos, vigorosos, ágiles, activos y emprendedores; enlazan con mucha destreza a violencia de carrera al toro más bravío, o se divierten con él tomándolo de la cola y dándole contra el suelo hasta que lo rinden a golpes; suben y bajan a caballo por las sierras más escarpadas, a toda carrera sin temor a desbarrancarse, con tanta serenidad y maestría como si estuvieran en su elemento natural; cuando en algunas de estas maniobras tropieza el caballo que montan y caen al suelo, saltan con mucha agilidad saliendo

por sobre la cabeza del caballo, tomándolo inmediatamente de la rienda y volviendo a montar como si tal cosa hubiese pasado. Se alimentan de carne y leche de vaca, papas, maíz y frijol; viven en sus ranchos diseminados a las largas distancias sobre la costa del mar Pacífico; sus casas están construidas de adobes con techos de tierra, de junco de espadaña y algunas últimamente de tejamanil, sus principales ocupaciones son la crianza y cuidados de sus ganados y las siembras de los pocos terrenos de cultivo de sus ranchos, que no les alcanzaba para pasar el año, surtiéndose de víveres, la mayor parte del tiempo, del condado de San Diego de la Alta California, de donde llevan también toda la ropa que usan lo mismo que el arroz, azúcar y café a los que se van aficionando mucho. Reciben en sus casas a las gentes extrañas como si las conocieren de largo tiempo, y les ofrecen gratis cuanto tienen ellas; les ruegan para que se apeen y pasen allí la noche proporcionándoles camas y la mejor comodidad que se halla a sus alcances. En la guerra son muy intrépidos y decididos y nunca abandonan sus puestos por más grande que sea el peligro que corren en ellos; se muestran insensibles al rigor de las estaciones y lo mismo se les da hospedarse debajo de techado que enmedio del llano; resisten a la hambre y la sed por largo tiempo sin abatirse por la falta de agua y de alimentos; se satisfacen con un pedazo de carne asada revolcada en la ceniza como con los manjares del mundo; muchas veces aplacan la sed chupando la sangre de la biznaga, comiendo las quiotes del maguey o la cañita de una siempreviva que abunda en el país. las mujeres no salen nunca de sus casas; mas son sus cocineras, lavanderas, costureras y sirvientas de mesa; y el resto del tiempo lo dedican a la crianza y cuidado de sus hijos; visten con mucha sencillez sin más necesidad de sastres ni modistas. Las jóvenes solteras no se presentan a la vista de los que llegan a sus ranchos, a menos que no sean conocidos y amigos de sus padres, en cuyo caso salen a saludarle con cierta cortedad que manifiesta la poca costumbre que tienen de tratar a los hombres, alistan la mesa en que se da de comer o cenar los huéspedes, tienden las camas con mucho aseo y se despiden con urbanidad y modestia.

Las fronterizas son de regular estatura, más bien altas que pequeñas

38

de cuerpo, robustas, ágiles y de agradecida figura: los amores entre ellas son puros y no los aceptan de ningún pretendiente, sin previo consentimiento y beneplácito de sus padres; su tranquilidad en esta parte no las engaña porque ningún padre de éstas niega la petición de un joven honrado cuando sabe que él es del agrado de sus hijas. El día de las bodas, se reúnen en la casa del padre de la novia todos sus parientes y los padres y parentela del novio, lo mismo que las rancherías amigas de ambas familias; de manera que es muy común que en una de estas reuniones, ver más de cien o más personas de ambos sexos, que todos comen bien y beben licores en abundancia, a costa de los padres de los contrayentes que rivalizan a cuál queda mejor entre ellos; hay festines que duran tres, cuatro y más días imitando aquellos célebres bodas de Camacho, tan graciosamente descritas por el genio inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra; por más pobres que sean los cónyuges, ese día parecen ricos por los gastos que hacen sus padres, por lo que ellos mismos no tienen, lo consiguen fácilmente entre sus deudos y amigos.

Hombres y mujeres son muy aficionados a las carreras de caballos, y en ellas hacen sus apuestas de reses, bestias y algún dinero, sin excederse de las facultades que cada uno tiene para cumplirse sin arruinarse; para ellos no hay teatros, acróbatas, equilibristas ni otras funciones que entretienen y divierten a las gentes de otros países: de tarde en tarde, suelen concurrir a los bailes en los días de las festividades nacionales, y entonces saben presentarse bien y bailar como las personas educadas en la academia de baile.

Las fronterizas son fieles a sus esposos y cumplen con los deberes de su estado ayudándoles a trabajar en todo cuanto pueden; cuando salen sus maridos a las recogidas de sus ganados o a otros negocios, suelen quedarse solas en sus ranchos por cuatro, seis y más días, sin que las intimide la soledad del desierto, la oscuridad de las noches, ni la aparición de los animales feroces, que suelen llegar a los corrales de sus casas para hacer presa de los ganados que encierran; las víboras de cascabel tan temibles por sus mordeduras ponzoñosas, no las intimidan para nada, antes bien las matan con mucha facilidad cada vez que encuentran algunas de ellas.

Cuando el marido tarda en volver y se les acaba la carne, su principal alimento, ellas mismas encierran la res que les agrada, la matan y benefician la carne, acarrean leña, riegan sus cementeras y las limpian, y levantan la cosecha, disponiendo todas las cosas con tan buen orden como los más inteligentes labradores; esto no les impide hacer el jabón y las velas que consumen en sus casas, lavan, cocinan y cuidan de sus hijos.

40

Contra la invasión norteamericana a Baja California (1847)

*Manuel Pineda**

27 de septiembre de 1847

Conciudadanos y amigos: Jamás ha experimentado mi corazón el regocijo mayor al pisar unos terrenos que siempre los he considerado el primer cimiento en la carrera gloriosa de las armas a donde he ascendido a la clase con la cual me hallo condecorado.

Pueblos de la Baja California aquí me tenéis como vuestro jefe, con fuerzas superiores, con armamento y parque, para conducirlos a la gloriosa época en que esos aventureros una y mil veces avergonzados de su injusta causa tendrán
que rendirse a unos defensores de la patria que no aspiran a otra cosa que el vengar el oprobio con que se han despojado este territorio, su pabellón y los derechos sagrados de nuestra nacionalidad.

Sí, mexicanos, llegó el tiempo en que nos convirtamos en un muro inexpugnable adonde se estrellarán esos emigrados desnaturalizados. Así como exponiéndome a los riesgos del mar y enemigos de mi tránsito, es que exijo de ustedes la unión uniforme como verdaderos mexicanos que coadyuvamos a recoger los laureles que nos esperan.

La situación triste que habéis experimentado, no ha consistido en nuestro supremo gobierno, pues siempre ha insistido en procurar elevaros al rango de hombres civilizados como uno de tantos que compone parte de nuestra nación. ¿Qué pudo hacer a tan gran distancia? Sin la menor idea de vuestra situación cuando a la vez vuestro exjefe político no ha tenido más miras que el envileceros con su infame, vil y vergonzosa

* Capitán de caballería pemanente y comandante principal de la Baja California durante la invasión norteamericana a la península.

cobardía, quizas esperando de esos mercenarios la recompensa de su inicua traición.

¡No compañeros y àmigos! mudo la escena de vuestra desgracia, me conocéis ya por espacio de quince años transcurridos y estáis satisfechos de mi enérgico comportamiento militar; yo os juro en las aras de mi amada patria jamás por jamás apartarme de las sendas del honor hasta no bajar al sepulcro, a donde os dare mi ejemplo.

Así lo espera de vosotros vuestro amigo y compañero de armas.

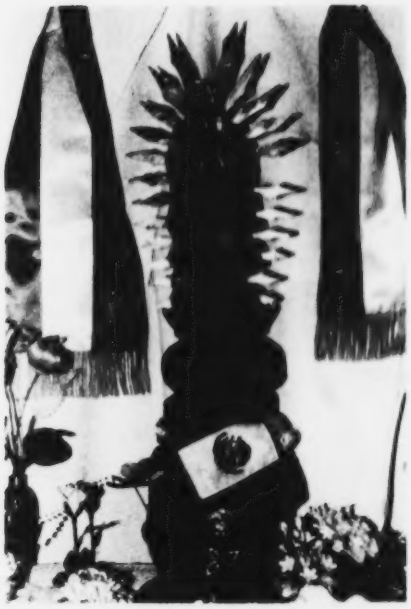
Manuel Pineda.

Pueblo de Mulegé, septiembre, 27, 1847.

42

La guerrilla bajacaliforniana contra William Walker (1853-1854)

*Adrián Valdés**



En tanto que se tomaban en el sur de la península todas las disposiciones encaminadas a la defensa, los piratas habían invadido la frontera. El subprefecto del Partido del Norte, teniente coronel Francisco Xavier del Castillo Negrete, al ser sorprendido en Santo Tomás con la noticia de esa inesperada invasión pirática, no sabía qué determinación tomar, porque carecía de soldados, armas y municiones; pero encontró inmediatamente decidida y activa ayuda en el patriota y bravo fronterizo Antonio Melendres, quien reunió, sin pérdida de tiempo, con sus hermanos y varios amigos, unos 10 hombres, y se dirigió a La Grulla, donde al llegar tuvo aviso de que una partida de 15 filibusteros montados marchaba hacia el mismo rancho. En el acto, Melendres partió valerosamente a su encuentro. Viendo los filibusteros que los californios cargaban al galope sobre ellos, retrocedieron sin oponer resistencia; pero Melendres, que conocía perfectamente el terreno, logró cortarles la retirada y los atacó a la salida de El Ciprés, dispersándolos y haciéndoles 2 muertos y 2 prisioneros.

* Adrián Valdés (Mazatlán, Sinaloa, 1842 -Guaymas Sonora, 1918). Historiador y periodista. Su obra *Historia de la Baja California* 1850-1880, escrita a principios del siglo, fue publicada hasta 1974 por la UNAM.

La actitud de Melendres y esta victoriosa escaramuza reanimaron el espíritu público, y Negrete pudo reunir y armar unos 40 hombres, con los cuales el 4 de diciembre se unió en El Ciprés a Melendres. Aunque la opinión de éste fue batir enseguida vigorosamente a los invasores, Negrete dispuso sitiarlos en la casa que ocupaban en la Ensenada, y que ellos llamaban pomposamente el fuerte McKibbin.

La exagerada noticia de los sucesos en La Paz, había producido, como se ha dicho, cierto entusiasmo en San Francisco; y ante el aliciente de una fácil ganancia por medio del despojo, y de las promesas de nuevas y ricas tierras, se aprontaron recursos, y el 13 de diciembre salieron a incorporarse a Walker, en la barca *Anita*, 230 hombres, con bastantes provisiones y pertrechos de guerra, " lo que veían impasibles las autoridades americanas, sin hacer nada para impedir aquella flagrante violación de las leyes y del honor ".

Ya por tierra, y en partidas sueltas, se les habían incorporado algunos voluntarios, y con este refuerzo Walker hizo una noche una salida contra sus sitiadores, a los que cogió descuidados y derrotó completamente sin que opusieran resistencia. Además de los 230 hombres que condujo la *Anita* , la cual arribó a Ensenada el 20 de diciembre, Walker siguió recibiendo refuerzos, en grupos pequeños que llegaban por tierra, desde las costas inmediatas donde los desembarcaban algunos vapores; así es que, a principios de enero del siguiente año de 1854, contaba con un efectivo de 600 hombres y 2 piezas de artillería. Les dio una organización conveniente y destacó unos 60 de ellos a ocupar Santo Tomás. Organizó también su gobierno, designando un "ministro universal", y expidió un decreto declarando la unión de Sonora y Baja California, con el nombre de "República de Sonora".

Negrete, después de su derrota, falto de elementos para rehacerse, se retiró desalentado a San Diego; pero Melendres, sin más que con unos 40 californios y el conocimento del terreno, de que tanto provecho sacaron sus dotes naturales para la guerra, se decidió resueltamente a hacer la defensa de su suelo, sin que se le amedrentara la superioridad de las fuerzas enemigas, a las que comenzó a hostilizar sin descanso, siempre que se le presentaba oportunidad de una sorpresa o de un

ventajoso ataque, en que les hacía a veces algunos muertos, replegándose en seguida hacia donde encontraba un resguardo en lo fragoso del terreno, o ya desapareciendo, sin que se supiera adónde iba a situarse.

Hasta fines de marzo emprendió Walker su marcha hacia La Grulla, llevándose todo el ganado de aquellos ranchos, que había podido recoger, y todo lo demás de los ranchos intermedios, cuyas casas eran saqueadas.

Durante su larga e inactiva permanencia en el desierto peninsular, muchos de los aventureros se dieron cuenta de que no había ni era de esperarse nada de las pingües ganancias que se imaginaron, en medio de su irreflexivo entusiasmo; y, ante el desengaño, comenzó a cundir el desaliento, y con la misma facilidad con que estuvieron prontos a ir a participar del botín halagador, lo estuvieron para abandonar la empresa, que hasta entonces no ofrecía por recompensa más que un poco de ganado y una mala alimentación. Así es que, cuando al fin iniciaron su movimiento, la fuerza estaba ya disminuida por la deserción, la que intentó detener Walker, por medio de un juramento que hizo otorgar solemnemente a cada uno de sus compañeros.

El 2 de abril llegó Walker a San Vicente, adonde hizo concurrir a una junta a algunos de los vecinos de los ranchos contiguos, a quienes les dijo en inglés: "que él había venido a proteger los verdaderos intereses del país; que iban a independizarse de México y formar una república, de la Baja California y del estado de Sonora, bajo la protección del gobierno de Estados Unidos, y que él, como presidente de dicha república, les invitaba para hacer una petición al congreso norteamericano, con el objeto de que los protegiera contra la tiranía del gobierno de México".

"Don Tomás Bona, inglés de origen y mexicano por naturalización, le contestó, a nombre de todos, que ellos estaban bien en su calidad de mexicanos, y que por nada de este mundo se separarían de la nación a que se honraban en pertenecer; que nada pedirían al congreso ni al gobierno de Estados Unidos; ni nada les sería más grato que ver a Walker retirarse del país, dejándoles libres de su presencia y de los filibusteros que le acompañaban".

Añade a esto el señor Manuel Clemente Rojo, en sus *Apuntes históricos* publicados en *El Cronista* del mes de marzo de 1855, de donde hemos tomado los dos párrafos anteriores, que la respuesta de Bona indignó tanto a Walker, que quería fusilarlo; pero sus oficiales se opusieron diciendo que había hecho muy bien en manifestar cuáles eran sus sentimientos; rasgo característico de aquellos hombres que, a pesar de todo, no olvidaban el republicanismo de las instituciones en que estaban educados.

Walker se proponía, al emprender la marcha susodicha, sacar por el desierto del río Colorado la gran cantidad de ganado que había recogido, saliendo por La Calentura al valle de la Trinidad, y de allí, atravesando la sierra, bajar al Plan del Río y pasar a Sonora, con bastante gente y recursos; dejando, entretanto, a su segundo, Smith, con 30 ó 40 hombres en San Vicente, para conservar su dominio en aquella *conquistada* comarca.

Melendres se enteró del plan de Walker por una comunicación que interceptó, dirigida a Smith. Decidido a atacarle en el trayecto, reunió inmediatamente a sus 40 acompañantes, y fue a situarse en un punto de la sierra, por donde tenía que pasar Walker. Interesando a los indios de Santa Catarina, La Huerta y Cucapá, en el botín del ganado, logró que se le unieran 300, muchos de ellos armados con rifles.

Walker continuó su jornada, siguiendo el itinerario descubierto. Por medio de señales con humazos que hacían algunos indios situados de antemano a lo largo del camino, Melendres, que iba precediendo el movimiento de los filibusteros sin que éstos lo supieran, sabía la ruta que seguían y los lugares donde hacían alto o pernoctaban. Así llegó hasta un punto próximo a las caídas del Plan del Río, donde, por ser en aquellos contornos el único en que había agua, comprendió Melendres que Walker pernoctaría forzosamente allí, como así sucedió en efecto. Con esa seguridad, Melendres ocultó su gente entre las sinuosidades de las inmediaciones, desde donde pudo observar la llegada de los filibusteros y la disposición de su campamento. Aunque el número de éstos había disminuido, formaban todavía un total de más de 200 hombres.

Walker, descansando sin temor de un enemigo que suponía distante

46

por la costa, y Melendres, preparándose para batirlo por sorpresa, pasaron la noche del 19 al 20 de abril de 1854. A la hora fijada, que fue la salida del lucero del alba, los 300 indios que tenía Melendres, ya dispuestos y prevenidos, dieron impulso y dirección a la gran cantidad de ganado robado que conducían los piratas, el cual, asustado con los tiros y alaridos de los indios, se lanzó a escape, como torrente impetuoso y arrollador, sobre el campamento enemigo. Los filibusteros, sorprendidos y sin poder contener la inmensa manada que se les echó encima llena de espanto, fueron furiosamente atropellados, pereciendo algunos, quedando otros heridos y dispersándose una gran parte. Tras el ganado, y en medio del desorden ocasionado naturalmente entre los invasores, cargó Melendres al machete con sus 40 hombres. Con notable valor y sangre fría, Walker hizo frente a situación tan desesperada, habiendo logrado reunir unos 50 hombres, con los que, batiéndose en retirada, fue a situarse en las escabrosidades de una sierra inmediata, para ponerse a cubierto de la caballería de Melendres, al que le hizo 3 heridos y algunos indios muertos. Walker dejó también en el campo algunos muertos, y perdió sus piezas de artillería, que inutilizó Melendres desmuñonándolas. Algunos filibusteros murieron después de hambre y sed, perdidos en los montes. Otra parte, parece que logró cruzar el río Colorado con algo de ganado que tal vez pudieron recoger; y aun, según refiere Bancroft, el mismo Walker lo pasó también y, al cabo de tres días, lo volvió a pasar, para dirigirse a San Vicente; lo cual es dudoso, dada la desmoralización en que estaban los suyos. Refugiado Walker, después de su derrota, en una sierra inmediata, como se ha dicho, salió de allí para San Vicente, a fin de reunirse con Smith. Así lo refiere Rojo, quien casi a raíz de los acontecimientos adquirió personalmente, de testigos presenciales, todos los datos sobre la derrota de los filibusteros en San Vicente, de la cual nada dice Bancroft, ni de los encuentros posteriores; pues sólo de una manera general informa de que Walker recibió una vigorosa persecución de parte de los californios, "con quienes sostuvo un ligero fuego hasta cerca de la frontera, en donde él y su partida se rindieron a algunos oficiales americanos que se habían aproximado como mediadores".

Volviendo a nuestra narración, Melendres dio por seguro que Walker, después de su derrota, iba a tratar de unirse a Smith en San Vicente, y sin tregua, puestos sus heridos en un lugar donde no corrieran peligro, tomó los únicos 11 caballos que había en su fuerza capaces de hacer una marcha rápida, y se fue al instante con sus mejores compañeros hacia San Vicente, adonde intentaba llegar antes que Walker, dando orden al resto de su gente de que se le fuera a incorporar en el mismo sitio. Ya en sus inmediaciones, el día 22 de abril tuvo informes de que los de Smith estaban completamente desprevenidos. Se acercó entonces sigilosamente con los suyos por donde no podían ser vistos, hasta un lugar adecuado, y, a una señal convenida con uno de los moradores del rancho, con quien Melendres se había puesto de acuerdo, dispararon un tiro al centinela de los filibusteros, sorprendidos y en desorden, comenzaron a ser batidos con sus propias armas; pero como contaban con mayor número y conservaban sus pistolas, intentaron defenderse, aunque fueron al fin derrotados, dejando 15 muertos. Durante la persecución por las lomas de San Vicente, perdieron 5 hombres más.

En tanto que Melendres derrotaba a Smith, Walker llegó a Guadalupe, distante unas dos leguas, en donde se le unieron Smith y los dispersos de su fuerza, con los que ascendían los filibusteros a cerca de 60 hombres. Luego que Melendres tuvo noticia de la llegada de Walker, se dirigió al día siguiente hacia el mismo lugar, con sus 11 hombres. Los filibusteros, parapetados dentro de la casa del rancho, que habían aspillerado, comenzaron a batir a Melendres desde el momento en que le descubrieron. Sostenido por lo fuegos de la casa, Walker hizo una salida con unos cuantos hombres, hacia un corral donde habían encerrado, poco antes, un rebaño. Melendres, dando vuelta por un arroyo cercano, para evitar los disparos de los que estaban dentro de la casa, cargó contra ellos, y en el encuentro Walker tuvo 3 muertos y 2 Melendres. Éste recogio los suyos, y viendo que los 9 acompañantes que le quedaban eran insuficientes para atacar a los filibusteros, se retiró a San Vicente. En el mismo día se le incorporó el resto de su fuerza, que había permanecido en Santa Gertrudis, trayendo caballada de refresco, y al día siguiente salió de nuevo hacia Guadalupe; pero ya Walker había

48

abandonado el rancho, dejando dentro de la casa los 3 cadáveres con unos papeles en el pecho, en los cuales, en mal español, se decía que no habían sido sepultados "por falta de herramienta". Melendres siguió inmediatamente en persecución de los aventureros, habiendo recomendado que se diera sepultura a los cadáveres. Walker se fue a situar en un punto inexpugnable, en la Cañada de la Estéfana, donde, estando seguro mientras tomaba una resolución, podría batir a Melendres con toda ventaja si entraba allí siguiéndole; pero conociendo éste lo favorable de aquella posición, eludió ese camino y se dirigió a Santo Tomás por el llano de San Jacinto para adelantarse a Walker. En este punto no tenían noticias de los filibusteros ni de cuanto había ocurrido una semana antes.

Walker permaneció emboscado en la Estéfana durante cinco días. No explicándose Melendres la dilación, supuso que habría tomado otro rumbo, y volvió a La Grulla en su busca, y de allí se fue hacia la playa de Santo Tomás. Entretanto, Walker salió de la Estéfana y fue a emboscarse de nuevo en La Grulla, donde, a su regreso, le encontró Melendres. Estuvieron batiéndose durante dos días, posesionados unos y otros de dos bosques vecinos. Por la noche, Walker dejó el sitio mencionado y, siguiendo su marcha por lo más escabroso del terreno por temor a la caballería, llegó a Cueros de Venado, al obscurecer del día 7 de mayo, encontrándose otra vez con Melendres, que iba tras él con tenacidad, y comenzó a atacarlo. A medianoche, abandonó Walker el campo. Luego que Melendres advirtió su retirada, emprendió en la misma noche su persecución; pero, al amanecer del día 8, que le alcanzó, pasaba ya la línea divisoria de los Estados Unidos, la cual resguardaba con una fuerza el general Burton, a quien se entregaron los filibusteros, después de celebrar con gritos el verse al fin libres de aquella enérgica persecución.

Situación del Partido Norte (1877-1878)

*Adrián Valdés**

Había en la frontera graves síntomas de filibusterismo, y se temía una invasión, dándose por segura la presencia de dos buques en sus costas, asunto en que se ocupaba la prensa de San Francisco; pero los compatriotas residentes en aquellos lugares se armaron inmediatamente, preparándose para repeler cualquier agresión, y el consúl mexicano en San Francisco, a su vez, tomó las medidas necesarias para impedirla, no habiendo al cabo tenido efecto.

Estos sucesos llegaron a conocimiento del gobierno del Territorio cuando Tapia asumía el mando político; y, desde luego, hizo éste las gestiones indispensables para el restablecimiento del orden en la frontera. El jefe de las armas en Mazatlán había nombrado ya al teniente coronel Lucas Muñoz, para que con 100 hombres fuera al Real del Castillo a restituir en su puesto a Villagrana y a poner término al malestar que allí existía; pero el Gobierno General ordenó que fuera el mismo señor Tapia quien se hiciera cargo del asunto, por lo que salió éste de La Paz, con igual número de soldados, el 4 de noviembre de 1877.

*Adrián Valdés (Mazatlán, Sinaloa, 1842-Guaymas, Sonora, 1918). Historiador y periodista. Su obra *Historia de la Baja California* 1850-1880, escrita a principios del siglo, fue publicada hasta 1974 por la UNAM.

Era la primera vez que la autoridad política peninsular llegaba a visitar al Partido del Norte, lo cual fue un acontecimiento halagador para todos sus habitantes, pues esperaban que con el conocimiento inmediato que adquiriría sobre cuáles eran sus necesidades, se remediaría la situación aflictiva por que atravesaban, a causa del abandono en que se les había tenido.

En el acto se dirigieron a Tapia solicitando, como la más urgente e imperiosa necesidad, que se les facilitara una comunicación directa con los mercados del país y del extranjero, ya que solamente podían exportar sus productos y abastecerse de víveres por la aduana fronteriza de Tijuana.

Además de los perjuicios y dificultades que resentían no disponiendo sino de esa única vía, estaban sujetos a una dependencia forzosa con San Diego, y obligados a proveerse de este mercado. Por tales motivos, pedían que se les permitiera la importación y exportación de toda clase de mercancías por la Ensenada, que tenía todas las condicones para servir de puerto, y donde se les facilitaría hacer el cambio de sus productos, con grande ventaja para sus propios intereses y los de todo el Partido, y para la moralidad fiscal.

Asimismo había otras serias consideraciones a más de las expuestas por los fronterizos, que el coronel Tapia tuvo también en cuenta. Como la aduana de Tijuana, por donde se hacían las introducciones, estaba situada en uno de los extremos de la extensa línea divisoria de México y Estados Unidos; y aquella oficina no disponía sino de un reducido personal para su servicio, no le era posible vigilar sino el camino principal que conducía a San Diego, dejando un gran número de vías abiertas, en una vasta extensión, a los contrabandistas, quienes aprovechaban tan favorables ventajas para introducir clandestinamente artículos de primera necesidad, que vendían después a precios fabulosos.

En vista de esto, Tapia acordó que se permitiera hacer las importaciones y exportaciones por la Ensenada, mientras el gobierno, al que daba ya cuenta, decretaba su apertura, y dispuso que el personal de la aduana de Tijuana se trasladara a la Ensenada, quedando allá una sección de vigilancia.

No obstante el peso de las razones que había para tomar la determinación indicada, y el carácter de provisional que tenía, Tapia invadía con ella las facultades del Ejecutivo y, aunque necesaria y benéfica, éste no aprobó el procedimiento; y algunos periódicos de México, al ocuparse en el mismo asunto, censuraron al jefe político. Sin embargo, comprendiendo el gobierno, por los informes de Tapia, que tal medida era indispensable, decretó, poco tiempo después, la apertura del puerto de referencia, con cuya resolución, como tenía que suceder, se favoreció grandemente a la frontera y se dio impulso al progreso de la entonces naciente población de la Ensenada.

52

Combatiendo la tiranía
(La invasión anarcosindicalista, 1911)

*Enrique Flores Magón**

Con el resto de la Junta Organizadora, habíamos decidido Ricardo y yo apoderarnos de la Baja California. Era para proporcionarnos una base desde la cual, provistos de almacenes militares y de bastimentos, pudiéramos lanzar ataques al régimen de Díaz. Pocas tropas federales guarnecían este vasto territorio, que estaba muy lejos de poblaciones donde hubiera federales en número considerable. Bajo el mando de José María Leyva se hallaban diecinueve hombres. Cuatro de ellos eran voluntarios norteamericanos: obreros. Inspirados por la convicción de que estaban ayudando a derrocar la tiranía de Díaz, estos norteamericanos de corazón generoso servían gustosamente sin paga.

El 30 de enero de 1911, después de cruzar la frontera y recibir armas y municiones, la pequeña fuerza de Leyva atacó y derrotó a los treinta y tantos empleados aduaneros, policías y civiles, con quienes tuvieron encuentro y tomaron Mexicali que en aquella época tenía unos 1000 habitantes.

Jack Mosby y John Price, dos de los voluntarios norteamericanos

*Enrique Flores Magón (1877-1954). Hermano de Ricardo Flores Magón y fundador del Partido Liberal Mexicano.

encabezaban una banda que tomó Tijuana; su población era cercana a 300 habitantes.

Entonces, cuando el pueblo de los alrededores vio cuán fácilmente habían sido tomados Mexicali y Tijuana, centenares se enrolaron bajo el estandarte del Partido Liberal. Seleccionando 150 de ellos, fue Leyva el 15 de febrero al encuentro de los federales bajo el mando del Coronel Celso Vega. Este, que venía de Ensenada, contaba con 160 regulares y otros 100 de la policía y civiles, estos últimos enrolados por la fuerza.

En la región montañosa cerca de Picachos, movió Leyva su pequeña fuerza con tanta ventaja, que Vega huyó dejando a muchos de sus hombres muertos o heridos.

Ardiendo en cólera por su derrota, Vega telegrafió a Díaz que los magonistas, con ayuda del gobierno de los Estados Unidos, habían empezado a apoderarse de la Baja California y a aislarla del resto de México para venderla más tarde a los Estados Unidos. Como prueba de esta acusación, citó el hecho de haber norteamericanos en la fuerza expedicionaria.

Desgraciadamente, pocos meses después, Leyva se pasó a los maderistas.

De acuerdo con el desastroso, para no decir estúpido, tratado que hizo en Ciudad Juárez, Madero desarmó a sus propias tropas mientras permitía a las federales retener las armas suyas. Entonces comisionó a Leyva para ir a la Baja California a instruir a todos los revolucionarios de allá a desarmarse también.

Siguiendo estas instrucciones, exhortó Leyva a nuestros hombres para que entregaran sus armas. "Los federales se rindieron. La Revolución ha triunfado" les aseguró. "Ya no hay más necesidad de pelear".

Persuadidos de que estaba diciendo la verdad, entregaron sus *Springfield*, empacaron sus cosas y se dirigieron a la frontera.

Repentinamente el valiente Vega, sabiendo que estaban desarmados, con una fuerza considerable cayó sobre ellos y mató a una cantidad; pero la mayoría escapó a través de la frontera.

El engaño que los porfiristas divulgaron empeñosamente por toda la República, de que Ricardo y yo nos habíamos vendido al gobierno de los

Estados Unidos, perjudicó al Partido Liberal a los ojos de nuestros compatriotas. Por fin, más tarde supieron la verdad: que nos había encarcelado el gobierno norteamericano y que, por un testimonio perjuro, nos habían sentenciado.

¡Se nos declaró culpables de violar las leyes de neutralidad!

Cómo la perversión trae beneficios
(El periodo de entreguerras)

*Fernando Jordán**

Todavía hace muy pocos años las llamaban Sodoma y Gomorra. Eran sitios de pecado, donde el vicio se nutría de opio, las inquietudes se ahogaban en alcohol y las ambiciones se decidían sobre el tapete verde de las mesas de juego. Se traficaba con la salud y con las leyes. El contrabando era oficio de todos. La prostitución creció como planta en invernadero. El "estado seco" implantado en Estados Unidos se ahogó con el aguardiente que vertieron Sodoma y Gomorra al otro lado de la frontera. Los norteamericanos fueron los clientes, chinos los empresarios y mexicanos los organizadores. Así se hicieron Tijuana y Mexicali. Hace treinta años, poco más o menos (escribo en 1950). Tecate aún no nacía y Ensenada era la capital del Territorio Norte.

El auge de la perversión se inició poco después de la derrota del filibusterismo. En cierta forma, fue el desquite. El dinero que se invirtió para combatir la fracasada invasión yanqui se cobró después en dólares, explotando de los vecinos las pasiones y los deseos. Fuera de la metáfora, la fiebre del vicio fue la defensa única de las ciudades fronterizas bajacalifornianas contra la miseria, contra el olvido del

*Fernando Jordán (México, D.F. 1920-La Paz, B.C.S., 1956). Periodista que dio a conocer a Baja California a través de su libro clásico *El otro México. Biografía de una península.*

gobierno central. Se echaron en brazos de la perdición del mismo modo que las jóvenes burladas y decepcionadas se lanzan en brazos del primer canalla que les sale al paso.

Acaso nadie esté dispuesto a creerlo, pero me parece que la mexicanidad de esas ciudades fronterizas empezó a cimentarse precisamente cuando se entregaron al vicio. Cada dólar arrebatado a los opiómanos, a los jugadores o a los dipsómanos sirvió para colocar una piedra más en la muralla de la patria. Las ganancias ilícitas del contrabando -contrabando de drogas y de hombres- vinieron a servir para fortalecer los bastiones de las que antes fueran ciudades indefensas, para tender entre ellas caminos que aseguraran la comunicación y el tránsito de la nueva inmigración mexicana. Así las ciudades se volvieron inexpugnables, y desde entonces nadie entró en ellas a sangre y fuego ni se llevó botín alguno. Los extranjeros que llegaron después del coronel Cantú vinieron a dejar en las ciudades el dinero necesario para construirlas. Desde entonces se paga por vivir aventuras en las ciudades bajacalifornianas del Norte.

Lo extraordinario de todo esto es que Mexicali, Tijuana y Ensenada hicieron de la explotación del vicio un medio, no un fin. De otro modo yo no haría la apología de la perversión de esas ciudades, y mejor olvidaría su historia que traer a colación los epítetos hirientes de Sodoma y Gomorra que les pusieron la hipocresía y la incomprensión de quienes vieron la superficie y no el fondo de las cosas. Ahora se puede hablar de esto sin molestar a nadie, sin herir susceptibilidades; hasta con cierto orgullo. Porque los mismos que permitieron, propiciaron y explotaron las extranjeras pasiones son los mismos que afirmaron, construyeron y lanzaron al futuro una región nacional cuyo destino, según las palabras de North, no podía ser otro que el de un coto de caza, de clima saludable y productor de hierbas medicinales.

Por lo demás, si hemos de hablar sin ambages, la historia de los contrabandos y las profesiones ilícitas no fue ni es privativa de las ciudades de Baja California. Comprende a todas las ciudades fronterizas, desde el Golfo hasta el Pacífico, y en ninguna de ellas ha servido ese malvivir para servir bien a la patria, como sucedió en Mexicali y poco a

poco sucede en Tijuana. No es precisamente que quiera hablar mal de ciudades tales como Matamoros, Nuevo Laredo o Juárez; lo único que quiero decir es que Mexicali, en menos tiempo y con más lacras, superó a todas ellas y es hasta la fecha el más fuerte reducto en la línea fronteriza. Si hace contrabando todavía, o no, es cosa que ignoro y que tampoco viene a cuento; lo que en todo caso se puede agregar es que no le hace falta alguna el juego, las drogas o el contrabando para fortalecer su vida económica.

En un principio, el vicio fue la única alternativa, entre la vida y la muerte. No creo faltar a la discreción relatando cómo sucedieron las cosas en el momento de tomar la decisión, ni tampoco creo perjudicar con ello al coronel Cantú, que fuera el iniciador de la época libertina de las ciudades bajacalifornianas. La historia me llegó de sus labios. Me la relató con una sinceridad absoluta, y hay que considerarla con toda esa absoluta sinceridad porque Cantú, actualmente, está por encima de cualquier juicio: su pobreza, su sencilla y recta manera de vivir, su idealismo en busca de un México mejor, son sus defensas contra cualquiera crítica perversa.

Por esos tiempos, el coronel Esteban G. Cantú era gobernador, jefe militar y pacificador de la península; un conjunto de títulos que hacía de él cacique, caudillo, organizador y padre de todos los hambrientos y desamparados que habitaban el Territorio Norte. Como cacique, Cantú no hacía nada, porque su carácter no se prestaba para ello; como caudillo, su misión estaba terminada, puesto que había impuesto la paz; pero como organizador y patriarca le quedaban todavía mil cosas que cumplir. Había realizado algunas obras y empezado otras que exigían la inversión de algunos miles de pesos que no tenía. El coronel Cantú estaba en la inopia. Debía sueldos atrasados a todo el mundo, pagas a los soldados, rayas a los jornaleros que en Ensenada le construían una escuela, en Tijuana una calle y en Mexicali el principio de la carretera que más tarde uniría a las cuatro ciudades principales. No había dinero con que pagar a nadie. Sus llamadas de auxilio a México habían quedado sin respuesta, y los acreedores, todos gente humilde, volvían desesperados sus ojos hacia él, como la única esperanza para recibir el dinero necesario para

vivir. Cantú no contestaba esas miradas: el sentido de responsabilidad le pesaba convertido en angustia.

Una tarde, en Ensenada, vino a distraer la tormenta de su conciencia con un poco de vista marina. Desde el muelle veía caer la tarde; una tarde sin crepúsculo, gris, como son 200 de las 365 tardes de Ensenada. Se le acercó un chino.

Los chinos eran una obra de Cantú. Les había abierto las puertas al igual que a todos los otros inmigrantes, y los chinos, que a la postre se convirtieron en un peligro, eran los más entusiásticos invitados. Ellos empezaron a roturar la llanura, a rescatar en provecho propio las tierras fértiles usufructuadas por los *trusts* norteamericanos, a organizar el comercio; pero también fueron los primeros en organizarse en *maffias*, en sembrar el terror y en practicar y fomentar el vicio. Por eso, más tarde, hubo que descartarlos de los proyectos para el futuro.

El chino que se acercó a Cantú llevaba una petición cargada de temores:

-¿Cómo estás, colonel?

-.....

-¿Quieles hacelme un favol?

-...

-Necesito tlael una medicina, pelo si no das pelmiso no voy a podel.

-....

-¡Sí! Si quieles sabelo, es opio; pelo si tú dal pelmiso yo dalte cinco mil dólales.

(Hubo una pausa en el análisis de la conciencia. En ese momento, el coronel Cantú se jugaba el destino de cuatro ciudades.)

-.....

-¡Glacias, colonel! Aquí tienes los cinco mil dólales.

Y así empezó la cosa. Después ya nadie pudo detener el tráfico de drogas; pero con sus ganancias, con las regalías del opio y las contribuciones de los fumaderos que se abrieron por docenas, los pueblos fronterizos se convirtieron en ciudades, y a la desesperanza miserable vino a sucederla una vida llena de promesas y realidades.

El coronel Cantú abrió la época del vicio. He dicho antes que era la única alternativa, y de haberla aprovechado no debe arrepentirse nadie.

Se jugó durante ella el honor, pero se abrió el futuro de un territorio olvidado. Fue un juego peligroso, pero un juego que se ganó. Si hoy Mexicali no fuera lo que es, si Tijuana no tuviera los arrestos de una futura ciudad industrial (que todavía no es), el coronel Cantú tal vez merecería estar en la cárcel, y yo, por amistad a él, callaría todas estas historias de una época heroica.

Después vino la reglamentación y se pusieron los primeros diques para que la avenida del vicio no arrasara con las intenciones justificables que le habían dado cauce. A Cantú le sucedió el general Rodríguez, y lo primero que hizo fue prohibir la entrada a los chinos, que se quedaron fuera hasta que una nueva generación de contrabandistas vino a prestarles la ganzúa. A la época del opio siguió la de los chinos.

Empezaron a entrar de contrabando, a razón de doscientos dólares por cabeza. Muchos pagaron, pero no todos consiguieron llegar a Mexicali o a Tijuana. Los contrabandistas los tomaban en San Diego o en San Francisco, los hacinaban en pequeños botes que daban la vuelta a la península y los desembarcaban en el delta del río Colorado. De la desembocadura del Colorado a Mexicali hay 100 kilómetros de desierto: desierto absoluto, de dunas y arenales. No todos llegaban. Sin guías, sin agua, sin ayuda alguna, sucumbían en la peregrinación. En algún año de la década que empezó el 20, todo un cargamento de chinos quedó sepultado en el desierto. Su monumento puede verse desde la moderna carretera que va de Mexicali al puerto de San Felipe, en la costa del golfo. Es un solitario cerro que ha resistido los zarpazos de la erosión y no quiere convertirse en llanura. A sus declives de cono llegan las arenas por los cuatro puntos cardinales. Allí murieron los chinos, víctimas de la sed. El cerro no tenía nombre antes de que esto sucediera, y después fue bautizado con el de "El Chinero", en recuerdo de los cadáveres amarillos.

La lucha oficial contra la inmigración oriental era justa, puesto que esas tierras estaban destinadas a los mexicanos, a los pioneros que iban llegando en una continua caravana de aventura incierta. Pero no por eso se combatía el tráfico de drogas, ni el juego, ni la venta de licores, ni la prostitución. Seguían los años de auge. En Mexicali, Cantú había construído un soberbio edificio para residencia de los poderes

60

territoriales; pero entre este edificio y la ciudad (todavía aldea) quedaban campos de algodón ocupando el lugar de la ciudad futura. Había que llenar ese espacio, a cualquier precio, y el precio de aquella época era la perversión.

Sé muchos detalles de aquellos años, pero no es aquí donde voy a contarlos. Sin embargo, mencionaré uno para certificar la historia. En esos años, "El Tecolote", una de las muchas casas de juego de Mexicali, pagaba 1.000 pesos diarios al jefe de la Policía, en concepto de gratificación para que los agentes no turbaran la paz de los jugadores. Y "El Tecolote" era solamente una de las muchas casas de juego. Con ese dato ¿podéis imaginar lo que pagaban por contribuciones los fumaderos de opio?

En Tijuana, que hace treinta años era un rancho perteneciente a la Tía Juana, y que por toda construcción tenía media docena de casuchas y una banqueta de madera, el relajamiento moral se organizó con un carácter más definitivo. Al paso que la ciudad crecía, los garitos iban aparentando una sospechosa respetabilidad, una majestad encubridora de su sucia intimidad. Se construyeron la plaza de toros, el hipódromo y el casino de Agua Caliente, así como, más recientemente, el frontón. Como Tijuana tiene la ventaja geográfica de estar cerca de una gran ciudad norteamericana, San Diego, y no muy lejos de Los Angeles, pronto le arrebató la clientela a Mexicali.

Mientras tanto, Ensenada trató de incorporarse a esa vida para ganarse la suya. No tuvo muchas oportunidades, y lo único que logró fue la construcción del fastuoso Hotel Playa, del que se decía era propietario Jack Dempsey (en verdad, Dempsey nunca poseyó más de un par de acciones y una casita cercana, que le regalaron los accionistas a cuenta de la explotación de su nombre). Ensenada quiso dar el "mal paso" demasiado tarde y no obtuvo ningún beneficio, aunque tampoco infortunio alguno. Se conservó casta y tristemente bella, mientras sus hermanas se daban una vida de princesas decadentes y encanalladas. Por eso Ensenada fue llamada "La Cenicienta", y perdió, por su decente humildad, el derecho a seguir siendo la capital territorial.

La fiebre del opio, del contrabando y del juego duró dos décadas. Al fin

de ellas, Lázaro Cárdenas dió una oportunidad a Mexicali para que se regenerara, y la ciudad, agradecida, supo aprovecharla con todo entusiasmo. (Es bonito decirlo así, pero en realidad Cárdenas armó toda una revolución cuyos resultados benéficos pocos preveían.) Por entonces, ya el ojiverde de Michoacán había rescatado el petróleo y su nombre era temido por los *trusts*. Por ese mismo tiempo, el Valle de Mexicali seguía en propiedad de una sola firma: Colorado Land River Co., que rentaba hectáreas a un tan elevado precio que la siembra del algodón resultaba a menudo incosteable y sus beneficios no prestaban garantía alguna a los agricultores. Cárdenas expropió el latifundio y lo entregó a ejidatarios que hizo llevar sin orden ni concierto de todas partes del país.

Al principio, aquello fue el caos. Los ejidatarios no tenían capital, ni maquinaria, ni voluntad. El clima derrotó a muchos, y la voracidad de los burócratas banqueros del crédito ejidal hizo huir a otra buena parte. Entre los paréntesis de la desorganización, pequeños agricultores, en su mayoría pioneros, empezaron a comprar lotes del antiguo latifundio. Entre agricultores y ejidatarios, a pesar de las pugnas, Mexicali empezó a surgir, con una fuerza productiva que nadie hubiera podido suponerle. Por eso he dicho antes que Cárdenas fue el tercer hombre que intervino en la definitiva conquista de la Baja California.

Hubo otro último factor que reafirmó la prosperidad peninsular y que nada tuvo que ver con la explotación del vicio: el establecimiento de la Zona Libre en 1933 para Ensenada y Tijuana y en 1938 para el resto de la península. El sistema de "consumo y comercio libres" sin trabas aduanales vino a remediar parcialmente la situación creada por el alejamiento y a suplir la falta de centros nacionales de producción. Gracias a ello Mexicali superó rápidamente a Caléxico, la ciudad del otro lado de la frontera, y Tijuana y Ensenada alcanzaron un alto nivel de vida.

En la frontera: impresiones de los años treinta

(Memorias de don Crispín Valle Castañeda)

*Víctor Alejandro Espinoza Valle**

Mexicali

La primera ciudad de Baja California que conocí fue Mexicali en 1929. Era una ciudad llena de "cabarets", de burdeles. Entonces era gobernador del territorio el general José María Tapia. La agricultura la controlaba la Colorado River Land Co. En ese tiempo la zona de Pueblo Nuevo era pura terracería y cuando llovía era puro lodazal. En Mexicali nomás había dos o tres calles con pavimento, y eran las cercanas a la línea internacional. Estaban tan mal, que cuando llovía no podías salir porque se te iban haciendo los pies de barro, grandotes y batallabas mucho.

Algo que me llamó mucho la atención fue la zona que le llamaban (y siguen llamando) la Chinesca, que se localiza enfrente de la línea fronteriza. Ahí había muchos burdeles, prostitución. Y por supuesto cantidad de chinos. Pero había más chinos en los túneles de La Chinesca que en la superficie. Abajo era un hervidero de puros chinos trenzudos.

A los chinos los corrieron, los sacaron de los túneles y los expulsaron de Mexicali durante la Segunda Guerra Mundial. La razón es que

*Víctor Alejandro Espinoza Valle (Tijuana, B.C. 1958). Investigador de El Colegio de la Frontera Norte. Es coautor de *Movimientos sociales en el noroeste de México* (1985).

comenzó a correr el rumor de que en Mexicali se estaban perdiendo mujeres. Según esto, los chinos las raptaban y las metían a los túneles para servicio de todos, pero los descubrieron.

Mexicali era chico y muy pobre, estaba muy mal el pueblo. Hasta con Cárdenas se acaba mucho la prostitución en La Chinesca. Los ejidos y colonias se forman cuando Cárdenas reparte la tierra. Entonces es cuando empieza a progresar Mexicali. Pero el progreso fuerte en la frontera se da cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, que fue cuando las fronteras empezaron a subir.

Tijuana

Tijuana tenía como 5 mil habitantes. Las colonias Libertad y Morelos eran las únicas; no había más colonias en 1929.

A fines de 1929, inauguraron el nuevo hipódromo de Agua Caliente. El anterior estaba en la colonia Libertad. Precisamente llegué a Tijuana en diciembre de 1929, el día de la inauguración de aquél. Y ahí trabajé unos días. En ese momento había huelga en el Casino, dirigida por la CROM –que era la única central existente–. Por eso trabajé de esquirol ahí, pero yo no sabía qué era eso.

El Agua Caliente era un casino muy grande, en donde se jugaba bastante. Ahí cortábamos el zacate en cuadros y lo llevábamos a trasplantar al Hipódromo. Trabajábamos toda la noche para que amaneciera ya sembrado.

Después sólo trabajaba los lunes para el Hipódromo.

Estaba muy pobre y en Tijuana no había trabajo, había crisis. Por eso tuve que ir para el lado de las playas a cuidar un rancho, a lazar unos caballos pa' pagar la renta de mi casa.

De Tecate a Tijuana

Porfirio Díaz dio muchas concesiones y títulos de tierras; eso ocasionó que los extranjeros se quedaran con los terrenos. En Mexicali, la Colorado River Land Co. dominaba casi todo el Valle. Y en Tijuana la compañía San Ysidro asociada con Argüello controlaba desde Rosarito hasta Valle Redondo, muy cerca a Tecate. En toda esa zona no se

conseguía un título para un pedazo de tierra. Los señores Argüello argumentaban que eran los dueños de toda esta tierra. ¿Cómo iban a ser dueños de Tecate?

Cuando Cárdenas llevó a cabo el reparto agrario, quedó al descubierto cómo estaban trazadas las tierras; toda estaba repartido entre dos compañías. Cárdenas también empezó a darle fuerza a la "cosa" obrera. Antes sólo existía la CROM, pero con Cárdenas empezaron a formarse los sindicatos, la CTM, la CROC. Él les dio fuerza regional...

A principio de los años 30 empezó la zona libre en Tijuana. Aquí en Tecate no había comercio, aunque del otro lado, en Tecatito, estaba la de Carlos (Charles) Lynns, lo malo es que no tenía casi nada. Por eso íbamos de compras a Tijuana.

Allá comprábamos en los almacenes "El Edén", y aunque había otros por ahí, preferíamos esta tienda que estaba por la Calle Primera, y era de japoneses. Yo ganaba muy poquito, pero traía unos sacos de "este tamaño" con 20 pesos; el azúcar valía 5 centavos el kilo, el frijol... todo era muy barato. Hasta le traía zapatos a mi señora y todo; los zapatos buenos costaban 3 pesos plata y los vestidos, 3.50. Ibamos a Tijuana porque era más barato. Entonces pasábamos a la aduana y nos daban una guía de mercancía americana; recuerdo que en cierta ocasión un celador nos la quitó; pero ya le andaba porque ¿cómo comprobaban que era comida americana? Pero ya les digo, en Tijuana no había más que una mueblería, "La Universal", y una joyería que no recuerdo dónde estaba. No había nada, Tijuana tenía mucho monte. Ahí por la Libertad había puras veredas. La primera calle pavimentada fue la Revolución. Cuando llovía se hacían unos lodazales bárbaros, de La Mesa hasta el Hipódromo. De ese tiempo para acá fue cuando se repartió, en tiempos de Cárdenas, la tierra. Todo eso era de españoles... pura parcela donde está La Mesa. Ahí sembraban de todo, mucho, y regaban con agua de la Presa Rodríguez.

Ya en tiempos del gobernador Esteban Cantú funcionaban las cantinas y burdeles. Ahí en la Calle Primera había muchos. Donde está la escuela Alba Roja, ahí había un burdel, se llamaba "El Molino Rojo", era el centro de prostitución más grande de México. Subiendo hacia la Avenida

Revolución estaba un local "El Venus". Sobre la pura Revolución, entre las calles Cuarta y Quinta, estaba el "Foreign Club". Era un gran casino, ahí estaban las puras jugadas. Otro casino famoso era el Casino de Agua Caliente. También era centro de puros juegos y contaba con hotel.

En las cantinas de Tecate había también casas de juego. Se localizaban sobre la avenida Hidalgo. Eran de los Santana. Venían muchos americanos. El tahúr era Jesús Huerta Sandoval. Él hacía las jugadas, corría la ruleta, daba las cartas... era muy buen tahúr. Ahí en la ruleta tenían la trampa. Yo lo veía desde afuera. Por debajo de la alfombra estaba el botón para saber más o menos por donde debía caer la bolita. Se oprimía el botón oculto.

Ya les digo, a las cantinas iban pura gente a divertirse, a la prostitución. Hasta películas pornográficas tenían. Eso sí, venía mucho, mucho americano. Durante la segunda guerra mundial venían los soldados y marinos del otro lado a gastar su dinero. En esos años se dio el progreso, entonces empezó a modernizarse todo. Hubo más mueblerías, cines, cantidad de carros, todo se desarrolló. Seguramente que antes de la guerra, Estados Unidos estaba muy atrás en la ciencia...

Las comunicaciones

Por esos años era muy barato transportarse de Tecate a Tijuana por ferrocarril. Uno cuarenta plata te cobraban. Había varias corridas de trenes durante el día. Como a las 8 de la mañana pasaba un tren -el número 3 –que venía del este, rumbo a Tijuana–. Y de allá salía otro a las cinco de la tarde –el número 4–. En la noche corría el tren "mixto" –le decían así porque era un tren de carga que traía un coche de pasajeros–. Pasába por Tecate como a las 10 de la noche y regresaba de Tijuana como a las dos de la mañana. Todos eran trenes de la compañia San Diego y Arizona.

No había carreteras buenas. Si venías de Sonora a Baja California, te venías por Nogales arriesgando por todo el desierto. La otra opción era tomar el tren de "Tránsito", que salía de Nogales y entraba por el lado americano, por Calexico, y posteriormente por Tecate y Tijuana. Entonces, el ferrocarril sí usaba el carro de pasajeros, que era custodiado por un

"emigrante" norteamericano y otro mexicano. Pero si venías de tránsito, no necesitabas pasaporte.Subías en Mexicali y cruzabas a Calexico y de ahí pasabas por Tecate hasta Tijuana.

Gracias al general Lázaro Cárdenas nos pudimos unir por ferrocarril con Sonora. Lueguito que entró de presidente ordenó el entronque. Por carretera, de Mexicali a Tecate, venías por el lado de La Rumorosa. Pura terracería. Pero cuando llovía ahí estaba la dificultad, porque había curvas donde los carros no podían subir. Había una compañía de troques, Islas se llamaba, que duraba hasta ocho días para llegar de Tijuana a Mexicali. Y se iban juntos tres o cuatro camiones para jalarse con cadenas y poder pasar. Dos choferes tecatenses hacían el recorrido en 1932, don Juan Flores y Honorato Llanos. Carretera pavimentada de Mexicali a Tecate hubo hasta el gobierno de Miguel Alemán. Los comerciantes de Ensenada y Tijuana presionaban para que no se construyera porque no querían que los turistas viajaran a esas ciudades. Pero Maldonado dijo que la carretera se hiciera a como diera lugar, porque era muy necesaria. También bajo su gobierno se construyó la carretera entre Tecate y Ensenada.

Historia de la colonia Libertad
(1927-1964)

*Jorge Bustamante**

Primero fue asegurar el trabajo, luego el techo, después el barrio, la colonia. Tarea nada fácil. Todo empezó en reuniones para encontrar un techo. En esas juntas sindicales de 1927 y 1928 andaba un tal Manuel Lerma, indio yaqui de Sonora. Un líder natural. Trajo a las juntas de obreros la idea de meterse a las caballerizas del hipódromo viejo y a los jacales de madera donde vivían los jockeys. El hipódromo viejo, cercano a la antigua vía de ferrocarril, abajo de lo que ahora es la colonia Libertad, estaba cambiando su operación hacia lo que sería el nuevo hipódromo de Agua Caliente. Manuel Lerma había ya explorado el terreno, y sabía que las caballerizas del viejo hipódromo estaban quedando abandonadas. Los obreros siempre habían envidiado a los caballos que vivían en mejores condiciones de habitación que la mayoría de los trabajadores de Tijuana. Varios de los afiliados a la Liga Obrera Nacionalista, también derivada de la Liga Nacionalista, se organizaron en lo que se llamó Sindicato de Pequeños Poseedores. Sus miembros no eran más que trabajadores ávidos de contar con una casa para asentar a su familia. Ya habían fracasado en un primer intento de tomar un terreno cercano al río, en donde formaron con carpas la colonia Portes Gil. Puesto que Baja California era aún territorio bajo la administración federal, siempre manifestaban el deseo de ser protegidos por quien estaba en turno en el

*Jorge Bustamante (Chihuahua, Chihuahua, 1938-). Presidente de El Colegio de la Frontera Norte. Premio Nacional de Ciencias en 1988. Reconocida autoridad en movimientos migratorios y procesos sociales de la frontera norte.

gobierno central. En 1928 fueron desalojados por el ejército. En 1929, Manuel Lerma los convenció finalmente de tomar las caballerizas abandonadas. Era una tarde lluviosa de finales de 1929. Se juntaron unas 20 familias y para el día siguiente ya habían amanecido en las caballerizas. Los dueños del hipódromo viejo pusieron el grito en el cielo. La autoridad máxima de Tijuana era el jefe de la guarnición de la plaza. Era siempre la persona más cortejada por los empresarios estadunidenses que buscaban el medio de asegurar sus propiedades y el orden mínimo para la protección de sus inversiones. No cabe duda de que la historia es recordada de acuerdo con el dicho aquel que dice "cada quien habla de la feria según como le fue en ella". Los viejos colonos de la colonia Libertad, de cuyos recuerdos se deriva este trabajo, evocan al general José María Tapia como un "vendido a los intereses extranjeros". Sea cierto o no este cargo, lo que resulta un hecho histórico es que el general Tapia se encargó del desalojo por la fuerza de aquella veintena de familias que se habían posesionado de las caballerizas abandonadas del hipódromo viejo.

Los líderes del Sindicato de Pequeños Poseedores fueron perseguidos. Sus razones para tomar las caballerizas del hipódromo viejo eran que ya las habían pagado con su trabajo y que , al ser abandonadas, tenían derecho a ellas por haber contribuido con su esfuerzo laboral a que la empresa del hipódromo creciera hasta el punto de lograr un nuevo y mejor asentamiento. Eran gente de acción. La mayor parte había participado en la Revolución que acababa de disparar sus últimos cañonazos. No eran esos miembros del Sindicato de Pequeños Poseedores gente tímida. Nadie podía en esos años ser tímido y vivir en Tijuana.

El país empezaba a formar instituciones. Ya había una constitución. Ya existían los textos de los artículos 27 y 123 que tanta sangre habían costado en la gesta revolucionaria, mismos artículos que los trabajadores de Tijuana veían violar todos los días. Ya no era el tiempo de hacerse justicia por su propia mano, por lo que la mesa directiva del Sindicato de Pequeños Poseedores se reunió a escondidas. Eran buscados por la policía de ambos lados de la frontera. Otros obreros de Tijuana les

ofrecieron apoyo en lo más vital para ayudarles a sobrevivir a ellos y a sus familias. En estas condiciones formaron una comisión para ir a hablar con el general Bernal, quien había sustituido en el mando militar del territorio al general Tapia. La comisión tenía el objetivo principal de lograr el apoyo del general Bernal a las aspiraciones de los miembros del Sindicato de Pequeños Poseedores, de posesionarse de los terrenos de las caballerizas del hipódromo viejo. De los integrantes de esa histórica comisión hemos podido identificar a los señores: Manuel Lerma, Manuel Ojeda, Domingo García y su hermano Enrique, Apolinar Rodríguez, Jorge Valeriano, José B. Galindo, José Peraza y Francisco Rodríguez. Se trasladaron a la cantina Cambrinos de Mexicali, en donde esperaron hasta que llegó el general Bernal. Éste los escuchó. Ahí se entero de que Domingo García había sido un luchador agrarista en Jalisco y que conocía al general Obregón y al general Zuno. Quizá simpatizó con el grupo por reconocer en ellos a veteranos luchadores del aún no totalmente pacífico país surgido de la Revolución. Quizá lo impresionaron los contactos de Domingo García. Quizá lo convencieron los argumentos de Francisco Rodríguez, que no por nada le dicen hasta la fecha "Boca brava". El hecho es que el general Bernal les dio su apoyo y les ofreció no perseguirlos. Más tardó en decírselos, que los integrantes de esa comisión en organizar la fundación de la Colonia Libertad.

Era ya el año de 1930. Se organizaron expediciones a los basureros en busca de todo material que pudiera servir para construir una vivienda. Domingo García es recordado por varios sobrevivientes como el autor de la idea de que se llamara colonia Libertad. Él fue quien dijo que no podía llegar con sus familias a unas caballerizas abandonadas y vivir como los caballos. Juntaron cuotas entre los cuarenta o cincuenta miembros del Sindicato de Pequeños Poseedores. Buscaron la ayuda de otros sindicatos y contrataron a un ingeniero para que hiciera el trazo de lo que sería la colonia. Fueron estas iniciativas y decisiones un auténtico ejercicio de democracia sindical. Antecedente que no debemos olvidar como parte de un pasado del cual los tijuanenses debemos sentirnos orgullosos. Imaginemos el momento en que el ingeniero contratado mostraba a la directiva del Sindicato de Pequeños Poseedores un plano

70

con el trazo de la colonia Libertad. Ahí estaban dibujados los lotes en figuras regulares de 16 por 44 metros. Ahí estaban escritos los nombres de las familias que los ocuparían. Ahí estaban dibujadas las calles que ahora transitamos.

Se fijó un día para la ceremonia de colocación de la primera piedra. El peluquero Alberto Estrada prestó su gramófono con lo cual resolvió un problema sin cuya solución no era concebible la ceremonia de fundación de la colonia Libertad: iniciarla con las notas del Himno Nacional.

Ahí estaban esa mañana de 1930, vestidos todos con sus mejores ropas, hombres, mujeres y niños. La voz de Francisco Rodríguez reclamó atención. Se hizo silencio. El siseo de la aguja sobre el aparatoso gramófono del peluquero Estrada, hizo a todos fijar la vista en la gran bocina cónica del aparato. Alguien dio la voz de firmes y las notas del himno rompieron el silencio. Se había improvisado un asta por donde lentamente fue subiendo la bandera nacional, mientras las estrofas del himno fueron entonadas con emoción por todos. No pocos rostros fueron surcados por las lágrimas. Rostros de hombres recios y mujeres valientes acostumbrados a luchar por cada peso y cada paso de su vida. Aquella estrofa de "piensa, oh patria querida, que el cielo un soldado en cada hijo te dio", tenía un particular significado. Se cantaba en la frontera a pocos metros de donde empieza esa patria que los fundadores de la colonia Libertad estaban rescatando paso a paso. Fue uno de esos eventos de la historia de la gente común que muchas veces se queda guardado en los rincones discretos de los recuerdos del abuelo o de la abuela. Aún viven algunos de los que vivieron ese momento. Gracias a los recuerdos que hemos recogido de su propia voz, ese recuerdo privado puede pasar ahora al acervo de nuestra historia, la de los que nos identificamos con Tijuana porque sentimos que algo muy importante tiene ella que ver con nuestras vidas.

Un elemento muy significativo del nacimiento de la colonia Libertad, fue la ausencia de intervención del gobierno. Tanto el trazo y alineamiento de las calles, como la distribución de los lotes, la construcción de las viviendas y la provisión más elemental de servicios fueron iniciativa y logro de particulares organizados para beneficio de su propia comunidad.

No hubo "decisiones de arriba" en la creación de la colonia. Fueron la determinación, la solidaridad y la conciencia nacionalista de "los de abajo", los ingredientes principales de la colonia Libertad.

Fue no sólo un principio. Fue parte de un proceso que aún no termina. No fue tampoco un principio envuelto en fantasías. Los líderes de la colonia Libertad eran vistos con recelo. Así se demostro cuando Domingo García y Manuel Ojeda fueron los primeros arrestados bajo la acusación de homicidio de la niña Camacho, por cuya muerte fue luego condenado Juan Soldado, para entrar de manera poco clara en la leyenda. Había interés en que no cundiera el ejemplo de la organización que precedió al nacimiento de la colonia Libertad. Hubo rumores de que habría un desalojo, pocos días después de la ceremonia de colocación de la primera piedra. El asentamiento se hizo irreversible porque sus habitantes seguían luchando en otros frentes y obteniendo otras victorias. Casi simultáneamente al nacimiento de la colonia Libertad, uno de sus líderes, Manuel Ojeda, encabezó con éxito una campaña para que todos los empleos de las principales empresas de Tijuana se entregaran a los residentes de Tijuana.

Para 1930 ya había logrado que sustituyeran a todos los extranjeros por trabajadores mexicanos. Aún se recuerdan los gritos en yaqui de Manuel Lerma a quien se le oía decir algo así como "Isa Guey Yori" que era interpretado como un grito de victoria de los yaquis. Por cierto que cuentan quienes lo conocieron, que ahí en la colonia Libertad Don Manuel Lerma se hacía su propio licor, con lo que celebraba las grandes y las pequeñas ocasiones. Su celebración era muy conspicua porque le daba, al calor de los brindis, por hablar en yaqui, sin importarle que nadie lo entendiera.

Poco había transcurrido desde la construcción de las primeras casas de la colonia Libertad, cuando la solidaridad de sus primeros habitantes fue puesta a prueba por la llegada masiva de nuevos colonos. Eran en su mayoría mexicanos expulsados por el gobierno de Estados Unidos, que así trataba de aliviar los efectos de la Gran Depresión de 1929. Cerca de medio millón de mexicanos fueron expulsados entre 1930 y 1935. Muchos de ellos eran viejos residentes y aun nacidos en Estados Unidos, todos

con el pecado de ser de origen mexicano, cuyas señas raciales eran suficientes para ser expulsados hacia México. Como se sabe, en aquellos años Tijuana no estaba aún comunicada con Mexicali más que por territorio estadunidense. Esto hacía que los que llegaban expulsados de Estados Unidos a Tijuana, quedaran, algo así, como en un callejón sin salida. Muchos de ellos decidieron asentarse tan cerca como fuera posible de la frontera, con la idea de regresar a Estados Unidos una vez pasada la crisis. Entre ellos había quiénes habían nacido en Estados Unidos y ya no tenían ligas familiares con México. En su afán de quedarse lo más cerca posible de su país de nacimiento, se asentaron en la colonia Libertad. La colonia creció con gran rapidez y pronto los que venían de Estados Unidos fueron la mayoría de los residentes. Pronto también se integraron a la comunidad para identificarse como una sola.

Estas expulsiones fueron una fuente de enriquecimiento de la variedad de habitantes de la colonia Libertad. Algunos de los expulsados eran intelectuales que habían huido a Los Angeles después de la derrota electoral de su líder, José Vasconcelos. La colonia Libertad albergó entonces a sus primeros intelectuales y profesionistas; en cierto sentido, gracias a las expulsiones de mexicanos que ocurrieron desde 1930 hasta 1935, la colonia se acrecentó bastante. Algunos recuerdan las escenas comunes del paso de las *trocas* llenas de gente con sus pertenencias cruzando el famoso Puente de la Marimba, que daba acceso a la colonia Libertad desde el centro de Tijuana. Le decían el Puente de la Marimba porque está hecho de tablones de madera que iban sonando conforme los pisaban las ruedas de los vehículos. Para muchos de esos expulsados el nombre de la colonia les resultaba paradójico. No había sido su decisión dejar sus trabajos y sus casas en Estados Unidos. Por otra parte, el principio de los años treinta vio uno de tantos contrastes que caracterizan la vida fronteriza. Del lado estadunidense ocurría un auge de la construcción y la actividad económica; todo ello con capital, tecnología y control de ciudadanos de ese país en crisis. A la colonia Libertad llegaban obreros calificados y algunos profesionistas que pronto fueron absorbidos por las construcciones del Casino Agua Caliente, el frontón, el nuevo hipódromo y la presa Abelardo L. Rodríguez. En la propia colonia

Libertad se construía la escuela Venustiano Carranza y surgían nuevas construcciones para los negocios que empezaban a buscar clientela de ingresos crecientes de la colonia. En esos años surgió la panadería "La Espiga de Oro".

Aun así, la colonia Libertad no perdía su carácter proletario. Eran ya los años treinta y aún se veía a don Serapio con su rebaño de chivas por las calles de la colonia. Era famosa en la comunidad doña Mercedes que tenía unas doce o quince vacas, con las que circulaba por las calles de la colonia en amena plática, a quienes llamaba con nombres propios. Se le oía a doña Mercedes hablar en tono de amistad a una vaca de paso lento y cadencioso: "Oye tú, Josefina, ¿qué te hizo mal el forraje? ¿Por qué te ves tan enojada?", y otra vaca: "Carolina deja de molestar a la Güera [otra vaca, por supuesto], llegando a la casa me las pagas". El escenario de la colonia Libertad de los años treinta, no estaría completo sin los chinos que vendían pan, por las calles de la colonia, en canastos que cargaban sobre su cabeza. Aún en los treinta, muchos habitantes de la colonia trabajaban para granjeros japoneses que cultivaban hortalizas río abajo. Por ahí estaba el rancho de don Chon, famoso por sus tunas y por los versos que dedicaba a los políticos locales desde la impunidad que le daban sus alegados cien años de edad. Cuántas veces fueron los versos del viejo don Chon el tema central de las tertulias de la colonia Libertad.

De pronto, llegó el gobierno de Lázaro Cárdenas. Como una bomba cayó en la colonia y en todo Tijuana el cierre de los casinos y la prohibición del juego en territorio nacional. Era el año de 1935. Muchos habitantes de la colonia Libertad se quedaron de pronto sin trabajo con el cierre de grandes negocios que empleaban a cientos de tijuanenses. La primera reacción fue de desconcierto. Algunos empezaron a buscar trabajo en San Diego, iniciándose entonces lo que años después se popularizaría con la imagen del fronterizo "pasaporteado" o "tarjeta verde", que vive del lado mexicano y trabaja legalmente del lado estadunidense. Hay que recordar que muchos de los residentes de la colonia Libertad habían llegado de Estados Unidos. Fue a raíz del cierre de los casinos que se inició un éxodo de retorno a Estados Unidos de muchos de los habitantes de la colonia Libertad, que poco antes habían

llegado expulsados. No fue éste un retorno masivo a nivel regional. Fue más bien un fenómeno particular de la colonia Libertad, que aún recuerdan los sobrevivientes y que se explica por las condiciones de aislamiento en las que se vivía en Tijuana respecto del resto del país, fuera de la península, como por la historia peculiar de este asentamiento humano fronterizo.

Ninguno de los veteranos informantes recuerda con resentimiento la decisión del presidente Lázaro Cárdenas de cerrar los casinos. Por el contrario, en poco tiempo la medida había ganado apoyo popular a pesar de los efectos negativos sobre el empleo. La medida fue mejor entendida en su contexto nacionalista cuando se supo que entre los dueños de los casinos estaba nada menos que el famoso gángster Al Capone, quien había entrado en sociedad con un expresidente de México para explotar uno de esos casinos en Baja California. La medida del presidente Cárdenas fue el origen de la apertura de Las Vegas, Nevada, como centro de diversión y juego. Los empresarios de los casinos de Baja California fueron precisamente los que abrieron los primeros casinos en Las Vegas. El presidente Cárdenas pensó que la mejor protección del territorio, a falta de poderío militar, era el poblamiento de las áreas fronterizas del norte de México que habían sido codiciadas por los estadunidenses, particularmente de la península de Baja California. No era sólo la defensa frente a una eventual invasión, a lo que respondía la estrategia de Lázaro Cárdenas, sino la recuperación del control sobre los recursos naturales de Baja California, particularmente de sus ricos valles y sus bellas costas. El régimen de Porfirio Díaz había seguido una política de puertas abiertas sin reservas a los inversionistas estadunidenses; esta política entreguista resultó en que se convirtieran éstos en dueños de todo lo valioso de la península. El reto de Lázaro Cárdenas era dar vigencia al artículo 27 constitucional por las vías legales. Se trataba de recuperar, dentro de lo dispuesto por nuestras propias leyes de protección a la propiedad, las grandes extensiones bajo el control de empresas extranjeras como la famosa Colorado River Land Company, en un tiempo dueña de las ricas tierras del Valle de Mexicali. Cárdenas lo logró a base de confiar en el nacionalismo de su pueblo. Fueron esos hombres con el mismo espíritu

de la Liga Nacionalista y el sindicato Alba Roja, que en Tijuana hubieran conquistado los empleos de manos de extranjeros, a quienes ahora Cárdenas exhortaba al poblamiento de la península. Su estrategia funcionó bajo el más riguroso apego a nuestras leyes. Hacia el final de los años treinta se había terminado la etapa de colonización extranjera de *facto*, que se caracterizaba por el control extranjero de los recursos agrícolas de Baja California. Los vecinos de la colonia Libertad fueron testigos de esta proeza de un presidente patriota. De ahí la devoción que perdura hasta nuestros días en Tijuana hacia el presidente Lázaro Cárdenas.

Así como el nacimiento de la colonia Libertad no puede entenderse sin el contexto de las luchas sindicales que caracterizaron el desarrollo social de Tijuana en los años veinte, el crecimiento y la vida social, económica y cultural de esa colonia no se puede entender sin los procesos de migración, tanto interna -del sur de México a Tijuana-, como internacional -de Tijuana a Estados Unidos- y en retorno de Estados Unidos a México. Fueron los inmigrantes mexicanos expulsados de Estados Unidos entre 1930 y 1935 quienes poblaron la colonia Libertad poco después de su fundación. Con el cierre de los casinos en 1935 se hizo común que los habitantes de la colonia Libertad tuvieran un trabajo en el otro lado y continuaran viviendo en la colonia, yendo y viniendo todos los días, cruzando la frontera. Después de 1935, siguieron llegando migrantes de retorno, incluidos aquellos que respondieron al programa de repatriación del presidente Lázaro Cárdenas, programa que abarcó desde 1935 hasta 1940. La mayor parte de estos migrantes repatriados que llegaron a Baja California, se dirigieron a las zonas agrícolas y poblaron los ejidos en tierras de cultivo que estaban antes en manos extranjeras. Una minoría de esos repatriados se quedaron en las ciudades bajacalifornianas. Sólo algunos de ellos se instalaron en la colonia Libertad. Luego vinieron los años de los "convenios de braceros" que empezaron en 1942 y terminaron en 1964. Fue durante esos años que la colonia Libertad pasó de dos mil a ciento veinte mil habitantes aproximadamente.

La Colorado River Land Company y el asalto a las tierras (1937)

Durante el gobierno del dictador Porfirio Díaz, se conceden a Don Guillermo Andrade, mexicano acaudalado y Cónsul de México en Los Angeles, estado de California, E.U.A., 358,235 hectáreas de tierra localizados en el extremo noroeste de la República Mexicana, a través de un contrato de compra-venta cuyo costo fue únicamente simbólico.

En el año de 1904, Andrade, a su vez, formaliza la venta de la propiedad, tierra, agua y derechos a una compañía estadounidense, tal como lo comunica a los escasos residentes del pueblo de Mexicali situado en el actual valle de Mexicali que en aquel tiempo era conocido como el Imperial Valley mexicano: "Por el presente aviso, hago saber a Usted que he vendido a la Colorado River Land Company, S.A., y sus predecesores, los terrenos comprendidos entre el Río Colorado y la Sierra Cucapá, y desde la línea internacional hasta la boca del río Hardy, en este Distrito Norte de Baja California..."

Con esta operación mercantil pasan a poder extranjero 800,000 acres de tierra, colindantes con los Estados Unidos de Norteamérica y situadas en el Delta del Río Colorado, en franca violación a los contratos firmados por Andrade con el gobierno federal, y se formaliza la propiedad que esta compañía venía ya usufructuando desde 1889 cuando se constituye la Colorado con Guillermo Andrade como uno de sus socios.

Una vez dueña de los terrenos, La Colorado inicia el desalojo de unos cuatrocientos vecinos asentados en la zona, algunos de ellos desde hacia

veinticinco años y se formaliza así el despojo de las tierras seculares de los indios cucapá.

Las tierras, inicialmente fueron dedicadas a pastoreo y posteriormente se dedicaron a cultivo algodonero, a la cebada, maíz y alfalfa. Para 1908 sólo 6,900 acres de tierras cultivables, en ese mismo año, se registra oficialmente la primera cosecha de algodón.

Al extenderse el cultivo de algodón, se introdujo una agricultura altamente modernizada para su época: el desmonte y nivelación de los terrenos trajeron al Valle la introducción de maquinaria pesada; para el sistema de riego se construyeron diques, bordos, canales y drenes que llegaron a alcanzar una extensión de 3,670 millas, el algodón del Valle de Mexicali alcanzó fama mundial y La Colorado River Land Co. las utilidades. Al fin de la primera guerra mundial, la producción algodonera anual ascendió a 18 millones de dólares vendidos por la Colorado al mercado internacional. Sin embargo, debido a la falta de rotación de los cultivos, las fértiles tierras del Valle entran en un grave proceso de erosión.

La Colorado, para trabajar su enorme latifundio arrendaba o subarrendaba sus predios. Inicialmente otorgó contratos de arrendamiento para la explotación del cáñamo silvestre que abundaba en el Delta del río, posteriormente para cultivo agrícola. En previsión de futuros reclamos por la tierra, los ciudadanos mexicanos no fueron, para la compañía, considerados como arrendatarios óptimos, de tal suerte que los principales usuarios de este peculiar sistema de organización del trabajo fueron ciudadanos chinos, japoneses e hindúes. Los cinco mil jornaleros mexicanos que en esta zona habitaban, vendían su mano de obra a los arrendatarios.

Esta situación generó una intensa inmigración de jornaleros extranjeros que llegaron a duplicar la población mexicana. Así tenemos que en pleno auge algodonero, el 80% de la cosecha era levantada por 8,000 jornaleros asiáticos de los cuales 7,000 eran chinos, 500 japoneses y 200 hindúes aproximadamente.

Pese al enorme desarrollo económico del Valle, la ciudad de Mexicali crecía en otra dirección: se había desarrollado una gran industria paralela

78

de cantinas, prostíbulos y casas de juego donde una clientela estadounidense convertía el pueblo en su centro de diversión. De esta manera, el juego, el vicio, la prostitución y el tráfico humano de orientales se convirtieron en la principal industria y fuente de ingresos de lo que ahora es la digna ciudad de Mexicali.

"Las injusticias de la Colorado con los mexicanos que venían del sur eran muy seguidas. La compañía les quitaba todos sus fierros, su arado, su araña, todo, nomás se atrasaban con algún pago; o bien les cortaban el agua tan necesaria para los cultivos". Con estas palabras Don Jeremías Guillén describe la actitud de inaceptable despotismo con que conducía sus negocios La Colorado, que dominaba todas las esferas de la vida regional y vigilaba sus intereses con un amplio regimiento de guardias blancas.

Incipientes rebeliones campesinas surgieron casi desde el momento en que surgió la compañía. Desde ese entonces el proceso de nacionalización se acentúa en la medida en que el latifundio extranjero crece:

- Los hermanos Flores Magón en 1911 y los hermanos Alejo en 1914 manifiestan su repudio contra el latifundio por su abierta discriminación hacia los mexicanos en beneficio de japoneses, chinos y estadounidenses.

- Hacia 1916 el entonces gobernador del territorio, Coronel Esteban Cantú decretó la nulidad de los contratos de varias compañías colonizadoras, les requirió el pago de contribuciones atrasadas y la embargó poniendo nuevas porciones de tierra a disposición de los mexicanos, así nacieron las colonias Sonora, Herradura, Abasolo y más tarde la Zaragoza y Benito Juárez.

- En 1919 volvió a crecer el espíritu de reconquista de la tierra y varios campesinos encabezados por Don Miguel Vildósola elevaron la petición de colonización apoyados por el Coronel Cantú, pero quedaron truncas estas inquietudes debido a que el Gobernador fue retirado de su cargo en 1920.

- La primera toma de tierra la encabezó el revolucionario Villista Marcelino Magaña Mejía en mayo de 1922, quien logró arrancar algunas

hectáreas de La Colorado, donde se fundaron las colonias aledañas a la ciudad.

- En 1930, los campesinos residentes en Estación Sesbania y Alamo Mocho, hoy ejidos Cuernavaca e Islas Agrarias, iniciaron una lucha para ser dotados de tierra que La Colorado River poseía, obteniendo como única respuesta el arresto y el envío a las Islas Marías.

- Los campesinos inconformes, unidos en una Federación Campesina y procedentes de cuatro comunidades agrarias -Michoacán de Ocampo, Miguel Hidalgo, Guadalupe Victoria y Francisco Javier Mina- optaron por llevar a cabo el asalto a las tierras de los ranchos II, III y V de la Chinesca, el 27 de enero de 1937, tal y como quedó asentado en el acta levantada relatando los hechos:

"El día 27 de enero de 1937, reunidos 46 miembros que integran la comunidad agraria Michoacán de Ocampo y bajo la dirección de su Comité Ejecutivo Agrario, salimos de la colonia Pacífico a las 7:00 de la mañana para dirigirnos al Rancho II de la Chinesca y tomar posesión de la tierra para hacer sentir la fuerza agraria en este lugar, para ver si de este modo nos son resueltas nuestras peticiones de tierra de la cual carecemos".

La Compañia, apoyada en argucias y prestanombres, continuaba retrasando el fraccionamiento de sus tierras y evadiendo cumplir el compromiso de colonización que estipulaba vender tierras a mexicanos a precios módicos y con facilidades. Ante semejante resistencia y dado el desbordamiento de los núcleos de campesinos solicitantes de tierra, el gobierno de República hubo de actuar con toda energía.

En la ciudad de Oaxaca, Oaxaca, el 14 de marzo de 1937, el General Presidente Lázaro Cárdenas del Río, dicta las bases para normar la tramitación, resolución y ejecución de los expedientes agrarios en el territorio de Baja California. Con este decreto se da legalmente por eliminado el inmenso latifundio; para el 5 de junio del mismo año, se habían constituido ya 38 ejidos con posesión provisional y 20 ya en posesión definitiva. El reparto de tierra alcanzaba casi las 100 mil hectáreas.

La justicia agraria iniciaba su proceso y la soberanía nacional encontraba así su mejor aliado y conquistaba una reivindicación más.

He aquí, a continuación, los relatos de 3 de los participantes de este histórico asalto a las tierras del Valle de Mexicali:

"Eran como las once de la noche, todos habíamos hecho lumbraditas pa' hacer café, frijolitos y los que tenían, hasta tortillas estaban haciendo. Ya nomás estábamos esperando que llegaran los esbirros de la Colorado, como les decía Hipólito, y entonces dijo el compañero que nos representaba: "listos compañeros, yo creo que ahí viene el gobierno por nosotros, pero no hay que echar pie atrás"; fue entonces cuando vimos unas lucecitas y llegó el Coronel Orozco preguntando por Hipólito.

Le dijimos que no sabíamos dónde estaba y entonces dijo: "Pues miren señores, ustedes están violando la Ley, estas tierras de Baja California no son ni mexicanas, estas tierras son extranjeras", entonces un compañero que se llamaba Serrano y hablaba muy bien le contestó: "Me dispensa mi coronel, voy a hablar unas palabras, me admira y sentimos tristeza mi coronel que, con todo respeto, siendo ustedes unos guardianes de nuestra República, nos digan que estamos pisando tierra extranjera; nunca pensamos que nos fuera a decir esto mi coronel, y si aquí nos fusilan, pues que nos afusilen, pero estas tierras son de nosotros y las vamos a agarrar dentro de la ley". (Pedro Pérez).

"Al otro día, después del incidente con el coronel Orozco, como a las 10 de la mañana llegaron unos troques con soldados y un capitán se bajó y nos dijo: ¿Quién es el representante de este grupo? El señor Guillén le contestamos. Pues me va a acompañar al pueblo. Fue entonces cuando le dijimos: Mi capitán, si se lleva a nuestro representante, se va a tener que llevar a todos nosotros o si no a ninguno. Entonces, dijo, súbanse todos a los troques y en ellos estaban unos soldados con sus máusers apuntándonos. La tierra tenía una bandera roja, grande y entonces dijo: quiten esa bandera, fue entonces cuando un viejito que se llamaba Félix le dijo: "Mi capitán, venga y quítela usted, pero yo no lo voy a dejar y primero me mata que quitar esta bandera, que yo la estoy cuidando". "Bueno, dijo el capitán, déjela, y se quedó el viejito cuidándola ahí mientras todos nos íbamos en los troques". (Emigdio Mora Pantoja).

"Nos llevaron al Palacio de Gobierno y nos bajaron de los troques, un teniente con la espada en la mano nos preguntaba los nombres. Y ya

adentro nomás se oía allá el corrido de Pancho Villa, el de Zapata, el del General Cárdenas; nombre, nadie estaba triste. Todos contentos y decían, si nos matan, que nos maten, pero vamos a morir por la tierra.

Nos habían dicho que nos iban a mandar a las Islas Marías, y por ahí oscureciendo entró un coronel y dijo: "Señores, todo el que vaya nombrando se va haciendo para acá... ¡Fulano! ¡Sutano!... "y así, hasta que nos nombró a todos, luego el coronel sacó un telegrama y dijo: "este telegrama le llegó al Gobernador y es del Presidente, dice que inmediatamente los demos libres, y por eso a todos los vamos a llevar a sus chozas", luego entonces gritó uno: "si dijeron que nos iban a mandar a las Islas Marías, que nos manden", todos nosotros le dijimos: "cállate hombre, no vaya siendo que sí nos manden". (Dionisio Pantoja).

Don Zeferino: bracero repatriado

*Laura Cummings**

Cuando me echaron de Estados Unidos, fui pa'mi tierra, pero ya no me gustó. Y luego eran los mismos parientes que me dejaron desamparado cuando quedé huerfano. ¿Para qué los quería yo estar mirando? Mejor yo y otro hombre nos fuimos de Irapuato a Chihuahua a pie. De allí fui hasta Mexicali. Allí estuve unos días. Luego fui hasta Maneadero. Allá hice una casa de adobe con piso de madera y me estuve como dos años. Me gustó mucho, pero en aquellos años casi no había agua allí, así es que me vine para acá, La Misión. Aquí el río corría todo el año.

Pero todo aquí fue de los Crosthwaite, de raza inglesa. Tenían todo el valle y mucho más. ¡Un mundo de ganado! Tenían todo cerrado aquí.

Sí, la historia de cómo entramos aquí es otra historia. ¡Fue trabajoso! Te lo pueden decir las balas que quedaron enterradas en las murallas ahí a un lado de la escuela.

Yo fui el representante de un grupo de personas que querían entrar aquí en los años de Cárdenas. Estuve yendo al palacio municipal de Tijuana y al palacio de Mexicali para que declararan aquí en el valle "zona federal". Dormía en un cañón a la entrada a Tijuana. ¡Ese fue mi hotel! iba e iba, hasta que del Presidente de la República recibieron la orden en Mexicali de declarar aquí la zona.

Luego mandaron a un representante del Presidente al valle, un ingeniero de México, para hacer constar la orden con los Crosthwaite. Citó una junta allá donde está la escuela ahora, y cuando todos allí

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas UNAM-UABC.

estábamos, todavía no llegaban los Crosthwaite. Pues, al rato venían llegando todos ellos a caballo. ¡Y en vez de entrar nos quisieron sacar a balazos!

Pero aquel ingeniero, también fue hombre sin miedo... ¡Sacó la pistola y se puso a contestarles! ¡Eso no lo esperaban y arrancaron pa'bajo otra vez! Y así es como comenzaron a ablandarse.

En ese tiempo cuando andábamos empezando el ejido, fuimos un grupo a Ensenada a ver un ingeniero de la Reforma Agraría para pedir que nos aconsejaran cómo se siembra aquí, porque no es lo mismo pa'llá pa' la tierra de uno como aquí.

Pues nos escuchó y luego nos estaba preguntando que de dónde habíamos llegado. Cuando le dije que del otro lado me empezó a echar... Que yo era de los que habían abandonado la patria, y luego que llegan a pedirle al gobierno, sin nunca haber hecho nada por México. Se me subió el coraje y abrí la camisa. Creo que la rompí. Le enseñé la cicatriz de la bala aquí en la panza y le dije:

-¡Esto es lo que hice por México! ¡Dí mi sangre! ¡A ver si usted puede decir lo mismo! Y no vengo a pedir ni un centavo. No más lo que está en la constitución.

¡El consejo de cómo sembrar!

Nos íbamos a dar de guantadas, pero los que estaban allí nos separaron. No nos dejaron.

Yo no escogí mi terreno. Un ingeniero del gobierno los repartió y este terreno fue el que me tocó a mí. A mí no me gustó, ni a nadie le gustó este terreno, pero ni modo, comencé.

Pues después, y ahora, son muchos los que me envidian la tierra. Es muy húmeda y da tan bonito el frijol y el maíz.

Un día andaba yo afuera en la parcela cuando llegó un grupo de hombres a caballo. Sucede que era el Gobernador del Territorio, Sánchez Taboada.

Platicamos, y el Gobernador me preguntó que qué armas tenía. ¡Pues le enseñé las manos! No tenía otra cosa... Los que venían con él se rieron, pero volteó y les dijo que se callaran. Me dijo que era muy necesario tener una arma, por los bandidos que andaban en la frontera... Gente de los dos países.

-Pues será necesario -le dije-, pero ni modo. Ahorita no tengo con qué conseguirme una.

Después, siguieron su camino.

De ahí en ocho días había caído un aguacero. El río de desbordó y había agua y lodo por todas partes. Andaba yo en las siembras cuando miré que venía caminando un hombre.

¡El lodo le llegaba hasta la rodilla!.

Al fin llegó. Era un ingeniero español. Lo había mandado el Gobernador con un rifle muy bonito como regalo. Y venía hasta con un blanco y con parque especial....

Le puedo decir que desde que me hicieron esa cuestión de la deportación hasta ahora, ya no quise yo volver a Estados Unidos. Me pongo a pensar... ¿allí, qué defiendo? Ni una pulgada de tierra donde estoy parado. No. Aquí tengo mi tierra, todo. Sé lo que defiendo.

Aquí tenemos que estar listos, pa' si se ofrece que se nos vienen encima, como han hecho en el pasado...Y lo harán otra vez, no cabe duda.

Ahora ya si voy, allí en la línea me corren a pedradas. Oh,... pero trabajé. Después de la Revolución, trabajé.

Viaje al Noroeste

*José Revueltas**

"La guerra -me dijo un agricultor de Mexicali- es dinero." Se encontraba, bañado en sudor, frente a una "catedral" inconmensurable de cerveza, en la barra de una cantina. Sin sospecharlo siquiera, este agricultor, uno entre mil idénticos, igualmente esforzados y trabajadores, expuso de la más rotunda manera, con su sola frase, lo que constituye la actitud de gran número de personas que en México consideran el actual conflicto armado como un recurso para enriquecerse, y nada más como eso, sin sentimentalidad alguna y sin romanticismos anticuados.

En la frontera norte, observando a los braceros, a los agricultores, a los comerciantes, el hecho se aprecia en toda su descarnada brutalidad. La gente se muestra febril, ávida ¿Tal vez porque desee ardientemente y con todo su ser el triunfo de las democracias? Quien creyese tal cosa se equivocaría de manera absoluta. "La guerra es dinero." Es dinero que entra por las falsas y doradas puertas fronterizas de nuestro país, de manera incesante, para enriquecimiento de algunos y miseria de los más, carestía, inflación.

Me fue presentado un hombre joven, fuerte, prieto de sol y cuyo rostro mostraba hondas huellas de fatiga. Al estrechar su mano sentí sobre la

* José Revueltas (Durango, Durango, 1914 - México, D.F. 1976). Novelista y luchador social. Es autor de *Los días terrenales, Los motivos de Caín, Los muros de agua y El luto humano.*

mía la aspereza de sus callosidades. Creí que se trataba de algún bracero o trabajador del campo.

-Soy maestro -explicó-, pero durante las vacaciones todos los maestros de Mexicali trabajamos *al otro lado*, en las pizcas.

Tampoco en este caso se trata de una contribución a la política de buena vecindad. Los maestros que han ido a California como braceros temporales, lo han hecho tan sólo a influjo del cautivador hipnotismo de una palabra americana: dólares. De paso podría decirse que los maestros norteamericanos gozan cada año de vacaciones en el extranjero donde, sin dejar de examinar las formas de la organización agrícola, estudiarán tal vez con más ahínco los sistemas pedagógicos. Con los nuestros, sin embargo, ya se ve la irónica realidad, y atribúyase a lo que sea, a los malos sueldos, a la pobreza del país o a la eterna "idiosincrasia mexicana", pero tales son los crudos hechos.

Como toda ciudad fronteriza, Mexicali es una que no acaba de definir su personalidad, su fisonomía. Apenas se levanta, y apenas, de entre sus innumerables casas de madera, comienzan a elevarse los edificios de concreto. Un Mexicali pintoresco, intenso, lleno de color, es el barrio conocido con el mote de La Chinesca y el llamado Pueblo Nuevo. Los separa de la zona comercial y residencial un zanjón de desagüe, sobre el que se tienden dos puentes, uno de ellos, el de La Jabonera, en cuyo orgulloso frontispicio puede leerse cierta aterradora prevención: "propiedad privada". La Chinesca es un pequeño barrio chino, con todo lo que tiene un barrio chino, sus tiendas, sus letreros y una multitud de gente que parece estar holgando todo el tiempo, sobre las cálidas, polvorientas aceras. Se venden ahí tostadas, tacos, discutibles *chop sueys* y, también, cigarrillos de mariguana; todo lo que tiene un barrio chino, sin dejar los fumaderos de opio. Por su parte, Pueblo Nuevo es vigoroso, recio, proletario. En ambos bulle la vida con intensidad y en ambos, también, late furiosamente el mismo signo que preside a todo el cálido valle de Mexicali: dinero.

Los habitantes de Mexicali, en efecto, soportan batalladoramente, con voluntad desesperada, todos los rigores, todos los sufrimientos, todas las vicisitudes del clima infernal, llevados por el deseo de ganancia. Y en la

joven burguesía -una burguesía que se ha hecho a sí misma, casi de la nada- hay, sin duda, la intrepidez de los pioneros. Tuve trato con algunos capitalistas o semicapitalistas de Mexicali: por el contrario de otros -digamos los de Monterrey-, no pretenden ningún blasón de aristocracia y en ellos vive aún el aliento del pueblo: apenas hace unos diez o quince años ellos trabajaban, curvados sobre la tierra. El hombre que llega a Mexicali para "hacer dinero" piensa durante el primer tiempo que, en cuanto lo haga, saldrá de la región para establecerse en cualquier otro sitio. Pero hay algo que lo detiene, algo mágico o extraño que le hace, finalmente, tener amor por esa tierra inamorosa, dura. Y ahí queda bajo el cielo sin nubes y sin lluvias, de pie sobre las extensiones de algodón floreciente.

Ese algodón floreciente es el sortilegio, el narcótico de la región, su vida actual y su peligro. De cien agricultores, noventa prefieren sembrar algodón, con lo cual están haciendo del valle de Mexicali un sistema de monocultivo, mortal para el futuro. Pero el algodón, por ahora, es lo que da dinero. Cuando llega la cosecha, el centro de la ciudad -la Avenida Madero, que es donde se encuentran los bancos- se llena de una multitud abigarrada, satisfecha, alegre. Colonos, ejidatarios, braceros, todos ocurren a depositar dinero a los bancos y en sus gestos, en su actitud plena, se advierte, quién sabe por qué, un aire empeñoso, de conquistadores, tal vez con un ligero tono de aturdimiento y de sorpresa.

Para usar un término indulgente, diré que en el resto de México comprendemos poco a Baja California. En realidad no la comprendemos, y nos aparece como un territorio poco menos que deshabitado, con gente que vive arañando la tierra, aislada, sin orientación y sin sentido. Círculos interesados de México, por ejemplo, han inventado la especie de que en Baja California existe un interés profundo y casi unánime en el sentido de que el territorio norte se eleve a categoría de entidad federal, con todos los derechos y prerrogativas.

Pero fuera de Tijuana, en donde una estación de gasolina lleva el nombre de *El Estado Libre*, para indicar, seguramente, las inclinaciones de su propietario, no encontré en todo el norte de Baja California una auténtica tendencia hacia la soberanía constitucional. El "estado libre"

88

significaría para Baja California, desde luego, la aparición de un problema nuevo: el de los políticos. Y Baja California se la pasa muy bien sin los políticos. En cambio sí hay una fuerte, justificada y necesaria inclinación hacia el establecimiento de municipios en cada lugar donde sea posible. El pueblo bajacaliforniano comprende que el municipio, como núcleo básico del ejercicio ciudadano, resultaría de gran utilidad. Y esta aspiración, que es sentimiento general de todos los habitantes, se manifiesta en todo momento, surge en las conversaciones y aflora en los mítines de todas las sociedades.

Repito que no comprendemos a Baja California y que no comprendemos los interesantes y novísimos fenómenos que se gestan actualmente en su seno. Ahí trabajan hombres de todo el país: de Guanajuato, de Michoacán, de Aguascalientes, de Tamaulipas, de Chiapas, de Yucatán, de Jalisco, y desde luego, de Sonora. Trabajan como no lo hacen en su propia tierra, es decir poniéndose en contacto con problemas del todo distintos a los que confrontan en sus respectivas "patrias chicas". Se encuentran en primer lugar con una tierra barata y libre, sobre la cual únicamente hay que poner el esfuerzo y la voluntad humanas. Antiguamente la Colorado River Land era la dueña y señora. El inmenso feudo del Valle de Mexicali -en 1898 apenas una vasta extensión sobre la cual se elevaban dos o tres casuchas que constituían la "posta" de ganado- fue adquirido por la Colorado River Land Co. a precios escandalosamente bajos y merced a las concesiones que don Porfirio Díaz hizo a las famosas compañías deslindadoras. Fue precisa la energía del general Cárdenas para que esas inmensas propiedades pasaran a manos de la nación y de ahí a las trabajadoras, esforzadas y entusiastas de ejidatarios y agricultores. Tal vez el carácter de los agricultores -que tienen todos el tipo de moderno agricultor capitalista, enérgico, sin prejuicios y liberal en sus ideas- se deba, más que nada, al hecho de que constituyen una clase creada justamente por la revolución.

El desierto y Babilonia

*Guillermo García Oropeza**

Ni Tijuana, ni Mexicali son las clásicas opciones de un viaje mexicano. Al menos si no se es un campesino queriendo "hacer la América" amarga y clandestina. Por lo demás esa frontera norte está al fin del mundo, geográfica y simbólicamente lejana. Tras de una cordillera, de una selva y de un desierto. Al final de un camino que no lo tiene o de un ferrocarril que se complica en transbordos.

El viaje hasta el extremo noroeste está entre las últimas aventuras mexicanas. Y hasta hace unos pocos años, con sabores de peregrinación israelita, incierta y peligrosa. Al menos así lo recuerda quien esto escribe cuando hace ya mucho tiempo, demasiado, en una niñez de los cuarenta. pobre y romántica (como una mala novela nacional, como una pelí1cula, como un bolero escuchado en barrio sórdido) cruzó con su padres los interminables kilómetros que separan a la meseta de la improbable tierra de promisión que fue Tijuana, la de los mil pecados.

Entonces se tomaba un tren que en pleno verano tenía la esencia de una caravana. Oscilante, dromedárico, incierto. Que se quedaba sin

* Guillermo García Oropeza (Guadalajara, Jalisco, 1937). Periodista y crítico de pintura. Autor de *Viaje mexicano* (1983).

agua o combustible en pleno matorral nayarita o entre las arenas duras de Sonora. Y luego se tomaba otro, más audaz, que de plano se metía en un desierto absoluto y por las ventanas abiertas entraba un aire de hoguera para limpiar las miasmas demasiado humanas de aquel proletariado trashumante.

Recuerdo que una estación estaba en Punta Peñasco, donde encuentra el mar Bermejo " el lugar de su quietud". La cordillera que es Baja California se iba extraviando en sures, magnífica y mineral. Quizá allí comenzó mi enamoramiento con las Californias, en aquel pasaje extraño que, ahora al ser recordado, tiene una perfecta belleza onírica. Una tarde magenta, un mar oscuramente azul, un desierto que se transforma en playa y unas casuchas de madera que se quemaban con el puro viento y que tenían el desamparo y la fealdad de uno de esos pueblos de "Western" de segunda clase.

Y luego llegaba uno a Mexicali que tenía del infierno el calor y después a Tijuana que tenía del infierno el pecado y los prestigios.

En aquella *Belle Epoque* en Tijuana se barría literalmente el oro de las calles. Los marinos lo dejaban perdido por las aceras que eran de madera y lodo en sus homéricas ebriedades, antes de ir a dejarse matar en algún Guam o en alguna Okinawa.

La ciudad era del más puro género prostibulario pero de una innegable categoría. El Hipódromo, los casinos y los hoteles tenían el lujo y la fantasía desbocada de alguna mansión de "star" del cine mudo. Uno de sus bares tenía la barra más larga del mundo y los embotellamientos del *Labor's Day* no los conocía ni el México City de Manuel Avila Camacho. Una carretera costera y deliciosa se metía, tras de la "línea" en California rica, última posada del planeta.

Pero como buena pecadora nacional, Tijuana no podía ocultar sus ruralidades. Las calles eran de lodo que en las largas secas se fracturaban como una piel muy vieja, las lluvias las derrumbaban anualmente y los que no encontraban empleo de meseros bilingües y complacientes podían hacerse de un ranchito de uvas y olivar.

En triste contraste con aquel primer acercamiento a las Californias recientemente volví a verlas y en lugar del épico tren utilicé el avión

escapista y pequeñoburgués. Y, sin embargo, llegar en avión tiene sus compensaciones. Se puede ver, por ejemplo, cómo el desierto lucha con la irrigación una guerra de trincheras, palmo a palmo y cómo el mar es como un lago prisionero de montes. Las nubes en formación, se van al sur y el río Colorado se desangra débilmente.

Mexicali no es, ciertamente, la más bella de las ciudades mexicanas. Sus calles planas se pierden en polvaderas. el clima tiene algo de obsesión o de broma de mal gusto. Los barrios pobres son como armados pueblos traídos de la desolación del desierto de Durango y los ricos son imitaciones de una suburbia americana, mala imitación, como de Taiwán o de Hong Kong.

El centro intenta todas las posibilidades de la fealdad especialmente en los restos aún demasiados vivos del viejo *Chinatown* que según se dice es la semilla original de Mexicali. Tras de la línea está Caléxico, que no existe más allá del *set* cinematográfico o de su condición de puerta a los valles de la California millonaria.

Un espectáculo para ver y meditar es el de esa frontera abierta y en ebullición en plena madrugada, cuando los "legales" la cruzan para trabajar en siembras y cosechas.

Mexicali es calor y es desierto. Sus calles se internan en él como muelles maltrechos y el calor le da a propios y extraños materia para una interminable historia contada elocuentemente en grados Fahrenheit. El calor suple aquí a la Mitología y todo el mundo recuerda aquel día que fue el más caliente de todos o aquel otro que lo fue aún más.

Pero soy injusto porque olvido la mitología pionera, los recuerdos bíblicos de cómo se abrió la tierra y se fué despojando al desierto de sus condados y sus reinos por allí, un "cachanilla" (nativo de Mexicali) nos cuenta cómo su padre, a falta de arado, utilizaba la matrimonial cama de latón, y como no había tiempo para ponerle nombre a las poblaciones que se bautizaban con el número de kilómetro que les iba tocando en aquel camino que se infiltraba entre los arenales como la humedad.

Mexicali, en un país obsesionado con el pretérito, es ciudad del futuro. Tiene esa desmesura y entusiasmo de los que son demasiados jóvenes. Su gobierno ha edificado un Centro Administrativo que será el núcleo del

nuevo Mexicali, ciudad de la que se ven ya aisladas construcciones, hoteles de lujo, *shopping centers* y un teatro sin competencia en la provincia mexicana.

Como todas las ciudades hechas "por voluntad de varón" tiene el nuevo Mexicali un algo de escenográfico e irreal. Los viajeros se acordarán de Brasilia, perdida en la llanura, gigantesca maqueta de edificios vacíos. El nuevo Mexicali es vecino de un páramo donde aún pueden verse edificaciones naufragadas de otras épocas. Contraria exacta de Guanajuato o de Taxco, Mexicali nos pide que la juzguemos por sus galas del porvenir.

Aunque Mexicali se siente la Marta evangélica hacendosa y sensata frente a la magdalénica Tijuana, no escapa a los placeres de lo fantástico.

Y uno de los más sorprendentes es el encuentro con la mejor comida china de México en ésta, la mayor de las aldeas pioneras de nuestro lejano Oeste.

Los restoranes chinos de Mexicali merecen una visita con el hambre y los ojos bien abiertos; pagodas doradas, caligrafías amenazantes, plásticos bambúes, campanitas alejadoras de los malos espíritus, dragones de triplay amarillo que se mueren de frío con el exceso del aire acondicionado, gigantescos salones donde una clientela que parecía a punto de iniciar una balacera de las de un corrido, gusta con refinamientos mandarinescos de agridulces delicias, de tiburones hechos sopa, de camarones artísticos, de frutillas desconocidas.

Para el viajero que continúa a Tijuana, Mexicali le dará una de las emociones estéticas más insospechadas de un viaje mexicano: el desierto y la impotente Rumorosa.

El desierto, amenazado por la ambición de los algodonales, es todavía ancho ancho y muy libre. El camino se va aventurando en él no sin un cierto temor de insolaciones fulminantes, pero muy pronto la sierra comienza a subir y el desierto se convierte en uno de los más bellos, extrañamente bellos, paisajes de México. Las rocas se agrupan en almenas, torreones y castillos destruidos por una guerra de hace milenios. Este ambiente mineral nos sugiere más que la Tierra a un planeta puro, libre de verdor. Pronto podemos contemplar también la

Laguna Salada, lugar recuerdo de algún mar prehistórico dejó aquí. La laguna y el desierto, afirman la horizontal frente a los encrespamientos de la Rumorosa (nombre maravillosamente sugestivo y popular para esta cordillera hermosa y violenta). Como en todo paisaje, la luz es el elemento olvidado y la luz aquí es tan blanca como la sal y quizá tan corrosiva.

No se trata de la civilizada luz que pintó Velasco en sus Valles del Altiplano sino de una deslumbradora presencia y aparición que produce un sagrado espanto, como en las visitaciones bíblicas de Dios. Luz salvaje, elemental, imperiosa, soberbia. El cruce de la Rumorosa le sugiere al viajero imagenes extraterrestes. Se piensa en Marte, Júpiter o en alguno de tantos mundos poblados únicamente por las rocas, el polvo y la luz. Sólo ciertas imagenes demasiados terráqueas nos rompen la ilusión planetaria: al fondo de los barrancos se retuercen autos y camiones que fueron atraídos por la sirenas del abismo. El camino de la Rumorosa compite en peligro con los más osados de México, pero es único en el ascetismo de su estética.

Pero la fuerza de subir metros dejamos atrás el desierto extraterrestre y a una altura de Tecate estamos de nuevo en los reinos de la vegetación. Tecate es una estraña mezcla: pueblo del Oeste con caballitos y serpientes de cascabel (al parecer una de las artesanías locales es la caza de crótalos para elaborar contravenenos) y del mediterráneo. Ya que Tecate es tierra de viñas y de olivares. Tecate es, pues, España en el "Far West" con un clima frío y sereno, con inagotables lluvias invernales y pastizales donde podemos encontrar todos los ocres.

Más adelante está la Presa Rodríguez que nos anuncia que nos acercamos a Tijuana, Babilonia del Oeste. Y uno que espera encontrarse con la ciudad pecadora, obscena y seductora, se topa con una sucesión de ciudades agarradas peligrosamente a las colinas de polvo y que sumándose van formando un caos. Un caos magnífico dirán los aficionados de Tijuana; algo así como un cementerio de automóviles o un Monte de Piedad. Las ciudades del sur que son propias como señoritas quedadas se horrorizarían ante este desorden y lozanía de hembra cargada de dijes y plumajes.

Tijuana, la ciudad del final ocaso, es un campamento, una efímera fundación en torno de una mina. La mina aquí es el turismo más abundante y más coprófago de México: esos millones de californianos exóticos, multicolores y demenciales que vienen a Tijuana a buscar el exotismo, el colorido y la locura.

Tijuana es una extraña mezcla del lujo y de la baratija; tiene hoteles absurdamente elegantes, obras públicas evidentemente costosas, almacenes de refinamientos únicos en el país y la buena fama de tener dinero y, sin embargo, parece ser toda ella una especie de Cartolandia sujeta a los caprichos de los vientos o de ese río torrencial que cada año amenaza con raptársela. Si a esto añadimos el peligro geológico de la Falla de San Andrés que lanzaría a Tijuana al abismo del mar, nos damos cuenta que como buena pecadora sobre Tijuana se cierne el castigo edificante, y como buena pecadora a Tijuana todo esto no le alarma en lo absoluto.

Cuando hablamos de los pecados de Tijuana lo hacemos, lamentablemente, de tiempos pasados. Pues, efectivamente, hace algunos años la ciudad vivió excesos e inconveniencias que la hicieron célebre y envidiada. Pero la moralización no la ha perdonado y Tijuana se enriquece con el comercio y con la aparencia y recuerdo de sus faltas. Los turistas ya sólo van a ella a entregarse al muy menor placer de sentirse canallas.

Si México tiene su Paseo de la Reforma, Guadalajara su Avenida Vallarta o San Luis Potosí su Venustiano Carranza, Tijuana tiene su Avenida Revolución donde condensa prestigios y portentos. El viajero tendrá que despojarse de prejuicios estéticos para gozar la muy peculiar belleza u horror de "Revolution street". A primera vista parecería simplemete espantosa con sus edificios como de yeso ahogados entre marañas de neón, pero ya que el ojo se acostumbró a tales discordancias y sacudimientos se empiezan a percibir sus esplendores babilónicos. El hotel Caesar's, cuna de la homónima e internacional ensalada, se levanta con su puro estilo "nostalgia" en una mezcla única de misión californiana y de casino. Y es que Tijuana es un sueño hollywoodense de México mal realizado por manos mexicanas. Las aceras de la Avenida Revolución son permanente circo de tres pistas, donde los turistas realizan sueños

infantiles no exentos de una alta dosis de cretinismo, como el de fotografiarse con un mal sombrero charro montando un burro que, para mayor injuria, se ha pintado como cebra. Y por cierto algunos de estos burro-cebras, ignorados por la zoología fantástica de Borges, reciben de sus clientes el insólito premio de una cerveza muy fría y espumosa. La impudicia de Tijuana frente a esos turistas tiene algo de divertida tolerancia, turistas que vienen a comprobar una vez más la certera frase de H.L. Mencken quien decía: "nadie quebró jamás subestimando el mal gusto del público norteamericano".

Y uno quisiera que Tijuana conservara todas sus locuras, aun cuando algún día, Dios no lo quiera, llegue a ser una ciudad respetable de ésas llenas de oficinas y chimeneas. Como a Guanajuato, o como a Morelia, debería declararse a Tijuana monumento nacional. Monumento nacional del *kitsch* , del mal gusto elevado al nivel de la belleza o la ternura.

El centro de Tijuana es un bazar compuesto por pasajes sospechosos donde todo se vende, cueva del dragón de mil ojos donde los turistas se meten con inocencia de manzana, pero Tijuana es sobre todo la tentación. La que se materializó en la vida nocturna más violenta de este país tan puritano (como en aquella increible Zorra Azul, cabaret de innombrables excesos), y ahora en las apuestas por galgos o caballos, en los fáciles divorcios (o lo que es peor, matrimonios) y en una parodia sangrienta del mundo de los toros que haría temblar de rabia a un aficionado de los de puro y cordobés. Parodia que incluye el lanzamiento al ruedo de claveles o prendas íntimas por *girls* que mejor se hubieran quedado en su casa haciendo un *apple pie*.

Pese a todo Tijuana progresa y es cede de un capitalismo vigoroso, mezcla del método americano y del ingenio mexicano u oriental. En la ciudad circulan leyendas de grandes fortunas hechas de la mañana a la pecadora noche, biografías de millonarios que se dan el lujo de levantarse, entre estas colinas efímeras, improbables castillos franceses.

Entre las cosas que distinguirían a Tijuana (y al estado en general) es su distinto estilo político. Aquí los pretendientes del poder han copiado de los norteamericanos la sencillez y la familiaridad. Por su nombre de pila, sin más adornos y apellidos, se anuncian alcaldes y gobernadores,

quienes hacen de la campechanía su mayor virtud. Saben que un fronterizo jamás votaría por uno de esos insoportables y pomposos *tecuhtlis* del sur. Por lo demas Tijuana ha sido lealmente disidente y opositora a los excesos de nuestra monarquía revolucionaria y sexenal. Tijuana protesta (junto con todo el norte) contra ese centro azteca que explota sin ayudar y sin comprender.

Los nómadas del mar: San Felipe

*David Martin del Campo**

Le dicen El Chilo. Se llama en realidad Fausto Cota Garzón y nació hace 37 años en Novillero, Nayarit. La cachucha negra de beisbolista que lleva y su andar sinuoso, como si caminara entre piedras sueltas, delatan su condición de pescador. "No, eso se acabó; ahora andamos de veladores", nos dice este hombre precozmente envejecido. Surcos arrugados y media cabellera encanecida inscriben su rostro como el de alguien que ha dormido poco en una vida trasegada fundamentalmente bajo el sol.

Estamos en el codo casi del Golfo de California, mirando las evoluciones pausadas que efectúa un pequeño aeroplano de lona y estructura de aluminio. Abajo de nosotros se extiende una playa amplísima (aquí se registran las más intensas mareas del país) colindante con aquella alfombra de turquesa líquida que en 1535 bautizaron como Mar de Cortés. Éste de San Felipe es el puerto más próximo al estuario del río Colorado, cuyo menguado caudal, procedente de Wyoming, fluye salitroso después de haber lavado los valles australes (Imperial, Coachella, Palm Springs) de la perdida California.

El aeroplano de juguete viene del mar, pasa sobre nuestras cabezas y podemos advertir las gafas espejeantes del piloto. "Lleva gasolina para dos horas", comenta El Chilo al mirarlo, demostrando satisfecho su proximidad con la ciencia y con el campamento de trailers que él se encarga de vigilar.

* David Martin del Campo (México, D.F. 1952). Novelista. Es autor de *Isla de lobos*, *Mil millas* y *Esta tierra del amor*.

Fausto Cota es uno de los 578 mil habitantes que tiene este municipio de Mexicali. Municipio costero, como otros 148 que hay en el país.

Fausto Cota, El Chilo, participa en ese 12.7% de la población mexicana que vive junto al mar. De hecho, nunca lo ha dejado. Arruga el entrecejo, concentra la mirada en el horizonte, al oriente, donde dos puntos blancos parecen surcar las aguas. No después de mucho tiempo, dice: "Aquel que va adelante es Adolfo Ramírez, de Yávaros. El de atrás quién sabe". Flexiona una rodilla y descansa un codo en ella. Nos pregunta que a qué viene tanta preguntadera. "Ah, para un libro; yo una vez leí uno, pero como no tenía dibujos no pude seguir." Retoma el hilo del relato, no sin pedirnos de nueva cuenta un cigarro.

-Unas veces descargábamos en Guaymas, otras en Topolobampo, era muy raro que subiéramos hasta San Felipe. Uno o dos días nos quedábamos consiguiendo todo lo necesario: baterías, agua, petróleo, gasolina, verduras, refacciones, sedales y anzuelos, sal, alguna chamarra, un buen radio, periódicos, blanquillos. . .¿La sal? Pues nos servía para la salazón del tiburón; si no se descompone. Las radios son la mejor compañía en el mar; no lo dejan a uno marearse con sus ideas. Acampábamos en las islas, entre las piedras, con tablas, cartones y pedazos de tela. No joven, acá nunca llueve, qué esperanzas. Bueno, llegamos aquí por la brisa. Fue en octubre de hace dos años. No, creo más bien que en 82, sí, en 82. Algunos estábamos en el campamento de puerto Refugio, en la punta norte de Angel de la Guarda, y decidimos refaccionar en Puerto Peñasco, que está de ahí como a siete horas con todo el motor. Puro norte hay que ir buscando, norte, norte, puro norte. Salimos tres lanchas después del mediodía. Yo llevaba a Valeria y a la niña, que estaba de brazos todavía. Ibamos a ver también al doctor en Peñasco. Al anochecer sentí que el motor cabeceaba mucho, así que bajé la marcha y dejé que las otras lanchas nos rebasaran. Haríamos una hora más. Hasta se arrullaron Valeria y la niña; iba así, parado junto al motor, buscando las luces de los otros, cuando ¡ya! se quiebra el motor. Antes no hizo explosión. Traté de desarmarlo, quemaba de lo caliente, y con mi linterna, pues cuándo. Los otros nos perdieron, muy confiados en que les cerrábamos la cauda. Se le había quebrado un pistón a la mitad,

y así pues cuándo. Nos quedamos esa noche y todo el día siguiente esperando, pero no nos hallaron, o no nos buscaron, que no creo. Se nos acabaron las coyotas y el agua en la otra noche; el pescado seco ni probarlo, es peor la sed. Lo tiré al agua. Y yo le digo a Valeria, con el remo ¡cuándo!, así que vamos a tratar de ganar la orilla con el viento. Agarré la falda que traía y con ella iba buscando la brissa. ¡Deje usted el hambre, la canija sed! Otras dos noches nos tardamos en sentir buena brisa, que es ésta, la que viene del oriente, y a sople y sople fuimos ganando esta costa, mi pobre Valeria con todas las piernas ardidas por el sol, buscando mi sombra, no tanto por ella como por la niña, que ella si no pasó hambre. En un rato de desesperación, le digo a Valeria "me vas a perdonar, pero tu leche va a ser también buena para mí". Unos chorritos que le saqué a la pobre, pero así tibios y todo me aliviaron por lo menos la garganta, que la traía como de piedra pómez. Nos rescató un barco camaronero cerca de aquí, nos remolcó a Puertecitos, como tres horas para allá. La pobre Valeria sí se puso mala, hasta la leche perdió. Fue cuando dije, Chilo, la próxima no la cuentas. Vendí el bote y lo que me dieran por el motor. Entré al *trailer park* de don Jacinto Wall, ése de allí, y no me puedo quejar. Cobro en dólares y ya no estamos arriesgando la vida. Sí señor, este viento se puede decir que fue el que nos salvó.

La vida en la costa tiende a la desnudez, no solamente para facilitar a la piel su función templadora, sino porque las relaciones afectivas y sociales son más francas, menos encubiertas que en el Altiplano. Se llora y se goza con más facilidad; y tal vez por eso El Chilo Fausto Cota limpia una lágrima que asomó en su mirada, como quien espanta un mosquito. No se incomoda, señala hacia los botes que se aproximan a la playa y anuncia con la sonrisa del hallazgo: "La de atrás es la lancha de Elías, el indio". En una de las travesías, cuando acamparon en la isla Tiburón, se incorporó un indio seri que era repudiado por la comunidad, "creo que había matado a un tío, no sé bien", dice, y añade con orgullo: "Lo enseñe a bucear, y es el mejor almejero del rumbo. Aguanta como ballena bajo el agua".

El Chilo se ha levantado. Quiere descender de la duna para ir a saludar a sus amigos pescadores. La brisa amaina, como azorada por el sol, que

cede su peso al horizonte de cactos y piedras, a nuestras espaldas. Le preguntamos a Fausto Cota si volvería a pescar en la flotilla de sus colegas.

"No, eso se acabó. Como velador del *trailer park* anda uno con menos apuraciones." Es casi como una errante alga, y se lo decimos, según las descripciones que de ellos supimos en otra parte.

-¿Nómadas del mar? -repite-. Así nos llamaban. . . Pero eso se acabó. Ahora cada quien como puede. Quiero decir, uno es del mar aunque ya no esté con él. Luego de haber vivido tantos años montado sobre él, es difícil no venirlo a mirar un rato por las tardes. Será como el arrullo que le faltara a un niño de brazos. Así anda uno, y no se crea. . . luego hay días en que uno recuerda; pero no. Eso se acabó.

Allá va El Chilo a empujar los botes sobre la delgada resaca que escurre por la anchísima playa. Sí, es un eterno vagabundo del mar.

Recursos naturales y saqueos en Baja California

*Angel Bassols Batalla**

En múltiples ocasiones, en la propia península y en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, hemos insistido en la necesidad de someter al turismo que "invade" en hordas gigantescas la Baja California, a un cierto control y a exigir que respete las más elementales normas de la limpieza, en ciudades y en el medio rural. Se nos ha tratado de "alarmistas", de "puros" y hasta de "enemigos del turismo" (?) porque pedimos que no destruyan la vegetación, no acaben con la fauna, ni se lleven piedras de los monumentos coloniales y de las pinturas rupestres tan abundantes allá. Y he aquí que los hechos nos van dando la razón, por desgracia. El 30 de mayo de 1976 el periodista Gómez Pombo escribe en *Excelsior* : "Las playas de Baja California, en riesgo de convertirse en el mayor basurero mundial", agregando que "a lo largo de más de mil kilómetros de la Carretera Transpeninsular empieza a advertirse el precio que deberá pagar Baja California para lograr su desarrollo turístico: montones de basura que, según señaló el subdelegado federal de Turismo Mario E. Montes, "suman ya algunos miles de toneladas", quedan diseminadas cuando se retiran los turistas que llegan para vacacionar en la península..." Refiere que "latas de alimentos y cosméticos, envases de polietileno y de toda clase de

* Angel Bassols Batalla (México, D.F. 1925). Geográfo mexicano. Es autor de *Los aspectos geoeconómicos y humanos de la exploración en el territorio de Baja California* (1959).

materiales que no pueden destruirse por medios naturales - biodegradación- forman este peligro que se interna al país en pequeñas casas rodantes". ¡Existe ya hasta la contaminación por ruido de los vehículos "areneros" que circulan con gran estruendo de motores! Y la solución no está a la vista pues el municipio de Ensenada, por ejemplo, sólo destina uno por ciento de su presupuesto al turismo. Se necesitaría costruir más hoteles, gasolineras, refaccionarias para automóviles, etc., por lo que se concluye: "O se afianza la infraestructura turística y consecuentemente la inversión privada o la Transpeninsular no dará los beneficios que urgentemente necesita el Estado".

Otro ejemplo de depredación y robo: "valiosas piezas históricas de un supuesto bosque petrificado", localizado entre la sierra de San Pedro Mártir y el área de El Rosario, cuya edad se calcula en millones de años, "están siendo sacadas del país por grupos de estadunidenses que, so pretexto de investigaciones, se internan en el centro de la península". Así lo afirmo el delegado de la Subsecretaría de Mejoramiento del Ambiente, Eduardo Sánchez Corella, quien dijo que "ninguna autoridad interviene para evitar el saqueo de las joyas nacionales". ¡Y resulta que precisamente sobre esto escribimos también en 1959! Carreteras y hoteles no se han abierto en Baja California para propiciar el saqueo sino para permitir que millones de mexicanos y extranjeros gocen de sus paisajes, sus aguas y sus legados históricos. Se han creado ya algunas áreas donde está prohibida la caza y se debe respetar la flora, pero esto es urgente implantarlo en grandes sectores de la península, sobre todo en el maravilloso desierto de Vizcaíno, en el bosque de San Pedro Mártir y en el desierto de la costa oriental. Todas las misiones jesuitas deben contar con vigilancia, lo mismo que las zonas de cavernas con pinturas rupestres. Esto es tan importante como conservar la fertilidad de las tierras del Valle de Mexicali o de Santo Domingo.

Nosotros deseamos una Baja California densamente poblada, industrial y próspera, pero no a costa de la destrucción de su paisaje, del mal uso de sus recursos, sean éstos renovables o escénicos. De no ser así, lo único que quedaría en pocos decenios serían piedras sobre piedras. O ciudades "modernas" para solaz de los nuevos ricos

mexicanos o de los extranjeros, ávidos de vicio y deseosos de comprar o disfrutar de todo lo nuestro... a bajo precio. Todavía se ciernen graves peligros sobre la Baja California.

104

II. Paisajes naturales

BEST COPY AVAILABLE

Un sitio calendárico K'miai (1987)

*Everardo Garduño**

Ascender y caminar a través de los senderos habitados en lejanos años por los indios k'miai. Detenerse a aspirar el aire puro combinado de olores de trementina, de coníferas, y quedarse a esperar la llegada del nuevo sol que con su luz vendrá a habitar estos desolados parajes amenazados por el hombre actual, representa una singular experiencia que se magnifica al saberse sobre un territorio antigüamente habitado por quienes sin más remedio tuvieron que alejarse de ahí. Pero ellos, los primeros pobladores de las montañas de la Rumorosa, no se fueron, sin embargo, sin dejarnos un vivo testimonio de su cultura: su arte rupestre.

A lo largo de la península de Baja California podemos constatar, a través de las expresiones rupestres, la lejana presencia de distintos grupos tempranos. Arte rupestre cuyas figuraciones abstractas ofrecen a quienes intentan explicarlo, el tobogán placentero de la especulación, y en más de un caso le han atribuido contenidos mágicos, ceremoniales. Quienes no ven en él contactos extraterrestres, lo adjudican a la obra de shamanes, ritos o momentos de alucinación. Sin embargo, hay quienes tratan de encontrar las razones del arte rupestre aquí abajo, en la tierra, a través de sencillas analogías entre nuestra vida, nuestros valores y los de los antiguos pobladores, despojándose de ese juicio a priori de que todo cuanto es manifestación primitiva posee referencias de lo sobrenatural,

* Everardo Garduño Ruiz (Mexicali, B.C. 1958). Sociólogo. Coautor de *Mixtecos en Baja California. El caso de San Quintín* (1990).

encontrando en el arte rupestre, por ejemplo, funciones educativas, de comunicación o simple y sencillamente de recreación.

Entre los testimonios rupestres que, sin lugar a dudas jugaron una función precisa, son los estudiados por la arqueoastronomía: petroglifos o pinturas cuya función era la de medir el desplazamiento del Sol, sirviendo al hombre antiguo, como a nosotros hoy en día un calendario de pared o de bolsillo, pero con una espectacularidad mucho mayor.

En todo el mundo diversos son los sitios con esta función, como en Baja California, en donde la mayoría de los casos fueron hechos por la mano k'miai. ¿Qué impulsaba a este grupo a dominar el tiempo solar? Su cíclico peregrinar de las montañas a los valles: semillas, frutos, plantas diversas, liebres y ardillas eran algunos de sus alimentos en los sitios altos, pero al llegar el frío, y más tarde la nieve,los k'miai descendían por senderos hasta llegar a los valles. Año tras año era lo mismo, invariablemente.

Al noroeste del poblado "La Rumorosa" se encuentra un resguardo, en donde además de hallarse numerosas evidencias arqueológicas de este grupo indígena, está una pequeña figura humana de aproximadamente 25 centímetros, pintada de rojo, la cual es conocida comúnmente como "El Diablito" por poseer una especie de cuernos o antenas sobre su cabeza. Cada año, en el mes de diciembre, en el amanecer del día 21, un rayo de luz en forma de cuchilla penetra en el resguardo cruzando hasta tocar fijamente la cabeza de la figura a la altura de sus ojos: se trata de un sitio caledárico k'miai.

Los hoyuelos de 25 centímetros de diámetro formados en las piedras del lugar, son los morteros que los antigüos pobladores emplearon para pintar los resguardos, y para el caso del diablito, esos morteros sirvieron para moler el hematita u ocre rojo hasta que quedaron hechos un polvo fino; posteriormente mezclaron la pintura con agua o aceite vegetal para lograr la consistencia deseada. Para realizar la figura utilizaron algún tipo de brocha o los mismos dedos.

Pero lo más sorprendente y espectacular es lo que atestigua esta figura cada año con la recepción de un baño de luz solar sobre su cara: el solsticio de invierno que cada 21 de diciembre ocurre.

108

Si tomamos en cuenta el recorrido elíptico de la tierra alrededor del sol, el solsticio de invierno es aquel momento preciso en que nuestro planeta se encuentra en el punto más lejano del astro rey; o bien, visto desde nuestro terrestre ángulo, cuando el sol sale en el punto norte más extremo.

A las 7 horas con 10 minutos apareció el primer sesgo de luz en el abrigo con una longitud aproximada de 15 centímetros, iluminando otra figura pintada de color blanco y situada en el extremo sur de la cueva por donde inició la entrada del rayo, recorriéndose hacia el norte sobre el muro del resguardo. Ocho minutos después, es decir, a las 7:18, una cuchilla de luz llegó a la región de los ojos del diablito. 20 minutos duró este fenómeno. El delgado haz de luz se hizo menos fino paulatinamente, y ya para las 7:50, abandonó el abrigo.

El rayo de luz en forma de cuchilla sin embargo, no se dirigió en forma directa a la cara de la figura, sino que al estar cercana a ella, por un accidente del relieve comenzó a reflejarse al extremo norte del resguardo, y este nuevo haz del sol continuó su avance sobre la pintura, hacia el sur, pero al encontrarse a escasas 30 pulgadas de ésta, por otro accidente del relieve volvió a interrumpirse para aparecer en forma de cuchilla tocando con la punta finamente sobre los ojos del diablito.

Un día después, el día 22, volvimos a presenciar el fenómeno. La diferencia de un día a otro fue evidente. Pese a que el fenómeno se repitió con la misma exactitud de tiempo que el día anterior, el triángulo de luz no golpeó la región de los ojos, sino el área de la cintura y la línea del rayo no presentó la misma fineza, pues fue mucho más burda.

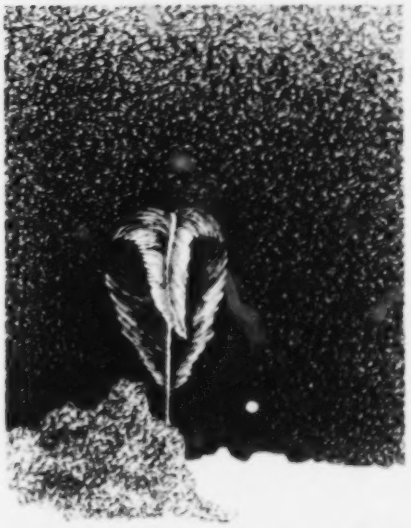
Los indios k'miai dependían del conocimiento del tiempo solar. Por ello debía dominarlo. A ello obedecen estos sitios arqueoastronómicos encontrados ya en diversos sitios de su hábitat.

Saber cuándo descender, o cuándo ascender a las montañas era una necesidad vital. Todos los años, mientras ahí habitaron los indios montañeses, llevaron a cabo su cíclico peregrinar: de la montaña al valle, del valle a la montaña. El calendario indicaba los momentos precisos para hacerlo, hasta que un día los indios k'miai se aprestaron a descender, a viajar y a no retornar nunca.

109

Visiones californianas (1919)

*José Vasconcelos**



Ensenada

Del otro lado del arroyo seco, lindero común de los dos países, se extiende la carretera polvorienta que, después de un corto trayecto, conduce al caserío de madera, pequeño y pobre, designado en los mapas con el nombre de Tijuana. Por el fondo se abre el valle, animado de praderas, rodeado de colinas, ni áridas ni fértiles, con esa capa de verdura peculiar de las sierras californianas en la cercanía de las costas. Mas ya por esta zona de la California Baja, la tierra no se halla toda labrada, sino en gran parte inculta y todavía primitiva. Una maleza de pequeños arbustos, rala y corta, se matiza profusamente con las flores amarillas de los saucos y con los tonos más violentos de otras flores silvestres, por el espacio sopla el viento ligero y penetrante de las tierras montañosas y nuevas. En las planicies ondulan algunos trigales; su verde es más delicado que el resto de los campos, cual corresponde a una planta en que ha venido interviniendo, desde los comienzos de la civilización, el factor inteligente, asiduo y perspicaz, del trabajo humano; por eso sus tallos, al mecerse armoniosamente, confortan lo más íntimo de nuestra naturaleza fisiológica; el placer de mirarlos es efecto de coincidencia entre la energía que atesoran las espigas y la energía de nuestros aparatos vitales; energías acordadas por largo hábito, al través de los tiempos, trasmutables una en la otra.

Las montañas se alzan innumerables, pero no gigantescas, simplemente abruptas, hermosas por efecto de la distancia y de la viva

*José Vasconcelos (Oaxaca, Oaxaca, 1882-México, D.F., 1959). Impulsor de la educación pública en el México posrevolucionario. Autor de *El Ulises criollo*.

luz del sol. En sus laderas apretadas se propagan arbustos y flores, que reviven el fresco de las brisas marinas. Los arroyos distan mucho unos de otros y trazan hilos de agua clara; de allí extraen su lozanía los encinos y los álamos y toda esa innumerable variedad de árboles desconocidos cuyos nombres inquiere el viajero. ¡Mañanas de sol en los campos relucientes que cada día renuevan la verdad del paraíso! Horas bochornosas del mediodía en que bestia y el hombre inclinan el cuello y dormitan al susurro de las plantas; durante ellas el buen viajero sestea, montando a caballo, asentando en el coche o en el auto, sin interrumpir su viaje...

Concluída la breve siesta, bien restregados los ojos, claras y reposadas las mentes, nos disponemos a contemplar las alturas de la sierra de Cancio. El automóvil trepida en las pendientes aprieta sus frenos en los descensos y poco a poco van apareciendo las cordilleras azulosas, ondulantes y no muy altas. No se trata de la Sierra Madre del centro de México, soberbia y magnífica como un océano, ni de los Andes majestuosos y enormes, ni del remoto Himalaya, ensueño de los místicos de todo el planeta. Estas sierras son airosas, pero sin grandiosidad, hermosas pero no sublimes; hospitalarias, más bien, y adaptables a la civillización siglo diecinueve -abundancia material y máquinas- luego se comprende que por aquí muy pronto se multiplicarán los granos y se propagarán los pueblos.

La cuesta asciende a los picos de dos o tres montes de más de medio kilómetro de alto, y en seguida el camino se prolonga descendiendo hasta un valle solitario que creeríase inexplorado si una que otra siembra no denotase agua en alguna parte y seres humanos en el desierto. Después de un largo trayecto, cruzamos un riachuelo, y paralelamente a su curso recorremos el cañon de no sé qué. La vegetación se hace boscaje a lo largo del arroyo, pero al trepar sobre los montes, en los espacios donde se ensancha la cañada, tórnase alfombra de césped donde se asientan, caprichosamente, enormes bloques de granito. Un cambio brusco de paisaje nos obliga a pensar de nuevo en los hombres; el coche atraviesa una colonia de rusos que viven en medio de prósperas siembras. Alrededor de sus chozas hay instrumentos de labranza, bestias, aves,

entre otras, innumerables gansos. Hace tiempo que están en la comarca; ya casi todos hablan castellano, son insociables, trabajan, rezan, no aman ningún gobierno y se muestran satisfechos y pacíficos.

Uno de ellos loco según algunos, inspirado según los más, anda por los caminos, descalzo, para pisar la buena tierra campestre y deteniéndose a intervalos para rezar en el centro de un valle extenso y fértil circundado de nobles montañas, el valle de Guadalupe, y además, a esta hora del crepúsculo, el paisaje se inunda con esa paz celestial que hace bendita la tarde en los campos, todos nosotros, al reirnos de las acciones del loco, nos damos cuenta de que reímos para satisfacer el sentido común y para evitar el contagio, porque en el fondo, desearíamos renegar de toda compostura y ponernos a adorar la tarde, lo mismo que el loco.

El camino trepa de nuevo por las sierras, el andar del coche levanta polvo que nos envuelve en nubes. Aumenta la obscuridad a un grado que ya sólo se distingue el sendero polvoso que alumbran los focos de nuestro carro. Más tarde, la luna en cuarto creciente difunde claridad pálida; los montes reaparecen en siluetas misteriosas, la cinta blanquecina del camino sube por la cuesta de San Antonio; al llegar a lo más alto se nos aparece, ancho y distante, el Océano. Su superficie tiembla, plácida y grande, como el alma de los santos. Una vez más descendemos corriendo a lo largo de la playa; a la izquierda están las sombras del campo; a la derecha, el mar, con su rumor, su línea de espumas y su viento salobre. Caminamos un buen rato y de repente cierran el paso los montes; entonces rodeamos para entrar a espaldas de las colinas que forman "La Ensenada".

La Bufadora(1988)

*Miguel de Anda Jacobsen**

1
Flor lustral de milenios: Maravilla
que multiformes pétalos acuosos
cincela entre los muslos cadenciosos
de la madre basáltica que astilla.
Su germen brota de la bronca orilla
al tacto de oleajes ampulosos,
que hunden sus caudales voluptuosos
en la entraña roca...alcubilla.
Que alumbra en ramazón multicolora
clara fronda juglar. Furor sagrado
que los siglos fantásticos decora
En juego de cristales sincopado
y borda en los celajes de la aurora
un diluvio de soles inviolado.

2
Fiera en celo de cósmico bufido
que pulveriza el mar omnipotente
y prende en el ocaso reverente
arcoiris de gotas: tu latido.
Se ayunta con el viento embravecido;
estalla en grumos la profunda fuente
que modela su núcleo irisdiscente
el licuado coral. El escondido
Eco de la explosión, riza las olas
en tornasol esmalte; la grandeza

*Miguel de Anda Jacobsen (Atotonilco el Alto, Jalisco, 1927). Periodista. Es autor de *Canto a Cuauhtémoc* (1955) y *Trípticos de Baja California* (1988).

de tremantes y finas barcarolas
Prende su dignidad en la turquesa
del prodigio marino, cuando a solas
mojan tus humedades su belleza.

3
Mitológica cita que desdeña
al viejo Poseidón, Son Argentino
encendido en vetusto pergamino
para cantar la tradición Costeña.
Fuiste a los navegantes, noble enseña
por Calafia internada en el latino
acento patriarcal, que suave tino
vistiera de mestiza contraseña.
En austera bitácora palpitas,
Bautisterio cordial, timón seguro
que remarca las rutas infinitas.
Y en diapasón lustral, das el maduro
cintilar de tus pulcras margaritas,
al marco palpitante del futuro.

Pleno desierto (1989)

*Eduardo Arellano Elías**

a Juan José Garciagómez

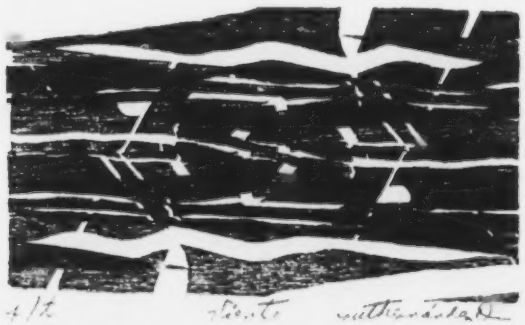
Estática el agua
surte imágenes
difuminada memoria de vapor
oro puro
Agua aplastada en tierra
sin aliento
sin una onda capaz de sacudirla
casi muerta
superficie de espejo
casi dura
Pero su mirada son
círculos rojos
intensidad de polvo y de la luz
mezclándose sin fin
en ondas que son todo el espacio concebible
el aura del calor
subiendo por encima de cosas y de seres
para abolirlos
en un blanco estallido de reflejos
Nada se mueve chocan las miradas
huye el tacto de la piel
el sabor de los labios
desaparece el cuerpo tras de sus sentidos
Sólo la vista se deja sobrevivir
por la plena agonía
de la apariencia abatida
levanta su manojo de figuras

* Eduardo Arellano Elías (Zacatecas, Zacatecas, 1959). Poeta. Autor de *Diáspora o pasión* (1985).

Silueta de siluetas soledades
alzando el vuelo en llamas
no pira fulminante:
fuego de un abrazo que es dueño de su impulso
y lo dirige
hacia el gran espejo de lo vivo
Toda ilusión del aire
siempre más allá
nos comprende
deja ver que no somos el espacio constante
por el que andamos
y sí el deseo que lo adelanta y lo expande
para reconocerse en otro espacio
con veleta de luz
a los vientos soplados del color
En él ya no hay refugio por fin no hace falta
el cuerpo con su noche
en la casa de espejos se abisma
se va con cualquier sombra:
El cuerpo aprende a brillar sobre la arena.

La ruta sobre el desierto(1951)

*Fernando Jordán**



En San Quintín termina la carretera y empieza realmente el camino real. Entre ambos hay una advertencia al caminante : un vacío de rutas, o, mejor dicho, un exceso de rutas. La llanura (el extremo meridional del valle) está cruzada de veredas que corren en todas direcciones, todas extraviadas. La que viene del Norte desaparece de pronto, en un punto que no tiene pueblo, ni rancho, ni señal alguna de vida. Antes del término parten ramales que van a la playa cercana o a la montaña que se mira a lo lejos. Empiezan las vacilaciones. Termina el viaje, y para el forastero que nunca pasó de aquí empieza la aventura. Frente a alguna choza muy humilde, donde vive una familia que espera el día en que sus tierras serán un productivo rancho, diez brazos señalan el rumbo deseado: Sudeste. Hay que acercarse a la primera ondulación de la montaña; sobre ella corre al sur el camino real.

Y henos aquí en El Otro México, en marcha contra el tiempo. De hecho, viajamos hacia atrás, al encuentro de una época que podía suponerse muerta, pero que vive aún. Durante cientos de kilómetros viviremos en contacto con las cosas y los hechos que pasaron, en los paisajes donde el hombre perdió el camino, ¡gran fortuna suya!, a la cultura de la máquina, a la guerra y al átomo. Atrás quedan las ciudades norteñas donde el influjo de la civilización americana ha dejado una huella profunda junto con un alto nivel de vida; atrás quedan también los pueblos de transición que importan cierto porcentaje de influencia por la carretera; pero donde ésta termina, la transculturación se interrumpe. El paso de

*Fernando Jordán (México,D.F., 1920-La Paz, B.C.S., 1956). Periodista que dio a conocer a Baja California a través de su libro clásico El otro México. *Biografía de una península* (1951).

una a otra cultura, de la moderna a la antigua, es paulatino; corresponde su velocidad a la misma que el buen o el mal estado de la carretera determina. Donde ella acaba, acaba el proceso. Queda, sin embargo, un resto de influencia: la que lleva el viajero; su vehículo *made in USA*, su parafernalia de aventurero, y sus complejos. De algo podrá desembarazarse en la distancia; pero la limpieza nunca es total sobre esa ruta del desierto, y lo que no puede sacudirse va dejándolo en el interior, contagiando de inquietudes a los pequeños pueblos que veremos.

Por el camino al corazón de Baja California, los viajeros que pasan pueden ordenarse en una clasificación más o menos rígida. Son principalmente aventureros. Los hay de dos clases: los deportistas y los buscadores de tesoros. Como el camino real (conocido en los proyectos nacionales de caminos como Carretera Transpeninsular) no es una ruta turística, puesto que a lo largo de sus 2,000 kilómetros casi no hay hoteles, ni restaurantes, y los turistas que emprenden la aventura de lanzarse al Sur son de un tipo especial: deportistas que confían en su entrenamiento físico, en su iniciativa, en su resistencia y en la potencia de su vehículo. Son éstos, exclusivamente, americanos en busca de emociones. Los otros aventureros, los buscadores de tesoros, son también norteamericanos en su mayoría, y llegan al camino real acicateados por la esperanza de encontrar una veta en las montañas, un bosque explotable en las cumbres, un yacimiento en las costas, o un campo propicio, también sobre la costa, para convertir en dólares las inexplotadas riquezas del mar.

Pasan también por el camino real los "fayuqueros". Si se toma en consideración que los fayuqueros viajan, por lo regular, solos, manejando ellos mismos el camión que les sirve para transportar su mercancía, podría clasificárseles como otro tipo de aventureros. Pero el fayuquero, a sí mismo, no se considera tal. El es un comerciante, y no otra cosa. Un comerciante que compra y vende cuanto hay, que sale de la frontera con el camión lleno de latería y ropa americana, y que cuando regresa, después de haber recorrido 4,000 kilómetros en el viaje de ida y vuelta a San José del Cabo, trae a los pueblos del Norte queso de los pueblos del Sur, piloncillo de los pueblos del centro, y productos de pesca de los campamentos del golfo.

A menudo, el fayuquero es el único lazo entre algunos pueblos. Lleva y recoge en ellos la correspondencia, cumple encargos y traslada carga local en viajes especiales. Transporta pasajeros de un pueblo a otro y es el mensajero de todos los sucesos registrados en lugares distantes. Es, en suma, una especie de heraldo de noticias. El fayuquero es la principal institución del camino real, y entre ambos existe una correlación de causa y efecto. Sin fayuqueros el camino no existiría, y sin éste no habría fayuqueros. Muchos tramos nuevos, muchas desviaciones en el interior, han sido abiertas por los hombres de la fayuca, y seguramente mucho deben a ellos los viejos pueblos y las nuevas rancherías del interior. Son el eje en torno al cual gira y se mantiene la cohesión económica y social del corazón bajacaliforniano.

Desde otro punto de vista, el fayuquero es un romántico: el sempiterno enamorado del camino a través del desierto. Ama su oficio con un increíble desinterés. Viajar, vender y comprar son para él ritmos de una poesía que nada tiene de económica. A veces logra reunir un buen capital, pero por lo regular gana apenas lo suficiente para vivir una humilde vida de vagabundo. Tiene crédito en todos los centros de producción, y él lo concede en todos los pequeños centros de consumo. Presta mercancías fiado en la honradez clásica y absoluta del hombre del desierto, y las cobra cuando las posibilidades del acreedor lo permiten. Es amigo de todos, y todos son amigos de él. En cada pueblo o en cada ranchería tiene un hogar, y en cada familia de cada rancho su propia familia. En el camino entre pueblo y pueblo, es el mejor auxiliar del viajero extraviado o desorientado; del caminante en un aprieto o detenido por un accidente. Como es magnífico mecánico, puede arreglar cualquier descompostura del vehículo; como es fayuquero, puede surtir al viajero de cualquier mercancía, sea gasolina, aceite o comida. Cobra por ello lo estrictamente justo, o acaso no cobre; porque para él, como para todos los que conocen la ruta del desierto, es un privilegio poder prestar ayuda al forastero en apuros.

Claridad reminiscente (1987)

*Daniel Sada**

Quien vaya por el desierto no se espante al encontrar
Esqueletos de animales o de gente. Suele ser
Pues es trasunto común el quedarse a la mitad.

Pocos son quienes lo cruzan,
Pocos salen sin estrago.
Acaso porque su luz no se muda,
Está allí, desamparada, a la buena de los vientos.

Y si hay agua de espejismo es para insinuar la sed
Un engaño que pervive
O una trama prodigiosa que emborra los caminos.

Después mata, sin saber...
Creando así sus desfiguros.

El espacio como siempre queda limpio
Más austero o más ardiente.

Y es que el sol nos desconoce.

El sol reza su oración
Por eso no hay que atreverse.

* Daniel Sada (Mexicali,B.C., 1953). Narrador. Es autor de varios libros de cuentos y de dos novelas: *Lampa vida* (1980) y *Albedrío* (1989)

Por el filo de la sierra (1951)

*Fernando Jordán**

Sobre el espinazo de la cordillera peninsular, la línea divisoria internacional méxiconorteamericana marca, además del límite entre dos países, la frontera de dos paisajes. Hacia el Norte, la sierra es una interminable muralla de piedras en equilibrio, desnuda de vegetación, cortada en barrancos impresionantes. Hacia el Sur, exceptuando el corte que cae al valle de Mexicali y que asciende en esfuerzos alpinistas la carretera que va a Tecate, la sierra es más suave y está cubierta de bosque. Es la misma cadena montañosa, de la misma edad geológica e igual dirección; sin embargo, es diferente a uno y otro lado de la frontera.

La brecha que corre a lo largo de la sierra bajacaliforniana empieza justamente en La Rumorosa, punto casi fronterizo sobre la divisoria de las aguas. No puede hacerlo sino en un sentido: hacia el Sur, porque al Norte se lo impide la frontera y la inhospitalidad manifiesta de la sierra norteamericana. La Rumorosa es un nombre poético, pero se ignora el autor y el motivo de la inspiración. Puede suponerse, para satisfacer el afán de buscar orígenes, que tal vez por las noches el viento cante al pasar por el ralo bosque de piñones.

En La Rumorosa el viento es frío, seco y saludable. El paisaje es sedante : sólo piñones muy separados entre sí y rocas sepia. El clima

*Fernando Jordán (México, D.F., 1920-La Paz, B.C.S., 1956). Periodista que dio a conocer a Baja California a través de su libro clásico *El otro México. Biografía de una península* (1951).

debe ser conveniente para los tuberculosos y los locos, puesto que están aquí. Esta es una teoría que quizá fuera válida a no ser porque la ha desmentido la deplorable realidad de la organización hospitalaria. El Hospital para Tuberculosos ha sido, hasta hoy, la antesala segura del cementerio que crece rápidamente por una de las laderas de la montaña. Por lo que respecta a los dementes, no se hace nada para lograr su recuperación mental, y con mayor seguridad podría decirse que La Rumorosa es la cárcel y no el hospital de los locos del norte bajacaliforniano.

El Hospital para Tuberculosos no es un edificio apropiado. Hasta hace un cuarto de siglo fue el despacho de verano del general Rodríguez, por entonces gobernador del Territorio Norte. Para tal fin, el edificio era inmejorable y el gobernante podía trabajar aquí sin sentirse agobiado por el calor de la llanura. Cuando dejó el poder, el edificio fue destinado a hospital, sin acondicionarlo debidamente, y las que fueron oficinas y habitaciones se convirtieron en salas de los agonizantes. En cuanto a los dementes, fueron alojados en un edificio todavía más impropio : el que antes fuera cuartel del destacamento militar. Los edificios están en ruinas. Campea en ellos la desorganización clásica de nuestra burocracia. Las salas, en el interior, están sucias y deterioradas por los efectos del tiempo, del olvido y del afán destructor de los ociosos enfermos. Hay camas, pero no colchones; clima apropiado, pero no adecuada alimentación. Hay enfermos, pero no médico. El encargado vive en Mexicali, de donde llega cada ocho o diez días a firmar los certificados de defunción. No hay equipo, ni medicinas, ni atención médica. Las enfermeras no cumplen más misión, obligadas por las circunstancias, que la de asistir a los moribundos. A propósito de cierta pregunta he obtenido esta respuesta: "Hasta ahora, ningún tuberculoso ha escapado vivo de La Rumorosa."

Sin embargo, con un poco de voluntad, de cooperación gubernamental y cooperación privada, podría construirse y mantenerse un magnífico hospital en la cumbre de la sierra. Hay agua suficiente para satisfacer sus necesidades y tiene un paisaje y un clima verdaderamente convenientes: sin la humedad de las ciudades en la costa del Pacífico, ni el asfixiante calor de verano en Mexicali. La nueva carretera Tijuana-Mexicali tocará

este puerto y será una rápida vía de comunicación. Con el tiempo y una sana administración, La Rumorosa podría convertirse en una ciudad hospitalaria; podría ser el Davos mexicano. Tiene carácter para ello.

El bosque, siguiendo el camino de la sierra, no aparece en seguida. Viendo los piñones de La Rumorosa se supone que todo lo que sigue debe ser arboleda, pero tal suposición es errónea. La lógica no engaña siempre, pero lo que en México lleva a una eterna equivocación es el optimismo sobre la conservación de nuestros recursos naturales. Hubo bosque, pero ya no lo hay en un buen trecho que mide 40 kilómetros. Un día se incendió, y como nadie se preocupa de vigilar los incendios de los bosques bajacalifornianos, los pinares se quemaron en una amplia zona. Esto no sucedió una vez: pasa todos los veranos; pero el hecho no parece preocupar mucho a las autoridades, a pesar de que saben bien que los bosques de Sierra de Juárez y de San Pedro Mártir son la única esperanza forestal de la desértica península. Por eso la brecha serpentea largo tiempo entre los cadáveres de los pinos. La montaña, en esta parte, es árida, con piso de arena, adornada de rocas pulidas por los vientos y a trechos amplios por arbustos pequeños. El paisaje es desolado, y triste porque uno imagina lo que debió haber sido cuando los pinos escoltaban el camino.

En Los Gavilanes empieza el verdadero bosque, todavía a salvo de incendios. Hay un pueblo abandonado. Nació durante la guerra y murió al hacerse la paz. Los norteamericanos, guiados por los gambusinos que desde tiempos lejanos beneficiaban el oro de placeres que se encuentra en varios sitios de la sierra, llegaron en busca de tungsteno. Encontraron el mineral estratégico y montaron en torno al yacimiento una gran planta de beneficio, hicieron horadaciones por todos lados, instalaron maquinaria pesada y trajeron grandes camiones para el transporte. Se formó un poblado minero y se construyeron casas de adobe con techo de dos aguas pintados de rojo. De todo eso, hoy sólo queda el esqueleto. En el pueblo abandonado vive únicamente el vigilante, y de tiempo en tiempo le acompaña la cuadrilla de trabajadores que cuida de la conservación del camino, enviada por los intereses madereros que encontraremos más adelante.

Después del pueblo, la brecha, polvosa y suave, se va a la vuelta y vuelta entre los pinos, siempre rumbo Sur, hasta llegar a un bello sitio de veraneo: Laguna Hanson (he aquí otro nombre extranjero sin explicación). Laguna Hanson, como el bosque de La Rumorosa, fue, ya no es. Se secó hace pocos años y el sitio perdió su más bello atractivo. Queda sólo la cuenca seca, cegada, enmarcada por un prado inmenso sobre el cual se levanta el bosque. A la orilla de la antigua ribera se alzan algunas casitas de veraneo que habitaban, en la estación, familias de Mexicali. Por detrás de ellas, y sobre el horizonte de bosque, una cresta de la montaña se levanta imponente, construida de rocas ciclópeas hacinadas por algún formidable movimiento tectónico hace miles de años. Las rocas de la montaña, pulidas por la erosión del viento y del tiempo, salpican también el prado de bosque, luciendo sus formas caprichosas, suaves y musicales; "como notas materializadas de una sinfonía", dice un inspirado amigo.

La Rumorosa (1988)

*Elsa Cross**

Piedras
como los huesos dispersados
de los ancestros.
Hilos de viento atándonos aún
a esa voz venida del trasmundo.
(El vuelo ceremonioso de los buitres
termina junto a la víctima).
La voz
deshilando el rumor
alza su advertencia
en las vueltas del camino
donde otros abrazaron su muerte.
Piedras como fauces,
terraplenes,
nimbos.
Eco dando tumbos
hasta el fondo de la cañada.
Silencio total:
los pasos del enviado sigiloso–
te vuelves sobre tu hombro,
desaparece.
Se aparece otra vez en las vetas del muro,
se transforman en serpiente,
en cuerpos de amantes enlazados,
en pájaros
–vuelan en bandada hasta la cima de otro
[monte.

* Elsa Cross (México, D.F., 1946). Poeta. Es autora, entre otros, de los siguientes poemarios: *La dama de la torre*, *Tres poemas* y *Canto malabar*.

Huevos gigantescos.
Nidos petrificados en la cumbre árida.
Y el rumor
como aleteo de ave de presa
alcanza con su frío hálito tu nuca.

126

Cerro Prieto: más venusino que terrestre (1969)

*Gutierre Tibón**

Al inicio de la revolución maderista Mexicali era una triste aldea de 462 habitantes. Desde entonces su población se ha multiplicado por mil; ya es la capital del estado de Baja California, una de las ciudades más grandes y pujantes del país. La transformación de un desierto en la riquísima zona agrícola algodonera se debe, como sabemos, al esfuerzo del hombre. La presa Morelos, excelentes obras de riego y el empleo de la máquina agrícola más eficiente, han permitido el fabuloso desarrollo del valle y de su metrópoli.

Sin embargo, el clima es inclemente; casi nunca llueve. El termómetro sube hasta la temperatura infernal de 52 grados; el agua del río Colorado, dizque potabilizada, tiene una salinidad y una dureza que no permiten usarla para beber o cocinar. El agua potable se importa de los Estados Unidos; viene en grandes camiones-cisterna y le cuesta al mexicalense cien pesos el metro cúbico: tres veces más que en Tijuana antes de la puesta en función de la desaladora de Rosarito, trescientas veces más que en Cuernavaca.

Sin lluvias que permitan cultivos de temporal, sin sombra de vegetación en un desierto impecable, sin corrientes y desniveles para obtener fluido eléctrico, sin petróleo ni carbón ni gas, se diría que la naturaleza ha negado a esta región, la más septentrional del país, toda

* Gutierre Tibón (1905-). Antropólogo e historiador italiano. Vive en México desde hace décadas. Entre sus obras está *Historia del nombre y de la fundación de México* (1975).

fuente de energía (si se exceptúa la solar, abundante pero todavía inexplorada). Con todo no es así. En lugar de madrastra, la naturaleza se manifiesta amiga y generosa.

Treinta kilómetros al sur de Mexicali –estamos a un metro sobre el nivel del mar– se yergue el volcán llamado Cerro Prieto. Su negrura destaca en el fondo luminoso, gris argénteo, de la sierra Cucapá, cuyos dientes cortan un horizonte siempre azul. Al pie del Cerro Prieto se encuentra un campo de los más singulares en el mundo; su área es de aproximadamente treinta quilómetros cuadrados y lo que produce es calor, un calor que emana de las entrañas de la tierra.

Las manifestaciones del calor que aflora son más disímiles y parecen más venusinas que terrestres: estanques burbujeantes, lagunas tibias, fumarolas; volcanes en miniatura, dignos de los jardínes japoneses de árboles enanos, pero activos, con pequeñas erupciones intermitentes; minúsculos géyseres, manantiales calientes y hervideros de lodo.

Hay que caminar con sumo cuidado en este mundo primigenio, de otra época del planeta, desde luego no contemporánea del hombre. Quien se caiga en un estanque volcánico en ebullición experimenta la sensación no muy agradable de la langosta viva cuando la echan al agua hirviendo. Hay laguitos liliputienses, a menudo con un volcanete como isla en medio, habitados por seres menudos, entre langostas en miniatura y ciempiés, que viven contentos en un agua de cuarenta grados. Contentos, hasta que aparecen ciertos pájaros (bautizados geotas por los ingenieros del campo geotérmico) que se desayunan con ellos hundiendo fulmíneamente su pico en el agua ultratermal. Todo esto, repito, me sabe más a venusino que a terrestre.

A orillas de los estanques burbujeantes y cerca de los volcanes se han formado colonias de musgos amarillentos y verdosos, perfectos marcos para el gris azulenco del lodo vivo. Los sutiles matices del micropaisaje forman un imponderable armonía. Pero entre estanque y estanque, entre fumarola y fumarola, el reino vegetal ha tratado de imponerse con manifestaciones más vistosas, y he aquí pequeños matorrales de plantas termófilas, breñales oscuros y hasta florecitas blancas, rojas y moradas. Flota en el aire el ligero aroma de la vegetación; más cerca de las

fumarolas y de los manatiales calientes hay una tenue atmósfera de azufre.

¿Por qué es un regalo de la naturaleza el campo geotérmico de Cerro Prieto? Evidentemente porque el calor oculto en las profundidades del planeta, aquí sube por caminos misteriosos hasta la superficie terrestre. El vapor hirviente que aquí se extrae ofrece no una sino múltiples posibilidades de exploración, a la cual más valiosa: desde la producción de energía eléctrica barata, hasta la de agua potable; desde la recuperación de las sales contenidas en el agua de los géyseres artificiales –otra riqueza insospechada– hasta la creación de industrias químicas; desde la producción económica del frío hasta los cultivos de primicias en los invernaderos alimentados por el vapor tectónico.

Caminata por las Californias (1990)

*Carlos Rangel Plasencia**

Llegamos a vivir por etapas, disfrutando de cada momento porque hemos de decir la verdad, habríamos fracasado desde un principio si hubiéramos pensado siempre en el objetivo final, increíblemente lejano. Al menos así parecía a veces.
San Fernando Velicatá Rey de España, un nombre tan largo como la cantidad del polvo que se ha acumulado en el lugar durante años, es la única misión franciscana en toda la península; no quedan en ella más que unos cuantos muros de adobe que difícilmente podrían identificarse de no ser por el letrero que la señala como tal y porque algunas personas, muy pocas en realidad, conocen el lugar y su historia, ubicado a sólo unos cientos de metros de la carretera transpeninsular. San Fernando marcaba el inicio de una nueva etapa en la que nos adentraríamos por las "primeras entradas" que habían hecho Wenceslao Linck, Juan Crespí y Junípero Serra.

Recompensas

Siempre hacia el norte, nos adentramos en la sierra de San Pedro Mártir dejando deslizar los kilómetros bajo nuestros pies y el sol sobre nuestras cabezas. En cierto momento se nos antojó que estábamos al final de la expedición. Debíamos estar soñando otra vez porque faltaba mucho todavía para nuestra meta, la frontera con Estados Unidos. Por el momento, estábamos en las cercanías de San Fernando.

* Carlos Rangel Plasencia (México, D.F. 1953). Explorador mexicano de reconocido prestigio. Colabora en distintas publicaciones nacionales de turismo.

El cartabón nos mostró una vez más que Baja California tiene una historia escrita muy antigua. Los petroglifos aparecían en una gran cantidad de rocas, con numerosos diseños y una antiguedad que podía ser de cien siglos a cien años, ¿quién podría afirmarlo?.

Un poco más adelante, otro vestigio del pasado: una enorme hoja de pedernal tallado, del tamaño de una mano. A partir de ahí, todo era una gran incógnita porque carecíamos incluso de uno de los mapas de la zona. Con el paso de los días habíamos perdido la noción del tiempo; al cabo de un mes, caminar era algo tan automático como respirar -igual que sucedía con muchas otras cosas-; cuando los meses se acumularon, también perdimos la noción de las distancias. Nos habíamos escondido del eterno sol en el Llano de San Gregorio y en todas partes habíamos pasado sed.

Incluso, ya que andamos en confesiones, experimentamos las fricciones internas que se dan en toda expedición, sobre todo en aquellas donde no se puede ver a otras personas que a los compañeros, ni se puede platicar con nadie más y se tiene que vivir junto a ellos. Día tras día sin tener otra cara que ver ni otra persona con quien platicar. Pero las superamos y obtuvimos nuestras pequeñas grandes recompensas: el susurro del viento, la barrera inconmensurable del mar, la sangre de los crepúsculos sobre el cielo y nuestra cotidiana cobija de estrellas, la guía de nuestra ruta. Nos sentíamos dispuestos a comernos el mundo.

Cuatreros y venados

Al entrar al cañón del Arroyo Grande (que, por supuesto, sólo lleva el agua suficiente para ser considerado como tal) encontramos ganado vacuno que se espantó con nuestra presencia y esto nos permitió una diversión que no esperábamos: pronto aprendimos que en su carrera escogían la vereda más corta y que resultaban excelentes guías, así que adquirimos la constumbre de gritarles cada vez las veíamos y solas corrían como escapando de un carnicero. De esta sencilla manera nos convertimos en un par de cuatreros modernos, con mochilas a la espalda y con una cámara fotográfica como única arma, azuzando a cualquier vaca para encontrar la mejor vereda. Alguna vez tuvimos más de 40

cabezas reunidas, pero en la siguiente vuelta del arroyo sólo había tres. Fácil llegaban, fácil se iban.

Días después tuvimos una plática muy interesante con los rancheros que se habían establecido temporalmente en el paraje El pozo: una vez al año, se reúnen a "vaquerear" los cientos de reses que hay en los alrededores y que son de diferentes propietarios. La plática giraba alrededor de la extinción de especies cinegéticas.

"Aquí viene mucha gente. Los que no vienen a la Baja 500 y dejan destrozos, vienen a cazar un venadito o un borrego. Si cazaran uno solo no habría problema, pero vienen en sus carros y aviones [helicópteros], con sus rifles automáticos, los lamparean de noche y matan uno o doce o veinte o cien y mientras más, mejor. Si los fueran a comer ni qué decir, porque uno ya sabe lo que es andar con la tripa amarrada. Pero no: los dejan allí a que se pudran y engorden a las auras y los gusanos. Sólo les importa matar y sacarse fotos con los animalitos asesinados. No saben que el venado y el borrego se acaban y no respetan a las hembras ni a las crías. Por eso le preguntamos qué eran lo que hacían (no vayan a creer que es porque somos gente maleducada), porque cuando estamos por aquí procuramos que no se cometan injusticias con los animales."

La misión de San Pedro Mártir

Tuvimos una primera impresión de la grandeza de San Pedro Mártir cuando divisamos la sierra de San Miguel (la misma pero con otro nombre). Sabíamos que detrás de esos primeros flancos rocosos se encontraba una región sumamente difícil. Nuestro camino era el seguido por Linck y, muchos años después, por Crespí, quien antecedió en un mes a Junípero Serra. Poco a poco nos fuimos quedando con el viento, lejos de las carreteras.

Decidimos visitar la misión de San Pedro Mártir y para ello tuvimos que subir un tramo de sierra. Unos amigos –siempre se pueden encontrar amigos entre los rancheros de los lugares más recónditos– nos hablaron de la vereda que conduce a la misión a más altura de la península, quizá la más solitaria también. Una vereda, como una cinta que se enreda en los pedruscos, se sostenía tras los arbustos y subía, subía... Seguimos el

arroyo pero perdimos la senda. Entonces seguimos a fuerza de orientarnos con el mapa, y todo hubiera sido perfecto de no ser por la densa vegetación de matorrales que nos atajaban el paso a cada momento.

Casi al atardecer, llegamos a la meseta superior donde alguna vez estuvo la misión. De ella no queda nada. Pudimos saber que estábamos en el sitio indicado por los rastros de lo que una vez fue el letrero que colocó don Tomas Robertson junto a los casi desaparecidos comientos de la misión. En el suelo había pedazos de porcelana fina, huella de los recipientes donde se tomaba el chocolate.

Ahí comencé a darme cuenta de lo débiles que estábamos. Habíamos hecho un buen esfuerzo, pero no exagerado, y sin embargo estaba exhausto. Por la tarde tuve fiebre. El descenso no lo hicimos por el mismo lugar –ya sabíamos lo que era atravesar esos muros vegetales y no queríamos repetirlo–, sino por el cauce vertical del río, entre cascadas de todas formas y que no habían de fallarnos con el suministro de agua ni con impresiones tan hermosas como sólo pueden serlo las cascadas en un desierto.

Hambre

Mientras los dos Carlos ascendíamos por la cascada, Alfonso y un muchacho del rancho, otro amigo, pescaron 25 truchas en tres horas. Nunca hasta entonces habíamos hecho un sincero homenaje a Mr. Hutt, un "sembrador de truchas" en los ríos de la sierra. Asadas sobre las brasas, las truchas inundaron nuestra hambre. Las hubiéramos comido hasta crudas porque nuestros alimentos estaban escaseando y hacía mucho que no comíamos lo suficiente.

Debo aclarar que no se trataba del hambre común y corriente que sentimos todos los días, cuando se nos antoja llenar el estómago de algo que nos gusta. No señor. Se trataba de la verdadera hambre. **HAMBRE**, para ser más exactos. Crónica, como la noche de todos los días. Estar lejos de zonas habitadas implica muchas dificultades, pero habíamos olvidado prevenirnos contra el hambre, así que la teníamos cotidianamente en todos lados. Cada uno de nosotros veía enflaquecer el

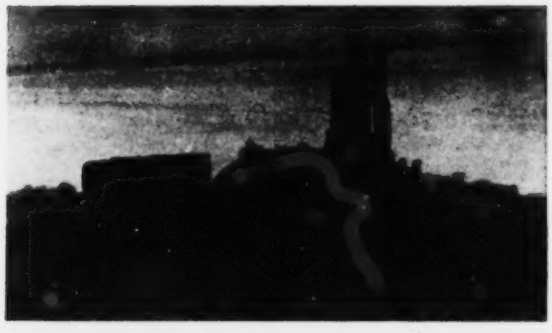
compañero poco a poco e irremisiblemente. Antes de ascender a la misión de San Pedro, un nopal completo había desaparecido por las aberturas que teníamos por bocas y nuestros sueños se habían vuelto gastronómicos, con platillos de todos tipos.

Una mañana en especial, desperté con mucha hambre. Después de nuestra escueta ración –algunas galletas y una ridícula porción de comida deshidratada que ya nos tenía hartos–, se me antojó un pan. "Llegando a Ensenada te invito a un lugar donde hacen unas donas riquísimas" me dijo Carlos. Desde ese día, y faltaban muchos, despertaba sintiendo a Ensenada cada vez más lejos porque la dona que satisfaría mi hambre aumentaba de tamaño por momentos. Por supuesto, cuando llegamos una dona no bastó. Fueron 12 engullidas sin descanso apenas.

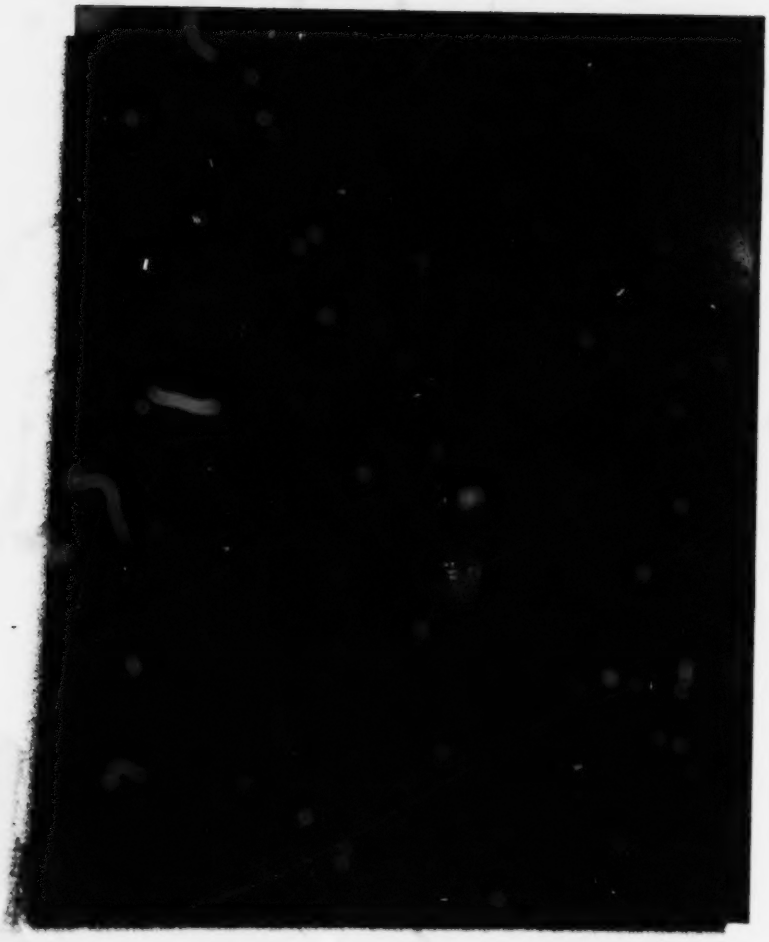
En lo gris del mundo (1969)

*Héctor Benjamín Trujillo**

No me seduce un rostro adorable,
ni el amor, ni el placer,
ni deseo los tesoros de la tierra,
ni ambiciono el poder.
Me basta, en el silencio de los días,
entre las rocas, contemplar
el mar de Baja California
y el desierto de Altar.



* Héctor Benjamín Trujillo (Tijuana, B.C. 1941). Poeta y dramaturgo. Es autor del poemario *En lo gris del mundo* (1969).

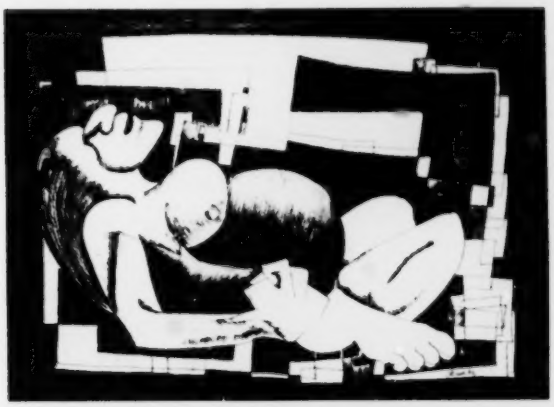


III. Cuentos y leyendas

BEST COPY AVAILABLE

Mito de creación kiliwa

*Emiliano Ochurte**



Cuando el mundo fue creado no existía nada. No había montañas. Sólo reinaba la obscuridad, como en la noche. Entonces llegó un hombre, Matipá. Vivía en plena obscuridad. Matipá se sentó, pensando en todas las cosas que iba a crear. Hizo un buche de agua y lo escupió hacia el sur, hizo otro y lo lanzó hacia el norte, después hizo otro mucho más grande, tan grande que se le salía el agua de la boca, y lo escupió hacia el oeste (por eso el mar occidental es tan grande y peligroso). Finalmente tomó poquita agua en la boca y la lanzó hacia el este (por lo cual este último mar es bueno, su oleaje es manso).

Así fueron creados los mares, aunque muy pequeños, pues no contenían más agua que la que había cogido Matipá en sus buches. Luego Matipá hizo un cigarro y lo fumó lanzando el humo hacia los mares. Ya era de día y los mares habían crecido. Entonces pensó hacer el cielo pero no sabía cómo. Meditó un poco y decidió desollarse para hacer el cielo con su piel. Hizo luego dos borregos cimarrones y cuatro montañas, una al sur, otra al norte, otra al oeste y la última al este. Las cuatro montañas tomaron el nombre de los cuatro hechiceros montañeses y fueron colocadas en los espacios que dividían los cuatro mares. Luego pensó que con la piel de que se había despojado, podía formar el cielo, colocándola sobre las montañas, pero no logró su propósito porque la piel no se abombó lo suficiente por estar todavía

* Informante kiliwa del antropólogo norteamericano Peveril Meigs durante los años treinta del siglo XX.

fresca y faltarle consistencia. Luego puso un borrego cimarrón en cada montaña (todavía estaban juntas). Cada cuerno de cada borrego era de distinto color, uno los tenía café oscuro y azul, otro amarillo y café claro, del tercero uno era brillante y el otro gris, y los del último eran uno blanco y el otro rojo. El kiliwa agregó que no recordaba en que dirección señalaba cada color. Luego Matipá trató de poner su piel sobre un borrego de la montaña pero tampoco se abombó esta segunda vez porque todavía estaba fresca. Entonces formó un topo que cavó un túnel, y con la tierra suelta que quedó, Matipá hizo una cordillera que circunvalaba la tierra. Matipá puso su piel sobre la cordillera hasta cubrirla totalmente y entonces el topo pasó por debajo de la piel, la empujó hacía arriba con sus manos y así quedó formado el cielo, pues esta vez, la piel sí se abombó y el cielo fue creado.

140

Mito de creación cucapá

*Anita Álvarez de Williams**

Sipa y Komat se hallaban bajo el agua, dentro de la tierra viviendo como vive un niño en el vientre materno. El mundo estaba totalmente cubierto por las aguas. Los dos hermanos empezaron a pensar en salir, y Komat fumó un cigarro para darse fuerza, y por ser el más grande empujó a Sipa por delante hacia el exterior. Una vez afuera, Komat fue el más joven y Sipa el mayor, puesto que había salido en primer lugar. Fueron cuates (ha-wak).

Al salir, Komat le preguntó a su hermano cómo lo había hecho y Sipa le contestó que había abierto los ojos. Cuando Komat abrió los ojos en el agua, quedó ciego.

Como no había tierra alguna, los hermanos hicieron que las hormigas voladoras, hormigas rojas, grandes y chicas, escarbaran montoncitos de tierra para hacer bajar las aguas y crear la tierra.

Una vez que la tierra recién creada se secó en varios sitios, Sipa y Komat comenzaron a hacer hombres, de todos a la vez: indios, mexicanos, chinos, americanos, etc. Mientras trabajaban, se preguntaban uno al otro qué tipo de hombre estaban haciendo, y si por casualidad se trataba de un cucapá, el interpelado contestaba cucapá de éste o el otro linaje.

Komat, el ciego, se levantó y salió al matorral a hacer una necesidad fisiológica, y durante su ausencia, Sipa cambió la gente que había hecho por la de Komat, que estaban mejor hechas, pero cuando Komat regresó

* Anita Alvarez de Williams (Calexico, California, 1931). Historiadora. Es autora de *Primeros pobladores de la Baja California. Introducción a la antropología de la península* (1975).

se dio cuenta del cambio al palpar aquellos hombres mal hechos que le habían sido puestos como los suyos. Komat volvió a salir al matorral, y esta vez Sipa aprovechó su ausencia para cambiar su propio zorro (pereha'u) por el de Komat (matkawa, otro tipo de zorro).

Cuando volvió Komat, inmediatamente se dio cuenta del cambio de sus animales, porque oía a su zorro lejos de él azotando la tierra con su cola. También advirtió la diferencia entre las pieles de los dos animales. Para acabarse de cerciorar Komat llamó a su zorro por su nombre, y al oírlo, aunque lo llamaba en voz muy baja, el animal rascaba la tierra y trataba de liberarse. Durante todo este tiempo, Komat siguió trabajando, haciendo hombres.

Cuando terminaron de hacerlos pensaron en ponerles ojos. Sipa sugirió colocárselos en cada uno de los diez dedos de los pies, pero Komat no estuvo de acuerdo, porque dijo que así era fácil que se los lastimaran, y además, que los hombres no podrían ver cuando caminaran por el agua, el lodo o el polvo. Agregó que el mejor lugar para los ojos era la cabeza, a lo cual Sipa accedió y por esa razón los hombres tienen dos ojos en la cabeza, bien lejos del suelo, y si se lastiman uno, pueden usar el otro.

Sipa hizo el arco y la flecha, y cuando terminó, lanzó al aire la flecha que le fue a pegar a Komat. Este le preguntó por qué había hecho tal cosa, y le explicó que la flecha y el arco sólo se debían usar para matar animales. La herida no fue seria, Komat se hallaba sentado y la flecha le pegó por detrás.

Todo estaba oscuro, así que Sipa trató de hacer un sol. Hizo el primero, pero le salió muy chico y daba una luz pálida como la luna. A Komat no le gustó aquello por lo que comenzó a hacer un sol, despacio y por etapas. Cuando lo terminó, lo tiró hacia el este, y así empezó a viajar de este a oeste, para que la gente supiera cuándo levantarse, cuándo trabajar y cuándo dormir. Sipa iba a tirar el sol que había hecho en un principio, pero Komar le dijo que lo dejara, podía ser la luna, por la que la gente pudiera conocer las estaciones, los meses y los días.

Cuando terminaron de hacer todo esto, Sipa cambió otra vez la gente que había hecho, por la de Komat, quien, cuando descubrió la

substitución, se enojó mucho, alzó la mano y rompió el cielo, y luego descendió al interior de la tierra dejando un agujero del que salió humo, aire, electricidad y otras fuerzas que causan la muerte.

Las hijas del tecolote
(Tradición oral pai pai)

Este es un cuento. Voy a contar un cuento. Se llama, "Las Hijas del Tecolote." Dicen que son Las Cabrillas (Pléyades). Mucho más antes eran muchachas en este mundo. Cuando andaban en esta tierra eran muchachas muy bonitas. El coyote andaba joven y no dejaba de vacilar con ellas. Como era muchacho el coyote, no se despegaba de ellas. Se enfadaron con él y, a escondidas, subieron para el cielo.
Aquí anduvo el coyote buscándolas. Le dio vuelta a todo el mundo pero no las encontró en ninguna parte. Las muchachas estaban arriba, viéndolo y riéndose.
En una de esas, oyó un grito; una de las muchachas le pegó un grito. No sabía por dónde había salido ese grito. Quedó parado viendo; miró para todos lados. Le pegaron otro grito. Entonces las vio que estaban arriba. Las divisó que estaban en el cielo."¿Cómo llegaré allá?" dijo.

Le tiraron un cinto de arriba para que subiera. El coyote agarró el cinto y ahí va, ahí va, ahí va. Después de muchos días, cuando iba llegando, las muchachas alzaron las naguas. "¡Más rápido! ¡Jalen para llegar mas pronto! ¡Más rápido! ¡Más rápido!" decía el coyote; "¡Jalen más rápido!" Cuando sólo faltaba cualquier cosita, le cortaron el cinto. De ahí se vino para atrás el coyote a este mundo. Se vino. Ahí venía, venía, y venía. Ya venía seco cuando cayó al suelo. Se le desbarataron todos los huesos.

Tenía una sola nana (abuelita) en este mundo. Ella lo andaba buscando. Se metía por dondequiera pero no lo encontraba en ninguna parte. En una de esas, tropezó con los huesos. Ya que reconoció los huesos, se puso a llorar. Los anduvo juntando, juntando. Los llevó y los

molió. Hizo bolitas y los echó en una olla de barro. Llorando, cuatro noches paso llorando.

A las cuatro noches, en la madrugada, oyó que muchos coyotes aullaban al aire. "¿Qué pasa?", dijo. Fue y destapó la olla. No había nada en la olla, ¡no había nada! ¡Pensó que los huesos se habían salido y se convirtieron en coyotes! "¿Qué pasa?". Era un solo coyote y se murió. ¿De dónde salieron tantos coyotes?" pensó y pensó.

Ya dejó de pensar; ni lo pensó más. Por eso el coyote se mutiplicó. Pues ahora todo el mundo está lleno de coyotes. El coyote se multiplicó por los huesos y ahora hay por dondequiera. Antes era un solo coyote y ahora hay dondequiera. Si no fuera así, no hubiéramos conocido a los coyotes, todos los de este mundo.

Ahora el coyote anda por dondequiera. Aquí se acaba este cuento.

El coyote gritón
(Tradición oral cochimí)

*Enrique Estrada Barrera**

Había una vez un gato y un coyote, que eran vecinos de por ahí de la sierra. Siempre eran amigos y eran muy aficionados a tomar y a cantar. Pos' de ahí nomás que una vez que se juntaron y se fueron a una fiesta con los gringos, el día 4 de julio, pal' otro lado. Entonces el coyote le dijo al gato: –véngase compadre, vamos a pasearnos con estos gringos, tienen jaripello; –pos' vamos– dijo el gato. –¿Y qué tal eres tu pa' jinetear? le preguntó el coyote... –pos' soy regular, dijo el gato... vámonos pues. Pero no vayas a tomar mucho... le dijo el gato al coyote. No, qué esperanzas –dijo el coyote– me voy a cuidar mucho. Cuando llegaron a la fiesta, pos' nomás se relamían los bigotes, de tanta carne, tantas cosas que comer, tantos vinos que tomar. Pos', aunque el gato no quería, el coyote comenzó por ahí a echarse unos alipuses, y luego estaban los mariachis cantando y el coyote estaba tomando y tomando, aprovechándose de que el gato no lo veía. Luego el coyote, como ya andaba cuete pos' comenzó a enamorar a las gringas, a las güeritas que andaban por allí. De repente llegó el gato y le dijo: ¿Qué pasó coyote...? ¿ya estás tomando verdad. . .? –no pos' sí, nomás tantito, pa' poderme poner a jinetear –dijo el coyote–. A propósito –dijo el coyote– ¿a qué hora comenzamos a jinetear amigo gato...? yo ya estoy listo y tengo puestas las espuelas. –Pos' ya–, dijo el gato.

* Enrique Estrada Barrera (San Diego de Alejandría, Jalisco, 1943). Periodista. Es autor de *Pioneros de Mexicali* y de *El río*.

Ajúa...ajúa...ajúa... gritaba el coyote, bien emocionado, porque ya había salido la caballada, y como él quería quedar bien con unas güeritas, pos' pa' pronto que le sube a un caballo, así medio pinto, grandote y muy respingón, pero pos' en dos o tres, trás. ¡que se va pa' bajo el coyote!; se levantó sacudiéndose el polvo y dijo; no, pos' ya no me sirven las espuelas porque están muy gastadas. Ya no quiso montar. –Usted señor gato, –dijo el coyote– ora usted sigue. El gato, como no andaba cuete, pos' con lo liviano que es se subió de un salto al caballo, que le habían dado y pa' pronto se pepenó de los pelos y ahí anda el caballo, brinca y brinca, y el gato, más le clavaba las espuelas y le gritaba; luego se quitaba el sombrero y le pegaba, hasta que por fin, pos' no pudo tumbarlo el caballo y cuando se bajó el gato, toda la gringada le aplaudía.

Luego, luego, que bajo el gato, la gente se juntó y como premio le dieron una botella aquí y otra allá; le dierón güisqui, tequila y quién sabe cuántas cosas; ah, no, pos', el coyote luego, luego, se pepenó de las botellas y esto es tomar y tomar... mucho, hasta ponerse más chuco de lo que andaba; el gato más vivo, pos' no quería tomar. Luego se vino el baile y el coyote ya bien cuete, anduvo baile y baile y el gato, nomás mirándolo. Ya por la noche, se regresaron pa' acá pa' la sierra.

–No te vayas a emborrachar más, –decía el gato– porque aquí hay unos perros muy bravos y muy ligeros; no vayas a gritarles.

–Nó, qué voy a gritar... –decía el coyote.

Sacaron dos botellas y ya en el monte, siguieron tomando. El coyote le daba unas bebidotas a las botellas y el gato unas bebiditas chiquitas. Ya en la madrugada, cuando iban pasando por un rancho, le dijo el coyote al gato:

–Tengo ganas de gritar.

–No, no grite, que no ve que aquí hay unos perros muy bravos... cálmese.

Pos', otras bebidotas y otras bebiditas.

–Tengo ganas de gritaaaaaaarrrrr... –decía el coyote.

–No le digo que aquí hay unos perros muy bravos y muy ligeros... aguántese, –decía el gato.

Pos' como quiera siguieron caminando, pero el coyote se reculaba en los arbolitos, así como queriendo gritar.

–Que tengo ganas de gritar... dijo bien fuerte el coyote.

–No, no, no... que se espere, pos' que no le digo que aquí hay unos perros muy bravos –le gritó el gato.

Pasó otro rato de caminar y de beber mucho y poquito, cuando de plano el coyote ya no se aguantó y que pega un grito...

–Aaaaaaaaaaúúúúúúúúúúúúúú...

Y ahí viene la perrada luego luego; como había un árbol grandote, cerquita, pos' el gato pegó un brinco y que se trepa al árbol. El coyote, como andaba cuete, pos' no pudo subirse y que lo pepenan los perros, lo hicieron molote y lo hicieron pedazos y se acabó.

Cuchumá
Leyenda de Tecate

*Víctor Manuel Peñalosa Beltrán**

Cuenta la vieja leyenda
que en tierras californianas
había un valle acogedor
circundado por montañas,
do estableciera su tienda
una tribu trashumante
que en largo peregrinaje
huía del conquistador.

Al despuntar la alborada
se escuchaba el caracol,
que con notas primitivas
saludaba al Padre Sol,
y anunciaba la salida
hacia la sierra cercana,
de jóvenes de la tribu
en pos de caza y piñón.

Era orgullo de la tribu
gentil doncella, Itztakat,
rara belleza broncínea,
ágil como el colibrí
alegre cual arroyuelo
que baja de la montaña
fecundando la planicie
de la tierra Cochimí.

* Víctor Manuel Peñalosa Beltrán (México, D.F. 1907-Tecate, B.C. 1971). Poeta y periodista. Es autor de *Ecos de Cuchumá* (1966).

Mas un día a la luz de Xhá
según costumbre ancestral,
se consagraba al Dios Sol
a la joven Itztakat,
que convertida en vestal
ofrendaba resignada
su fragante lozanía
y sus deseos de amar.

Pero un día de la montaña
descendió un joven guerrero
que era miembro de otra tribu
y venía en pos del venado,
su mirada cual de tigre,
tenía músculos de acero
y de obsidiana su pelo.

Vino el Huéman de la tribu
y le dió la bienvenida:
todos somos como hermanos,
mas a tí te está prohibido
el acercarte a Itztakat
que es la joya más preciada
de la gran raza corcuar.

El corazón no se engaña,
ya Cuchumá había mirado
a la gentil Itztakat
y envió amoroso mensaje
en la punta de una flecha
para que el Gran Sacerdote
no lo llegara a notar.

Mas quiso el Hado fatal
que alguien mirara al guerrero

150

cuando su arco disparaba
con rumbo al oratorio,
y también viera a Itztakat
recogerla presurosa
y guardársela en el seno.

Armóse gran alboroto
y el Huéman fue presuroso
a interrogar a Itztakat
seguido de los ancianos,
mientras otros perseguían
y tomaban prisionero
al guerrero Cuchumá.

Itztakat emocionada,
contestoles que era cierto,
que ella amaba a Cuchumá
y que en su seno guardaba
el mensaje que mandara,
y que la punta de la flecha
hacía su pecho sangrar.

Hubo consejo en la tribu,
y a muerte la condenaron
de acuerdo con el ritual,
por faltar a sus deberes
del Padre Sol ser vestal,
e Itztakat emocionada
tomó la punta de flecha,
y se partió el corazón.

Cuchumá desconsolado
cabó una profunda fosa
y sepultó a su Itztakat,

e invocando a sus dioses,
tomó la punta de flecha
y siguió el mismo camino
de su querida vestal.

Los dioses se condolieron
de tan trágico final
de jóvenes corazones
que no tuvieron más falta
que el gran deseo de amar,
y convirtieron en montaña
al guerrero Cuchumá.

Que desde entonces celoso
guarda en su seno a Itztakat,
y hoy vigila a su Tecate
que está situada en el valle,
do estableciera su tienda
una tribu trashumante
que en largo peregrinaje
huía del conquistador.

152

EL buque negro

*José María Barrios de los Ríos**

Corría el año de gracia de 1716. Era el mes de octubre, y los padres de la misión de Nuestra Señora de Loreto no recibían carta ni víveres desde enero.

La carestía era inmensa. Todas las tardes se sentaban, después de las preces públicas, a vigilar tristemente el golfo de Cortés, con la esperanza de avistar el barco protector que aguardaban hacía luengos meses.

Una de esas tardes, teniendo el reverendo padre Juan María Salvatierra su largo rosario en las manos, interrumpió la piadosa devoción para señalar con el dedo a sus compañeros, que no lejos de allí rezaban, un punto negro y lejano que se percibía en el horizonte.

Este pecadillo de distracción, que el santo jesuita lloró como un niño el resto de su vida, escandalizó a los otros padres, los cuales no haciendo caso de la señal del padre superior, continuaron su rezo impasiblemente.

Cuando todos hubieron concluido, les pidió perdón de su falta y que rogaran a Dios no fuese a hacer sentir su justicia sobre la misión en castigo de aquel pecado, cometido por el pastor de aquellas ovejas, en quien ellas sólo debían mirar ejemplos de exactitud, perseverancia y santidad en las buenas obras.

El punto avistado se acercaba a toda prisa. Indudablemente debía de

* José María Barrios de los Ríos (Zacatecas, Zacatecas, 1864, Guaymas, Sonora, 1903). Escritor y periodista. Entre sus obras están *Océano* y *El país de las perlas y cuentos californianos.*

ser una embarcación: así lo pensaban los padres y la gente que había acudido a la playa al saber la buena nueva.

Pero el caso es que aquello no tenía velas, ni al parecer mástiles. Veíase sólo una masa negra que avanzaba rápidamente. ¿Sería un cetáceo? Inverosímilmente podía pensarse esto: la historia natural de aquel tiempo era bastante completa en lo relativo a monstruos marinos, pues todos los mares del mundo habían sido ya explorados...

Fuese lo que fuese, en las buenas almas de Loreto dominaba universal regocijo: sólo el padre Salvatierra parecía contristado como si temiese en el arribo del barco enigmático la caída de una maldición a su santa obra.

Acercóse por fin la grandiosa mole, redonda como el dorso de la ballena, menos en la proa, donde, estrechándose y reentrando las convexidades opuestas, degeneraban en dos planos verticales que unían las líneas de sus extremos en un ángulo de setenta.

Carecía de arboladura y velamen. Desde la línea de flotación podía medir de altura o puntal hasta siete metros, y su largo o eslora vendría a ser como de unos treinta y seis, con manga proporcionada a estas dimensiones. Por las lucanas o los ventanillos salía un fulgor verdoso y vivísimo. Su color o pintura era negra, sin brillo ninguno, y su cubierta estaba coronada por tripulantes negros también. Eran las seis menos cuarto cuando fondeó sin ruido ninguno, a cincuenta brazadas de la playa.

El asombro hizo enmudecer a la colonia. Esta se componía entonces de algunas tres mil almas, y la piedad que los misioneros habían inculcado en todas, no menos que la frecuente escasez en que vivían hasta de lo indispensable para la vida, las habían acostumbrado a recurrir a la oración, en los casos apurados y a confiar sus destinos tranquilamente a la Providencia. Los más de los presentes a esta escena pensaban que Dios había escuchado las preces públicas que a la sazón habían ordenado los padres, así que, si bien no se explicaban aquella embarcación nunca vista, hallándola del todo diferente del pequeño bastimento *San Jaime,* único barquillo que por entonces los proveía, esperaban no obstante que la llegada del buque sería el fin de la carestía. Recibieron, pues, al desconocido barco entonando desde la playa

154

regocijadas alabanzas, levantando las manos al cielo y saludando a la tripulación negra con vítores y honores de bienvenida.

. Los jesuitas no las tenían todas consigo. Su superior ilustración les hacía rechazar de plano cualquiera teoría de navegación no fundada en los aparejos veleros, único sistema conocido hasta entonces; y no teniendo noticia de que se hubiese ensayado siquiera otro medio de locomoción por el mar, distinto del viento y del remo, a punto estuvieron de calificar de diabólico artificio la aparición del *Buque negro*. Su asombro no tuvo límites cuando vieron que cuatro negrazos horribles descolgaban desde la borda un batelillo color de hollín, y que por una escala de cuerda se deslizaba un hombre blanco, vestido a la usanza de los hijodalgos españoles, y que parecía ser el jefe de aquellos atezados tripulantes.

Sentóse el caballero en el largo escaño de madera que flanqueaba el esquife, a su vez hicieron lo mismo los cuatro negrazos y se dirigieron al puerto a todo remo. El blanco llamábase don Veremundo de la Garza y Contreras, natural de Villamadera, en el reino de Navarra: tenía veinticinco años y era hermano menor del duque de Torre la Mora. Esto rezaba un pasaporte en toda regla que presentó al padre superior, simultáneamente pastor espiritual y representante del virrey en la colonia. La estatura mediana, la barba finísima, bien poblada y lustrosa, la nariz grande y graciosamente corva, la boca plegada en dos leves arrugas hacia las comisuras de los labios ternísimos, buena la sonrisa y astuta la mirada, despedida por los ojos de un verde espléndido, como la barba y el pelo; tal es, en pocas palabras, el retrato del héroe de mi historia.

Con aire señoril, aunque realzado por una conveniente modestia, con palabra fácil y persuasiva y con maneras de una cortesanía nada afectada, habló el personaje con los padres y los colonos de cuanto fue oportuno en aquella ocasión: del mar, de España, del rey, del Nuevo Mundo, de los largos viajes, de la temperatura, de las misiones.

Pero con prudentes reticencias y salvedades discretamente diplomáticas, dejó sin explicación del enigma del barco negro, dando a entender que aplazaba la revelación del misterio para otro día; día que –sea dicho de una sola vez– no llegó jamás; porque ni en las crónicas, ni en el archivo de la misión, ni en los papeles particulares de los jesuitas, se ha encontrado la clave de este singularísimo suceso.

Y como para abreviar a sus interlocutores del prurito de inquisición y examen a que parecía comenzaban a someterle, se apresuró a ponderar el inmenso cargamento de víveres y socorros que traía para la colonia, pidiendo el auxilio de gente y canoas a fin de abreviar la descarga. Esta noticia despertó en la misión el más extraordinario entusiasmo: canoas iban, canoas venían, y sobre la playa se apilaba en colosales balumbas enorme porción de sacos, balijas, cajas, barriles y fardos y bultos de toda clase. Semillas, frutas, carnes saladas, mantas, sombreros, muebles útiles de labranza, cerdos, ovejas, toros y vacas... de todo ello quedaba la misión abastecida para muy largo tiempo. La descarga duró cerca de tres días, durante los cuales a los colonos los tuvo sin cuidado el problema náutico del barco sin velamen ni arboladura, ateniéndose prácticamente a la solución en alto grado gastronómica, indumentaria y agrícola que les deparaba el botín enorme. Concluida la descarga, a las primeras sombras de la noche del diez y ocho de octubre, se alejó el *Buque negro,* sin viento ni remos, con el mismo silencio de su arribo, y dejándose en la misión al hijodalgo don Veremundo de la Garza y Contreras, muy agasajado de la colonia, en la cual había adquirido una popularidad que rayaba en veneración: cosa que nada tiene de extraordinario, ni en Loreto ni en el resto del mundo.

Al padre Salvatierra le supo muy amargo todo aquello aunque fuese su huésped Navarro y hermano de un duque de la corte de España.

El recién llegado no traía entre los infinitos artículos de su cargamento, ni un solo paquete de rosarios, ni un lote de catecismos, ni un mal ornamento para iglesia, ni siquiera una estampa de santos; su devoción por otra parte, era un tanto problemática, pues desde su venida no había visitado ni una sola vez el templo de la misión, para dar gracias por el buen suceso de su viaje... A efecto de tentar el corazón de aquel impío, ordenó el padre un *Te Deum* solemne, en acción de gracias por los socorros recibidos en el *Buque negro.* El señor don Veremundo concurrió al acto como todo hijo de vecino, sin distinguirse de los demás por otra particularidad, sino porque no hizo la señal de la cruz ni antes ni después del piadoso ejercicio; en lo cual nadie paró mientes... Pero he aquí que, al concluir el cántico religioso y al volverse de frente a sus neófitos el buen padre para bendecirlos, sintió tan grande inmovilidad en el brazo derecho,

que apenas pudo levantarlo, y sin poder trazar en el aire la sacrosanta enseña, dejó caer la mano sobre el muslo con la pesantez del plomo y sin poder evitarlo.

Lleváronle de allí en brazos; porque era presa de tenacísima fiebre. Algunos días después, convaleciente y siempre triste, embarcóse para la Nueva Galicia en busca de salud y reposo, y no pasó mucho tiempo sin que exhalase en Guadalajara el último suspiro. En las supremas ansias de la agonía, dirigiendo la mortecina vista hacia el occidente, intentó bendecir de nuevo, aunque fuese desde tan lejos, la misión de Loreto, y sintió esta vez rebeldes sus nervios y pesada la mano, falleciendo sin derramar sobre sus catecúmenos el postrer sentimiento de su vida...

Pero volvamos a Loreto. Don Veremundo, con las simpatías que le había conquistado su desmedida generosidad, con su despejado y siempre listo cacumen y con la fortuna que le acariciaba notoriamente desde su llegada a aquellas playas, comenzó a prosperar en grande en todas las empresas que acometía su audaz y nunca dormido carácter. Expediciones de buceo, plantíos de cereales, cabotaje por su cuenta en el golfo, exportación de vinos y frutas: cuanto intentaba le colmaba de riquezas, al inaudito extremo de que a fines de 1718, sus tesoros eran incalculables. De cada valva sacaba una perla, de cada semilla un mundo de semillas...

No sé si mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que no hay en este asendereado planeta cosa alguna que más despierte la envidia de los mortales, que ver que el prójimo se hace rico. Lo cierto es que las gentes de la misión comenzaron a murmurar de don Veremundo, cosas maravillosas y nunca oídas. Decíase que su riqueza es dádiva demoniaca. Que un papel trazado de gruesas líneas negras, que a nadie había dado a leer don Veremundo, pero que éste ojeaba de vez en cuando sentado en la playa, contenía el convenio, firmado de puño y letra de ambos contratantes, mediante el cual don Veremundo transfería a Satanás el dominio de su alma, con exclusión de los derechos de Dios y a cambio de riquezas; y para confirmar este dicho añadían que a la fin o a la postre, el *Buque negro* se lo había de llevar en cuerpo y alma. Finalmente, que la decadencia de la misión no tenía otra data que el

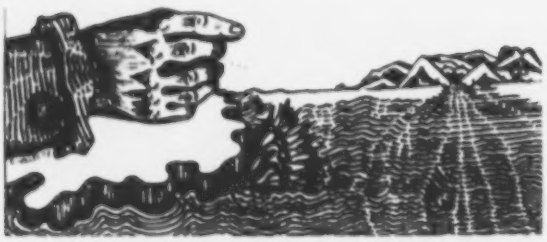
arribo de Garza, a quien debía atribuirse asimismo la parálisis aguda del brazo del padre Salvatierra, así como su inesperada y prematura muerte. Y en estas y otras semejantes pláticas, esparcidas primero *sotto-voce* y transmitidas después de padres a hijos ya con mayor libertad y garrulería, porque don Veremundo se iba envejeciendo y tornando en débil estantigua, transcurrieron hasta cincuenta años, sin que por lo demás, en el lapso de este tiempo dejasen, los buenos feligreses de Loreto, de solicitar y percibir en pingües demostraciones contantes y sonantes, los desbordamientos de la liberalidad siempre inexhausta del hijodalgo. Y esto prueba otra sencillísima observación que me ocurre, si a mis lectores no incomoda, y digo me ocurre, no porque sea nueva, sino porque viene a cuento, y es que nada hay en este bajo mundo que armonice mejor las voluntades y trueque en servidores obsequiosos a los malquerientes, como la generosidad y largueza en las dádivas; y así, don Veremundo, aunque visto con desconfianza y antipatía, no tuvo en torno suyo más que atenciones, servicios y alabanzas. Sólo le abandonaron sus convecinos cuando cayó en cama, atacado de extraña dolencia que nadie diagnosticó ni pudo curar en la colonia.

A pocos días de estar enfermo don Veremundo, volvió a avistarse el *Buque negro* desde las playas de Loreto. Con rapidez inusitada en embarcaciones comunes se acercó al puerto silenciosamente, sin velamen, ni arboladura, ni jarcias, lleno de una intensa luz rojiza que se veía a través de los vidrios de las lucanas y lumbreras, y movido por no se supo qué fuerza misteriosa. Salieron a cubierta cuatro negrazos, descolgaron un esquife, se metieron en él, remaron hasta atracar en el desembarcadero, saltaron tres de ellos en tierra, y se dirigieron a la casa de Garza y Contreras, lo levantaron en brazos y envuelto en sus ropas de cama lo embarcaron en el batel negruzco, volvieron a remar hacia el *Buque negro,* a donde subieron con el moribundo, y zarparon sin rumor y con rapidez, perdiéndose bien pronto de vista el barco maravilloso en las lejanías ensombrecidas de la mar, que ya empezaba a obscurecerse con el capuz de la noche.

158

El Dorado

*José León Sánchez**



El hermano Josefo atravesó todo el desierto. El desierto grande, en donde habita el silencio que nadie suele atravesar. El hermano Josefo regresaba. Como había partido con mucha gente, fray Junípero se extrañó de verle regresar tan solo; le acompañaba una mula cargada de viento, y detrás de él, arrastrando los pies, un sargento y un soldado.

–¿El teniente y la cuera?– preguntó fray Junípero.

La otra mula se la habían comido hacía muchas semanas.

Cuando ingresaron en la misión un viento de arena azotaba y la lluvia caía a plomo sobre todos esos lugares. El viento y el aguacero parecían intentar lanzar al suelo a los caminantes. El hermano Josefo se ayudaba a caminar con un bordón y venía comido por las hormigas azules.

–Las hormigas azules habéis dicho, hermano.

–En el desierto desde donde yo vengo todo cambia de color, Reverendo.

–Regresáis muy solo, hermano.

Hacía muchos meses se había marchado con una escolta para estudiar hasta donde le permitiera Dios, las fronteras de los rusos.

–En muchos meses de camino, al cruzar una montaña nos encontramos con un indio que nos ofreció oro. Caminaba totalmente desnudo, pero nos ofreció oro por maíz. Al teniente de la cuera y a los colonos se les llenó el entendimiento de asombro. El pobre infeliz solamente quería cambiar una libra de maíz y él daba *dos libras de oro.*

* José León Sánchez (Costa Rica, 1930). Novelista. Ha publicado: *La isla de los hombres solos, Tenochtitlán* y *Campanas para llamar al viento.*

"Esa noche hubo revolución en el campamento. Y al día siguiente después de *laudes* todos se habían marchado en pos del indio. Y con ellos se fue el teniente y los colonos, que eran como treinta familias y que vos me habíais encargado dejar cerca de la frontera de los bisontes y de los caribúes. Todos se fueron. Y con ellos llevaron los bastimentos que nos habíais proveído y así también los burros.

"A nosotros solamente nos dejaron unos granos y dos mulas, la cual una de ellas hubimos de sacrificar en el camino.

"Cuando inicié mis oraciones ya estaba solo en la madrugada. Ya en la hora de *maitines* todos se habían marchado. Ya no quedó más que el halo del lugar donde estaban. Las huellas de ellos las seguimos hasta una extensa cañada, pero nada más.

"–Dejadles, hermano –me dijo el sargento– van tras la huella del oro.

"Lo sabéis, Reverendo, que el olor al oro es tal que hace olvidar a los hombres que en estos desiertos no hay agua... y en ninguna parte plata.

"Nosotros después tratamos de ir tras de ellos, pero una ventolera de arena nos hizo encima y era tan fiera que nos impedía seguir las señas de sus pasos. Y así se fueron, sin dejar huella. Nos amparamos detrás de unas lomas y cuando la tormenta pasó después de tres días, ya no había rastros para seguir.

"Siguiendo el sol hemos llegado hasta aquí."

–¡Hermano Josefo, oremos!

Aparecieron cerca del arroyo.

Y miraban el agua y no lo creían, pues pensaban que era un espejismo; a gritos un soldado llamó al hermano Josefo y al Reverendo.

–¿Es que no tienen sed?

–Están como muertos, no toman agua, miran el arroyo; venid y los veréis como embobados, cual si nunca hubieran mirado el agua.

Así estaban, en los alrededores de la Misión. Eran tres mujeres y cargaban algo como huesos de muertos. Y tres niños y dos soldados ya viejos, y no había nadie más.

Corrió el cuera por todos los lugares por si el desierto no les había impedido llegar. Pero no había nadie más.

Solamente ellas, las mujeres, como indias.

160

Miraban correr el agua como si el arroyo les estuviera hablando. Y no decían nada, como con los ojos pegados a la corriente.

Fray Junípero les dio agua y entonces se lanzaron al arroyo con locura, como si en sus vidas no hubieran visto el agua. Y reían y bebían y reían con una risa histérica. Una risa tartamuda y una risa de locos.

Cargaban el aspecto de una gran miseria. Trajes raídos, ojos hundidos y las manos escuálidas, como yertas, como varadas de sal y de sol.

–Sentaos, descansad, comed algo...

–No, vamos para adelante, tenemos que llegar.

–¿A dónde van a llegar?

–No lo sabemos.

–¿Y los otros?

–Se fueron, se marcharon, los mataron los indios, se quedaron entre las rocas, entre las piedras, todos se murieron. Ellas recogieron los huesos, pues les dio pena dejarlos allá.

–¿Qué sucedió, dónde quedó el teniente, la cuera...?

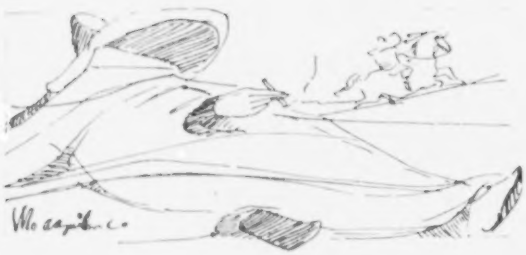
–Todo era mentira... El pozo estaba seco... Pero la verdad nunca hubo una mina de oro. El indio fue para engañarnos, ellos tenían mucho maíz, no necesitaban maíz, fue una trampa. Buscamos el oro entre las quebradas, pero tampoco lo encontramos. Y por eso hemos regresado los que estamos aquí, los que nos pueden contar, los que hemos logrado regresar. Hemos comido hormigas azules en el desierto. . .y bebido agua de orines. . .y comido nada, solamente las hojas que hemos visto comían los caribúes cuando atraviesan el desierto.

–Fue un mal anhelo.

–Vivir de cara al día con oro, solamente eso queríamos.

Corrido de Joaquín Murrieta

Anónimo



Yo no soy americano
pero comprendo el inglés,
yo lo aprendí con mi hermano
al derecho y al revés,
y a cualquier americano
lo hago temblar a mis pies.

Cuando apenas era un niño
huérfano a mí me dejaron
nadie me hizo ni un cariño.
A mi hermano lo colgaron
y a mi esposa Carmelita
cobardes la asesinaron.

Yo salí desde Hermosillo
en busca de oro y riquezas;
al indio pobre y sencillo
lo defendí con fiereza.
Y en California mil pesos
pagaban por mi cabeza.

Yo me he metido en cantinas
castigando americanos;
-Tú serás el Capitán,
el que mataste a mi hermano;
lo agarraste indefenso,
orgulloso americano.

A los ricos avarientos
yo les quité su dinero;
por los humildes y pobres
yo me quité mi sombrero.
¡Ay qué leyes tan injustas
con llamarme bandolero!

A mí la ley no me asusta
ni tengo miedo a morir.
Vengo a vengar a mi esposa
y lo vuelvo a repetir:
¡Carmelita tan hermosa,
cómo la hicieron sufrir!

Mi carrera comenzó
con una escena terrible.
Cuando llegué a 700
ya mi nombre era invencible,
cuando llegué a mil 200
ya mi nombre era temible.

No soy chileno ni extraño
en este suelo que piso;
de México es California
porque Dios así lo quiso,
en mi sarape bordado
traigo mi fe de bautizo.

Me he paseado en California
por el año del 50,
con mi montura plateada
y mis pistolas repletas.
Yo soy ese mexicano
de nombre Joaquín Murrieta.

Cipriana

Pedro N. Ulloa

Bien se lo había dicho a Cipriana. Cuanto mozo del pueblo la rondara, pescador o mercader, ricacho o pobre, había de ir al mar a que se lo tragase la onda pérfida y traicionera. Primero Manuel, luego Pancho, después Perico, todos en el mismo sitio, todos atraídos por igual maleficio. La cosa no tenia duda, Cipriana tenía mala pata.

Ningún mozo del pueblo, después de la noche aquella en que Perico desapareció de la aldea como los otros atraído por el mar y por él tragado, volvió a fijar los ojos en las finas bellezas de la guapa playera. Todos, al pasar junto a ella, los domingos, después de la misa mayor, evitaban hasta el roce menor, cualquier contacto, por no caer en el lazo de Cipriana. Porque Cipriana tenía mal de ojo. ¡Vaya! ¡Seguramente que lo tenía!

Un forastero, llegó, sin embargo, a amar a Cipriana, locamente, como Perico, como Pancho, como Manuel. Todas las noches rondaba la casucha de la moza, envuelto hasta los ojos en una capa gris. Nadie conocía, sin embargo, al forastero; nadie de él podía dar señas exactas, ni nombre alguno. Sólo se sabía que rondaba a Cipriana; que Cipriana hablaba con él largas horas, y que al día siguiente, ni rastro del amante.

Media localidad estaba intrigada en el asunto. El cura decía que era el diablo en persona y llegó hasta tratar de lanzar exorcismos al enviado de Satanás; el boticario decía que se trataba de un duende; el juez, que era una alma en pena y don Quirino, el presidente municipal, que ni en el

* Pedro N. Ulloa (Chihuahua, Chihuahua, 1881 -Hermosillo, Sonora, 1912). Escritor y periodista. Colaborador de *El progresista*, semanario ensenadense, de 1903 a 1904.

diablo, ni en duendes, ni en almas en pena creía, no opinaba en el asunto por no externar los pensamientos de la propia corporación.

La conducta de Cipriana era la misma de siempre. En la mañana, a eso de las seis, emprendía su caminata hacia la ciudad cercana, a la venta del marisco de la víspera; a eso de las cuatro, cayendo el sol, emprendía el regreso, siempre con la misma cara, hermosa y radiante de contento.

Una noche, al toque de ánimas, cierto vecino vio a Cipriana en compañía del forastero embozado rumbo del acantilado de la playa, al mismo sitio donde habían sido encontrados los cadáveres de los antiguos amantes. El vecino volvió a ver a Cipriana al regreso; pero sin el forastero.

Pesquisas fueron hechas; pero inútilmente. El forastero no volvió. Quizá habría sido como los otros, tragado por el mar.

La conducta de Cipriana se hizo sospechosa. Se le vigilaba, sin que ella pudiera dar cuenta del espionaje, que no arrojó, sobre el asunto ningunas luces.

Un día, en el invierno, se supo que la moza tenía un nuevo amante. Era Rosendo, de un pueblo de pescadores cercano. Nada se le dijo de las sospechas que motivaba. Todo permanecía en silencio. Los vecinos esperaban una nueva víctima.

Una tarde, de pronto, Cipriana en compañía de Rosendo fue encontrada en el camino de la ciudad, rumbo a la playa. El sol había muerto y las sombras enormes y profundas empezaban a inundar el cielo antes sangriento. Un jorobado, espía del alcalde, seguía a los enamorados muy de cerca, sin inspirar sospechas.

Los amantes llegaron al acantilado. El se sentó en las rocas; ella, parecía esperar; el jorobado vigilaba oculto tras unos murallones de sillar, antiguas ruinas. De pronto se escuchó un grito profundo y doloroso; el jorobado salió de su escondite hacia Cipriana que corría. Al verlo se detuvo y volvióse hacia él, parado en la altura de la enorme roca. Cipriana elevó al aire sus torneados brazos, cimbró en ellos el frágil cuerpo del jorobado y lo echó a rodar camino del abismo hacia la mar tranquila y serena, en el momento en que la última diafanidad celeste se cubría en un inmenso pabellón de sombras.

El mexicano

*Jack London**

Nadie conocía su historia –menos aún los de la Junta Revolucionaria. El era su "pequeño misterio", su "gran patriota" nada más. Pero esto quería decir que él trabajaba con ardor extraordinario por el advenimiento de la Revolución Mexicana. Los de la Junta llegaron a reconocer este hecho ya muy tarde, pues ninguno de ellos lo quería realmente, la primera vez que se presentó en el salón de reuniones, siempre lleno de gente, ellos sospecharon de él, creyéndolo un espía –uno de los agentes asalariados, secretos, de Porfirio Díaz–. Y en cierto aspecto tenían razón para sospechar a cada paso, pues muchísimos camaradas se encontraban en las prisiones militares y civiles dispersas en Estados Unidos, mientras a otros se les hacía cruzar la frontera, se les alineaba y se les fusilaba contra un muro.

El primer encuentro con el desconocido no los impresionó en modo alguno favorablemente. El muchacho no tenía más de dieciocho años, y aparentaba tener aún menos edad. Dijo que se llamaba Felipe Rivera y que deseaba trabajar para la revolución. Esto fue todo. Ni una sola palabra más de explicación. Y allí se quedó esperando. Sus labios no daban señales de sonrisa, ni de inteligencia sus ojos. Paulino Vera, alto, fogoso, sintió algo extraño, como un estremecimiento. La visión del muchacho le produjo la impresión de lo prohibido, lo terrible e inescrutable. En sus ojos negros, retintos, se veía la presencia del

* Jack London (1876-1916). Novelista norteamericano. Autor de *Antes de Adán* y *Los piratas de la bahía de San Francisco*. Apoyó activamente al movimiento floresmagonista.

veneno, como en las serpientes. Ardían a manera de un fuego frío, como alimentados por una inmensa y concentrada amargura. Rivera los movía mirando a los conspiradores y luego a la máquina de escribir, que la pequeña señorita Sethby manejaba laboriosamente. Sus ojos se encontraron con los de la muchacha, y ella también pudo sentir ese algo innombrable que la paralizó unos segundos y luego la obligó a leer la frase anterior, con el objeto de tomar la hilación de lo que estaba escribiendo.

Paulino Vera miró interrogativamente a Arellano y a Ramos, quienes a su vez volvieron la cabeza para interrogarse entre ellos. La indecisión y la duda asomaban claramente a sus ojos. Aquel muchacho enjuto era lo desconocido, lo que no se podía reconocer, lo que venía cargado con todas las amenazas del misterio y que resultaba fuera del alcance interpretativo de aquellos honestos y corrientes revolucionarios, cuyo odio ardiente hacia Díaz, no era más que el repudio de cualquier patriota corriente. En el muchacho había algo distinto, y ellos no sabían lo que era. Paulino Vera, siempre el más impulsivo, el más apresurado para actuar, se lanzó a la palestra.

–Muy bien –dijo fríamente–. Usted desea trabajar por la revolución. De acuerdo. Sáquese la chaqueta, cuélguela allí, yo le indicaré el lugar, venga, allí donde hay unos libros y trajes. El piso está sucio y hay que fregarlo un poco. Usted lo hará aquí primero, y luego en la otra pieza. Hay que lavar también las escupideras... y limpiar las lunas de las ventanas.

–¿Y todo ello será por la revolución? –preguntó el muchacho.

–Sí, señor, por la revolución –contestó Vera.

Rivera miró a todos aquellos hombres con cierta fría sospecha y procedió luego a quitarse la chaqueta.

–Si es así perfectamente –dijo con toda firmeza.

Día tras día vino a realizar su trabajo de regar, barrer y limpiar. Vaciaba la ceniza de las estufas, traía el carbón y encendía el fuego antes de que el más rollizo de los dirigentes se sentara ante su mesa de trabajo.

–¿Podría dormir aquí? –preguntó una vez.

¿Así era la cosa, no? Ya estaba mostrando las uñas el agente del

tirano Díaz... Porque, dormir en las salas de la Junta significaba tener acceso a sus secretos, a las listas de afiliados, a las direcciones de los camaradas que actuaban en México. La solicitud fue denegada. Rivera no volvió a hablar del asunto. Nadie sabía a dónde iba a dormir, ni cómo se ganaba la vida, ni dónde comía. Cierta vez, Arellano le ofreció un par de dólares. El muchacho se negó a aceptarlos moviendo la cabeza. Cuando Vera quiso saber el motivo de esta negativa, él dijo simplemente:

–Yo trabajo por la revolución.

Mucho dinero hace falta en nuestros días para llevar a cabo una revolución, y la Junta siempre estaba sin fondos. Todos sus miembros bregaban lo que podían y siempre andaban sin un céntimo en el bolsillo, muriéndose de hambre. Y el éxito de la revolución parecía a veces depender de unos cuantos dólares... Cuando, en cierta ocasión, se debían ya dos meses seguidos de arriendos y el dueño amenazó con el desahucio, Felipe Rivera, el barrendero enjuto y mal vestido, fue quien puso sesenta dólares en moneda de oro sobre la mesa de May Sethby. También se presentaron otros casos parecidos. Trescientas cartas hechas trabajosamente en la máquina de escribir, y que eran solicitudes de ayuda, consultas a los grupos de obreros organizados, renovaciones de contratos con los periódicos, protestas contra el trato injusto que daba la Corte de los Estados Unidos a los revolucionarios mexicanos, permanecían detenidas allí por falta de dinero para comprar estampillas de franqueo. El reloj de Vera había ido ya a parar a otras manos, y su exdueño alegaba en son de queja que aquella joya había sido de su padre. Lo mismo había sucedido con el anillo fino del tercer dedo de May Sethby. La situación era desesperada. Ramos y Arellano no hacían más que atusarse los bigotes desesperadamente. Las cartas tenían que ser despachadas lo más pronto posible, y el correo no concedía, por desgracia, crédito a los que no tenían sellos para enviar su correspondencia epistolar. Entonces fue cuando Rivera se puso el sombrero y se marchó sin decir nada. Cuando regresó algunos días después, traía en las manos las mil doscientas estampillas que le hacían falta a May Sethby para despachar las cartas retrasadas.

–¿No creéis que este hombre recibe dinero de Díaz? –dijo Vera a sus camaradas.

Todos fruncieron las cejas y nadie pudo manifestarse esta vez decididamente. Felipe Rivera, el barrendero en gracia de la revolución, continuó trayendo dinero cada vez que hacía falta en el local de la Junta.

Pero todas estas demostraciones de adhesión no lograban inspirar confianza con respecto a él entre los miembros revolucionarios. Ninguno lo conocía en realidad. Su vida era distinta a la de ellos. El muchacho no hacía ninguna confidencia y rechazaba toda intimidad. A pesar de lo joven que era tenía en su presencia una fuerza tal que dejaba cohibidos a los demás.

–Quzás este muchacho sea uno de esos espíritus altivos que les gusta vivir en soledad absoluta...Yo no sé...Yo no sé –decía desconcertado Arellano.

–No es humano –agregaba Ramos.

–El alma se le hizo ceniza –opinaba May Sethby–. Es un hombre en quien ardieron hasta apagarse la luz y la sonrisa. Es como un muerto que anduviera espantosamente vivo.

–Este hombre pasó por el infierno seguramente –alegaba Vera–. Mira sólo como deben mirar los hombres que pasaron por los fuegos infernales... Y no es más que un muchacho.

Pero ninguno de ellos podía quererlo. Rivera no preguntaba nunca nada, ni inquiría, ni sugería. Habría parecido una cosa muerta si no hubiese sido por esos ojos suyos de agudeza quemante en un rostro inexpresivo, inmóvil, incluso cuando oía hablar de la revolución a los ardorosos dirigentes. En estos casos, no hacían más que tornarse de un rostro a otro rostro, de un orador a otro orador, como dos trozos de hielo, incandescentes, desconcertando y perturbando.

–No es un espía –confió al fin Vera a May Sethby–; es un patriota. Es el más grande patriota de todos nosotros. Lo sé ya perfectamente. Lo sé y lo siento aquí en mi corazón y en mi cabeza. Pero no sé qué clase de hombre es éste.

–Es un temperamento endemoniado –dijo May Sethby.

–Me ha mirado con esos ojos únicos en el mundo –agregaba Vera–. Y

esos ojos no hablan de amor, sino de amenazas. Son los ojos de un tigre en su selva. Y estoy absolutamente seguro de que si yo flaqueara en el camino revolucionario, él no vacilaría en abatirme. Este hombre no tiene corazón. Es despiadado como el acero, agudo y punzante como una espada. Me hace pensar en una luz de luna que cayera sobre la nieve invernal mientras un hombre estuviera muriéndose en la soledad de un desfiladero. Yo francamente no tengo miedo de Díaz ni de sus matones. Creédmelo. Pero tengo miedo de este hombre. Es el aliento de la muerte.

Pero Vera fue el primero en persuadir a los demás para que tuvieran confianza en el muchacho y le encomendaran una delicadísima misión cuando la línea de comunicaciones entre Los Angeles y Baja California quedó cortada. Tres camaradas habían caído ya en la empresa. Les había hecho cavar su tumba antes de recibir un tiro. Y otros dos se encontraban presos en las cárceles norteamericanas de Los Angeles. Juan Alvarado, el comandante federal, era un verdadero monstruo. Todos los planes de los revolucionarios se veían deshechos infaliblemente por él, de tal manera que les era imposible ponerse en contacto con los revolucionarios activos –a veces aún incipientes– de la Baja California.

Felipe Rivera recibió las instrucciones y partió en dirección al sur. Cuando volvió semanas después, la línea de comunicaciones se encontraba ya restablecida y todo el mundo sabía que Juan Alvarado era un difunto. Lo habían encontrado en su lecho con un puñal que le atravesaba el corazón. Rivera se había excedido ciertamente en su misión. Pero los de la Junta, sabiendo ya por intuición todo lo que había sucedido, se abstuvieron de hacer al muchacho ninguna pregunta. Lo único que hicieron fue mirarse una y otra vez interrogadoramente. Al fin, Vera dijo en esta ocasión:

–Yo os lo advertí. El peor enemigo de Díaz es este muchacho. Si él lo conociera, le temería más que a cien bandidos. Es un hombre implacable. Es la mano castigadora de Dios.

El temperamento del demonio al que aludía May Sethby, y que todos los demás presintieran, se había puesto ya en evidencia por medio de pruebas materiales. Por otra parte, se le veía aparecer allí con un labio cortado, con una contusión en la mejilla, con una mancha morada en la

oreja. Era un hecho seguro que él andaba golpeándose, batiéndose por allí, por los lugares donde iba a dormir, a comer, a ganar dinero moviéndose de manera desconocida para sus correligionarios, cada vez que terminaba su trabajo de tipógrafo, allí en la Junta, donde se imprimía una pequeña hoja semanal de propaganda revolucionaria. En ciertas ocasiones, el muchacho no podía realizar este trabajo a causa de que tenía los nudos de los dedos lastimados, las yemas heridas, el brazo hinchado y una expresión de sombrío sufrimiento en el rostro.

–Está hecho un pendenciero feroz– decía Arellano.

–Debe andar por los peores lugares del bajo fondo– agregaba Ramos.

–¿Pero de dónde sacará dinero? –preguntaba Vera–. Ahora mismo acabo de saber que ayer pagó la deuda del papel de imprenta, unos ciento cuarenta dólares.

–Para eso están sus ausencias, sus extrañas ausencias. Nunca nos las explica –opinó May Sethby.

–¿Por qué no le ponemos un hombre que le siga los pasos?

–Yo no me ofrecería a eso, ciertamente –declaró Vera–. Estoy seguro de que si me dedicara a espiarlo, vosotros no volveríais a verme, salvo que fuera para enterrarme. Es un hombre que tiene una fuerza de pasión terrible. Y él no permitiría que ni Dios mismo se le cruzara en el camino de su pasión.

–Ante él, yo me siento como un niño –confesó Ramos.

–Yo no veo en él más que poder. Es el lobo primitivo, salvaje, la gran serpiente fabulosa, la escolopendra que se extingue –dijo Arellano.

–Es la revolución encarnada –agregó Vera–. Es su llamarada y su espíritu, el grito insaciable de venganza que no se oye, pero que abate silenciosamente. Es un ángel destructor que se mueve entre las vaguedades del alba.

La Faraona

*Olga Vicenta Díaz Castro**

Como en todo lugar de diversión debe haber un teatro; el casino tenía el suyo para presentar a los artistas más famosos y por supuesto los más caros. Así llenando estos requisitos llegó a su escenario, con todo el poderío de su deslumbrante belleza una bailarina que se hacía llamar: "La Faraona". Se le contrató para una corta temporada, pero como el arte verdadero logró avasallar; ella siguió actuando indefinidamente.

Esta bella artista, después de sus presentaciones se dirigía a la sala de juego, para encontrarse con cierto caballero inglés que la había impresionado profundamente, con su irresistible atractivo de hombre de gran mundo, fingiéndole una pasión que en él no era otro sentimiento que el interés, por ser ella afortunada a tal extremo, que entre los apostadores corría el rumor de que poseía un extraño poder, porque llevaba oculto en un brazalete de esmeraldas el talismán que la hacía ganar grandes cantidades de dinero.

Pero los talismanes nada pueden cuando un amor apasionado interviene; y así "La faraona" entregaba todo su oro al caballero y éste hacía gala de sus artes de vividor, fascinándola prometiéndole un título de nobleza por ser él, según su propio decir, descendiente de un Lord de Inglaterra.

* Olga Vicenta Díaz Castro (Río Verde, San Luis Potosí, 1905). Narradora. Ha publicado *Narraciones y leyendas de Tijuana* (1973).

Y como el amor es ciego, el interés siempre se aprovecha de esta circunstancia; y en espera de mejor oportunidad, aquel idilio parecía no terminar nunca; así juntos se les vio por los salones y por las avenidas de los jardines cuando se dirigían a su *bungalow*, después de la media noche.

Mas el destino es caprichoso, y termina con todo cuando menos se espera. En el amanecer de un día fatal, el caballero inglés salió corriendo del *bungalow*; y desesperadamente pidiendo auxilio, gritaba que había sido envenenado con vino y que "La Faraona" estaba muerta por haber tomado del mismo licor.

–¡Qué horror! –Exclamé interrumpiendo el relato de don Manuel, ¿quién pudo desear su muerte, asesinándoles?

–No señora; no fue ningún asesinato. Un hombre que trabajaba como velador, declaró ante la gerencia: que en aquella noche terrible y lluviosa; al pasar frente a la ventana del aposento donde dormían, pudo ver en el interior, a la luz de una lámpara, que la artista y el caballero contaban sobre una mesa, una gran cantidad de monedas de oro, y llenando con ellas pequeños sacos de lona los ponían dentro de un baúl de viaje, forrado de piel. Como es natural, aquello lo llenó de curiosidad y se puso a observar detenidamente. Sobre la mesa, además del baúl, estaban una botella de vino, dos copas, y un revólver.

Cuando el caballero y "La Faraona" dieron por terminada su tarea; él tomó un alhajero con la joyas de la artista, lo puso dentro del baúl, cerró éste y lo guardó en el ropero, asegurándolo a su vez con una llave, que puso después debajo de la almohada; se tomó una copa; se acostó quedándose profundamente dormido.

"La Faraona" entró a la otra recámara, para cambiarse de ropa; al salir lucía una bata de tul blanco bordado de perlas. Avanzó hacia la cama; contemplando al caballero dormido y metiendo la mano debajo de la almohada, sacó la llave, abrió el ropero y tomando no sin esfuerzo el pesado baúl, se apoderó del revólver; salió del *bungalow* y sin hacer caso de la lluvia se dirigió al lado oeste del jardín perdiéndose entre los árboles. El velador también declaró que sintió el impulso de seguirla, pero no lo hizo por temor de ser herido, ya que ella al verse perseguida le habría disparado, pero esperó para verla regresar.

"La Faraona" tardó en volver casi una hora; y caminando precipitadamente entró hasta el aposento; el ruido de la puerta despertó al caballero, quien al ver abierto el ropero; sospechó lo que había pasado y al no ver el baúl, buscó el revolver y no encontrándolo se puso furioso; se abalanzó sobre la artista y estuvo a punto de ahorcarla, pero se arrepintió y dándole un empujón la arrojó sobre la cama, ella al levantarse lanzó una carcajada de dolor y se puso a llorar amargamente ante el terrible desengaño de ver que no era amor lo que el caballero sentía por ella.

Sin embargo, esperó a que se calmara; y serenamente llenó de vino las dos copas y luego en el delirio de su decepción sacó de su pecho un frasquito y vertió el contenido en ellas y ofreció una al caballero y con una triste sonrisa le dijo al oído unas palabras; él sin sospechar nada tomó su copa y ella hizo lo mismo. El efecto del terrible veneno no se hizo esperar, la hermosa artista fue la primera en caer para no levantarse más; y él, al empezar a sentirse mal, salió corriendo en busca de auxilio; salvándose milagrosamente, decidió abandonar el casino para siempre.

Don Manuel hizo una pausa y luego continuó:

–Dicen que no se sabe si el cuerpo de "La Faraona" fue llevado al cementerio o si para que aquel hecho nos trascendiera en descrédito del casino, fue sepultada en el bosquecillo, tal vez muy cerca del tesoro.

–Pero eso es increíble, ¿nadie investigó el caso?

–No señora, el tiempo y el dinero todo lo borran "La Faraona" no tenía parientes y siendo ella la autora de su propia muerte, pues aquel asunto se dio por concluido.

Al anochecer de aquel fatal día, empezó como siempre a funcionar el casino, con su música, con sus elegantes parejas, sus apostadores y toda aquella concurrencia de cada noche en un ir y venir. ¿Cree usted que alguien podría darse cuenta, si ni los empleados de allí mismo se enteraron de aquella tragedia?

Lo curioso del caso es que el alma de "La Faraona" sigue penando hasta que alguien tenga el valor de seguirla, para ver dónde tiene aquel baúl repleto de oro.

Don Manuel dio por terminado su relato cuando empezaba a oscurecer, y me despedí de él sin saber que esta vez iba a ser para

siempre, pues cuando volví a buscarlo ya no lo encontré: había abandonado su cabaña para ir a vivir a su tierra al amparo de sus hijos.

Mi amigo, *El Gambusino de Oro,* supuso que mi narración había terminado y comentó:

–Pero ahora los años y el ajetreo estudiantil habrán ahuyentado a la bailarina. –Tal vez; aunque yo no lo creo, por lo que luego sabrás; pero antes permíteme que retroceda un poco para que sepas que la ruina del casino la ocasionó la expropiación de éste, y como fue convertido en centro escolar, pues el vandalismo de varias generaciones de estudiantes se encargó de destrozar toda aquella belleza; y la desidia de otros tantos gobiernos dio al traste con todo, haciendo de aquellos jardines verdaderos muladares y dejando a la inclemencia del tiempo aquellos hermosos edificios que bien pudieron servir para fundar un museo o una biblioteca, agravándose más esto si te digo que en aquel entonces había todo el terreno que se pudiera desear para construir escuelas. Parece que esto no viene al caso; pero como puedes ver ahora me tocó en suerte venir a vivir al mismo lugar donde don Manuel tenía su cabaña, y bajo el mismo árbol "fabriqué mi nido", teniendo por este motivo que atravesar en repetidas ocasiones el patio de la Escuela de Agua Caliente, sintiendo siempre una rara tristeza como si pasara por un panteón abandonado.

–Pero insisto, ¿la hermosa "Faraona" sigue vagando por ahí?

–Pues verás, desde la expropiación del casino este lugar ha sido vigilado; no se para qué, por miembros del ejército; y muchas veces a los soldados en turno, que por las noches platican al calor de sus fogatas, les he oído contar lo de la mujer aparecida.

Te advierto que nunca dí crédito a sus consejas, a pesar de tener aún presente el relato de don Manuel, hasta que una noche al salir del Teatro del Seguro Social, decidí caminar hasta mi casa y así llegué hasta el lugar donde siempre están los soldados pero ni el centinela estaba afuera; tal vez porque había empezado a llover con fuerza y hacía mucho frío. Al verme completamente sola sentí cierto temor, pero luego me alenté porque pude ver a la luz de la fogata a un hombre joven que seguía a una mujer vestida de blanco, y apreté el paso para alcanzarlos,

pero fue inútil porque tomaron otro rumbo perdiéndose entre los árboles.

Al verme sola de nuevo, caminé más de prisa, y después de pasar al bordo, emprendí la carrera, crucé los arroyos que formó la lluvia bajo el puente del ferrocarril y llegué a mi casa hecha una sopa y tiritando de frío. Después de cambiarme de ropa, tomé un té caliente y me acosté; entrecerré los ojos musitando una oración y de pronto dí un grito y me senté; porque sin querer, vi la escena del hombre persiguiendo a la mujer de blanco y me vino a la mente el relato de don Manuel. Y claro no pude dormir, preguntándome: ¿Sería aquella mujer la bailarina fantasma? Tal vez, pero el joven que la seguía, ¿quién era?

A la mañana siguiente obtuve la respuesta. Volviendo al mismo lugar, al cruzar el mismo patio, me llamó la atención un grupo de curiosos que contemplaban el cuerpo de un joven muerto, que tenía en una mano un jirón de tul amarillento bordado de perlas...

Las gentes comentaban que era vecino de aquel rumbo, y que padecía del corazón. Al verlo lo reconocí, era el joven de la noche anterior, pero ya no había nada qué hacer; me concreté a retirarme rezando por lo bajo una oración...

Hoy en ese lugar se están levantando nuevos edificios, dándole un aspecto distinto; pero aunque así sea, no volveré a pasar por ahí después del anochecer y menos cuando la lluvia cubra de llanto los añosos árboles de ese muerto jardín... Ahora *Mi Gambusino de Oro*, tú tienes la palabra.

–Amiga mía, yo no soy cardíaco y vendré una noche lluviosa, para ver si la hermosa "Faraona" sale a mi encuentro y me entrega su fabuloso baúl repleto de oro.

Y yo le pregunto a mi estimado lector.

¿Quiere usted tomarle la delantera?

Ave negra

*José Manuel Di Bella Martínez**

En la estación de San Luis el viejo cadillac descansa; es de color plomizo porque el sol y el esmeril del polvo se han comido la pintura. El grupo de pasajeros deambula con ansiedad por el pasillo de la estación-tienda-correo en espera de la salida.

Todavía presentan un aspecto fresco, descansado, con el gesto de expectativa de quien se dispone a viajar. Son las diez de la mañana y la salida es a las once, y aunque aún es temprano, el sol ya caliente con furibundez la tierra mientras hace destellar las palabras *Ave negra* en las defensas del cadillac. El cupo para la travesía está comp. Los que quieren irse a Mexicali en esta corrida tendrán que viajar "de bandera" sobre los estribos del automóvil bien agarrados a los postes de las puertas. Eso hará más difícil atravesar los 100 km de desierto, pues el exceso de pasajeros y de equipaje provocarán que el cadillac se atasque, pero hay que verle el lado bueno a las cosas, habrá más brazos que empujen para salir del pantano de arena y la compañía tendrá más entradas; total, de peores situaciones he salido ileso, como de aquella en Cananea donde de milagro salvé el pellejo cuando robé a Natalia.

Así como me la llevé sin que nadie se diera cuenta, igual de madrugada la regresé y nadie se dió cuenta, aunque yo me tuve que salir de Cananea y venirme para San Luis. Ahora vivo de la chofereada y no hay queja, pero a veces las ganas de regresar no me las aguanto. Ni modo, si me casan con Natalia ya estaría de Dios, algún día le tiene que pasar a uno. O aquella otra vez en que tronamos al Shangay. ¡Manos arriba! No daba crédito a mi facha de bandolero cuando asaltamos la tienda del chino avaro que tenía muerto de hambre a todo el pueblo. Caro el arroz, caro el frijol, cara la azúcar, caro esto y lo otro, y con aquellos

* José Manuel Di Bella Martínez (Tampico, Tamaulipas, 1952). Narrador. Es autor de *El artista del asco* (1984), *La excursión de la pandillita (en busca del coco)* (1989) y de *Pequeñas letras. Antología de los talleres infantiles de literatura en Baja California* (1990).

desplantes. Todo el mundo se dio cuenta que fuimos mi compadre Ramón y yo. Después de que vaciamos la caja registradora y repartimos al por mayor los alimentos, en la trastienda Ramón le tuvo que pegar un tiro al malandrín porque quiso sorprenderlo con una daga que tiene tallado en el mango un dragón dizque de la dinastía Ming, pero yo creo más bien que es de la Ching. Bueno, la verdad no estoy seguro, el caso es que la daguita desde entonces ha sido mi amuleto. Lo triste es lo otro, qué le puede uno hacer, la gente nomás ve sangre y se pone como gallina en tiempo de heladas; eran así y asado, llegaron por aquí y se fueron por allá, hicieron ésto y aquéllo... Por lo pronto nos vamos. ¡Arriba todos! Usted, señora, por favor, en el asiento de enmedio. Sí, por favorcito, acomódense bien, denle cancha a estos banderines, Sí, señor medio boleto, no quiero monsergas. El camino es largo y se hace más si provocamos líos. ¿Todos listos? ¡Vámonos *Ave negra*... vuela, vuela... sobre este horizonte de cielo y tierra pelona.

Cuando salimos de San Luis rumbo a Mexicali el sol ya estaba lanzando sus canicas de fuego al hoyito de la tierra y el cielo azulísimo desde muy temprano había limpiado de sus ojos profundos lagañas de nubes. El cadillacón gris avanzaba con lentitud siguiendo las huellas de las rodadas en el desierto, memoria indeleble de anteriores travesías y que por suerte ninguna tormenta había borrado. A estas alturas del viaje los pasajeros ya iban empapados en sudor y una ligera vaharada de agua quemada producía comezón intermitente en todo el cuerpo. La señora gorda era la fuente más notable de humores, quien acentuaba su exuberancia olorosa con el abanico de cartón estampado con la virgen de los Remedios. Yo mantenía la vista clavada en el camino pendiente de no tropezar con rocas camuflageadas por la arena, pues ya era suficiente retraso las dos atascadas que llevábamos para todavía terminarla de amolar con un eje partido. De a ratos los pasajeros intercambiaban una que otra frase aislada como promoviendo un inicio de conversación que aligerara un poco la modorra del viaje, pero la mayor parte del trayecto se habían mantenido encerrados en una especie de burbuja de silencio, contemplando azorados la danza de espejismos en el horizonte, con la vaga convicción de haber visto algún cactus moverse de su lugar.

Comíamos cosas ligeras pues el calor nos espantaba el apetito y

bebíamos agua en cantidades anormales sin detener la marcha para nada. Ya iban a dar la cinco de la tarde pero el sol se negaba a envejecer dando la apariencia de andar por las doce del día. Faltaban varias leguas para llegar al próximo pozo cuando al trasponer una serie de lomas la señora gorda empezó a quejarse. Ay, ay, ay... emitía un sonido horrible como si gruñera, lívida su cara regordeta con los ojos a media asta, todo ello acompañado de un sudor frío y convulsiones impresionantes. Esta señora se nos muere, dijo el que viajaba de bandera en la puerta del lado derecho. De inmediato detuve el vuelo de *Ave negra*. Entre varios con miles de esfuerzos sacamos a la señora del carro y la acomodamos debajo de una sombra miserable al lado de un zahuaro. La señora seguía pegando aquellos rugidos dando pataletas igual que si fuera epiléptica. ¡Hay que hacer algo! -gritó espantado el jovenzuelo que traía de copiloto- ¡Esta señora se nos muere! Volví la mirada hacia una dirección del camino y nada. Volví la mirada hacia el otro lado y lo mismo: nada. Estábamos a mitad de ningún lugar. No faltó quien le empezara a echar aire a la señora con un pañuelo: inútil. Quien le pasara por la frente un pañuelo húmedo: inútil. Quien le aflojara el corsé demencial: inútil. Regresé al cadillac pensando a mil por hora mientras acariciaba por instinto la daguita del Shangay. De pronto me fijé en la virgen de los Remedios estampada en el abanico y que me acuerdo del botiquín que todos los carros llevan por obligación para casos de emergencia.

Abrí con dificultad el botiquín que nunca antes se había utilizado y descubrí varias ampolletas quién sabe para qué totalmente oxidadas. No lo pensé más y tomé una de las ampolletas. Le dí una enjuagadita a la aguja y otra vez con la señora para auxiliarla. ¡Agárrenla bien, que no se mueva!, y, ¡zas! le entierro la aguja en uno de los brazos.

La señora pegó un alarido descomunal y poco a poco se fue milagrosamente calmando hasta que desaparecieron las convulsiones. De inmediato la subimos al carro y continuamos el viaje.

La señora medio desmayada pero viva siguió quejándose quedito. Los pasajeros aliviados de la tensión y el miedo le dieron rienda suelta a su euforia: ¡Viva el dotor! ¡Arriba el dotor! ¡Bravo por el dotor!... así hasta que llegamos al otro día a Mexicali. Yo me sentí como el héroe de una película muda, considerando que antes sólo había curado caballos con emplaste de hierbas.

Las ciudades invisibles de Baja California

*Roberto Castillo Udiarte**

TIAKUN

Tiakun es una ciudad a imagen y semejanza de los recuerdos y los deseos que han tenido y tienen dos tipos de habitantes: los diurnos y los nocturnos; es por esto que los visitantes tardan meses, a veces años, en adquirir la capacidad para distinguir cuándo están sobre una calle falsa y cuándo en una verdadera. Algunos forasteros han pasado el resto de sus días sin poder distinguir cuál es la ciudad real y cuál la ilusoria, y por eso se les ve caminar generalmente deslumbrados sobre las calles de plástico mientras unas cebras mastican su condición de irrealidad.

Se han dado casos en que algunos visitantes, al pisar entre dos espejos encontrados, han perdido su identidad al ser multiplicados infinitamente por los espejos, y aún se les puede ver tratando de reconocer cuál de las imágenes corresponde a la realidad.

Dentro de la ciudad existe una zona habitada por caballos que no dudan de su realidad, perros que persiguen incansablemente a una liebre que habita sólo en sus pupilas, automóviles que buscan un lugar para descansar, salones de baile donde la música brota de las paredes,

* Roberto Castillo Udiarte (Tecate, B.C., 1951). Poeta. Es autor de *Blues cola de lagarto* (1985) y de *Cartografía del alma* (1987).

tiendas de ropa atendidas por maniquíes, prostitutas que son estacionómetros, comerciantes gordinflones que tallan sus uñas en las paredes y bancos llenos de basura.

Al este de Tiakun se encuentran los restos de una construcción oriental de tritones y sirenas que han perdido la nariz y la memoria. Al centro de esta zona se eleva el minarete, torre incendiada durante un saqueo por los nórdicos hace muchos años, y este minarete es la única construcción real para los habitantes diurnos y nocturnos.

TUKAT

Tukat no ha sido visitada en los últimos trescientos años ya que, en las regiones del derredor, circula la creencia de que en Tukat habita un demonio gigantesco llamado Fastitocalon, "el que se alimenta de forasteros". Estos, para deshacerse de aquél, llegaron al acuerdo de no visitar esta población para que la bestia muriera de hambre; sin embargo, ésta aún vive, pues los habitantes de ojos escarlata la alimentan de pétalos de albahacar, yerbabuena y deseos recientes.

Como las casas son tan pequeñas, Fastitocalon se ve más grande de lo que está y es irrisorio verlo caminar grotescamente por las calles vesperales, calles repletas de cartelones de sanatorios para muñecas descoloridas y ojos tristes, palomas con las piernas demasiado largas anunciando jabones de baño, hombres de otras épocas vestidos de frac, instrumentos de trabajo de enormes ojos sonrientes, y envases de cerveza con un águila impresa en latón.

Los habitantes no poseen relojes y por eso el tiempo es más lento.

Por las tardes los viejos salen a platicar a los pórticos de sus casas, y cuentan historias y leyendas del Testerazo, Tiakun y otros lugares, mientras los niños cuentan las estrellas del firmamento que gira rápidamente. A lo lejos, entre sauces cargados de aves que ríen, corre un arroyo que cruza la población hasta desembocar en los encinos de margot, donde una anciana que ya olvidó su edad, se dedica exclusivamente a la creación de un licor que hace menos tediosa la existencia de Fastitocalon, el último de su especie.

XICALLI

Pueblo en medio del desierto y acosado por tolvaneras durante todo el año. El calor es tan intenso en Xicalli que sus habitantes tienen que beber agua fría de caguama. Los hombres son amigables y las mujeres, de piel dorada, lo son más. Las construcciones son bajitas con techos de teja roja y las puertas, todas, dan al norte. Las ventanas que dan hacia el este van cubiertas de aluminio y las del oeste con persianas. Las del sur siempre están abiertas. Los campesinos de ébano siembran unas plantas que dan flores blancas y que, durante las tardes y el amanecer, absorben la poca humedad del ambiente. Estas flores son usadas como collares y, a la vez, sirven para mitigar la sed. Durante el día pueden ser puestas a secar al sol y durante la noche pueden ser pulverizadas para ser utilizadas, nasalmente, como reconfortantes. Los orientales la fuman para escapar de la canícula. A las mujeres les basta el amor para sobrellevar la intensidad del calor.

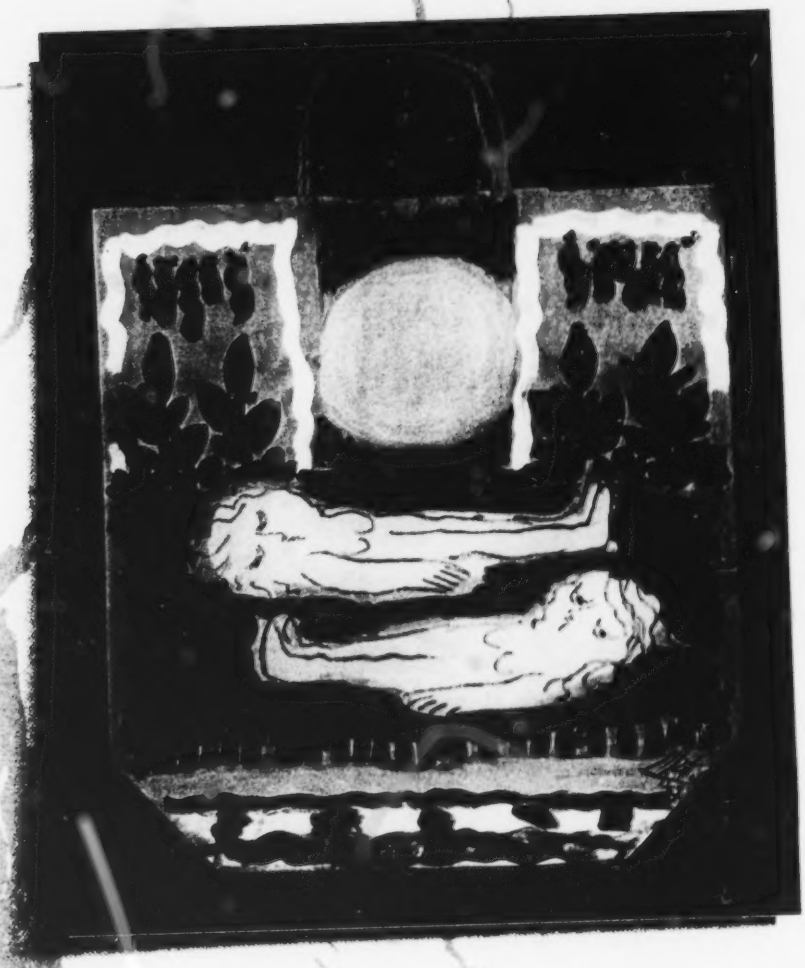
En Xicalli existe un violinista, de apellido italiano, que toca por las noches sin luna para hacer danzar a las estrellas más bajitas y, además, hacerlas bajar hasta tocar las puntas más altas de los cirios del desierto.

AHASKA

Este lugar es una montaña de rocas enormes color naranja, por donde el viento serpentea y canta. En la parte más alta de la montaña habitan los piñeros, hombres, mujeres y niños, que se dedican a la recolección de piñones y a la caza de conejos de ojos escarlata. Durante el invierno cae nieve y se mezcla con una calera situada al norte del caserío, y de esta mixtura, las ancianas elaboran un licor llamado Rumorosa, que permite a los ahasqueños, sobrellevar el invierno. El lugar es también famoso por el olor que despiden las casas durante los meses fríos; las chimeneas arrojan humo aromatizado por pinos y manzanitas, y durante los meses de calor, las casas, construidas de madera de pino, exudan resina aromática que los niños recogen para formar canicas y las niñas para crear diminutas muñecas perfumadas. En la parte media de la montaña, totalmente deshabitada, existen cuevas con pinturas rupestres que representan hombres y mujeres, rojinegros, que llevan coronas de tres

182

picos mientras elevan sus brazos en plegaria a un sol a punto de ser eclipsado. Alrededor de el sol, aguiluchos, conejos y venados parecen girar en armonía. Al pie de la montaña está situado un enorme desierto de dunas doradas por donde los viajeros, los que van rumbo a Xicalli, ven espejismos; se dice que estos espejismos son producto de los sueños de los habitantes de Ahaska.



IV. Paisajes urbanos

BEST COPY AVAILABLE

La ciudad que recorro

*Francisco Morales**

IV
Pienso a veces, ciudad, que voy buscando
sin linterna tu ruta:
Soy el ave que devora los vientos del retorno
con hambre verdadera, hambre infinita.
Trato de armar tu voz, tus escondrijos,
salto puertas, si, no: deshojo margaritas;
desmancho identidades, cataduras
que descubren tu máscara frontera.

Navegante febril,
me desvelan tu esencia, tu apellido.

VI
Hormigas rutinarias, tus hijastros,
vamos mordiendo el polvo,
que el asfalto caliente nos prodiga;
auscultando tus botes de basura
aceptamos el aire maloliente,
los espasmos, la histeria;
de tus aparadores, la clausura infranqueable;
de tu seno materno, portazo en las narices.

IX
Si en amarillos días
o aun en las noches negras
se conservan la historia de los viejos
en el bolso pequeño del abrigo, temprano,

* Francisco Morales (Tecate, 1940). Poeta. Ha publicado: *La muerte, adentro al lado...conmigo* (1985) y *La ciudad que recorro* (1986).

con el sol muy apenas arrancando,
echan a andar la máquina sangrante:
-Hay asfalto al momento, para todos;
escudriñad de gente la olla hirviendo,
la muy virgen ciudad, cueva hormiguero,
madre gallina entera para tantos.

XXI
A veces con mirarte
escupo besos, rosas de sangre en el asfalto
de esas calles, si nuestras, tan lejanas.
A veces para hablarte
con los tacones chuecos trazo líneas ::aternas
en las paredes sucias de las lomas
donde anida tu fauna.
A veces con nombrarte, ya te sufro, ciudad,
te descascaro.

Aquí nomás en Tijuana

*Ricardo Garibay**

Cerros, cerrejones, mogotes y lomas, cañones, descolgaderos, ramblas, quebradas, pendientes, subidas, repechos y desfiladeros, covachas, cuevas, socavones, barrancones y guaridas: horizonte circular de requemadas distancias, reino de la ladrillosa tierra suelta y del polvo y de los cachibaches, omnipotentes microbios de todos los furúnculos.

No hay agua, no hay luz, no hay drenaje, no hay pavimento, no hay aceras, no hay medios de transporte colectivo, no hay lugares para la basura ni camiones que la recojan, todas las gibas y las ardidas torrenteras son basureros a lo largo y ancho y enano y hondo de los tropeles de jacales, no hay tiendas ni lecherías ni carnicerías, alguna barranca es comedero público, Restorán Viva México, Restorán Viva Tijuana, Restorán La Patria Chica, algún barrancón es mercado, algunos puestecillos: chamois, enterobioformo y cocacolas, no hay árboles, no hay flores, no hay ni una brizna de pasto, no hay espacios para deporte ni para esparcimiento ninguno, no hay hospitales ni clínicas ni siquiera cuartuchos con alcohol, algodón y mertiolate, no hay Seguro Social, no hay tendederos con ropa, no hay animales domésticos.

Colonias: Aguaje de la Tuna, Arboledas, Azteca, Buena Vista, Cerro Colorado, Camichín, Chula Vista, De los Artistas, Del Maestro, Del Rosal, El Paraíso, El Emperador, La Esmeralda, Floresta, Fortín de las Flores, Guaycura, Herradura del Bosque, Independencia, Jardines de la Mesa, Las Brisas, Las Huertas, México Lindo, Otay Jardines, Reforma, Real del

* Ricardo Garibay (Tulancingo, Hidalgo, 1923). Escritor y periodista. Es autor de *La casa que arde de noche* y *De lujo y hambre*.

Monte, San Martín de Porres, Terrazas del Rubí, Unión, Villa Lomas, Zona Norte, 10 de Mayo y ciento treinta colonias más, y el 95% de todas las colonias debe ser considerado ciudades perdidas, montañescos hacinamientos de desperdicios donde la existencia transcurre en la inframiseria, en las enfermedades y entre los muros de polvo que cierran todas las salidas al futuro. Llégate de cualquier punto de la República donde te estés muriendo de hambre, cáile de paracaidista a cualquier pedazo deshabitado aquí en Tijuana, échate pal otro lado y cuélate en cualquier granja de nazis gringos que te tratarán con criterios zoológicos, hazte de unos dolores y cómprate ropa de medio uso allá, vente pacá de nuevo y agénciate unas tablas, unos trapos, unas piedras y álzate un cuarto, con llantas viejas rodea tu cuarto, con llantas viejas rodea tu patio y cuidao con el abismo, no te desbarranques un día de éstos, ¿ya estuvo?, ora sí ya manda por la vieja y los chavos, que se vengan, yaquí yay modo, yastán aquí, yay que vivan, tú a ver si le haces al otro lado diotra vuelta, ¿vistes cómo sí?, ya tráis la lana en la bolsa ¡dólares!, ¡dólares!, ya vete pensando en el refri, en la tele de pilas, en la lavadora onque no hay agua, en la bomba pal agua onque no hay agua, en la pila de agua onque no hay agua, en el coche un 75 un 76 orita lo agarras por fifti dólars y ya chingastes, ¿cuándo allá?, ¿cuándo allá dónde?, ¿en Michoacán, en Hidalgo, en Oaxaca, en Nayarit, en Chihuahua, en Puebla, en Nuevo León, en Tamaulipas?, ¿cuándo allá ponle onde quieras, si allá eras de los que de todos modos no la ibas a hacer nunca?, ¿cuándo allá?, ¿ya estuvo?, ora ya vete acostumbrando: que las latas, digo alimentos en latas, que los programas gringos de la tele, que la publicidad gringa en la tele, que la ropa gringa, que los refrescos gringos, que las leyes gringas, que las películas gringas, ya mascas el inglés, ya nostás tan pendejo, que las medicinas gringas, quel jaialái, quel galgódromo, allí puedes afanarte un bonchecito dioro ¡no podrás!, y que te dicen que has perdido tu identidad, cuál apátrida, allá era muy patriota y qué me valía, tú dime qué me valía, tú véndele el alma al gringo, el alma es tragar tres veces al día, ¿esclavo?, no hay esclavo cuando de perdida vendiendo cígarrets allá abajo en las calles o tenganchas con la yerba, ¿que la desesperanza?, no hay más esperanza que tragar tres veces al día.

190

En la parte más alta de la joroba de un cerro, una apiñazón de jacales; al dar la vuelta entre el talud y el precipicio -brecha de lodo como chicle, resbalosísima- parece que estamos ante los dolorosos restos de un simún, algo formidable pasó por aquí destrozando lo que había; pero, acercándonos resulta, el amontonadero, hotel o casa de huéspedes; letrero: "Se alquilan cuartos cómodos"; uno de los cuartos cómodos es pedazo de un camión de pasajeros.

¿No hay, no hay, no hay? ¿No hay nada de nada? No, sí, sí hay, hay polvo, piedras de polvo, polvo y sol, lodo y polvo, polvo y caca, chanclas y polvo, polvo y sudores a morir, polvo y avitaminosis, polvo y enterocolitis, salmonelosis y difterias, conjuntivitis y polvo de la locura de tantos y tantos; si hay, hay enanismo de tenderetes verdes y rojos y azules, empalizadas cafés y azules, colores muy fuertes que aún más desnudan lo pardo de la chillante luz y el polvo y los trebejos. Parte plana de una cima: erial blanco, tierra de trasgos, pálidas siluetas que van y vienen en el viento y las densas nubes de polvo como talco, anchísimo espacio semivacío, allá y allá jacales y jacalones que se van levantando, "antes de dos meses, usté regrésese y verá, esto estará lleno de no poder dar paso", oiga usted, y por qué aquí en esto tan desolado éstas que me he imaginado serán calzadas, sí, pero por qué tan anchas", "ah no pus porque les gusta hacerlas así y luego luego dicen todo esto será servicio público, aquí no levanten casas, vamos a pavimentar, pero se les olvida luego y así se quedan y ya la gente que sigue viniendo y ya no halla lugar pus levanta sus casas donde queda, ya en dos o tres meses verá usté questá lleno".

Una palizada es la escuela; un palo con aro de hierro en la punta: cancha de baloncesto. Nos hemos detenido ante un templete, a tomar un tehuacán; el polvo espesísimo hace de la garganta algo rígido, de cartón o de tierra grietosa, hace de los ojos dos rendijas rojas. Atiende el templete don Julián, de Chiapas, ya cinco años en Tijuana, vendía yerba pero no se puso a tiro con "La Perjudicial" y lo afanaron, se pasó dos años *adentro*, y estaba cabrón allá dentro, señor licenciado, muy cabrón, así que saliendo dije, le dije a mi señora no yo a mí ya no y pusimos aquí este negocio, y yáy vamos y ái vamos, nos quejamos pero no nos

podemos quejar porque otros se quejan más ¿cómo le diré? yaquí pude alzar la casita o sea, señor licenciado, que otros sí tienen de qué quejarse. El templete vende aspirinas, no psí de las gringas porque dan más resultado, o sea que dan más resultados ésas sí, no digo que las mexicanas no lo den pero las del otro lado sí dan resultado y es porque aquí la gente padece de dolor de cabeza, usté véalos a cada rato ay que me duele la cabeza, sí es lo que más sale, se hace algo porque por ejemplo a peso la aspirina y así sí sale. El templete vende también Enteriobioformo y Bentyl, porque usté ha de saber, señor licenciado, que aquí la gente no hace bien, o sea que no practica sus necesidades conforme a lo que debían practicarlas, diarreas y dolores muy fuertes de estómago, yo creo es el sol, sobre todo estas criaturas que andan en el sol a todas horas. Y en el templete también se venden sodas y refrescos calientes, pirulíes americanos, yo decía pirulí, nomás así, pues en un pirulí, pero un licenciado de allá abajo me dijo no Julián se dice pirulíes, por eso ái le puse pirulíes a cuatro pesos, y los chamoisitos que sí tienen mucha salida. ¿Cuánto es de la soda y el refresco de la doctora Nolasco, don Julián? No ps aquí a la Doctora ya la conocemos, ora quién sabe qué día que vino usté ¿verdá Doctora? ora pronto ¿verdá?, sí como no, son ¿qué? son treinta, treinta y dos pesos, señor licenciado que sean los treinta y cinco y se lleva un pirulíe, señor licenciado, sí pásele, muchas gracias, por ái la encontraban antes, la lidereza, peleonera y mitotera, maciza ella pero le dieron aquella barranquita que se ve allá, puso un restorán, como hay construcción aquí ahora ps hay hartos albañiles, hay trabajo y más váber y tiene lleno el restorán y no ps ya no pelea, dice no ya pa qué, o sea que tiene razón, ¿verdá señor licenciado?

Los antropólogos del Instituto Nacional de Antropología y del Centro de Ecodesarrollo (Molinari, Aguilar, Del Valle Prieto, Acevedo Conde y señaladamente Nolasco) han averiguado que el 87% de las familias de Tijuana vienen (el padre y la madre y no obligadamente los hijos, que a veces son nativos de aquí) de algún estado de la república, es decir, son inmigrantes y eran en sus tierras campesinos, de modo que traen consigo costumbres y usos rurales, primitivos en gran medida, que se estrellan contra la imperativa modernidad incesante que de los Estados Unidos

192

llega a Tijuana. Son familias que acrecientan el ejército de servidumbre -90% de la población tijuanense- de la población local, sujeta a un doble colonialismo: el que le es impuesto por la élite de Tijuana (comerciantes, financieros, empresarios, profesionales, empleados de gobierno y particulares) y el que padecen desde los granjeros y empresarios yanquis en territorio yanqui y en el yanqui territorio de las maquiladoras. Esta doble influencia constante y el desamparo que crea y cría en aquellas familias la pobreza y el analfabetismo, las hacen perder su estructura íntima, su naturaleza de grupo familiar, su sentido de identidad, su memoria de un origen común y la búsqueda de una finalidad común. Familias desvertebradas, sin acuerdo interior y sin acuerdos con el exterior. Familias desmembradas donde cada quien -padres, hijos, nietos y abuelos, primos, cuñados, sobrinos, entenados- tira por su cuenta y rumbo, sin conciencia social posible, sin posible politización y hasta sin sentimiento de lazos de sangre. Por eso , entre los que forman ese 90% de la población de Tijuana, que llega ya al millón de habitantes, no parece existir el impulso, la gana y ni siquiera la necesidad de reunión, de solidaridad, de cohesión como grupo, como colonia, como sociedad, como nacionalidad. Nada los junta, ni el vecindaje, ni el civismo, ni el deporte, ni la religión, ni la política, ni los sindicatos. Con verdad puede decirse que no hay en esa enorme masa de ciudadanos a medias, de ciudadanos trabajados dura y hondamente y día tras días desde su nacimiento y luego desde su éxodo y luego desde su llegada a la tierra de los amos compatriotas y de los amos extranjeros, no hay en esa enorme masa, conciencia social ninguna ni conciencia de organización ni de camaradería ni de identidad con lo que sea -lo que fuere- ni tradición colectiva ni sentido de comunidad ni siquiera curiosidad por el otro ni gana de saludarlo. Enorme masa en continua y errática movilidad, un ondular en el ardoroso centro del dolor, la monotonía y la desesperanza, el ondular de las amibas que infestan su ateridos estómagos.

Son hombres y mujeres -dicen los antropólogos- hechos como nadie a los padecimientos; niños rigurosamente sobrevivientes entre mares de inmundicias, niños casi de hierro o de cemento, niños capaces de digerir piedras volcánicas que serían menos que los sólidos amasijos de

193

gérmenes que digieren a diario. Y de las innumerables encuestas e indagaciones que han hecho esos antropólogos, queda, como destilado de la infamia que todos hemos venido procurando (aunque sólo sea por no haber sabido a tiempo todo esto, por no haberlo dicho a tiempo, por no haberlo denunciado a tiempo), queda flotando una respuesta común: "Pus qué quiere usté, aquístamos ya, diantes tábamos pior y como sufrir sí sabemos... ps yaquí nos quedamos".

194

Mis abuelos

*José Javier Villarreal**

A mis padres

De madrugada platico con los muertos de mi familia,
con mi abuelo pulcramente vestido en su despacho
viendo a su ventana que nunca estuvo frente al mar;
platico con la abuela, con sus tardes y lecturas,
sus castillos encantados y sus príncipes hermosos;
platico con ella frente a una iglesia que todavía existe.
De madrugada Tecate es una casa inmensa, un laberinto, un parque público,
los ojos de un niño, mordido por el miedo, que no me reconocen.
De madrugada Tecate es un reptil oscuro que me sale al paso,
un ángel con la mirada dura, una mujer vencida: el viento.
Platico con mi abuelo y su dureza alcanza los márgenes del llanto,
me alcanza en el juego de pelota cuando ni siquiera llego a la primera base,
cuando me quedo callado conteniendo las lágrimas, escuchándolo,
[odiándolo;
pero ahí está la abuela con su ternura bordada al vestido,
con sus sueños de muchacha quebrados contra el muro,
con su beso apasionado que me da por las tardes cuando el abuelo duerme.
Tecate vuelve a ser entonces un solar que se mira por la ventana,
la historia de aquel adolescente que se fue y jamás volvió.
Tecate vuelve a ser un borracho que se queda dormido en la avenida Juárez.
De madrugada platico con mis abuelos, o mejor dicho, ellos platican entre sí.

* José Javier Villarreal (Tijuana, B.C. 1959). Poeta. Premio Nacional de Poesía. Es autor de *Poemas bajacalifornianos* (1984) y *Mar del norte* (1988).

Retorno a la ciudad

*María Ruth Vargas Leyva**

Vuelvo a ti con el mismo sueño
que nos acerca hacia tu sombra
de ciudad dormida en la falda de un cerro.

Luciérnaga solitaria diferente a otro cuerpo,
a otra imagen prendida en la pupila
del que te ve sin calles y sin brazos.

Vuelvo a la niña que toca el sol con los dedos cerrados,
al instante, al palpitar azul del tiempo
y al espejo que carga con mi abuelo.

Ciudad crecida cerca del mar,
ciudad llena de voces
y ninguna que rompa con la idéntica angustia
de tus niños vendiendo la noticia.

Ninguna palabra te puede lastimar
que no lastime mi espalda
y la plegaria que edifica mi casa.

Aquí nos duele igual la lluvia, el sol,
el techo que alza tu transparencia en llamas.

Aquí nos duele igual la muerte y su mentira.

Esta eres tú:
Calles ausentes de retorno.

*María Ruth Vargas Leyva (Culiacán, Sinaloa, 1946). Poeta. Es autora de *Celeste y ocho poemas* (1989). Actualmente dirige la revista *Hojas*.

luces ancladas en un lugar del mundo
donde no tiene nombre ni el deseo, ni las manos,
ni el oscilar de un cuerpo contra el muro.

Estar aquí,
es estar en el juego de ver las mismas caras,
de ver cómo se planta la flor
y la alquimia se come la centella del ojo:
abierto cada espacio,
cada poro de imperfección humana,
un niño se emborracha y otro canta,
y un muslo de muchacha, un brazo roto,
quiebra el asombro de mi grito:
no es cierto,
nada es cierto aquí
sólo la herida que nos sangra.

Puedes tenerlo todo
y no tener ningun profeta loco,
ni un verdugo que confiese su oficio,
ni un asesino que conserve memoria de su juicio.

Porque la medida de las cosas
es la medida de nuestro espejo diario.

No importa.

Se puede hablar del ángel negro
que llena la plaza los domingos,
del ruido repetido sobre una vía láctea sin sentido,
se puede hablar del mar, del cielo y de las flores,
no es mentira.

Canta por tu boca un pez
y un pájaro te muerde la lengua día a día.

Ciudad de letreros vacíos
con amortajado idioma latiendo en cada nervio.
Ciudad sin raíces con tu mejor vestido de lluvia
y bandera de nube,
con el rostro de todos y ninguno.

Guardo el primer recuerdo,
la primera puerta abierta al atardecer,
el primer nido que cobijó mi mano.

Y ese amor me avergüenza como un niño.

No basta el primer canto,
la primera mañana de tres años,
la sonrisa del viento entre mis brazos.

Te digo que no bastan.

Porque el amor es cierto cuando calla,
cierto cuando nos muerde la piel
y se acuesta al costado donde sangras.

Camino sobre ti,
sobre el reflejo de tu espejo encendido
y el viento atado con un muro a la vida;
sobre tu sostenida voluntad de sombra
que se prende en el cuerpo y en el agua.

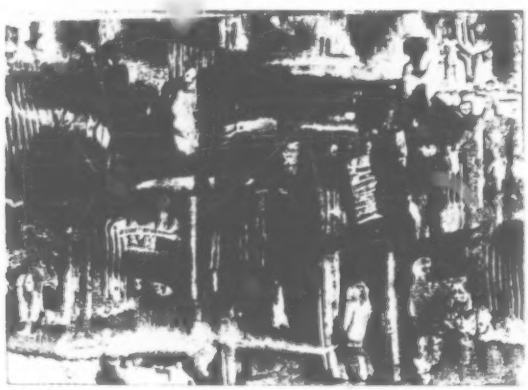
Camino sobre ti
y cada paso es una raíz que crece,
una rama que me envejece y ata.

Ya no importa la muerte,
la herida dura como costra,

el silencio arrastrado como el sitio
que recién ha cubierto nuestro polvo.

Sólo importa tu nombre.

El silencio que recobramos juntos
y esta ansiedad de echarte el brazo al hombro
para encontrarnos solos en la vida.



Las delicias de Mexicali

*Francisco Bernal**

I. El calor

El termómetro sube...sube...sube,
deteniendo su marcha en ciento trece;
el sol de fuego que el calor acrece
cae calcinante. No se ve una nube.

Transpirando su cuerpo todo entero,
el mísero habitante desespera;
con la lengua colgando, por la acera
va jadeante deseando un aguacero.

Por la avenida Independencia pasan
como fantasmas vívidos los autos;
los tripulantes, tímidos e incautos,
sin protestar en el calor se abrasan.

La cabeza se tiene enloquecida;
la ropa toda de sudor bañada;
la atmósfera se siente sofocada;
seca la boca y sin valor la vida.

Anhélase con ímpetu la nieve,
la tina de agua, el hielo, la cerveza,
el abanico, el "shower", la compresa,
¡alguna cosa que el calor abreve!...

*Francisco Bernal López (Hermosillo, Sonora, 1896-Mexicali, B.C., 1978). Poeta. Parte de su obra se halla reunida en *Itinerario poético* (1990).

Domina con imperio el mal humor,
la mohina, el fastidio, la congoja;
la gente por cualquier cosa se enoja
y lanza maldiciones al calor.

Hay difteria, viruela, tosferina,
disentería, sarampión, diarrea,
crup, paludismo, fiebre tifoidea,
meningitis y fiebre escarlatina...

Pero hay algo que no es calamidad
y se debe al calor de la región:
el llamado oro blanco, el algodón,
al que se debe la prosperidad.

II. La lluvia

De pronto el cielo todo se obscurece,
el viento sopla, sin cesar camina;
un relámpago el ámbito ilumina
y el rayo los espacios estremece...

El torrente impetuoso se desata
por bulevares, calles y avenidas;
quedan las siembras sin valor, destruidas
y la lluvia los techos desbarata.

Termina el aguacero, sale el sol;
las calles se convierten en canales;
no transitan por ellas ni animales
y se pierde el mecánico control.

Se hunde un auto en el lodo hasta las masas
otro quiere auxiliarlo y queda hundido;

hay lodo hasta en el hueco del oído
y hay agua hasta por dentro de las casas.

El que sale a la calle, si se atreve,
es como si explorara el Polo Norte
o en el lodo jugase algún deporte...
¡Así es de peligroso cuando llueve!

Y si a pie se aventura algún mortal,
debe primero a Dios encomendarse,
pues seguro que el pobre va a quedarse
hundido en el espeso lodazal.

No transita ni un alma por la calle;
no hay recursos de vida, no hay negocio;
la gente se dedica al juego, al ocio
y a "recortar" sin omitir detalle.

Pero a pesar de todo hay algo bueno
que la lluvia consigue en la ciudad:
se respira con gran facilidad
porque el aire del polvo queda ajeno...

III. El Invierno

Empieza un vientecillo moderado
que poco a poco su corriente aumenta,
tomando proporciones de tormenta
un momento después que se ha iniciado.

Gruesa nube de polvo sube al cielo
llevando hasta menudas piedrecillas,
que azotan de los pies a las rodillas
y desde las rodillas hasta el pelo.

De los árboles quedan los despojos
porque el viento de cuajo los arranca;
tiene entrada la tierra libre y franca
por la boca, narices y los ojos.

Crujen las casas de madera y hechos
mil pedazos los cercos, se eliminan;
las puertas se estremecen y rechinan
y se prepara el vuelo de los techos.

La gente pobre que carece de auto,
se queda en su casita muy contenta,
pues si alguien desafiar al viento intenta,
le pesará mil veces al incauto.

Pero a pesar de todo hay quien se atreve:
señoras que precisan el mandado,
vendedores que nada han realizado
y el que quiera que el viento se lo lleve...

Las chamacas, cuidando las enaguas,
las estiran del frente hasta los pies
y el viento se las vuelve del revés,
como lo hace también con los paraguas.

Entonces nuestra vista se recrea
y bendice el furor del vendaval,
pues si hace mal se le perdona el mal,
mientras hay algo "bueno" que se vea...

IV. Plaga de sabandijas

Por el calor aún más se reproducen
las moscas, cucarachas y mosquitos,

y se la pasa usted dando de gritos,
o a largarse de aquí pronto lo inducen.

Las moscas en el día le dan mohina;
los moscos, por la noche, sin dormir
lo dejan, y además puede advertir
llena de cucarachas la cocina.

¿Qué puede hacer en estas circunstancias
cuando la vida tan pesada se hace?
Nada. ¡Nada!, pues nada satisface,
ni habrá quien le asegure las ganancias...

Pero falta lo peor. Bichos sencillos
resultan los citados, tolerables,
pues no son ni siquiera comparables
con la funesta plaga de los grillos.

Después de que las lluvias han pasado
se ven por todas partes: en la ropa,
en la calle, en las casas ¡y en la sopa!
con un terco desplante inusitado.

Quedan amontonados por millones
entre vivos y muertos, en la calle;
sin que un momento su insistencia falle,
asedian las fatídicas legiones.

Y sólo hago alusión a los insectos
porque su plaga es menos controlable.
De ratas y ratones ni quien hable,
pues para qué decimos sus efectos...

Pero todo se puede dar de albricias
porque es buen medio para hacer dinero

este próvido valle y yo prefiero
gozar de Mexicali las "delicias".

V. Problema del alojamiento

Como llegan a diario cantidades
de personas que aquí encuentran asiento,
no es cosa fácil el alojamiento,
pues escasean las localidades.

Y los recién llegados residentes
en Caléxico encuentran acomodo,
aunque aquí hacen negocio; de este modo
no resultan perjuicios evidentes.

Hacen en Mexicali su dinero
para gastarlo en la ciudad vecina,
y mientras el turismo es una mina,
nuestras ganancias van al extranjero.

Pero es que ya no se consiguen casas
y el éxodo, a su vez, sigue creciendo,
pues entre más se activan construyendo,
las casas a su vez son más escasas.

Y en formas muy distintas gastan "lanas",
quizás con personales sacrificios:
buscan aquí los extranjeros, vicios,
y allá los nuestros, diversiones sanas.

Pero aparte de gastos tan distintos,
que nos apartan sin querer del tema,
aún no se resuelve este problema
de los pocos domésticos recintos.

Sube las rentas más el usurero
y este también es otro grave mal,
ya que el que tiene poco capital,
ve que es mejor llevarlo al extranjero.

Mas la gran población es consencuencia
también del beneficio general:
le regala el Gobierno un lote a cual-
quiera que fije aquí su residencia.

VI. Los vicios

Cunden aquí con el mayor cinismo
todos los vicios juntos de la tierra,
y por la prohibición de la post-guerra,
se fomenta con ellos el turismo.

Desde que no hay licor al otro lado,
exceptuando las fuentes clandestinas,
hay aquí tal acopio de cantinas,
que se pueden mirar por todos lados.

El juego es una cosa natural
y la prostitución es un negocio;
en ambos el Gobierno se hace socio
con el total respaldo federal.

Con las drogas heróicas se comercia
y ni quien diga, protestando, nada,
pues es una costumbre inveterada
y todos viven en total inercia.

Por qué pasa esto aquí nadie se explica,
mejor dicho, no quieren explicarse:

les resulta mejor disimularse
al ver que con los vicios se trafica.

Hay personas procaces, inmorales,
que viven en atroz promiscuidad
con las gentes decentes de verdad
y a nadie extrañan paradojas tales.

Las familias procuran apartarse
porque son muy dudosas las reuniones
y tan raras las sanas diversiones,
que al otro lado tienen que buscarse.

Pero también hay cosas provechosas
con los vicios, pues vemos que el erario
territorial aumenta el numerario,
y con él se remedian muchas cosas.

VII. La política

De todos los endémicos estragos
que sufre Mexicali, la política
más merece el azote de la crítica,
pues la fomentan pícaros y vagos.

En la renovación de Ayuntamiento
y del non Diputado Federal,
el contingente sórdido oficial
impone su implacable envolvimiento.

Pero también se puede ver la acción,
aunque en una pequeña minoría
que no demuestra fuerza todavía,
de la siempre vencida oposición.

Se improvisan los clubes y partidos
que preparan la lucha democrática;
pero la masa popular, apática,
pasa esos días desapercibidos.

Y son los únicos que toman parte
cuando buscan ventajas personales,
quien vive de las nóminas fiscales
y el que indirectamente las comparte.

No faltan zafarranchos y barullos,
y disputas y pleitos a porfía
cuando se llega el anunciado día
pródigo en violaciones y chanchullos.

Y pasada la farsa electoral,
que es un paréntesis de distracción
para quien tenga limpio el corazón,
vuelven las cosas a la paz normal.

No obstante, los políticos eventos
que alteran la monótona rutina
y una prueba más son de indisciplina,
nos dejan muy felices y contentos...

VIII. Los temblores

Después de las "delicias y primores"
que disfrutamos los recién llegados
bajo un clima de ciento veinte grados,
se me pasaba hablar de los temblores.

Los que no conocemos este medio
y nos coge un temblor desprevenidos,

nos obliga a correr despavoridos
y nos llena de espanto sin remedio.

Luego que no es un sólo caso aislado,
pues se repiten y hasta duran días,
produciendo a las veces averías
con algún lamentable resultado.

Las paredes de adobe o de ladrillo
se cuartean, si bien no se desploman,
y aunque las gentes precauciones toman,
víctimas del temblor hay a porrillo.

Raras son las desgracias personales;
pero se tiene buen conocimiento
(como me lo contaron se los cuento),
de que han sido los sismos ya fatales.

Y como estaba el valle despoblado,
fueron contados personales casos;
pero la población va a grandes pasos
y hoy sería muy otro el resultado.

Pues bien, con la experiencia, precauciones
toma la autoridad territorial
y ha ordenado apropiado material
para así asegurar las construcciones.

No obstante que he citado tantos males
propios de la región, viene la gente,
se adapta a las "delicias" del ambiente
y entusiasmada aquí sienta su reales...

(Mexicali, 1925)

Vuelta a los Estados Unidos

*Allen Ginsberg**

Qué soledad he heredado finalmente
Después de quince horas
en una escombrosa carretera de una sola dirección,
autobús roto tambaleándose a lo largo
de las gargantas y despeñaderos continentales
de la tarde de la montaña;
los distantes valles difuminándose,
más allá los picos reinantes
hacia días en el Pacífico
donde me bañé-
después atravesando, espasmódico,
mirando, durmiendo
el desierto
junto a un bracero
viejo-hombre-joven
de triste expresión, exhausto
que iba hacia Mexicali
para erguirme
cerca del chamizo oscuro de una noche
sobre los farallones de basura
del borde de la ciudad que se cierne sobre
la villa de casas de lata
de los hombres pobres,
cavilaciones demolidas por el tiempo
de una última noche
y adiós,
el final de un viaje.

*Allen Ginsberg (EE.UU., 1926-). Poeta estadounidense. Es autor de *Aullido, Sandwiches de realidad* y *Velo blanco*, entre otro reconocidos poemarios. Miembro de la generación *beat*.

Mexicali saturday live

*Jack Kerouac**

La canción que estaba de moda en aquellos tiempos era aquella que cantaba Roy Hamilton y que se llamaba "Todos tienen un hogar menos yo". Yo la cantaba siempre mientras me movía. Al otro lado de Riverside, me paré en la carretera y enseguida una pareja joven me dio un aventón hasta un pequeño aeropuerto, a unas cinco millas afuera de la ciudad, de ahí otro aventón que me ofreció un hombre silencioso hasta casi llegar a Beaumont, California, donde me dejó cinco millas antes del lugar. Al encontrarme en una carretera de doble sentido y sin esperanzas de hallar otro aventón, decidí caminar a través del aire bello y centelleante. En Beaumont comí hot-dogs, hamburguesas, una bolsa de papitas y añadí una gran malteada de fresa, todo esto en medio de adolescentes que reían y bromeaban. Entonces, al otro lado del pueblo conseguí un aventón de un mexicano llamado Jaime, quien me afirmó ser hijo del gobernador del estado de Baja California, México, lo cual no le creí pues era un borrachín; y me hizo comprarle un vino que luego vomitó por la ventana mientras manejaba: un lamentable, triste, indefenso joven, de ojos tristes, muy simpático y un poco loco. Manejaba directo a Mexicali, un poco fuera de mi ruta pero bastante aceptable y cercano a Arizona, lo cual me acomodaba.

*Jack Kerouac (1922-1969). Narrador y viajero. Fue el protagonista principal de la generación *beat*. Es autor de *En el camino*, *Ángeles de la desolación* y *Los vagabundos del Dharma*.

En Calexico era la temporada de compras navideñas en la calle Main, llena de increíbles y perfectas bellezas mexicanas que se ponían cada vez mejor, tanto así que cuando volvía a mirar a las que pasaron primero, ya se habían esfumado en mi mente. Estaba parado ahí viendo hacia todos lados, comiéndome un cono de nieve y esperando a Jaime, quien me dijo que tenía que hacer un mandado y que luego volvería por mí para llevarme a conocer a sus amigos. Mis planes eran cenar algo rico y barato en México y luego echarme a dormir. Por supuesto, Jaime nunca volvió a aparecer. Crucé la frontera y doblé hacia la derecha en la garita para evitar así una calle llena de buhoneros e inmediatamente fui a orinar en medio de un montón de escombros de una construcción, pero un loco velador mexicano, con uniforme oficial, pensó que era un delito muy grave y me dijo algo cuando yo dije que no sabía ("no sé"), él dijo: "¿no sabes, *police* ?" -mira que atreverse a llamar a la policía sólo porque hice pipí en su montón de tierra. Pero después me sentí triste, al darme cuenta de que le había mojado el lugar donde él se sentaba a encender una pequeña fogata en las noches, pues había pedazos de carbón de madera apilados; así que caminé en la calle lodosa con mi mochila a la espalda sintiéndome tímido y arrepentido, mientras él me observaba con mirada lastimosa.

Llegué a un cerrito y desde ahí ví el fondo de un río lodoso lleno de hedor y pequeños charcos, y caminos horrorosos por los que deambulaban mujeres y burros al atardecer. Un viejo pordiosero chino llamó mi atención y nos detuvimos a conversar, y cuando le dije que pensaba dormir en esos llanos (estaba en realidad pensando en ir un poco más allá de los llanos, al pie de los cerros) me miró espantado y, siendo sordomudo, manifestó con gestos que me robarían mi mochila y me matarían si lo hacía, lo cual me dí cuenta que era cierto, yo ya no estaba en América. En cualquier lado de la frontera, de cualquier modo que se corte la bolonia, un hombre sin hogar está metido en agua caliente. ¿Dónde podría encontrar una gruta; una gruta tranquila en la cual meditar y poder vivir para siempre? Después de que el viejo trató de contarme la historia de su vida por medio de señas, me alejé despidiéndome con la mano y sonriendo, y crucé los llanos y un pequeño

puente de tablas sobre aguas amarillentas para llegar al distrito pobre de casitas de adobe en Mexicali, en donde la alegría mexicana me encantó como nunca, y comí en un plato de metal una deliciosa sopa de garbanzo con pedazos de cabeza y cebolla cruda, pues al cruzar la frontera había cambiado 25 centavos por tres pesos de papel y muchos centavos. Mientras comía en el puestecito de la calle lodosa disfrutaba del tráfico, de la gente, de los pobres perros callejeros, las cantinas, las prostitutas, la música, los hombres jugando a las luchas y, al cruzar la calle, un inolvidable salón de belleza con un desnudo espejo en una desnuda pared y con unas sillas vacías y una belleza de diecisiete años con el pelo lleno de ganchos soñando frente al espejo, y un busto de yeso con peluca a su lado y un hombre de bigote con un suéter de esquiar escandinavo limpiándose con un palillo los dientes y un niño pequeño en el siguiente espejo comiéndose un plátano y afuera, en la banqueta, algunos niños se congregaron frente a la puerta de un cine y yo pensé :"¡Oh! Todo Mexicali en la tarde de un sábado. Gracias Señor por devolverme el gusto por la vida, por tus siempre recurrentes formas en tu vientre de fertilidad exhuberante". No fueron en vano todas mis lágrimas. Al final todo funcionaría.

Entonces, paseándome, compré un churro caliente, luego dos naranjas a una niña, y volví a cruzar el puente entre el polvo del anochecer, y me dirigí feliz a la puerta de la frontera. Pero ahí fui detenido por tres desagradables guardias americanos y toda mi mochila fue ásperamente revisada.

–¿Qué compró en México?

–Nada.

No me creyeron. Siguieron buscando. Después de esculcar dentro de las sobras envueltas de papitas fritas de Beaumont, y pasas y cacahuates y zanahorias y latas de frijol con carne que yo había reservado para el camino, y medias hogazas de pan integral, se enfadaron y me dejaron ir. En realidad fue divertido; ellos esperaban encontrar una mochila llena de opio de Sinaloa, sin duda, o marihuana de Mazatlán, o heroína de Panamá. Tal vez pensaron que yo me vine caminando desde Panamá. No pudieron encontrar cosa alguna. Fui a la estación de camiones de la

Greyhound y compré un boleto para El Centro. Pensé tomar el "Fantasma de medianoche de Arizona" y estar en Yuma esa misma noche y dormir en la ribera del río Colorado, el cual había visto ya hace mucho. Pero resultó ser que en El Centro deambulé por los patios del ferrocarril hasta que finalmente le pregunté a un conductor que le hacía señales a una máquina:

–¿Dónde está el Zipper?

–Ese no pasa por El Centro.

Me sorprendí ante mi propia estupidez.

–El único tren que puedes tomar pasa por México y después va a Yuma; pero entonces te encontrarían, te bajarían a patadas y terminarías en un calabozo mexicano, chico.

–Ya tuve suficiente de México, gracias.

Me dirigí a una gran intersección en el pueblo, donde los carros doblan hacia el Este y corren a Yuma, y empecé a mover mi pulgar. No tuve suerte durante una hora. De repente, un camión grande se hizo a un lado; el chofer se bajó y anduvo buscando algo en su maleta.

–¿Vas pa'l Este? –pregunté.

–Tan pronto como pase un rato en Mexicali. ¿Conoces algo de México?

–Viví allá por años.

Me miró de arriba a abajo.

Era un buen tipo, gordo, del medio Oeste. Le caí bien.

–¿Qué te parece si me llevas a conocer Mexicali esta noche y luego yo te llevo a Tucson? –me dijo.

–¡Estupendo!

Nos subimos al camión y regresamos a Mexicali por el camino que yo acababa de recorrer. Pero valía la pena llegar directo a Tucson. Estacionamos el camión en Calexico, que ya estaba tranquilo, eran las once; nos fuimos a Mexicali y lo llevé lejos, a las viejas y buenas cantinas del México de a de veras, donde había muchachas que bailaban por un peso la pieza, y tequila fuerte y mucha diversión. Fue una gran noche, él bailó y la pasó bien; se retrató con una señorita y tomó como veinte tragos de tequila. En algún momento de aquella noche nos encontramos

con un tipo de color que estaba medio raro pero sumamente chistoso y que nos llevó a un prostíbulo, y cuando íbamos de salida un policía de Mexicali le quitó su navaja.

–Esa es la tercera navaja que estos bastardos me roban este mes -dijo él.

En la mañana, Beaudry (el chofer) y yo regresamos al camión con los ojos lagañosos y con cruda, y él no desperdició el tiempo y manejó directo a Yuma, sin regresar a El Centro, por la excelente y poco transitada carretera 98, cien millas después de llegarle a la 80 en Gray Wells. De hecho, pronto estuvimos llegando a Tucson.

El romance de la gesta heroica

*Pedro F. Pérez y Ramírez**

Venia

Desde mi predio de ensueños
traigo un romance, Señora,
para dároslo en ofrenda
de notas evocadoras.

Es un romance carente
de galanos artificios;
trae anhelos y recuerdos
y sabor a sacrificios.

Por tanto, dejad llegar
a vuestro dulce reinado
el fruto de mi cosecha
a la voz de mi llamado.

Desde mi predio de ensueños
va llegando ya el romance,
¡grande será la intención
aunque pequeño su alcance!

I

Tierra de nadie el lugar
en el seno del desierto,
leyenda de ruta anónima
a lejano pueblo incierto.

*Pedro F. Pérez y Ramírez (Guanajuato, 1908-Mexicali, B.C., 1988). Periodista y poeta. Primer cronista de la ciudad de Mexicali. Es autor de *Canto infinito* (1985).

Tierra sin nombre y romance
hace algunos lustros era,
y si acaso cacho ambiguo,
le tocaba de Frontera...

No existe registro alguno,
nombre de pila o bautizo,
en donde no había Pasado
y un Porvenir indeciso.
Sin embargo, era el destino
que reservaba el milagro, ..
¡Milagro, raro portento,
de visión, esfuerzo y agro!

Se adivina escueto el campo
de aliento y rumor humanos,
y un vestido verde-gris
de hierbazales enanos.
Y en el conjunto completo
-sujetando el espejismo
del reverberar el sol-
horizontes en mutismo...

Sobre la vasta extensión
el cachanillar disperso,
con hostil mueca esbozado
y de promesas adverso.
Y hacia todas direcciones
los terronales ardidos,
color de tristeza honda,
¡color que siempre han tenido!

Y en los confines lejanos,
por un lado Cerro Prieto

y por el otro El Centinela,
con sus pezones erectos,
como callados guardianes
inmunes a toda pena,
con sus costillas peladas
y sus entrañas de arena!

Tierra de nadie el lugar,
tierra virgen, fértil tierra...
¡Romance verde amasado
en el vientre de la espera

II
Con los albores del Siglo
surge una pobre aldehuela,
entre mezquites y sauces
que su abandono revela,
pero con hombres muy hombres:
¡Pioneros empedernidos
con su provisión de audacia
de "La Otra Banda", venidos!

Hombres que ponen sus vidas
en los lindes de la muerte,
y el conjunto de sus hechos
encomiendan a la suerte.
Espíritus de aventura
que humedecen sus andanzas,
con el licor de sus ojos
y el jugo de su esperanza!

Hombres carentes de miedo
para almacenar valor,
valor que sabe a sandía

sobre el médano traidor.
Y en el chamizo que oculta
del ofidio la presencia,
golpe seguro y violento
con certeza de experiencia.

Sus esfuerzos los clavaron
como bandera de anhelos
en las ancas del Futuro
y la potencia del suelo;
porque perdieron a tiempo
de la añoranza el penar,
¡como se pierde una perla
en la inmensidad del mar!

Personas en realidad,
realidad con leyenda,
leyenda como cantar
de epopéyica prebenda.
Tal el caso de los hombres
que acuden a mi memoria
¡hombre dentro de mi alma
y en el umbral de la Historia!

Con los albores del Siglo
la ciudad surge a la vida,
¡en las alas del Progreso
y del Sino protegida!

III
En el altar del trabajo
se bautizó la ciudad,
apadrinándola un lema:
¡Decisión y Actividad!

De MEXI-co y CALI-fornia
se deduce al santoral,
y de sus algodonales
¡La base de su historia!

Fue el coronel Sanginés
quien borronara el boceto,
boceto amalgama fuerte
que del hombre dio secreto
que hoy ostenta la ciudad,
como un eterno legado...
(En la aldehuela sin nombre
este nombre fue grabado).

Y fue el destino callado
con sus triunfales rarezas,
el que escogiera el lugar
como asiento de grandezas...
¡Grandezas como milagros!
Ha medio siglo nada era
lo que hoy es un imperio
¡Orgullo de la frontera!

Y fue el esfuerzo y tezón
y el amor a la aventura
de los remotos pioneros,
que cambiaron en ventura
lo inhóspito de esta tierra;
y en un paraje de humanos,
abierto a todos los rumbos,
¡su corazón mexicano!

En el altar del trabajo
se despierta la mañana,

¡y en actividad se eleva
y en música se desgrana!

Mexicali tiene barrios,
barrios cachorros golosos
donde se apila la vida
en laberintos airosos.
Barriadas, notas vibrantes,
en su variedad de tonos
de la esencia nacional,
¡que hace olvidar su abandono!
¡Pasadina y Pueblo Nuevo,
San Isidro y Chula Vista,
El Triunfo, Santa Clarita
y Loma Linda es la lista;
continuando las colonias:
Ortíz Rubio e Industrial,
Irrigación y Moderna,
aristócrata e ideal.

El barrio de La Chinesca
merece mención aparte,
por su azaroso existir
que la génesis comparte,
y por su ritmo violento,
paradógico y discreto:
¡catarata comercial
con músculos de concreto!

Sinónimo de amplitud
son sus calles, do transitan
corazones y motores
que en acción se precipitan.
Un detalle le hacía falta

para mitigar su fuego,
¡y Natura la heredó
con el cauce del Río Nuevo!

Mexicali tiene barrios
y un alias que es galardón
y complemento a su nombre:
¡la "Ciudad del Algodón"!

V. Tradiciones y costumbres

BEST COPY AVAILABLE

Crónicas de base-ball

*Facundo Bernal**

La segunda Serie de la Liga
del Valle Imperial,
dígase lo que se diga,
la ganó Mexicali; ahora falta el final
que va a ser lo más sensacional.
Con relación al juego pasado,
debemos confesar en honor
del "team" derrotado,
que jugó mejor
que el nuestro; pues si éste ganó
fue porque así el Destino lo decretó...
Resultado: triunfaron los prietitos
(eso sí, con esfuerzos inauditos),
con nueve carreras por dos.
¡Sea por Dios!

Se distinguieron Ramírez y Pujol
Terán, Arsenio y Agapito
y sobre todos, Cabalito:
"As" de "Ases" del "base ball",
quien agarró un "home run"
con tan "bona sorte"
que la bola le dió un rozón
al reloj de la Corte
llevándose de paso las manecillas,
y siguió de frente como catorce millas.

*Facundo Bernal López (Hermosillo, Sonora, 1883-Mexicali, B.C., 1962). Poeta y periodista. Es autor de *Palos de ciego* (1923).

Un simpático americano
que por cierto estaba en cuclillas,
(curioso incidente),
de su entusiasmo en los excesos,
le dio a Cabal la mano
y con la mano cinco pesos,
que con tan noble fin
se sacó el Míster de un calcetín.
En cambio, los de "Chinacal,"
con abrazos y besos y gritos y ovaciones,
a falta de tostones,
premiaron aquella jugada magistral
del "Kalifa" Cabal.

Hubo este desagradable incidente:
los señores jueces
no fueron del gusto, seguramente,
de los del Centro, siendo, como otras veces,
personas honorables de su nacionalidad;
y los cambiaron
por otros que juzgaron
obrarían con "menos imparcialidad".
No les valieron, pues, luchas ni ardides.

Y no hubo más novedad
contra nuestros heróicos "Cides
Campeadores", a los centralenses:
ni la cambiada de los jueces,
ni la remuda de los lanzadores
ni los palos "Cabal...lísticos"
y exterminadores
del Catcher coloso;
nada pudo restar el estruendoso
éxito de nuestros jugadores.

Bien por los triunfos conquistados
por nuestros campeones denodados,
que al fin vencieron su abulia
de tiempos pretéritos,
aunque otros digan: "Gracias a la Julia"...

Según todas las probabilidades,
vendrán en esta semana los chicagüenses
a jugar con los mexicalenses
un match que será monumental,
y que seguramente hará historia
cuando menos en la memoria
de los pobladores del Valle Imperial.

Los "White Socks" ("Calcetines blancos")
de Chicago, tienen actualmente el control
de todos los torneos de "base ball"
jugados en la Unión Americana,
de manera que si es verdad
que vienen aquí esta semana
los citados maestros
a jugar con los nuestros,
ya podemos decir con orgullo
y proclamarlo hasta en la calle
que tenemos lo mejorcito del valle.
A cada quien lo suyo.

Y aquí termino esta mal pergeñada
nota, que no es crónica ni nada.

El mismo Mexicali, la misma gente

*Eduardo Rubio**

Hasta en su origen. Mexicali fue humilde. Poco a poco fueron llegando sus pobladores, a levantar sus tiendas de tronco y varas en el inhóspito desierto. Unos venían de Sonora, otros de Colima, algunos veracruzanos sin faltar los antípodas, los de la otra alejada península yucateca.

Todos con el mismo afán: el trabajo; todos con la misma ilusión: la esperanza, y todos con el mismo propósito: mejorar sus condiciones de vida, luchar para hacer dinero, buscar mejores oportunidades para sus esposas, para sus hijos.

La soledad hermana, las penalidades hacen nacer la simpatía mutua, y las carencias hacen el milagro de la solidaridad entre quienes viven en las mismas condiciones y obedecen a un mismo destino. Ninguno de los pioneros de Mexicali, que yo sepa, llegaron aquí nadando en dinero. Nada, todos eran pobres, todos venían a jugársela en la tierra extraña. Por eso, desde un principio, Mexicali adquirió ciertas características que no se dan en otros lugares de la república.

Yo te presto el camión, tú me prestas el tractor. Yo tengo una disca y tú no la tienes, pero yo tengo una bordeadora que puedo prestarte. Y así, la

*Eduardo Rubio (Hermosillo, Sonora, 1914). Periodista. Fiel cronista del acontecer mexicalense. Publica en *La voz de la frontera* sus crónicas del recuerdo.

gente del campo, formó una sociedad colectiva sin estatutos. Y en la ciudad, los incipientes comerciantes, los pequeños industriales, los que más tarde serían poderosos hombres de negocios, hacían sus tratos de palabra, no se avalaban los compromisos con letras que no se conocían más que las de los libros, ni con los modernos cheques penales cuya insolvencia se considera ahora como fraude.

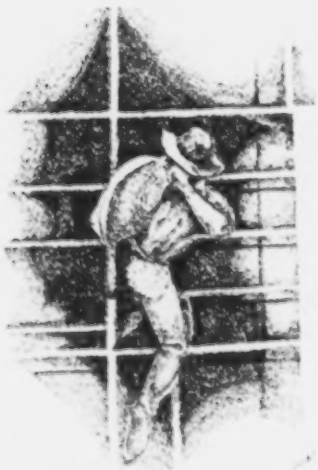
Los mexicalenses de entonces, estaban conformes en aceptar cheques botadores porque también eran buenos para sus compras. Y jamás se iniciaban juicios por falta de pago de algún documento, ni jamás se abrieron las puertas de la cárcel para encerrar a algún moroso. Había confianza absoluta, había amistad de a buenas, y si una mueblería fiaba sus cachivaches "de cosecha a cosecha" era porque estaba segura de cobrar la cuenta precisamente a la cosecha.

Pobres y ricos, acaso recordando su origen común, se divertían en los mismos lugares, tomaban la copa en las mismas cantinas, todos eran amigos entonces. Mexicali era el único pueblo sobre la tierra, cuyos pobladores gozaban y sufrían en común. La amistad, la bendita amistad, había unido a la gente en un lazo común de armonía y paz, de concordia y hermandad.

Ya no es igual y lo digo con todo el pesar de mi alma. La política nos ha dividido, nos ha enemistado, ha hecho que nos aborrezcamos unos a los otros. Ahora nos vemos con malicia, con recelo. Ya no hay tratos de palabra, y si no pagas el cheque para mañana, dice la amenaza, procederé legalmente contra usted. En contra de quien fue antes su querido amigo, en contra de aquél que todavía le debe el demandante cientos de favores. Aquel Mexicali ingenuo y cordial, como titulaba yo con justeza una antigua columna, no es ya ni ingenuo ni cordial. Los mexicalenses de ahora luchan como perros y gatos, y ya no hay piedad para nadie, y nos hemos vuelto soberbios, ambiciosos, codiciosos, interesados. Me duele, me duele porque pasé toda mi vida en aquel Mexicali de amigos, a los que nadie podía ni dividir ni vencer. Me duele porque muy pocas esperanzas tengo, de volver a sentir aquella amistad, aquel calor, que nos hizo grandes, que nos hizo fuertes, que nos hizo hermanos.

Braceros

*Oscar Lewis**



Llegamos a Mexicali, a la frontera, al día siguiente. No teníamos un centavo y no conocíamos a nadie. así que pensamos meternos de una vez al otro lado y buscar trabajo. Cruzamos como cruzan los jugadores y los vagabundos de la frontera, por un canal de riego y por debajo de las alambradas. Pensamos que si trabajábamos unas cuantas horas tendríamos dinero suficiente para comer y después pues que nos echaran de vuelta para acá de este lado.

Caminamos durante dos días y dormíamos en las zanjas, cubiertos de yerba; únicamente comíamos naranjas verdes que agarrábamos de los árboles. Alberto nos aconsejó trampear un tren para podernos meter más adentro. Bueno, pues nos echamos a correr, junto al tren, Alberto y yo. Y ya habíamos pescado la escalerilla, y vimos que Faustino corría, pero cojeaba, pobrecito, y no podía alcanzar el tren. Nomás me vio Alberto, y yo lo vi a él, y comprendimos los dos y nos tuvimos que bajar. Nos regresamos todos, muy tristes, al "dipo", nos metimos por una ventana rota en uno de los almacenes y nos acostamos a dormir.

Por la noche Faustino se nos desapareció. Pensamos que se había ido a entregar a la Inmigración. Estábamos alarmados y al mismo tiempo pensando por qué lo habríamos traído. Luego regresó y nos dijo que había ido a una iglesia a rezar. ¡Fíjese! Y nosotros estábamos hablando mal de él. Hasta ganas sentí de llorar, ¿verdad?, me dio mucho sentimiento.

*Oscar Lewis (1914-1970). Antropólogo estadounidense. Es autor de *Los hijos de Sánchez* (1964) y *Una muerte en la familia Sánchez* (1965).

El mero día siguiente nos subieron a una camioneta de Inmigración. Cuando el "inmigrante" grandote se bajó de la camioneta, me impresioné. Luego luego me acordé de las películas y dije: –Ay, orita va a sacar la pistola, nos va a patear. –No, nomás nos subió a la patrulla y siguieron recogiendo a los mexicanos que venían en un tren carguero. La cárcel estaba llena, atiborrada, asfixiante y no nos dieron nada de comer. Uno de los de Inmigración le dio una patada muy fuerte por detrás a un mexicano, y me dio coraje. Luego nos llevaron de vuelta a Mexicali en un camión.

Estábamos cansados y teníamos hambre, pero fuimos a buscar trabajo en una de las panaderías. No había trabajo. Nos veíamos en una condición tan miserable que el maestro nos tendió la mano con tres pesos. –Tengan, muchachos, para que se echen un café a mi salud. –Yo me sentí muy humillado, como que éramos limosneros, o algo así.

–Mire, maistro, le venimos a pedir trabajo, no limosna. Yo le agradezco su oferta, pero limosna no queremos. –Yo creo que captó aquella cosa, la tristeza que me dio, porque nos dijo que podríamos trabajar al día siguiente.

Bueno, luego nos fuimos a uno de esos restorancitos de mala muerte a comernos unos tacos. Entonces llegó uno de los panaderos y le ofreció un trabajo a Faustino, para hacer pan francés, es decir pan de sal, bolillo. Cuando nos quedamos solos Alberto dice: –¿Sabes qué, compadre?, vamos a meternos al cabaré a ver a las putas.

–Ay, compadre, ya ni chiflas tú. . . Estamos que nos morimos de hambre y quieres ir a ver a las putas. Ya ni friegas tú... no se te quita lo cabrón.

–Sí, compadre, pero pos a ver si hay movida. A ver si podemos agarrar una putilla y luego que pase los centavos... Yo ya estoy que me friego de hambre. –Pues nos fuimos al cabaré, pero había consumo mínimo y las mujeres estaban horribles. Nos regresamos al restorancito y le pedimos a la señora si nos dejaba pasar la noche ahí sentados porque no traíamos dinero.

–Ah –dice– ¡qué barbaridad!, pos cómo no me habían dicho, muchachos. -Y que se mete a la cocina y sacó unas tostadas y frijoles y no quiso cobrarnos.

Estábamos muy cansados y teníamos harto frío cuando regresó Faustino como a las siete y media. Él se acostó ahí en el amasijo, sin frío y sin nada.

Muchos hombres como nosotros se quedaban en la aduana vieja y para allá nos fuimos. Y que nos vamos encontrando a Joaquín, un muchacho de Bella Vista, y él y mis compadres decidieron hacer una casa con cartones y varas en el patio. Yo me fui a dormir a un rincón mientras buscaban las cajas y las varas. Pues hicieron una casita con tres paredes, clavando unos palos y cubriendo el techo y las paredes con cartones y más cartones para tendernos abajo. Por el frente no tenía pared para sacar los pies cuando dormíamos. Juntamos trapos para acostarnos y nos tapamos con la cobija de Joaquín.

El mismo día que hicieron la casa encontré trabajo, echándome dos turnos en una panadería; me pagaban veinte pesos el turno. Llegué feliz con los muchachos y les digo: –Compadres, ya no sufran, aquí traigo dinero. Ahora yo voy a hacer de marido y ustedes van a hacer de comer.– Ya habían acondicionado un braserito con unos tabiques y conseguido botes y una charola para hacer la comida. Ya entonces tuvimos bastante que comer.

Después ya se hizo célebre la casita y a nosotros nos decían "los muchachos de la casita". En las tardes, cuando todos los braceros estábamos ahí muy tristes yo me ponía a cantar y a bailar y me ponía a chancear para que se alegraran. Yo debería haber sido actor porque me encanta divertir a la gente y contar chistes y cuentos. Entonces ya cuando ellos estaban contentos y andaban todos brincando y haciendo payasadas, me gustaba a mí sentarme y observarlos. Y así pasó el tiempo. Durante mes y medio los días se nos fueron dándole a diferentes trabajos y por las noches ahí divirtiéndonos. Vivíamos a la buena de Dios, como decimos aquí.

Mientras tanto estuvimos tratando de entrar a los Estados Unidos legalmente y para eso íbamos al Centro todos los días y por fin tuvimos todos los papeles listos. Ya solamente nos faltaba presentarnos en la aduana americana. Nos formamos en la cola y a esperar.

Había gentes de todos los confines de la república, muertos de hambre, sucios, andrajosos. A causa del fuerte sol que hace en Mexicali y

la debilidad tan espantosa que llevaban, caminaban como borrachos. Vi uno o dos que se cayeron muertos, los pobres. En realidad muchos de ellos parecían almas en pena. Era una cosa triste, sí, triste de veras. Toda la gente estaba ansiosa por pasar; yo comprendí su desesperación porque yo sentía lo mismo.

Entonces empezaron los apretujones y los aventones. Le digo a Alberto: –No te vayas a salir, agárrate... agárrate. –Faustino y Joaquín no estaban con nosotros porque habían sacado números mucho más altos y tenían que esperar. Por una parte estaba yo contento de habernos librado de Faustino. Teníamos que hacerle todo. Por mucho tiempo no pudo trabajar porque tenía los pies vendados. Teníamos que compartir nuestro dinero con él, tuvimos que sacarle su número, conseguir dinero para sus fotos... todo. Él no hacía por moverse en absoluto. Y cuando sí trabajaba, el dinero lo mandaba a su casa. Eso nos daba mucho coraje. Pero por otra parte, creo yo que haya hecho bien , y nosotros hayamos hecho mal en olvidarnos de nuestros hijos.

Los aventones se pusieron peor. A mí me tenían entre dos grandotes, mucho más altos que yo , y yo ya me estaba asfixiando, me sentía como emparedado, así que opté por agarrarme de los pescuezos de los dos y me subí arriba. Me decían que me bajara. "¿Cómo que bájate? –yo dije–. Si me suelto, me matan". Luego Alberto se descuidó y que lo botan fuera de la cola. Había tanta gente allí que lo perdí de vista.

La oficina de Inmigración estaba arriba y había que subir unas escaleras. Bueno, entonces estos amigos que se suben la escalera y yo me subí colgado de ellos, porque de otra forma no se podía. Cuando nosotros íbamos subiendo un pobre muchacho gritó en una forma muy fea y todos volteamos a ver. Lo prensaron contra el barandal de la escalera y le rompieron las costillas. ¡Después de tanto sufrir y ya para pasar la frontera le rompieron las costillas!

Cuando llegué a la oficina me puse nervioso. Teníamos la creencia cierta y absoluta que el "inmigrante" conoce a la perfección quién decía mentiras y quién no y que tenía la facilidad de reconocer a todos los que van por allí. Entonces reparé en que no llevaba las manos ni mugrosas ni calludas... se me había olvidado untarme tierra. Quería acordarme cómo

se siembra el maíz y cómo se cosecha y no me acordaba de eso. ¡Caray!, estuve temblando durante todo el interrogatorio. ¡Qué pesadilla!

"Bendito sea Dios... y Madre Santísima –pensé– creo que sí me admitieron." Ya pasé un alambre y me llevan al "centro" donde nos examinaban. Me sacaron los primeros rayos X de mi vida. Luego ya me encontraba yo en una cama de campaña esperando que me llamaran a trabajar.

¡Pensar que ya estaba en los Estados Unidos! Era una sensación... la emoción de lo desconocido, demasiado excitante para mí. Dije: "Pues bendito sea Dios que me permitió pasar. Cuando menos no voy a regresar fracasado y que mis amigos me vayan a hacer burla."

No tenía idea dónde había quedado mi compadre Alberto. ¡Qué bruto! Tenía yo un coraje de todos los demonios, y pensé que iba a tener que irme solo. Pero tenía yo permiso por tres días así que esperé. Los muchachos se pusieron muy hermanables, muy amables todos, y dando consejos unos a otros, y ya como quiera pasó el tiempo.

Al día siguiente oímos una campana y todos se empezaron a formar. Yo no sabía para qué era, pero me formé. Digo, cuando se trata de formación, yo me formo. Después del almuerzo empezaron a llamar a la gente para trabajar. Yo seguía esperando a Alberto y efectivamente lo vi venir. En el primer carro que llegó allí estaba. ¡Uy! Ya me volvió la alegría al corazón.

–Vente, compadre, van a escoger gente.

Ya nos escogieron, a sesenta, para ir a un campamento en Catlin, California. Nos salimos muy orgullosos marchando como soldados. Pasamos a huellas, cicatrices y cosas así que lo distinguen a uno y ya nos dieron el pasaporte. Al rato que llega un *bus* de la Greyhound y ahí vamos.

La flor más bella de la maquiladora

*Norma Iglesias**

Yo no sabía nada de Tijuana. No conocía ninguna ciudad, nunca había salido del pueblo y del rancho, ¡y el pueblo no era muy grande! Así que fue toda una experiencia ir a Mazatlán y tomar el tren. Me parecía todo muy bonito.

Llegué a Tijuana y no podía decir muchas palabras. No podía decir "alfombra", ni "linolium", ni "periódico", ni siquiera sabía que existían. Una sobrina de la señora me decía: "¡así no se dice!, se dice así", ella me enseñó a decir las palabras correctamente –contaba María Luisa con una gran sonrisa–. Me llamaba mucho la atención la televisión, porque nunca la había visto. Sí había ido al cine porque un señor llevaba películas al pueblo. Sólo había mirado las películas y ya, pero nunca me había imaginado que un aparatito, así chiquito, lo prendieras y salieran ahí hablando. Me gustaba mucho la televisión, ¡ya ve que entretiene mucho!

Los viejitos me pusieron en la escuela. Ellos tenían unas casitas que rentaban y de esas rentas vivían, también de lo que mandaban sus dos nietos. Con ellos trabajé de los doce a los trece años.

Yo hacía todo el quehacer de la casa, ¡todo! Lavaba, planchaba, limpiaba. La señora ya no podía hacer casi nada, así que yo hacía todo. También me llamó la atención la lavadora, y a la hora de lavar me

*Norma Iglesias (México, D.F., 1959). Investigadora de El Colegio de la Frontera Norte especializada en la temática de maquiladoras y cine fronterizo. Es autora de *La flor más bella de la maquiladora* (1985).

ahorraba mucho trabajo. Yo era también quien tenía que comprar las cosas. Ellos me enseñaron a irme a la tienda.

Una enfermera de la que me hice amiga en el hospital cuando me operaron hace ya tiempo, y que todavía visito, me dijo que su hermano me podía arreglar el pasaporte. Yo le dije que no tenía acta de nacimiento, sólo tenía comprobante del registro; mi acta estaba en un pueblo más lejos de mi rancho, pues del pueblo mandaban los datos a Tayoltita. Ella me dijo que su hermano tenía buenas palancas y que me lo podía arreglar con el puro comprobante de registro. Y así fue; fui con ella y su hermano me llevó a la línea y me dieron la forma 13 con los mexicanos y ya luego fui con los americanos para que me dieran el pasaporte que me dieron. Entonces yo tenía catorce años y el viejito con el que vivía ya había muerto. Se quedó la viejita sola y yo me fui a trabajar al otro lado con una conocida de la enfermera que me ayudó a sacar el pasaporte. En la casa donde trabajaba hacía todo el quehacer. Ahí vivía un matrimonio con sus tres hijos. Yo hacía la limpieza y la señora hacía la comida. Trabajé con ellos unos seis meses y después me regresé a Rancho Nuevo a ver a mi mamá. Para entonces ya tenía quince años. Estuve quince días en el rancho y me traje a mi hermana la grande a Tijuana, la que ya había venido para acá. A ella la había abandonado el marido, tenía una hija de dos meses, que también se vino con nosotras.

Luego volví al otro lado y conseguí otro trabajo, por medio de amistades que yo tenía allá. Mis amigos me daban un teléfono donde necesitaban alguien que les ayudara y yo les hablaba y me daban trabajo. Además, la señora con la que trabajé primero del otro lado me decía: "ahora que vuelvas te voy a conseguir otro trabajo donde te paguen más". Ella también me recomendaba con otras señoras. Ahí estuve trabajando y cuando tenía dieciocho años me regresé, pero una de las veces que fui para el rancho me robaron mi bolsa, con todo y mi pasaporte., Entonces me vine a Tijuana y lo reporté y me dieron seis meses. Yo no quería estar aquí, se me hacía mejor estar al otro lado. Una señora me pasó sin pasaporte, me pasó con su hija. Allá me estuve unos seis meses. El trabajo de casa era mucho, tenía que hacer todo el quehacer y a veces lavar. Era pesado pero la gente me trataba bien, ganaba en dólares y todo lo hacía a mi ritmo.

Me vine para el lado mexicano y ya no quise regresar al otro lado. Ya no estaba fácil porque no tenía pasaporte y eso que no eran tan estrictos como ahora. Antes uno con pasaporte iba hasta Los Angeles y nadie lo molestaba y ahora sí. Hay que llevar permiso para pasar más allá de San Diego y en todos lados lo andan a uno molestando. Me quedé en Tijuana y ya tenía tiempo de conocer a mi esposo, que en ese tiempo era mi novio. Nos conocimos en la colonia Independencia y cada vez que yo venía a Tijuana nos mirábamos.

Aquí en Tijuana estaba trabajando en la casa de la nuera de la viejita. Después me fui a vivir con una muchacha que hacía tiempo se había venido de Rancho Nuevo a trabajar también en casa. Ella me dijo que me fuera a vivir a su casa y así lo hice. Como necesitaba dinero me metí a trabajar a una maquiladora.

Le platiqué a mi novio que quería entrar a trabajar a una fábrica y me dijo que fuera con su tío, que él era administrador de una maquiladora. Fui con él y me dio una recomendación y me dijo que la llevara a la oficina para que me dieran trabajo. Y me lo dieron. En la maquiladora no me hicieron ninguna prueba, sólo llené mi solicitud. Nunca supe que era lo que hacíamos en la fábrica, nunca me interesó investigar como lo hago ahora. Cuando yo trabajaba al otro lado no sabía que existían las maquiladoras. Las muchachas que habían trabajado con la viejita ya trabajaban en fábrica, cuando yo les dije que me iba a trabajar al otro lado me dijeron: "quédate, aquí en la fábrica están solicitando personal, ¿por qué no vas?" Y fuí, pero no sabía qué se hacía ahí.

Desde el principio me llevé bien con mis compañeros de la fábrica, porque lo que yo quería era trabajar. El trabajo era distinto, trabajando en casa uno estaba solo y trabajando a mi ritmo, y en la fábrica era mucha gente y todo se tenía que hacer rápido. En esos tiempos me pagaban 19 dólares a la semana, porque antes pagaban en dólares. Cuando entré a trabajar en la fábrica sabía que ese trabajo iba a ser por un tiempo, porque me decían que ya teniendo comprobante de trabajo era más fácil sacar el pasaporte. Y sí, conseguí el pasaporte con los comprobantes de trabajo.

Ya no me fui al otro lado porque me casé y me fui a vivir a una casita muy cerca de la fábrica donde trabajaba. Mi esposo era gerente de un

supermercado y con lo que él ganaba nos alcanzaba para vivir. Yo no dejé de trabajar, se me hacía importante trabajar en la fábrica porque así seguía ayudando a mi mamá. Siempre le mandé dinero y le sigo mandando.

Cuando ya estaba casada me traje a una de mis hermanas. Mi hermana me ayudaba con la casa mientras yo me iba a la fábrica. En ese trabajo duré como un año y meses porque salí embarazada al poco tiempo de que entré, luego me dieron la incapacidad y al poco tiempo cuando volví cerró la fábrica porque hubo una huelga de las demás muchachas.

A mí no me afectaba mucho quedarme sin trabajo porque mi esposo daba el dinero para la casa. Duré sin trabajar como dos meses y cuando se abrió la nueva fábrica, me llamaron para trabajar. Como en esa fábrica se hacía una soldadura muy fina, tenían solamente gente con experiencia en soldadura. Los de la fábrica nos enseñaron a soldar y nos daban estudios sobre soldadura; ellos mismos nos daban diplomas.

A los tres años de estar ahí cerraron la fábrica porque decían que no les convenía. Nadie reclamó. Unos siguieron a los administradores y los acomodaron con el tiempo en otras fábricas; esto es raro, pues a la mayoría de las trabajadoras de las maquilas no las acomodaban en otras fábricas. A mí me acomodaron en otra electrónica.

En la fábrica los supervisores eran mujeres y nos llevábamos bien, a veces eran mandonas pero yo siempre me llevé bien. A la gente que no se portaba bien le llamaban la atención pero a mí no me gustaba que me llamaran la atención, así que siempre cumplía con mi trabajo. A los dos años de que yo trabajaba ahí, la fábrica se la llevaron más allá de Mexicali y me acomodaron en otra fábrica donde duré siete años trabajando haciendo lo mismo.

Desde que me vine conocí muchas cosas nuevas y a mucha gente. Gano mi dinero y puedo ayudar a mi esposo. Cada vez que pienso en mi pasado me doy cuenta que cambié mucho desde que me vine a Tijuana.

Canción del emigrante

*Víctor Soto Ferrel**

Mi familia ha decidido emigrar a la frontera norte
se ha vendido todo lo que teníamos
ya la casa no es nuestra.

Con el invierno cruzamos la montaña
la nieve hizo más pesado nuestro camino.

Ahora vivo junto al mar, son otros años
querer volver es un sueño.

Escoltada por gaviotas
una barca entra al puerto.

Mañana partirá nuevamente
quizá también yo pueda irme.

*Víctor Soto Ferrel (San Miguel del Cantil, Durango, 1948). Poeta. Ha publicado el libro *Sal del espejo* (1982).

230

Cinema rural

*Tomás Di Bella Martínez**

Por la vereda que viene de Miraflores
se ven los almendros
como sombrillas domingueras
donde los policías pasan pateando
la fruta con sus carcajadas

Por donde los banquillos del parque se pudren
el altavoz comercial se unta en el baño

Por donde llueve
para que el río sea divinidad
tragándose la mitad de tu vida
mientras tú
metido en el cine
aburrido con tejanas películas
de ladrones y propietarios
besando la mejilla del silencio
orinando en vasos de cartón
esperas la última cinta

Te retiras
cuando el federal mata
a su quincuagésimo villano

Afuera
apesta a fruta muerta.

*Tomás Di Bella Martínez (Ensenada, B.C., 1954). Poeta. Es autor del poemario *Cristalazos* (1985).

El vecindario

*Sergio Rommel Alfonzo**

El vecindario
es un ecosistema de esperanzas rotas
y de vigas crujientes
de charcas que tocan a las puertas
de la cuartería
un perseguir un límite sin límites
un existir en algo inexistente
un buscar en el océano de la desesperación

En el vecindario
despierto con las piernas del vecino
metidas entre mis piernas
busco el cuerpo de mi mujer y está dormido
en la nariz del vecino del 6

En el vecindario
un fumar mariguana en las esquinas
un acostarse con la prima en la cama de papá
un deshacer de sueños contra el lavadero
un maldecir nuestra genealogía

El vecindario:
un estadio de atletas sin medallas
un correr por los pasillos lentamente
un divagar de esófagos hambrientos
y botellas de cerveza tibia
un mentar la madre a los semejantes
un aplaudir a Zico y Maradona
un fornicar con los fracasos día a día.

*Sergio Rommel Alfonzo (Tecate, B.C., 1964). Poeta. Es autor del libro *Poemas* (1983).

Tijuanenses

*Federico Campbell**

Los recuerdo a todos muy bien: al Oki, al Tavo, al Pilucho, al Chavo, al Oscar, al Yuca, al Kiki, al Juan, al Kiko, al Pelón. O no: seguramente se me escapan algunos nombres. ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet? Eran muy buenos para el basket, los golpes, las patadas. Si no hubiera sido por los Free Frays, el Romandía, el Matus, el Cachuchas Insunza, los *Pegasos* hubieran sido los mejores basketbolistas de su tiempo. Eran el terror de la colonia Cacho, el Sombrero, el club Campestre. Aparecían de pronto en las fiestas, en sus fords custom con pipas, como el mercury negro de James Dean, en sus pick-ups inclinados de enfrente, con sus chamarras rojas de mangas blancas de cuero y letras bordadas en la espalda: *Pegasos*, y luego un caballo alado como el del Mobiloil.

Eran de las mejores familias de Tijuana, pero no muy apretados. Se movían de noche. Incursionaban en la parte baja de la ciudad, nunca en los alrededores ni en territorio enemigo. De vez en cuando condescendían, se reforzaban con miembros de otras pandillas, los incorporaban al grupo, por simpáticos, por buenos para el basket, por entrones para los pleitos, como el Mickey Banuet. Y solían acabar entre todos con el único adversario caído en el suelo. En una de las colinas,

*Federico Campbell (Tijuana, B.C., 1941). Periodista y narrador. Ha publicado libros de entrevistas y dos novelas: *Pretexta* (1979) y *Todo lo de las focas* (1982). Entre sus últimas obras están *Tijuanenses* (1989) y *De cuerpo entero (Navojoa)*, (1990).

más allá del cerro de la televisión o del fraccionamiento Chapultepec, organizaban rituales alabanzas a Baco; llevaban en la cajuela una enorme tina repleta de cervezas y hielo y entonaban "Oh Blueberry hill" de Fats Domino. El club *Pegasos* . Así se llamaba. Lo había organizado un jesuita como parte de su proyecto de trabajar con los jóvenes, especialmente de las familias ricas.

Tijuana era entonces una ciudad habitable. Su población cabía muy bien entre las colinas que la circundan. Uno de esos años James Dean se hizo pedazos en la carretera, Marlon Brando corría en una motocicleta o se curaba las cejas hinchadas en los muelles de Nueva York. Era la época de los calcetines fosforescentes y los liváis apretados y aceitosos, las botas o los zapatos con *teps* . Bill Halley llegaba a través del Hit Parade de una radiodifusora de San Diego. Y Perry Como: Jat Tiguiridac Siguiribum. Y Tab Hunter: Young love, first love, etcétera... Y, claro, Elvis Presley: You're nothing but a handog... Y Little Richard: Tutti Frutti, Good Golly Miss Molly...

Y por otro lado merodeaban también los Escuderos, los Free Frays, los Seventeen. Había que elegir un color, pertenecer a un club, para sentirse alguien. Bastaba una chamarra anaranjada o negra con mangas blancas de cuero o una azul celeste o violeta de motitas amarillas. No se podía andar sólo. Las calles eran peligrosas; las fiestas, un encuentro de resquemores y agravios, una suerte de lucha velada de clases.

No era fácil hacerse aceptar por uno u otro de los clubes o no se sabía muy bien cuál elegir, tal vez porque los socios eran tres o cuatro años más grandes, tal vez porque no se insistía demasiado. Pero la verdad es que en las noches más solitarias del barrio se soñaba con pertenecer a los Pegasos. ¿Y cómo no? Lo tenían todo: carros, chamarras, amigas, fuerza, pegue, prestigio deportivo. Eran los dueños de la ciudad y se les veía pasar con un sentimiento ambiguo de envidia y rencor.

Eran los días del descontón a media calle, del pasar báscula (asalto amable, irónico, humillante y montonero) y uno se moría de miedo al tener que salir solo al centro y toparse con el Memín, con el Jorgillo, o con los chucos de otras colonias que los domingos se aglomeraban en los altos del cine Roble o en la parte baja del Bujazán.

Ya había terminado la guerra de Corea. De vez en cuando se oía que alguna madre de la colonia Coahuila o de la Libertad recibía el homenaje inútil de un corazón púrpura por su hijo muerto en el campo de batalla. No pocas veces, tras una nube de polvo se veía la rauda incursión hacia los cerros de algún chevrolet verde olivo mate, como el de MacArthur, que transportaba a un oficial portador de la absurda póstuma medalla.

No era cierto que se barrían los dólares con escoba, pero Tijuana era una fiesta. Frecuentemente los nativos se atrevían a recorrer el Waikiki, el Blue Fox, el Aloha, la Ballena, con más curiosidad que ganas de divertirse entre los marineros yanquis y las bailarinas.

Yo nací y crecí en la calle Río Bravo, frente a la escuela El Pensador Mexicano. En el barrio jugábamos beisbol los de Arriba contra los de Abajo, denominación práctica que obedecía más a la composición del terreno que a otro tipo de rivalidad: por la Río Nazas descendía el nivel de la calle y empezaba la cuenca seca del río. Nuestras diferencias no se oponían como el blanco y el negro. Ellos vivían en la más extrema pobreza y nosotros apenas al ras de cierta clase media baja, nunca en la más alta, en la que volaban los Pegasos del mundo feliz. Sin embargo, todavía podría preguntarse si todos, los de Arriba y los de Abajo, tuvimos las mismas oportunidades, idénticas ventajas. Muchos emigraron a Los Angeles. Otros se quedaron. Uno murió en Vietnam. Los más afortunados fueron tal vez los que alcanzaron boleto para irse a las universidades.

Y la presa Rodríguez empezó a secarse en aquellos tiempos, tal vez como signo involuntario de que una época había concluido. Fenecían los años 50 y con ellos cundía la dispersión de los antiguos amigos, el desgaste y el desmantelamiento de los clubes. El color de las chamarras se desteñía y las mangas perdían su pintura blanca sobre el cuero. El Pilucho, el Kiko, el Yuca, se fueron a estudiar leyes a México. El Oscar empezó a aficionarse a la cacería y al tiro al pichón. Al Mickey se le vio cada vez menos en las cantinas de la zona Norte. De los demás no volví a saber nada. Una vez me encontré al Chavo Villanueva en la estación de los trenes de Benjamín Hill o en algún otro lugar del desierto de Sonora, acompañado de Rogelio Gastélum, pero ya no supe más de él. ¿Y al Mickey Banuet cómo olvidarlo? ¿Dónde estás Mickey Banuet? ¿Qué ha sido de tu vida?

Muchos años atrás, entre la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, mi madre daba clases en la Pensador, mi padre seguía en el telégrafo, mis hermanos ya trabajaban. Asolábamos el barrio los Valenzuela (Ernesto, Oscar, Armando), su primo Federico Sáinz, y yo. Distinguíamos claramente una Tijuana que no excedía los 100 mil habitantes. A veces íbamos al estadio de la Puerta Blanca a ver a los Potros y al Bacatete Fernández. Luego, conforme fuimos creciendo, a cazar pájaros con rifles de municiones en la parte seca del río, junto al pirul caído. Federico Sáinz nos invitaba pepsicolas, nieve, manzanas: era la generosidad, la simpatía y el entusiasmo personificados. Y a veces los chucos venían de otras colonias. Una vez llegaron de la Libertad a una boda y mataron a patadas al Zambo. Presentíamos nosotros -niños bien de una clase ascendente- que entre el fondo plano del valle y los cerros se vivían distintos modos de vida, innumerables Tijuanas superpuestas, destinos muchas veces encontrados. Era una Tijuana adolescente. El afán gregario de identificarse con un club era un síntoma de sobrevivencia, la necesidad de identificación a toda costa, el deseo de pertenecer.

Luego vino la secundaria en la Poli, el incendio enigmático de la torre de Agua Caliente, Santiago Ortega, Ricardo Gibert y el Memo Díaz, Marta Franco, Elsa Apango, Alma Marín, y, oh, ah, Celia Santamaría, los bailes en el Salón de Oro. Y con todo ello el paso del tiempo. Como paralelas imperfectas y humanas nuestras biografías apenas se tocan a lo largo de un lapso muy corto, después se separan hacia el infinito. Ni siquiera la memoria distante y el afecto recuperan la vida vivida. Uno es su pasado y su presente al mismo tiempo, pero el futuro de entonces ya pasó y no nos dimos cuenta.

Ahora Tijuana tiene un millón de habitantes. De la que yo hablo apenas existe para unas cuantas gentes: algunas, muy pocas, de las que nacieron y crecieron aquí. Al lado de una opulencia inexplicable, sobrevive la gente de los cerros y las chozas peligrosamente empotradas sobre llantas viejas y entre los cañones. Las condiciones no han cambiado: el contorno, sí. Por un lado, en la ciudad de maestros de ceremonias pululan los clubes. Se hacen fiestas y bodas entre nubes de hielo seco y árboles naturales como en las mejores épocas del casino

Agua Caliente. Por otro, como los chucos excluidos del banquete, se repliegan los cholos, con la camisa larga de cuadros anudada del cuello y suelta por encima de los pantalones kaki.

El Pilucho, el Tavo, el Kiko, el Yuca, son presencias lejanas, pero en su tiempo radiante y juvenil parecían la vida que se nos iba entre las manos.

-¿Dónde andabas, en Los Angeles?

La pregunta plantea un mito. Toda ausencia se relaciona con un destino de adulto en el East Side de Los Angeles. Al volver de no importa qué parte del mundo, más de treinta años después y sobre todo en mayo, uno se encuentra con que la presa Rodríguez está a punto de reventar y las colinas se ven verdes en los alrededores. Algunos nombres se extinguen en la memoria, otros reaparecen entre los jefes de la policía o del gobierno. ¿Pero el Mickey Banuet dónde está? ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet?

De infancia y adolescencia

*Rosina Conde**

Conocí a Edgardo en casa de mis padres. Yo tenía once y él diecinueve años. Era un amigo de prepa de mi hermana mayor y andaba con una compañera mía de la secundaria. Por más que traté de llamar su atención, Edgardo no se fijó en mí. Enriqueta me regañó dos veces por querer intervenir en la conversación. El me dio dulces para consolarme. Me decepcionaba que me trataran como niña siendo ya señorita.

Edgardo no era el único que me gustaba; tenía otros tres amores platónicos, también amigos de Enriqueta, pero todos se fijaban en muchachas de su edad e incluso mayores que ellos. Siempre fui chaperona de mi hermana y me aburría terriblemente pues nadie me hacía caso. Todos eran de cuatro a ocho años mayores que yo. En las fiestas me desesperaba porque quería bailar y nadie me invitaba; además, Enriqueta no me dejaría si se diera el caso.

Siempre fui la más chica en edad y estatura de mi salón de clases, así que cuando yo tenía entre once y doce años, mis compañeras andaban entre los doce y los quince y muchas se pintaban e iban a tardeadas y tenían novio. De vez en cuando me dejaban salir con ellas, pero les parecía molesta por no tener pareja y "hacer mosca". Estaba en esa edad crítica en que ni era niña ni adolescente, y las pocas que se me acercaban en edad gustaban de otras diversiones. A mí me llamaban la atención los muchachos entre los quince y diecinueve años y, a veces, hasta de veintiuno, y mi única forma de ser feliz era inventándome historias de amor con ellos en mi Diario.

* Rosina Conde Zambada (Mexicali, B.C. 1954). Editora y narradora. Sus cuentos se hallan reunidos en *El agente secreto* (1990).

En la escuela tenía muchos amigos; conocía a los muchachos por Enriqueta y me trataban bien por ser su hermana. Tony y Alberto eran de la Sociedad de Alumnos y, para recabar fondos, fotografiaban a los muchachos para vender las fotos a las chicas y viceversa; pero sin que el fotografiado supiera para quién posaba. A mí nunca me retrataron, era cosa de grandes. Algunos de los más codiciados eran Humberto, Edgardo y Miguel. Obviamente que yo compré una de cada uno y las guardé en el cajoncito de la coqueta.

Hasta los trece-catorce años empecé a tener pretendientes. Uno de ellos, Alejandro, me esperaba en la entrada de las fiestas a las que sabía que iba a ir y no nos separábamos en toda la noche, si acaso en los intermedios de las tandas para ir al baño o por un refresco. Mis compañeras me criticaban porque casi no estaba con ellas, ya que desde que llegaba, me la pasaba bailando y platicando con mis amigos. Me desesperaba su presunción y sus aires de grandeza para con los muchachos. Desde una semana antes, empezaban a pensar en el vestido, las medias, el peinado y el maquillaje que usarían . Casi todas estrenaban y nunca repetían la ropa, y si alguna llevaba un vestido que ya hubiera usado en otra reunión, era el centro de la crítica femenina; así que, si no tenían "que ponerse", preferían no ir. Yo sí me preocupaba por coserme algo, pero no era una necesidad el estrenar o no repetir, por lo que algunas se referían a mí como "la chola" sin que me diera cuenta.

Lo que observé fue que los muchachos no se interesaban en cómo andábamos arregladas y ellos mismos eran descuidados al vestirse, y fue por eso que no me preocupé mucho de la crítica. Lo que me desesperaba al estar con ellas era que, aunque tuvieran ganas de bailar, nunca salían con el primero que las invitara, o nunca en la primera tanda,por lo que después los hombres no sacaban a nadie y se iban a la barra a tomar y a platicar. Y estando con ellas yo ya no bailaba, a menos de que hubiera sido a la primera a quien le preguntaran, lo cual era raro, pues otras eran más bonitas y mayores; de manera que sólo las que tenían pareja disfrutaban de la música.

En una fiesta, los hombres decidieron no sacar a bailar a nadie y las mujeres se indignaron. Como a las dos horas llegó Alejandro y, antes de

que nos viéramos, sus amigos lo pusieron de acuerdo. Había huelga de hombres. Cuando me harté del teatro, decidí irme a la casa, sólo que como yo llevaba carro y a algunas de las compañeras del salón, éstas no me dejaron ir con la esperanza de que todo pasara pronto, por lo que algunas trataron de reivindicarse sacando a bailar a los muchachos; pero fueron rechazadas. Esto a mí me dio gusto y decidí irme al bando contrario, no tanto porque me sintiera macho, sino porque me daba coraje haber tenido que pagar un castigo que no me correspondía cuando ni siquiera se había tomado mi opinión. Al atravesar el patio me encontré a Alejandro, ya que como los sexos se habían dividido, las mujeres quedamos sentadas en el jardín y todos los hombres parados en el extremo opuesto de la pista, bebiendo y contándose chistes. A él y a sus amigos les dio gusto verme y me hicieron partícipe del goce de su venganza. Su felicidad se debía al hecho de haber retado a las mujeres y haber ganado. Estas se aburrían terriblemente y su frustración era haber perdido una oportunidad para conquistar al que más les gustaba. Yo me divertí con esto y por primera vez se me hizo sentir diferente al ser aceptada como cómplice.

Mis amigas se enojaron cuando se dieron cuenta de que estaba en el lado opuesto del jardín y muchas dejaron de hablarme. Ya no bailé, cosa que me gustó siempre, pero me reí mucho con los chistes y comentarios masculinos. De pronto, la fiesta se quedó sola. Algunas se fueron enojadas al saber que los muchachos habían decidido irse a bailar al "Mike's", un centro nocturno de la avenida Revolución muy frecuentado por los tijuanenses. Este lugar tenía fama entre ellos porque iban muchas gringas y "arañas" quienes andaban con uno y con otro y dejaban que les acariciaran y besaran los senos. Las niñas de sociedad no iban muy seguido a fiestas para no "quemarse", por lo que tampoco pisaban los centros nocturnos. Todos los muchachos tenían su novia y su araña, y con la primera se iban al cine los domingos a la función de las cuatro, tomados de la mano, y después se iban con la segunda a bailar o agasajar en el auto. Generalmente, la araña sabía de la novia, pero no ésta de aquélla, ya que se le veía como la oficial, se le respetaba y cuidaba, y si alguien andaba cortejándola, los amigos del

novio se encargaban de ahuyentarlo. Cuando algún muchacho terminaba con su novia, se iba a la primera función con su araña para darle picones y las amigas de aquélla se entretenían espiándolos y tomándoles el tiempo de los besos para contarle después: "se dieron un beso de ¡cuatro minutos!"

En cuanto a las mujeres, la que llegaba a andar con el exnovio de una compañera era considerada como traidora, por lo que algunos muchachos quedaron vedados para muchas de nosotras.

Así es que unos tenían su novia en el Colegio de la Paz o en la Abraham, y su araña en la Poli. La Poli era una secundaria federal a la que sólo asistían hijos de proletarios y varones de la clase media. Muchas familias adineradas tenían a sus hijos en ésta pero a las hijas en cualquiera de los dos colegios de señoritas, según su religión o ideología. La preocupación por tener a los hombres en la federal era su ventaja oficial, y como a las mujeres no se les preparaba para cursar una carrera universitaria, eso no importaba mucho, ya que para ellas se elegía una carrera corta en el magisterio o en alguna rama comercial, o se les metía a trabajar en un banco o en una tienda importadora mientras conseguían marido y, mientras que, socialmente, se les hacía propaganda comprándoles ropa y anunciándolas como embajadoras en los elegantes bailes de diferentes clubes de la ciudad. En las vacaciones se les llevaba a Cantamar, San Felipe, San Miguel o Acapulco, según el lugar de moda, para que se broncearan y tuvieran algo de que platicar y presumir con los muchachos. El bronceado era muy importante en las vacaciones, así que las que no podían salir de Tijuana, se tiraban junto a alguna alberca o en la playa de Rosarito o ya de perdida en la azotea o en el patio de su casa.

En las vacaciones de julio y agosto llegaban los muchachos que estudiaban en Guadalajara y Monterrey; se organizaban bailes para recibirlos y escaramuzas en los ranchos y lunadas en la playa. Era la oportunidad de asegurar marido abogado, ingeniero, médico, odontólogo o arquitecto, futuro proveedor de casa, carro, sirvienta, niños, viajes a Las Vegas, etcétera. Yo no alcanzaba a comprender muy bien el significado del arribo de los estudiantes, ni la emoción por organizar

tantas fiestas. En casa nunca se nos educó para convertirnos en esposas ejemplares y nunca se descartó, al menos en teoría, la posibilidad de que estudiáramos una carrera universitaria, quién sabe si por ser Enriqueta y yo las únicas hijas de mis padres y no tener hermanos.

También en el verano se organizaban concursos de *surfing* en San Miguel y en el kilómetro 42, los cuales no sólo eran frecuentados por bajacalifornianos sino por sinaloenses, jawayanos y californianos. A mí me tocó ir a algunos y participar de la emoción juvenil que ello implicaba, y pude gozar también de la emoción mujeril de pasear por el centro de Tijuana y Ensenada con Enriqueta y sus amigas por donde sabían que andarían los muchachos.

Para ese entonces, mis amores platónicos habían desaparecido: uno se fue a estudiar a Guadalajara y no supe más de él; Humberto fue asesinado por unos gángsters por andar con la novia de uno de éstos; Miguel se casó en Tijuana y se metió de comerciante y se mató en una avioneta haciendo piruetas en una exhibición. Sólo a Edgardo lo volví a ver. Fue cuando me vine a estudiar a México; me lo encontré en un concierto de *blues* con Javier Batis en la Facultad de Filosofía y Letras. Se acababa de divorciar y le dio gusto verme, no tanto por mí, sino por la amistad con mi hermana y el que fuera de Tijuana. Me propuso ir a tomar café después del concierto y luego llevarme a mi departamento.

Platicamos mucho: de mi huida, del regreso, de mis conflictos interpersonales, su ex mujer, su divorcio, su hijo, y terminamos casi llorando abrazados y mareados por el vino que habíamos comprado. Fue mi primera experiencia sexual, y los momentos más felices vividos con él en mi Diario trascendieron mágicamente mi recelo y desconfianza hacia los hombres. Fue, además, mi primera recuperación de lo que había perdido al salirme de casa.

El New Yorker

Dedicado a Paloma

*Guadalupe Rivemar**

No deberíamos estar aquí. Ni allá donde estuvimos. Caminando por estas calles desconocidas me siento como en un lugar muy ajeno. Tanto tiempo de vivir aquí y sin haber transitado por la zona norte. No se encuentra tan apartada de la Avenida Revolución, por la que casi todos los días tengo que pasar y sin embargo, se me hace tan lejos. Uno se pregunta cómo son los lugares por dentro. Tú has de preguntarte cómo soy por dentro. Has sido muy amable conmigo desde un principio y ahora que caminamos vengo de tu brazo. Del tuyo.

El espacio en las banquetas a veces se hace muy angosto y casi hay que saltar obstáculos, son como bultos de basura, bultos de gente amontonada junto a una pared, para resguardarse del frío que es usual a esta hora de la madrugada. ¿Qué hora será? Eres cariñoso y tu piel es cálida. En algunas calles hay muchas fondas abiertas y a la orilla de la banqueta hay una hilera de carritos ambulantes donde venden tacos a 150 pesos, de carne asada o adobada. ¿De tripitas? No, yo los prefiero al vapor.

* Guadalupe Rivemar (Tijuana, B.C. 1968). Escritora y videoasta. Editora de la revista *Enlace*. Textos suyos aparecen en diversas antologías de la literatura bajacaliforniana.

Afuera de los locales hay unas vitrinas con fotos de las mujeres que trabajan ahí, dando "floor show". Hemos entrado a dos lugares pero hay demasiada gente, demasiada oscuridad, es mejor seguir buscando algo más adecuado, con menos estridencia para hablar además de ver. Alfonso que conoce bien estos lugares nos guía hacia uno de sus favoritos: El New Yorker, ahí, donde el espectáculo es variado. Vamos, vamos, ven. En el camino se me van trepando las miradas, unas ansiosas, otras perdidas, la mayoría desoladas. Los que duermen en la banqueta quizá esperan a mañana para cruzar "al otro lado" porque traen consigo una especie de itacate. Otros esperan morirse de hambre o de cirrosis. Todos vamos de paso después de todo; es cómodo estar entre tus brazos.

Alfonso entra primero y los demás después. Abre por el centro el pesado telón color guinda que sirve de puerta. Afuera, los clásicos gritones, apostados uno a cada lado de la entrada. El sitio no es tan lúgubre como los otros. Semi-vacío. Música en vivo. El decorado similar a los anteriores: en rojos con negro y espejos. A la derecha está la barra y a la izquierda el grupo musical. Al fondo, la pista. Nos acomodamos en una mesa donde alcanzamos a ver bien el espectáculo. Cervezas para todos, por favor.

Sólo tiene puestos los zapatos, usa pelo corto, sus piernas son largas, senos pequeños, piel morena, es bien proporcionada, tendrá 28 años. Se mueve y hace como que baila. Con desgano levanta los brazos, menea la cadera para un lado y para el otro mientras camina por la pista. Su rostro es poco expresivo. No veo tu rostro porque has apagado la luz y te has metido entre las sábanas sin previa invitación. Uno quiere imaginarse la vida de las prostitutas para escribirles su historia a nuestro modo. Son objetos de estudio sociológico o personajes de novela. Cómo empezaron, por qué, ¿disfrutan?, qué te importa. Sienten o no sienten, que harán cuando estén viejas. Y las jóvenes se han de cotizar más alto. Empiezo a sentirte.

Amanda ha terminado su número y un hombre se levanta de la silla haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio y le pide su mano, se la acerca a los labios, la besa.

Ahora anuncian a la contorsionista. Hace estiramiento de músculos, de piernas sobre todo. Realmente es bastante elástica, puede meter la cabeza entre sus piernas y luego impulsarse con el torso para mover las nalgas que lucen empinadas al descubierto. También tiene senos pequeños. Colocas tu mano sobre mi vientre, tu pecho contra mi espalda. Le han aplaudido más que a las otras. Se despide y el hombre se levanta de nuevo repitiendo el galanteo.

Es como si estuviera viendo una película, registro imágenes, una tras otra, gestos y miradas, no la mía por supuesto, la de los demás. Anuncian el siguiente número, una cantante de ranchero: Paloma, paloma errante. Aparece con su vestido mexicano, largo. Luce abundante melena larga, su voz grave. La observo por el espejo que tapiza uno de los pilares casi junto a nuestra mesa. ¿Me habrá visto ya? Ni siquiera me atrevo a voltear. Quiero irme. Para qué incomodarla. Estela me había dicho que su madre era cantante. Hemos sido amigas por mucho tiempo. Tres años es poco tiempo. Ahora la observo de frente, canta la última canción y se despide, baja del escenario, se pierde entre las mesas y entra al baño donde están las demás esperando su turno. Ahora es nuestro turno. Empiezas y te sigo, un poco por cariño, otro poco por soledad. Unas entran, otras salen, suben y bajan, se estiran, abren los brazos, las piernas. Espero que salga pronto, son muchas ahí adentro; quiero levantarme y espero, me quedo quieta. ¿Qué pasa? Nada, nada. Que salga ya. Desespero. Ganas me dan de ir a sacarla de donde está. Ha de faltar sólo un poco más. Ahí está ya. Terminas. Me levanto por fin y voy a saludarla. Se ha sorprendido de verme, yo le digo que vengo con unos compañeros de trabajo y le pregunto por Estela. Nos despedimos con un beso en la mejilla. Amanece. No deberíamos estar aquí. Amanece para nosotros, ella apenas irá llegando a su casa y dormirá unas horas porque tiene que recibir a Esteban y Javier con la comida lista cuando lleguen de la secundaria. Hoy no trabajaremos porque es jueves, Jueves Santo. Santo. Santo. . .

Halloween en la Calle Mayor

*Leobardo Saravia Quiroz**

A José Joaquín Blanco

"¿Una danza macabra? ¡Oh no! Allí
bailaba la inocencia con su sonrisa sangrienta".
Milan Kundera, *La vida está en otra parte.*

Hoy como nunca la Calle Mayor tiene una semioscuridad acerada; esa densidad que atenúa los colores, desmentida sólo por el resplandor metálico de los autos, o los anuncios del neón imprescindible. La atmósfera gótica de la calle más extrema de la ciudad es el escenario, ya preparado, para la celebración popular más multitudinaria, anárquica y antiautoritaria del año entero. El carnaval inminente se prefiguró durante la tarde con pequeños grupos aquí y allá, conversaciones dispersas, alboroto de niños disfrazados, gritos frecuentes, la intermitencia de risas malsanas y un rumor cada vez más fuerte e insoslayable de gente por las calles.

7 P.M. A esta hora la calle Revolución es ya territorio tomado. Lo será hasta llegar la madrugada. Las aceras atestadas por cientos de gentes que empujan, gesticulan y agreden desenfadadamente con voces y muecas a cualquiera -yo soy cualquiera. Sin embargo, pese a algún rencor o molestia prescindibles, ahí está la multitud indiferente a cualquier juicio, a salvo, afortunadamente, de cualquier moraleja: vociferantes algunos, otros turbiamente callados; miradas fijas o

* Leobardo Saravia Quiroz (Culiacán, Sinaloa, 1960). Ensayista y editor. Dirige la revista *Esquina baja*. Es compilador *En la línea de fuego* (1990) antología de relatos policíacos bajacalifornianos.

sonrientes o desconfiadas. Al margen de cualquier interés sociologizante se impone lo evidente: hay aquí una muestra representativa de la sociedad (población) tijuanense: obreros en el día de descanso, provincianos en el momento del asombro, clasemedieros dispersos, secretarias comerciales con vocación de divas, indocumentados potenciales que pasean su indefensión; fugitivos, por un lado, de la miseria permanente de sus lugares de origen y de la violencia fascista de la Border Patrol, por el otro. Yo camino aparentando indiferencia. Un mendigo, sucio y harapiento me pide con pronunciación inesperadamente impecable "fósforos". Se los niego. Un grupo de norteamericanos náufragos en la multitud se acercan; una muchacha rubia me pregunta con voz suavemente pastosa: *Where is the Oh Laser Club?* Respondo minuciosamente *It's far from here. You have to drive there.* Ella asiente con una sonrisa y negocia con sus compañeros. A estas alturas de la noche, crece la cantidad de gente, caminar se dificulta más, en los empujones y el maltrato a cada paso; una multitud inagotable que -como en los cuadros expresionistas- se adensa y se transforma en una imagen única, casi una metáfora. Hay en el ambiente una suerte de violencia en ciernes, tensa, agazapada pero siempre presente.

Si algo revela esta gran cantidad de gente y su reencuentro las noches de cada 31 de octubre en esta calle, es la existencia de una tradición, que rebasa evidentemente el pretexto celebratorio (el Halloween, en este caso). Una tradición innegable que no requiere de instituciones convocantes ni de la sanción aprobatoria de la burocracia municipal y menos aún de la hipócrita benevolencia de una prensa oportunista y servil.

El Halloween que ha sido en Tijuana desde hace décadas, adaptación local de la costumbre anglosajona, ocasión para la propensión consumista y pretexto para la sublimación de amas de casas; escenario para la pequeña ambición carnavalesca de los niños y el lucimiento *kitsch* de los jovencitos de sociedad y clasemedieros en suntuosas discotecas, se transforma ahora en señal de conquista del espacio urbano por los estratos medios y bajos de la población tijuanense, reprimidos por la devaluación, el desempleo, el deslizamiento del peso y la policía. Eso

pienso, mientras veo a este río de gente que ahora marcha frente al Denny's: no es posible que esa señora levemente renga sea miembro del Club Campestre; tampoco ese cholo bajito parece ser Rotario, ni creo que esa obrera maquiladora de vestido rojo se encamine hacia el Fiesta Americana. Si hay algo claro que se pueda derivar de la mezcla heterogénea de personas que integran esta multitud es que los lumpens de los barrios marginales, colonos de los suburbios, obreros y estudiantes, son quienes han tomado por asalto, en forma pacífica pero incontenible, a la calle mitológica. Esta conquista masiva del territorio urbano que se da en toda la ciudad, aquí, en la calle Revolución adquiere un sentido político innegable.

Es sintomática, la campaña llevada a cabo contra la anunciada cita de reunión pública: la prensa fue particularmente enfática en el rechazo, la policía premonitoriamente clara en sus amenazas; las "fuerzas vivas" manifestaron -paradoja- su descontento ante la "celebración extranjera" en ciernes; las amas de casa de las colonias Hipódromo y Chapultepec alertaron a la comunidad, desde el McDonalds más cercano, acerca de los peligros de la desnacionalización de las costumbres. Yo, por mi parte, mientras me dispongo a acelerar el paso, no intentaré juicio alguno ni me seduce la posibilidad de un análisis. (oh desnacionalización cultural, cuántos discursos se perpetran en tu nombre).

10 P.M. Advierto en la policía tijuanense la intención de concretar sus profecías. Por el momento incursionan en el surrealismo con gran éxito: he ahí un agente que acaloradamente discute con un gorila, más allá dos uniformados intentan proteger y/o golpear a un *trasvesti* perseguido por la turba machista. Un espectáculo sin duda interesante es la visión de tantos policías juntos, imagen ausente en la ciudad, desde que en 1981 todo el *stablishment* policíaco tijuanense -bomberos incluidos- asaltó a la Universidad local salvándola de un comunismo inminente, para entregarla a sus mejores hijos. Sin embargo, los esfuerzos de las "autoridades" se diluyen lamentablemente; demasiada gente para su ímpetu protector. Y se contentan interrogando aquí, golpeando allá, vociferando empeñosos, transcurriendo en el ejercicio feliz de la represión.

La multitud no ha advertido aún a la policía y se dedica a la contemplación ausente de sí misma; de repente corren en estampidas

frenéticas detrás de cierta jovencita, de algun homosexual demasiado vistoso o simplemente por el gusto de correr gritando. Se lanzan latas vacías, huevos y otros objetos, de un lado a otro de la calle; saltan masivamente sobre autos ante el terror/indignación/miedo de sus ocupantes. Se enfrascan en riñas y peleas con gran dedicación y felicidad pueril. Los marines transcurren sonrientes por la calle, rubios fisicoculturistas rapados y negros de cabezas geométricas y sonrisas excesivas, se divierten en la periferia del imperio antes de ser enviados a morir a Nicaragua.

De repente lo contrario: la multitud avanza por las aceras, pesada, grave, litúrgica, "con una quietud casi onírica", con presencia desbordada que el número vuelve amenazante. Es de suponerse que la atracción principal son los disfraces pero gracias a la crisis económica, estos son escasos y poco sorprendentes; los más visibles se remiten a la ortodoxia previsible: mercenarios listos para el combate, momias de diverso tipo, simios convincentes, desnudistas falsamente procaces. fotógrafos inermes, Dráculas que Bram Stoker no previó, etc. En este momento frente al *Sans Souci*, lugar acostumbrado a multitudes, se escenifican los motines más violentos, varios jóvenes se baten épicamente a golpes. Algunas chicas corren asustadas y felices. Más adelante, el *Unicornio*, víctima de clausuras intermitentes, persiste en abrir sus puertas a su clientela habitual. El bar *Mike's* ya sin rockeros condenados a la fama se conforma con marines y punks que apuestan todo a su aspecto; a su taciturna agresividad silenciosa, a su pobreza del concepto "escándalo". Más allá, frente al Río Rita, entre la multitud, William Parks camina indiferente rumbo a su cuarto de alquiler que tiene desde hace años, acompañado por tres prostitutas suntuosas que cargan paquetes de comestibles y bromean entre sí. Los meseros de la "Revolution Avenue" de vez en cuando observan a la multitud sin gran interés; o a los más viejos no les asombra nada, miran sin ver con el escepticismo amargo de quien lo ha visto todo.

1:30 A.M. La calle Mayor se despuebla lentamente, con rapidez van quedando vestigios, sólo los desperdicios de la fugitiva comedia: algunos borrachos inertes, manifestantes exhaustos en la lucidez del insomnio,

basura en las esquinas y bajo las flores azules del neón, grupos de personas en conversación imposible. Es la hora del desánimo glacial, en la cual, sola va quedando la calle como sujeto de una farsa sin actores; con su imagen de postal de los cuarenta, en el sincretismo de su arquitectura dispar y mal gusto conmovedor. Antes de irme a dormir, vacilo frente a un *dancing hall*; después dejo por fin en la puerta mis secretas fobias, mi escrúpulo, mi stalinismo moral y entro al Tilly's. No por mucho tiempo.

Feos y curiosos
(testimonios punks)

*José Manuel Valenzuela**

–Los policías están impuestos a tratar con puros descarriados sociales, pero en cuestión de asesinatos, robos , borrachos y toda esa onda, entonces a nosotros nos quieren tratar igual y pues, topan con pared casi siempre, porque hay veces que vamos caminando y se para una patrulla, baja la velocidad y nos gritan cosas por la ventana. A ese extremo llegan, siempre están según ellos regañándonos pero a la vez ofendiéndonos que -oye tú, ¿de dónde te sacaron?- Ofensas pues y ¿qué no tienes para comprarte un peine?, ¿por qué traes esa cadena de perro?, y la chingada, casi siempre lo mismo y después ya nos llevan ahí y nos empiezan a hacer preguntas que ¿por qué traes los pantalones rotos?, y oiga pues yo así los quiero traer y además es cosa que no le importa. Nomás nos ven, y en cualquier parte nos quieren detener sin ninguna razón concreta.

Hace unos días hicimos una fiesta, teníamos ganas de divertirnos e hicimos una fiesta en la casa de un muchacho en el INFONAVIT. Esa noche nos la pasamos curado porque empezamos a escribir una carta que le íbamos a sacar copias para mandárselas a punks de diferentes países. Y cada quien ponía lo que quería decir: que estamos con ellos para que no se sientan solos con esta pinchi sociedad y cosas así. Esa noche nos quedamos ahí a dormir porque ya era tarde y por lo mismo, porque ya conocemos la ineficiencia de la policía y que por su criterio tan

* José Manuel Valenzuela (Tecate, B.C. 1954). Investigador del COLEF. Autor de un libro fundamental sobre movimientos juveniles en la frontera norte: *A la brava ése* (1989).

bajo nos levantan y nos pasan a revisión o cualquier cosa de ésas; nos quedamos a dormir para el otro día irnos a las casas. Entonces íbamos caminando a tomar el camión, íbamos como siete y pasamos a un lado de la subdelegación de policía, porque no tenemos nada que esconder, ah no, pos los señores "a ver, a ver vengan pa'cá, están muy curiosos", y ya nos llevan pa' dentro y un policía hasta golpeando la mesa, a ver pongan sus cosas ahí, como si hubiéramos hecho algo. A mi amigo Nico hasta me lo andaban acusando de drogadicto, cosa que yo sé que no es cierto, y además de que muchos de nosotros estamos en contra de eso, ¿me entiendes? porque es totalmente absurdo según lo que nosctros pensamos. Entonces a él se lo llevaron para interrogarlo allá adentro, y a nosotros acá nos estaban esculcando y que sus identificaciones, pues nos identificamos, traemos identificación, ya no había ninguna razón para detenernos mas ahí, ya nos habíamos identificado. Nos habían revisado, bueno todavía eso lo podemos tolerar, pero de ahí nos llevan a la comandancia que para investigación, para ver si estamos fichados, ahí nos metieron con el comandante o algo así, y nos empiezan a dar regaños: "que no está bien, que aquí no pueden andar así, váyanse a andar así a otro país". Nosotros a veces hablábamos pero no tenía caso porque les entraba por un lado y les salía por otro y a Nico le dicen: "¿ésa es la manera de vestir de un estudiante?" O sea dándonos a entender que ellos quieren a los estudiantes con un molde perfecto ¿me entiendes? Ellos los quieren traer como borregos y eso es absurdo ¿no?, pues somos diferentes individuos. Entonces nos meten a un cuartito y a ver "quítense todo; cintos, anillos, pulseras y los collares", y me quito yo mis cintos ahí pos pa' ver qué, y a Nico le pegaron. Pegándole con una pulsera un civil, y pos ¿qué onda? ni siquiera se identificó para cometer esos atropellos ¿no? Entonces a mí también me pegó un trancazo en la espalda y que nos llevan a la judicial, de ahí que a investigación, no teníamos nada, ellos a fuerzas nomás nos querían tener ahí como presos o no se qué onda, y ya llegamos a la judicial "que aquí están estos muchachos que los mandan de allá de la comandancia", y dice el señor de ahí de la judicial: "bueno, pero ¿dónde está el papel?, o algo así, no sé que onda, como será esa acción. Entonces dicen "no, nomás así".

Entonces ya se van los policías. Y para eso ya habíamos dejado ahí cintos y pulseras, y mis cassets, porque dijeron "dejen todo ahí". Allá en la comandancia a Nico le dijeron: "quítate los aretes" y que "pinchis pelos, quítatelos", y no sé que onda, y luego otro policía "no, que no se quite los aretes y ni los pelos porque ya no se va a ver punk y no le van a decir nada allá en la judicial". Así bien piratones. El de la judicial nos dijo, "esta policía no comprende a los jóvenes", él se portó más o menos bien pero todavía ahí nos tuvieron siete horas nomás que en investigación nos metieron a una celda, pero fíjate, si no habíamos hecho nada. Llegó mi papá por mí y se enojó conmigo, como si yo hubiera hecho algo, me sentí enojado porque todavía se enoja viendo la injusticia que estaban cometiendo con nosotros.

-Una vez nomás por estar paradas en la calle 8, estábamos en una banquita y habíamos varios, estábamos oyendo música y platicando, en eso llegaron como seis patrullas y nos subieron a todos sin ningún cargo, no estábamos tomando en la calle, ni estábamos haciendo relajo, se burlan de nosotros cada vez que nos han agarrado. Esa vez estaba Rosario conmigo y nos metieron también a nosotras, nos metieron a una celda, pero aparte o sea, a los muchachos en una y a nosotras en otra. Adentro era un asco, pero no duramos ni quince minutos. Alberto traía el dinero que habíamos juntado para rentar un cuarto, ahí se nos fueron 12,000 pesos, pos ya cuál cuarto, dimos ese dinero y nos salimos, y luego dice el policía, "a ver si se lo cuentan a sus hijos", y le dije: "¿de cómo se portan ustedes? -Yo siento bien feo de que mis amigos se van a sus casas y me da miedo de que, a ver si no los agarran. Ahora cada domingo o cada sábado, entre semana los agarran porque van a sus casas o porque están hablando por teléfono, y ¿cómo a otra gente que va caminando no le hacen nada? No estoy diciendo de los cholos, porque nomás pasa algo y fueron los cholos, a los cholos también los agarran sólo por su forma de vestir. Un policía me acuerdo que me dijo, "por qué no se visten de sombreros, de mantas blancas, anden descalzos y así hablen del sistema y todo", y le digo, "¿para qué?, ¿para que nos vuelvan a agarrar porque andamos de fachosos?", y me dijo, de esa forma no los íbamos a tomar en cuenta, "pero si ustedes siguen vistiéndose así, va

haber más gente, otros muchachos, los van a ver y les van a copiar", y dijo que no quería que nos duplicáramos como los cholos.

-La policía es peor que la gente común, te ofenden y te quieren insultar, y tú les sales con explicaciones lógicas, porque están violando las garantías individuales. Yo a veces les dicto el 14 y el 16 constitucionales, y se quedan con el hocico abierto, creen que somos ignorantes.

-La gente siempre da sus opiniones aunque uno no se las pida, y pues a mí no me gusta, se me hace algo estúpido de su parte. O sea, porque muchas veces yo ni siquiera les estoy preguntando y me dicen ¡uy que raro!, o se te ve bien suave, se te ve bien bonito, pues francamente nosotras no deseamos vernos bonitas. Lo que diga la gente, a mí nunca me ha importado, me vale un reverendo cacahuate lo que diga. Pero, claro, uno se fija, en el rechazo que te hacen. En la calle veo como 150,000 desmayados en el transcurso del camino y luego la gente me dice, ¿quién te mordió?, ¿quién te trasquiló?, ¿dónde fue el avionetazo?, y un montón de palabras absurdas, "ya pasó Halloween", "brujas", puras cosas así. Uno a veces ni se imagina qué le van a decir. Hay personas que todos los días nos esperan para decirnos cosas, y pues nosotros ya estamos acostumbrados. Cuando no nos dicen algo decimos: "pues ahora qué les pasa a todos, están dormidos", o sea porque todos exageran. Uno dice, ¿por qué me dicen tantas cosas, si uno se ve bien normal?, uno se mira en un espejo y pues no entiende por qué dicen tantas cosas.

-A mí no me importa lo que la gente diga, pero muchas veces sí me enojo y les contesto, me gusta ser pacifista, pero muchas veces no se puede. Una vez le pegué a un muchacho. Ya la había agarrado de costumbre, siempre que pasaba a mi trabajo se burlaba de mí y me decía cosas. Un día, creo que no andaba de buen humor y me regresé y le metí un fregadazo en la cara y le dije que me dejara en paz. Ahora cuando me ve se agacha.

-Pues a mí una vez me agarró la policía porque estábamos en una pista de patinar y dos días antes habían roto unos vidrios de un salón que estaba ahí. Entonces el ruco llamó a la policía y nos echaron la culpa a nosotros de que habíamos roto los vidrios. Nos llevaron a la Ocho y allí

pasamos toda la noche hasta el sábado que fueron por nosotros. Éramos siete, y nomás uno era mayor de edad, todos los demás éramos de dieciséis; pero de todos modos nos metieron a la cárcel de mayores. Nos trataron bien, pero pasamos mucho frío. Comida no quisimos porque nos daba asco.

-Nos detienen por estar caminando, por estar en lugares oscuros o algo así de que, ¿qué van a hacer? ¿por qué están aquí?, o algo así, puros cargos. Como nos dicen '¿por qué se visten así?, ¡no se pueden vestir así!' ¿Por qué no nos podemos vestir así? 'Porque luego los demás se van a querer vestir como ustedes'. O sea, eso ya no nos incluye a nosotros, si ellos quieren, ellos pueden hacer lo que quieran, y usted no puede decir nada y, digo yo, pos la Constitución, hasta en la Constitución dice que no pueden influir ustedes en nosotros. El artículo dieciséis dice "nadie puede ser molestado en su persona", y una serie de cosas más y, pues violan la Constitución ellos mismos, pero párale ahí, si les dices algo de Constitución. 'Tú ¿quién eres para decirnos algo?, mira nada más cómo andas, mira'. Han tratado hasta de cortarme el pelo, pero en realidad ellos tienen miedo porque primero empiezan a hablar con uno, lo bajan mucho, demasiado ¿no?, piensan que uno es de la calle y somos desastrosos, pero al darse cuenta que están hablando con una persona que sabe lo que está diciendo, empiezan a agarrar un poco de miedo y no te hacen lo que pensaban hacer. El otro día un policía nos fue siguiendo sin darnos cuenta, y al dar vuelta en la calle nos apunta con una pistola, nos la pone en la cabeza, ¡no se muevan! Ah canijo, pues ¿quién no se va a parar con una pistola en la cabeza, no? Y nos paramos, y llegaron varios policías y nos llevaron a la cárcel acusados de peleoneros. Llegamos allá, le preguntamos al capitán, ¿que cuál había sido nuestro error no?, y dijo que había un reporte de que unos se estaban peleando, sí pues, qué tiene que ver que haya un reporte, ¿somos nosotros los que nos estábamos peleando? No, pero eran punks, entonces, si allá matan a alguien unos punks, (según esto) ¿van a recoger a todos los punks? ¿a todos los van a acusar de asesinos? Los policías nos recogen por estar platicando, no podemos pararnos donde se pueden parar los demás, no podemos hacer lo que pueden hacer los demás. A mí me han recogido

por eso. Estábamos sentados en la calle Tercera, y de estar sentados llegó la policía y nos dijo 'muévanse de aquí, no pueden estar sentados'. Y yo dije, ¿pues para qué son las bancas? ¿qué las tienen ahí de adorno o algo así? ¿qué no son para sentarse? Por eso me metieron a la cárcel.

VI. De amor y muerte

BEST COPY AVAILABLE

¿Cómo será tu piel de madrugada?

*Ma. Isabel Velázquez Oliver**

¿Cómo será tu piel de madrugada...
olerá a mar, tendrá el sabor
acaso de las olas?

¿Cómo será tu piel de madrugada...
húmeda, tierna, somnolienta;
el dulce mapa de la espera y el
deseo?

¿Cómo será tu piel de madrugada...
hálito sutil y transparente,
perceptible apenas por el sensible
corazón que te adivina?

¿Cómo será tu piel en el momento
en que no sueño, ni pienso, ni respiro,
por otros poros que no sean los de tu cuerpo,
en otros sueños que no sean los de tu reino?

* María Isabel Velázquez Oliver (Ensenada, B.C. 1968). Estudiante de Ciencias de la Comunicación. Textos suyos han aparecido en la revista *Trazadura* y en el suplemento cultural *Inventario*.

Nombre del día: ocurren cosas tú te llamas 8 de noviembre de 1982 y que si tú no sabes nada

*Katery Mónica García**

Te he tratado de seducir
todas estas noches
sin que supieras nada

Te metí en la cama conmigo
para platicarte los fantasmas enfermos que me habitan
tratando de convencerte de que sólo tú puedes curarlos

Peleé con la magia y el pensamiento
mi derecho a mirar eróticamente
tu interés intelectual sobre mis ojos

Extraje de una caja enmohecida
los trocitos de vista oído tacto olfato y gusto
que guardé para una ocasión como ésta

Deletreé lentamente
tu nombre completo
(así es el conjuro)
sólo para mirar tu sombra
y tocarte de lejos

* Katery Mónica García (Monterrey, N. L. 1960). Poeta y escultora. Ha publicado *Para empezar* (1985).

Invité a todos los amigos
para hablarles de ti y de tu tristeza oculta
me aventuré a dar la explicación
más extraña para exterminarla

Alteré el orden de todas tus palabras
y me hice la loca
creyéndome las oraciones que nunca dijiste

Te seduje a obscuras
con razones de sueño

Cerré mi cabeza a los golpes de la lógica
la mesura y la ética

y cediste clausurándoles las puertas a los mismos golpes

Pero no sabes nada
seguiré en la tarea
de traer nocturnamente
a la recámara de mi fantasía
tu cuerpo desnudo

Continuaré matando con las manos
las moscas de la decencia y la cordura
ventilaré al amanecer mi habitación
porque es insoportable traer en la cabeza lo que es del cuerpo.

Cuando es lunes seis de la mañana
y a tí no te falta
saber que evoco
continuamente tu tristeza.

Estela sueña...

Vianka R. Santana

Demasiado temprano como para empezar de nuevo y demasiado tarde como poder olvidar lo ya vivido. Definitivamente ese día parecía estar marcado por lo inoportuno de sus antojos. Las pesadillas habían estado repitiéndose noche a noche, ya había probado todos los remedios conocidos y nada, el té de hojas de lechuga, el té de tila, de manzanilla, de tejocotes, las respiraciones profundas y los onomatopéyicos. Nada parecía tener efecto sobre esa cabeza que empezaba a vagar y a girar vertiginosamente en cuanto ella cerraba los ojos.

Los primeros días le parecía hasta un tanto divertido eso de ver colores intensos combinados que parecían hacerla cómplice de un vértigo secreto, esos abismos multicolores que se escondían detrás de sus párpados para acosarla por las noches tan desnudas de estrellas y de grillos. Cerraba los ojos y aparecía un carrusel con personajes arrancados como de un carnaval europeo, grandes atuendos bordados soberbiamente, máscaras de porcelana y de plumas, máscaras fantásticas que en sus pesadillas ocultan a personajes siniestros, personajes que se entierran lanzas de acero y espadas azules, seres que no sangran porque en las pesadillas de Estela no ronda la sangre, pero ronda todo aquello que se asemeja a la muerte.

Hay veces en que la persigue un pájaro blanco inmenso que camina a grandes pasos detrás de ella para tragársela con su pico color verde, un pájaro que devora los edificios como si fueran hostias en boca de un hombre acorralado por sus culpas, un pájaro que engulle una ciudad que

se vuelve el laberinto interminable donde transcurren sus pesadillas, el "set" cinematográfico a donde asiste cada noche después de las once a llorar las desdichas de quién sabe qué diablos y a sufrir los dolores de sepa qué males. Porque Estela llora, sueña que llora y se despierta llorando, y luego viene el largo negociar con la vigilia y el sueño, el hacerse creer que es sólo un sueño y el tratar de contener un miedo real, un miedo que se escapa de sus pesadillas, un miedo que traspone las murallas de la inconciencia y el delirio.

Y ella se pregunta de día mientras se afana en sus múltiples quehaceres que por qué no sueña con seres hermosos y cosas agradables, que por qué no sueña que es de día y la sacude una nube de mariposas que vienen a posarse en sus ventanas, por qué...

Mientras piensa debe lavar los seis pares de calcetines que ensuciaron los niños y su esposo, tender las camas y tallar las fundas, barrer los pisos y regar las plantas. Y los sueños que produce la evasión de la realidad, los sueños de la vigilia, se resbalan por entre sus cabellos negros, largos y rizados y caen como barquillos de papel sobre la superficie del agua del lavadero y ella los toma con la jícara y los mezcla con todos los desmanchadores, los imprime en los cuellos de las camisas blancas que talla maquinalmente y luego los tiende al sol con ganchos de madera.

Y ahí va Estela, dejando caer sus inquietudes en el fregadero de la cocina y sobre el parche de cada uno de los manteles hay otro, un sueño que habla de los ríos donde se bañó cuando pequeña, un pedazo de añoranza de las buenas costumbres en que perdió tanto tiempo su abuela, allá en el sur, cuando ella soñaba en el columpio que les hizo su abuelo en aquel viejo árbol, aquel que un buen día vendría a una tierra a poner en práctica sus consejas, que un buen día... Nunca imaginó que ese buen día estaba a la vuelta de su almohada, que estaba ceñido a los polizones de sus faldas de lino, nunca se imaginó que el mañana siempre viene caminando con nosotros, burlándose de nuestros afanes y de nuestros sueños, pensando: Aquí te sigo... a ver si es cierto.

A ver si es cierto que podrás saltar la cerca de tus lastres. A ver si es cierto que mañana irás de gala a los conciertos de ópera cuando tus

padres se conformaron con el canto de los grillos, a ver si es cierto que mañana está tan lejos que podremos cambiar lo suficiente para atraparlo con las manos, para agarrarnos a él como el náufrago a la viga, "aquí te sigo" para que no me extrañes...

Pero a Estela no le importa que nada haya cambiado lo suficiente como para volverla otra, ya no tiene más esperanza que la de aliviar sus pesadillas, su memoria, sus recuerdos. Todo lo que se respira en la ciudad la persigue en sueños, la barba del chofer del camión es la barba del siniestro personaje que no identifica, las manos ajadas y reumáticas de la viuda son las manos que la acosan para estrangularla en una calle semidesierta, los ojos de Miguel son los ojos, los millones de ojos que siguen a sus ansias, y la abuela y el columpio y la charca de los sapos son los paraísos que ha dejado de soñar hace ya tiempo. Justamente desde que se sintió más desolada, ahora que la realidad y el cansancio entraron por la puerta trasera de la casa y se anidaron en el costal de la harina. Ese cúmulo de polvo color luna, ese molino contenido en una bolsa, ese cuerno de la abundancia al que acude cada tarde antes de preparar los panes. Antes de amasar entre sus manos con aceite otro par de sueños, otro par de suspiros que se inflarán en el horno, cuando la sal y la levadura hayan quedado bien esparcidas, cuando a la tarde se le dé la gana caer y darle paso a la noche. Cuando llega Miguel cansado y sin palabras y su único consuelo es soñar la violenta vida que no le corresponde. Las estremecedoras sensaciones de muerte y llanto, porque su vigilia siempre es más pasiva que el vértigo de cualquier murmullo, porque Estela se desquita en sueños, para soñar todo lo ajeno, para soñar que no tiene sueños.

De vez en cuando se despierta llorando y exhaltada, acorralada en una pared, en un agujero, pero eso... no importa porque Estela alimenta las pesadillas con la intranquila paz que la consume.

Para siempre, Maga

Juan Felipe Herrera*

Sí, Maga. Ya sé que no quieres que te visite en la librería.

Dices que sólo llego para observarte como un astrónomo literario
o que te rodeo como hombre-nube: que me acerco lentamente y
me quedo fríamente suspendido frente a ti.

Me lo has dicho varias veces.
Me acusas de existir en un tipo de anti-disfraz que es un velo
a la vez. No. No con la indumentaria de esos detectivillos de
la agencia aquí en Tijuana o de vendedor de lotería, ni como uno
de esos profesorcillos cucarachos que beben su lágrima de café
en el Hotel Nelson. Mi disfraz es diferente. ¿Verdad?

Soy el fino actor de salones literarios, como éste. ¿No?
No utilizó máscaras ni maquillaje. Nada de ligas o resistol.
Solamente gestos: momentos transparentes que nadie puede leer,
solo tú. Soy aquel hombre elegante y bien educado que al entrar
a este paraíso de sílabas fúnebres levanta un ancho libro de
Seix Barral o de *Joaquín Mortiz* y frunce la frente y analiza cada
ese, qu y zeta y al preciso instante -sin perturbar ni una ceja-
se echa un jaa ja jaaa ja ja jaaaa.

Este es el drama que siempre estreno en esta sala los sábados
por la noche. Todo lo preparo minuciosamente para disfrazar
mi única intención: verte. Estudiante. Verte más.

* Juan Felipe Herrera (Fowler, California, 1948). Poeta y actor. Miembro del movimiento chicano. Es autor de *Rebozos de amor, Una noche en Túnez* y *Akrilika.*

Mentiras.
Tú eres la actriz, Maga. Te ríes porque llego y te cuento de mis pequeñas tragedias como cuando era chamaco en San Diego y vine a Tijuana solamente para electrificarme en el *Cinema* en medio de la película *La Momia Azteca* porque toqué los metálicos sillones sudando; mis tíos me habían forzado a vestir un pinchi traje de lana. Te ríes artificialmente.

En otra ocasión entré corriendo y te grité que los güachos habían detenido al Meño de San Ysidro porque andaba distribuyendo folletos sobre los derechos de los de *Cartolandia*, esos pobres que vivían en casas de cartón debajo del puente viejo que ahora han convertido en *Río-Tijuana* . Te mostré su foto en el periódico. Abriste la boca con horror.

¿A poco crees que todo lo que te digo es un teatrito que invento para poder oir a los escuincles de la Alba Roja comprar su librillo de primaria o el aplauso dental de los rucones que al acariciar las últimas del *Esto* estallan con nuevas apuestas de soccer?

Vengo a tu salón de raros abecedarios porque no existe en ninguna otra parte de esta ciudad un asilo de imágenes tan claras. Sí Maga, no tienes que pronunciar ni una vocal. Créeme.

¿Ves a esa chavalona afuera, como a 15 metros de aquí, allí afuerita del *Cine Roble* ? No necesitas asomarte, la puedes divisar bien de donde estás. Ha llegado casi cada noche durante la última semana. Se queda erguida. Nadie se da cuenta. Viste faldas floreadas o pantalones de mesclilla a la moda. Su pelo es brillante, negro como una hoja de acero. Tendrá unos años menos que yo, como 28 o 29. Mira cómo se acerca al cartelón y a los anuncios en la ventana. ¿La ves, Maga? Nadie ha notado cómo se va acercando. Paulatinamente.

Doña Aurelia sigue vendiendo sus conos de pepitas. Ferni el bolero, lo de siempre: correteando a los gabachos para cobrarles bonito. Ni el cirujano, el Doctor Quiñones, ha notado algo -el que tiene su clínica a media cuadra de *Tortas el Turco* . Nadie. Mira cómo se va acercando al afiche de Rigo Tovar.

"Rigo, eres mío.
Totalmente mío. No importa a donde viajes o que nunca regreses te quiero y sé que siempre llevarás mi imagen contigo, siempre".

¿La conoces, Maga?
Te la señalo porque es una mujer perfecta. Carga una X sobre el pecho. A las siete de la noche baja de la *Colonia del Rubí* o del *Kilómetro 24* o de *La Cacho* levantando su crucifijo secreto, su doble cicatriz hacia la estampa del Señor Rigo Tovar bajo la dorada luz de la taquillera sacerdotisa para murmurarle su lealtad, sus mandas y sus ocultas soledades a su amante nocturno. Y frente a esta parroquia de ambulantes de neón mostrará sus heridas gemelas y nadie tornará los ojos y nadie la escuchará rezar.

Te lo repito Maga, éste es el éxtasis de la perfección:
mantenernos perfectos en nuestras incompletas búsquedas.

Usted señor, no se preocupe. Ya sé que a veces le quito demasiado tiempo a Maga. Es una señorita muy formal. ¿Verdad? Siempre está aquí a su lado. Yo vine como siempre, a visitarla y a charlar con ella. Nomás mírela, qué hermosura, parece una obra de arte. ¿No cree, señor?

Ya sé que no quiere que los moleste. Pero, mire, la librería estaba vacía y quise acompañarlos. No se apure. ¿Quién está hablando del Meño? Lo que pasó voló. Siga sentado.

¿No les molesta este cigarro, verdad? Esta mañana cuando manejaba de San Diego divisaba la alambrera que corre del oriente

al poniente de la frontera. Vi un vapor de pesadillas. Oí
las uñas de mil pájaros rasguñando los nudos de púas, pepenando algo;
quizás los aromas de las sombras que cruzan sin papeles -sin disfraz-
las que tienen años de construir piñatas, expertas en la contabilidad
de lavaplatos, maestras de lavabaños. Punzan grietas. Y a cualquier
momento explotan y vacían su honda bilis de siglos y quedan tiesas
al lado de algún matorral con el beso final de la migra en la espalda. Y al
curso de los años las púas de la *línea* van alzando sus banderitas:
pequeñas
estampas de piel o de camiseta o de blusa como recuerdos de los
olvidados
sepúlcros de aquellas oscuras figuras de sed. Y de repente caen los
pájaros para celebrar estas rasgadas migajas de extraño pan.

Ya sé que estoy repitiendo lo que todos ya saben. No me lo tienen
que advertir. ¿Es hora de cerrar, verdad? Tiene a su esposa esperándolo
y Maga tiene que acostarse en el cuarto aquí atrás mientras encuentra
un apartamento. Páseme el cenicero por favor.

¿Apunta estas hojas que tengo enrolladas en mi saco?
¿Le interesan? No. No son poemas. Son garabatos que de lejos
aparecen como rayas y a una distancia extrema se asemejan a
párrafos. ¿Qué no va a cerrar? Mire cómo están saliendo del primer
estreno de Rigo Tovar. Bueno, investigue usted mismo. A Maga
le gustan mis garabatos. Aquí están. A ver póngase sus lentes, vea.

El Great Wallenda o summertime time time

*Luis Humberto Crosthwaite**

Hoy pocos recuerdan al Great Wallenda, cirquero máximo, chaparrito sin temor a las alturas, gringo buena onda. Le gustaba caminar sobre cuerdas flojas, guardando un equilibrio perfecto.

La Janis se detiene en la Revu; su carro es un volkswagen feo pero bien pintado, con rayitas negras y rojas. Le dice al Wallenda algo que en mexicano sería: súbete, compa, me agradas, tienes cara de joto pero me agradas.

El Great se hace del rogar, miente con los ojos: andaré en la Revu, será domingo pero no soy ningún cabrón fácil.

-Es tu pedo -dice Janis, medio ebria, medio pasada. Abandona el carro en doble fila y camina junto al Wallenda.

-"Me gustas cuando callas" -le grita y el hombre sonríe. Agrega sin decirle: sí, a mí también me cae la poesía.

Unos cholos, parados por ahí, tripean: este bato ya la hizo.

Sssssimón, carnal.

La Janis y el bato se meten a un hotel, se casan al siguiente día y el departamento de tránsito recoge al volkswagen.

-Bonita pareja -les dice el licenciado mientras los hace firmar un

* Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana, B.C. 1962). Narrador. Ha publicado el libro de cuentos *Marcela* y *El rey al fin juntos* (1988).

papel. La Janis guarda un silencio respetuoso porque es tímida entre semana.

-Por eso -comenta-, de habernos conocido el lunes jamás nos habríamos casado.

Así es que el Great, con una carcajada que justifica su nombre, levanta su botella de bacardí y brinda por los domingos.

Lindo día. Aburrido pero lindo.

La bonita pareja compra una casa de interés social y vive feliz algunos años. Tienen un hijo a quien le gusta caminar en cuerdas flojas y una hija que, como su mamá, requintea con su voz para apasionar al mundo.

Los vecinos les llaman la familia perfecta.

Wallenda es un *great* esposo. Antes de empezar con su trabajo le habla a la Janis para recordarle lo contento que vive con ella y la mujer generalmente le contesta con un bluesecito suave:

-Es que hacemos buena pareja.

A menos que fuera fin de semana porque entonces respondería, nada tímida ni modesta, con un rock pesadote:

-Pues cómo no, ése, si estás hablando de mí.

Nadie sabe lo que provoca el cambio en la gente. La Janis, nerudiana 100%, hubiera dicho: "nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos". La cuestión es que el Great comenzó a llegar tarde:

-Los compas batallaron mucho quitando la cuerda y tuve que ayudarles.

Muy mala excusa.

La Janis, por su parte, ya no le dedicaba tiempo a la cocina; seguido se le veía dando conciertos en el Mike's. En ocasiones a ninguno le importaba lo que el otro hacía. Con frecuencia, en contradicción, se enojaban cuando alguno de los dos no se hallaba en casa.

Bebían en exceso. El Great llegó a maltratar a los niños y ella seguido pensaba en el divorcio. El matrimonio llevaría unos ocho años cuando dejaron de hablarse. Dormían en camas separadas; caminaban ignorándose, de la sala al comedor y de la recámara al baño.

-Dile a tu madre que ya no quiero frijoles, que si no sabe hacer otra cosa.

-Dile a ese cabrón que ya no esté chingando.

De plano, el gringo abandonó el hogar para el noveno aniversario.

Ya nadie recuerda al Great Wallenda. Su vida se subrayó muy poco en la historia. Muchos lo vieron en la televisión aquella tarde desde Puerto Rico. Lo anunciaron en las noticias de las once. El locutor previno que la escena era inapta para los niños, que podría causarles daños irreparables, traumas de por vida.

Después apareció el Great sobre su última cuerda floja, con un pie delante del otro y una gran varilla para el equilibrio.

Un viento fuerte, unos gritos y paf.

Wallenda, que ya no era el mismo, doce pisos abajo en el pavimento.

Miles de personas se entristecieron pero ya nadie lo recuerda.

La Janis guardó silencio durante mucho tiempo. Los hijos crecieron: la chamaca terminó estudiando contabilidad, el niño acabó como velador en una gran tienda de ropa que después se incendió. Nadie supo qué fue de él.

La Janis atiende una panadería entre Séptima y Ocampo. La llamó "Summertime" (¿era o no la canción favorita de su marido?).

Es un negocio próspero. Mucha gente lo visita. Algunas la reconocen, le preguntan si es la Janis y le piden autógrafo. Otros, muy pocos, la recuerdan como la esposa del cirquero olvidado.

Entonces ella les habla del Great Wallenda, les enseña fotografías y no les cobra el consumo del pan.

La amistad se encuentra en un café de chales

*Jorge Raúl López Hidalgo**

Había un narrador, unos reyes,
unos príncipes, bla, bla, bla y una Melina...
Héctor Daniel Gómez Nieves (q.e.p.d.)

Ahí estaba, en una esquina de la colonia San Rafael, antes desierta, hoy concurrida, como toda la ciudad. La tarde perdía su brillo en cuanto se alargaban las sombras de los edificios. A Héctor Salgado, cuando estuvo a las puertas del café, le pareció diferente al recuerdo que tenía del lugar; al igual que la voz de César Bustamante por la mañana. «Deformada, se dijo Héctor, por la madurez».

-¡No me digas que ya olvidaste a tu cuate!

La voz y el recuerdo: era César con su porte de conquistador, la camisa abierta y el peine lamiéndole el cabello.

-¡Ah que mi buen muñeco!

El apodo se le metió a Héctor en los oídos y ahí se quedó todo el día. No le era molesto. Antes sí, al repetirlo César. La jornada había sido pesada. El trabajo por hacer sobre el escritorio, en espera. Ni por donde empezar. Y las quejas e insultos brotando por el teléfono de su oficina: «Hace una semana que pedí el gas...», entremezcladas con las palabras de César:

* Jorge Raúl López Hidalgo (San Martin Texmelucan, Puebla, 1932). Narrador. Ha publicado *Palabras* (1987) y *El fuego es humo que se traga* (1989). Premio Estatal de Literatura en la rama de novela en 1990.

-Es bonito estar de vuelta en México, y me dije: ¿Quién más cuate que el muñeco?

La memoria de Héctor y el café de chales habían guardado el polvo y la humedad que sofocan los sentidos. Al abrirse la puerta parecieron escaparse ánimas en las ráfagas de viento frío.

-Sentí tristeza encontrar solitario el barrio- habíale dicho Bustamante-. Qué diferencia cuando vivíamos en él, entonces era alegre, lleno de amigos; no que ahora. Pero no importa, al fin que yo no tenía muchos; pocos y escogidos. ¿No te parece?

Héctor pensó que la antipatía de César era natural.

-¿Y bien?

-Te hablo para invitarte al café de chales y recordar viejos tiempos.

"¿El café de chales?" La voz del auricular le interrumpió el pensamiento:

-Ahí nos reuníamos la palomilla.

Héctor logró ubicarlo. La respuesta fue un sonido indefinido que salió de su boca. Para César fue un sí.

Y ahí estaba Héctor, en ese lugar viejo y oscuro, acorde al chino de adormilados ojos que parecía formar parte de los enseres.

-Buenas noches.

El oriental cerró aún más los ojos y las comisuras de sus labios se estiraron para dibujar una sonrisa en su rostro cenizo y remoto; breve respuesta al saludo.

La mugre, las mesas, los asientos y los codos, que tenía clavados el chino en el mostrador, le fueron familiares a Salgado.

Un radio, escondido en algún lugar, dejó escuchar un viejo rock cantado en español, que se sumó al millar de sensaciones que le recorrían el cuerpo a Héctor. De nuevo la voz:

-¡Hola, Muñeco!

Entre las penumbras, en la esquina más lejana de la puerta del café, estaba César Bustamante, con su estampa de toro en celo, ahora lleno de carnes.

-Te hubiera reconocido a una milla de distancia; sigues caminando igual de vaciado, como un muñeco de cuerda.

"Qué estupidez", pensó Salgado y le nacieron las recriminaciones que se hiciera al darse cuenta de la envidia que siempre le despertó la buena fortuna de César con las muchachas. Hasta trató de imitar sus poses. "Qué estupidez", se repitió. Le fue molesto tenerlo enfrente, con esa sonrisa de siempre, en la semioscuridad, con los ojos del chino que sentía sobre su nuca. Ni siquiera supo si le estrechó la mano.

-¿Qué van a tomar?

Un vago recuerdo y Héctor levantó la vista con el deseo de encontrar el rostro de la muchacha que solía atenderlos. «Me gustan sus ojos», había comentado al ser descubierto por Daniel, el más carrilludo de la palomilla.

Hubiera sido un alivio encontrarla como parte imperecedera del lugar. No fue así.

Encogió el cuerpo para arrinconarse en el asiento, como si quisiera huir de las cucarachas que se movían sobre el papel tapiz.

Apenas sonó su voz:

-Un café.

-Le recomiendo unos ricos bisquets.

-Traímelos a mí, preciosa, junto a otro café.

Se cruzaron miradas de entendimiento entre César y la muchacha.

-De éstas no se daban en nuestros tiempos.

Héctor comprendió al contemplar las caderas de la mesera. Le fue molesto el vaivén de sus movimientos; le parecieron vulgares y torpes, al igual que el lenguaje de César.

Las ideas se deslizaron en cascada y las dejó fluir a pesar de que era retornar a lo que debe olvidarse; al cargamento de maleficios que trae un brujo escapado de los crueles cuentos de la infancia. Se le hizo repugnante la idea de huir y se mantuvo pegado al asiento, sin chistar, en espera de lo que no quiso detener: el asalto de lo que se movía en las sombras. Y César empezó:

-¿Té acuerdas de...?

Luego las risotadas y las bromas:

-¿Qué se habrá hecho ese buey? ¿Seguirá igual de pendejo?

Vinieron los nombres y apodos.

-¿La Queta se casaría con el Talachas? Pobre cuate, andaba

arrastrando las de sentarse por ella; aunque bien valía la lucha porque se caía a pedazos de buena. Que me lo cuenten a mí.

Héctor se dijo que las palabras de César eran peldaños que iban a llegar a temidas profundidades.

-Pero no te cité para hablar de los cuates; que para cuates los que traigo colgando y ni lo son tanto ya que se la cachetean.

No festejó el viejo chiste de Bustamante porque lo consideró como breve preámbulo.

-Me interesa hablar de Marisela...

Hasta el chino del mostrador notó el espasmo que sacudió el cuerpo de Héctor.

-Te traía, manito...

Miró el bigote de su amigo, y se dijo que era un gusano negro que brincaba con las carcajadas. Sonrió al relacionar gusano-negro-bigote con César-gusano.

-¿Recuerdas la noche que le hablaste?

No hubo respuesta.

-Fue en un baile de la escuela.

-Lo he olvidado.

-Si me parece que aún te veo con tu veintiúnico traje, reluciente por el uso. Ese día te bañaste...

El gusano-negro se movía con las risotadas y Héctor deseó calmarlo de un puñetazo.

Hizo una bola con un pedazo de servilleta y se la lanzó a la cucaracha que tuvo más cerca. El insecto cayó al suelo; vivo y rápido se escondió en una rendija del piso.

-Te cortó de a feo, ¿y sabes por qué?

-No me interesa.

Héctor creyó estar envuelto en las evocaciones, solo, y se dijo que los sucesos pasados son hechos que se unen para joder. De entre las sombras surgieron los días de postración y el intento de suicidio. Después la indolencia que lo llevó a desertar de los estudios.

-Te cortó porque la chava estaba loca por mí.

"Que vulgaridad". Miró a César. Le fue extraño estar frente a él y la

confusión aumentó su malestar; como una pesadilla que persiste, no obstante tener los ojos abiertos.

-Cómo nos reímos esa noche. Pobre Héctor. Borracho hasta las manitas y la de estupideces que hiciste. Estabas loco manito. Mira que hacer tanto desmadre por una vieja que ni valía la pena. Te lo digo con conocimiento de causa.

Héctor tuvo la sensación de que el gusano-negro estaba a punto de descubrirle un gran enigma y siguió, expectante, sus movimientos. La voz de Bustamante le fue lejana y poco entendible.

-Para algo servimos los amigos y esa noche me desquité por ti.

El gusano negro se separó de la boca de César para recorrer los rincones del restaurante en busca de los fantasmas.

A lo lejos, en el radio que se encontraba quién sabe dónde se escuchó la voz de Jorge Negrete; cantando algo así como: «quisiera ser la golondrina que al amanecer...».

A Héctor le pareció gracioso, igual que una telenovela: unos hermanos trogloditas e imbéciles, un padre más buey que jijo y una madre a la mexicana. En el interior de todo este cuadro un muchacho que hace una tragedia de su vida y una muchacha que al ser considerada la deshonra de la familia se le obliga a dejar el hogar paterno. "Historia que, así narrada, parece vulgar".

-Ellos en su búsqueda mientras yo brincaba la alambrada para pasarme al imperio del dólar. No fue fácil...

"Tampoco para Marisela"

-Perseguido, explotado y delatado por los de la raza. Te asedian peor que a un animal rabioso y tienes que correr de aquí para allá, hasta que te agarran y vas para atrás. Lo intentas una y mil veces a ver si la haces. ¿Sabes cuál fue la solución? Casarme. Como lo oyes, mi buen muñeco. Te casas con una gringa y ya la hiciste. Nada más que la güereja me salió mula y nada de hijos. ¿Me comprendes? Pero se me vino a la cabeza... más bien fue ella la de la ocurrencia. Tú sabes como son, más civilizadas, y me dijo: «Ya que tienes una hija en México, ¿por qué no vas por ella?»

Héctor pensó que era factible exterminar al bigote-gusano de una patada.

-Bueno, me dije, qué me cuesta acudir al amigo y hablarle sin tapujos. Como debes comprender mi familia me contó lo de Marisela y créeme que lo sentí de verdad.

Marisela y la niña. Cuánta claridad. Le dieron ganas de soltar la carcajada al pensar que el gran final se ponía interesante: un padre que jamás se ablanda y una madre incapaz de levantar la voz. Alguien tiene que hacerse cargo de la niña y surge un secreto que nadie puede descifrar. «No tengo a quien acudir», le dijo Marisela al entregarle a la criatura. Después nadie puede asegurar que ella programó su muerte. Lo cierto fue que la niña se convirtió en una tabla de salvación para Héctor.

Los espectros se agazaparon antes de perderse en los rincones del café. El bigote-gusano permaneció en su sitio.

-En serio que sentí la muerte de Marisela.

"El final. Desembucha de una vez el final".

-Dejemos en paz a los muertos y vayamos a las cosas prácticas. Tú sabes que en Estados Unidos somos así y no perdemos el tiempo. Mi hija me necesita y vengo a llevármela, cueste lo que cueste.

Por eso me dijo que viniera por la niña y que no parara por dinero. ¿Me entiendes? Vengo a pedirte... a rogarte me entregues a mi hija.

-Ah que César, siempre con tus bromas.

-No es broma, es en serio.

Héctor dejó hablar al gusano-bigote-César. Le era divertido ver sus poses al pasar de las peticiones y súplicas a las amenazas. Sus molestas risotadas desaparecieron y hasta se comportó con seriedad. Pero pronto se cansó de escuchar lo mismo: que la güereja dijo...que entrégamela... que me salió mula y no pudo tener hijos... que la solución es mi hija... que te pido un favor de cuates... que te ofrezco... que lo exijo... que actuaré en otra forma... que no sabes de lo que soy capaz... que te partiré la madre... que... que...que.

-Bien; dame tiempo.

-¿Cuánto?

-Unos días.

-¿Te parece suficiente de aquí al sábado?

Héctor levantó los hombros.

-Entonces el sábado - recalcó César.

-Nos vemos aquí mismo a las seis para decirte mi decisión.

-Que sea positiva, para bien de los dos.

-De los cuatro - y Héctor sonrió al considerar que había dicho una broma. Ni una palabra agregó.

Héctor tenía ya la solución. Llegó, a propósito, tarde a la cita; pasada una hora. Se abrió paso entre la muchedumbre. Enfrente aun humeaban los escombros.

Alguien comentó a sus espaldas:

-Ahí estaba el café de chales. Dicen que fue una fuga de gas; no es de dudarse, tan viejo era; pero vaya usted a saber. Se piensa que sólo había un parroquiano. Gracias a Dios ya ni los sábados tenía clientela.

Las sombras alargadas de los edificios se esfumaron en la oscuridad de la noche y la sonrisa de Héctor fue opacada por lo sombrío de su rostro.

Tijuana moods

*Evodio Escalante**

Un bracero, es decir, un hombre fronterizo.

I
¿Y si ésto no es el acabamiento
sino un principio de mirada
entre las fuerzas sórdidas del día?
¿Y si ésto no es tu cuerpo descubierto?
¿Dónde estoy yo? ¿Dónde
suceden estas cosas?

Agua sin bordes que no ha probado nadie.
Alguien ordena luces, solicita los cuerpos.
Alguien sale completo de una voz ignorada.
Alguien, después de hablar, no existe ya,
se ha abandonado al labio que homicida
recortó las palabras.
Y lo que iba a decir
lo dijo ya pero estaba dormido.
O miraba la calle
y no tuvo forma de decirlo.
O se hundió en las palabras
y salieron a flote solamente
sus ojos asombrados.

II
Toda la tarde ésto acongojó las formas.
Muy duro contenerlo, retenerlo, distenderlo
como estallado pez en la pantalla

* Evodio Escalante (Durango, Durango, 1946). Poeta y ensayista. Es autor de *La intervención literaria* (1988) y *Todo signo es contrario* (1988).

Saliste de la guerra con los límites rotos,
con la velocidad metida entre ceja y ceja
como una astilla venenosa.
Y si estropeaste tu auto en Nuevo Ideal,
un pueblo menonita ubicado en el norte,
fue porque la astilla te punzaba en la cara.
Una astilla: tu amante no lo supo, ni el reportero,
ni el Ministerio Público.
Nada más tus ojos que nada transmitían.
Te diste un tiro en la cabeza,
pegadito a la oreja.
Y se leía en tu diario:
"Dejé de darles vueltas al asunto.
No es una decisión. Quisiera
que todo pasara de otro modo.
Quise encontrar la voz
que dicta las palabras, pero nadie las dicta,
no hay nadie detrás de las palabras.
Esta tarde me dejo llevar, y ya".
Decía el informe: "No se encontró en su sangre
rastro de alcohol o droga alguna".

III

¿Y si ésto no es tu cuerpo sobre la plancha dura?
¿Los ojos, los cuerpos, son de nadie?
¿Nadie da fe de lo que pasa?
Amaneció la noche barrida por los cuerpos.
Eran oscuros, prietos.
Han soltado sus nombres como una medicina.
Están petrificados.
Eran horriblemente cuerpos,
límites de materia, resistencias.
Y tu cuerpo también:
Un cuerpo duro que amaneció tirado.

¿El nombre? Ahi después se sabrá.
Tú no tenías papeles.
Un mexicano pinche, sin papeles.
¿Quién la hace sin papeles?
Alguien echa volados en la esquina.
No te dieron mescal, pero el cuerpo
te sudaba y sudaba.
Observaste a las putas
–las putas mexicanas, cerca de ti esa tarde
ahora que te ibas y no tenías un peso–.
Si hubieras escrito a casa en esa hora,
si hubieras tenido sobre y estampilla
posiblemente escribirías:
"No me ha ido mal, y no puedo quejarme.
El hambre me la aguanto.
Este es mi último día en tierra mexicana.
Por Dios
que me ha pintado bien.
Salimos esta noche".
He buscado tu nombre en los periódicos.
Vestido de civil, dos policías americanos
te mataron a tiros por la espalda.

IV
¿Y si ésto es amarillista?
¿Y si no aceptan que ésto ha sucedido?
¿Morderás los periódicos o rasgarás tus vestiduras?

Agua desmesurada que no ha probado nadie
sino el cuerpo cenizo, amoratado, putrefacto.
Agua desmesurada que putrifica las heridas.
Agua ya sin medida.
Alguien quiere beber de tu boca el veneno maldito.
Alguien, después de hablar, siente que no has

comenzado
a contarnos tu historia.

Si pudiera escribirte, te diría:
"Es noche ya.
Hay mucho miedo por las calles.
Te estamos esperando".

Lento transcurrir

*Edgar Gómez Castellanos**

El angosto callejón, extendido frente a sus ojos como una gran serpiente negra, le pareció angustiosamente interminable. A los lados, los viejos botes de basura llenos hasta el máximo, reducían aún más el espacio para caminar.

Ahora no se veían las moscas revoloteando incesantemente sobre los desperdicios, con los zumbidos en una especie de contrapunto que originaba un murmullo que subía por las paredes de ladrillo y luego, al bajar por los botes, se convertía en un extraño ruido metálico, como el de una sierra eléctrica.

"Posiblemente también las moscas duerman en la noche", pensó Omar, que estaba parado en el extremo del callejón más lejano a la calle. Fijó la vista en un montón de basura que yacía junto a los botes del restaurante; una tenue luz amarillenta iluminaba una rata gorda que parecía sostener algo entre las patas delanteras.

Del otro lado, al inicio del callejón, unas luces rojas que se prendían intermitentemente iluminaban parte de la calle Azueta. Omar pensó recargarse en la pared, pero una sensación de asco lo estremeció y siguió de pie. Quería un cigarro, buscó en la bolsa de la camisa pero estaba vacía. Escupió.

A lo lejos, en uno de los puentes, se oyó una sirena.

"No tengo dinero", pensó resignado, repasando cuidadosamente cada una de las palabras que acababa de formar en su mente, dejando que el

* Edgar Gómez Castellanos (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1960). Narrador. Es autor de *Bosquejos* (1982), *Seres perplejos* (1987) y *A un recuerdo de distancia* (1987).

eco rebotara una y otra vez hasta que poco a poco se desvaneció. "No tengo dinero y aquí estoy parado, observando el lento transcurrir de la vida nocturna".

Indiferente, caminó hacia la calle; al pasar frente a la puerta de madera de la cocina del restaurante, vio a través del mosquitero a un joven cocinero chino, casi un niño, que tenía un cigarro en la boca y trataba de subirle el vestido a una mesera que estaba recargada sobre él. Ella reía y forcejeaba con el cocinero y el vestido.

Omar escupió de nuevo. Cuando llegó a la banqueta, una corriente de aire le refrescó la cara.

Salió del callejón, dio unos pasos al este y se recargó en la pared de la refaccionaria apoyando un pie en el muro rojo y verde, cuya pintura estaba llena de aceite y comenzaba a caerse de vieja.

Las sombras se multiplicaron, ya no era esa gran sombra continua y uniforme del callejón. Ahora eran varias sombras que se entrecruzaban sobre los carros estacionados, confundiéndose en los parabrisas, con los reflejos de las luces de las cantinas y cabarets. Eran sombras multicolores, infinidad de tonos grises y negros que se perdían entre la basura, el pavimento de la calle, el borracho que yacía sin sentido en la puerta de El Abanico, la prostituta china que entraba al Continental.

De noche, ese lugar se convertía en otro mundo. Un mundo desconocido, subterráneo.

"En la Chinesca suceden cosas maravillosas", pensó emocionado Omar, "pero de cualquier modo no deja de ser una pesadilla".

Una sombra que se movía hacia él interrumpió sus pensamientos. Al voltear a la derecha vio una figura que caminaba pesadamente; llevaba un bulto al hombro. Era Tavo, el que tocaba la guitarra en bares y cantinas. –Ese bato -le dijo Tavo saludándolo.

-Q'hiubo.

-Qué haciendo.

-Nada. Estoy mirando.

-Orale.

-¿Y usted?

-Pues vengo del parque, estuve platicando con el Chema. Si lo conoces al Chema, ¿no?

-Ey -Omar hablaba con la mirada fija en ningún lado-. Oye, ¿no traes un cigarro?

-No. ¿Y ora qué tienes, andas mal?

-Un poco. No tengo dinero.

-No hermano, esto 'tá cabrón. Necesitas ponerte a jalar. De lo que sea pero hay que agarrar feria. Así nomás no se puede.

-Ey... mi último jale fue de guía de gringos. Tú sabes, los llevas a la calle México, que a una variedad, pisteas con ellos y les bajas una feria.

-¿Y qué pasó? Ese es un buen jale, esos gringos jodidos siempre traen buena feria.

-Ey... traen dólares... lo malo es que el otro día me aceleré y quise meterle mano a la vieja de uno de los gringos y el güey se dio cuenta y por poco me parte la madre. Puta... era uno de esos marines y estaba bien dado. Uf... el caso es que ni me pegó. Está duro... pinches viejas, es mucha la tentación...

-No, pos hay que seguirle buscando. Ya ves, yo aquí, bien que mal con mi guitarra saco unos centavos -se volteó hacia El Abanico y continuó-; en esos lugares para todos hay... es cosa de saberla hacer... nada más -dijo finalmente el Tavo mientras continuaba su camino hacia El Abanico. Luego le dijo a Omar desde lejos:

-Ai nos vemos.

-Suave -contestó Omar. Vio la figura de Tavo perderse tras las cortinas rojas de El Abanico. Escupió y se pasó la mano por la cara: la tenía dura, roñosa.

Caminó despreocupado por las calles de la Chinesca, sintiendo en su piel el peso de la historia.

Trataba de encontrar en cada uno de los bares, los callejones, los pasadizos; en cada uno de los cafés de chinos y hoteles de tercera la razón de su propia vida, de la vida de la gente de Mexicali.

"Ni Pueblo Nuevo es tan mágico como la Chinesca", pensó con emoción al pasar frente a un viejo edificio que aparentemente estaba abandonado. Pero él sabía de las cosas que se ocultaban tras las horas de vigilia. Sabía, por ejemplo, que al cruzar aquella puerta de madera semioculta por el abigarramiento de edificios y mugre, se hacían grandes

apuestas en las que intervenían los miembros más distinguidos de la comunidad china con alguna visita eventual de políticos y hombres de negocios; sabía de la existencia de contraseñas y magníficas mujeres que usaban vestidos escotados. Sabía todo eso y lo hacía sentirse orgulloso porque en cierto modo, era algo suyo.

"Círculos interminables", pensó con resignación.

Entrelazarse las manos apretándolas. Respirar profundo. Los pasos cansados. Las últimas resonancias del mito que comienza a desvanecerse. Uno... dos... tres...

Omar salió de entre las sombras con asombrosa rapidez. Jaló con firmeza al hombre que pasaba frente al callejón. Su brazo derecho alrededor del cuello. La risa perdida de una mujer...

Apretó con toda su fuerza. "Un poco más", pensó con dificultad; sentía una especie de fiebre. De nuevo esa luz que escurría bajo sus pies. El cuerpo del hombre ya sin vida.

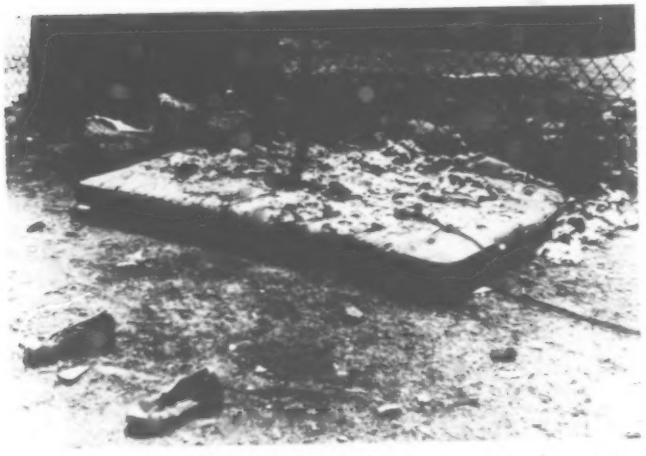
Al soltarlo, Omar oyó la madera de la guitarra crujir levemente y sintió pena.

"Tienes razón compa", dijo para sí mismo, "es cuestión de saberla hacer".

285

Resurrección sin vida

*José Revueltas**



Había un montón de cosas; la guerra también. Una cosa y la otra, ésta y aquélla, inexplicables -ajenas a él mismo hasta la irrealidad-, inalcanzables, invadiéndolo, zarandeándolo, no obstante sin alterar su lejanía, sin consumir de ningún modo esa distancia terca que lo separaba, esa muerte suya concreta: tan autoconcreta, si pudiera decirse.

Cosas y más cosas y la guerra, como para despertar, como para conmoverse, como para poner un poco de atención. (Sin embargo -por fuera-, era imposible -y pensaba en cómo lo mirarían los demás- no verlo innodado en las formas más vitales de la existencia, conscientemente metido en ellas y -para los muy próximos- hasta con apasionamiento). La guerra, la guerra, ¡demonios!, una guerra verdadera, palpable. Comía diariamente pequeños trozos de carne sobresaturados de manteca hasta producir náuseas, sin que le costara un centavo (asunto de Raquel, la mesera amiga suya, que a otras horas funcionaba como prostituta), en el barrio chino que en la ciudad conocían como La Chinesca. Una torturante aglomeración vertical de casuchas de madera podrida, escalonadas sobre la loma de piedra sucia, con sus horribles techos iguales a la gorra grasienta y desfigurada de un mendigo, que parecían

* José Revueltas (Durango, Durango, 1914 – México, D.F. 1976). Novelista y luchador social. Es autor de *Los días terrenales. Los motivos de Caín. Los muros de agua* y *El luto humano.*

no ser sino una réplica de los mismos hacinamientos, a orillas del Yang Tse Kiang, que se ven en las revistas ilustradas. Cosas como ésta: el Tratado de Préstamos y Arrendamientos, toda clase de armas de material bélico de los Estados Unidos para aprovisionar a Inglaterra que hasta ese momento luchaba sola. Desde el mirador de tablas y vigas del restaurante Li-Po se veía el carrusel de dinosaurios verde-olivo, disecados e inocentes sobre su plataforma de museo rodante. Cada cinco minutos los largos convoyes, lentos, pesados, inexorables, trazaban una ceja dentro del territorio mexicano fronterizo para adentrarse de nuevo en el país del Norte e ir a depositar su carga de tanques y cañones en algún puerto del Atlántico. -¿No serán los mismos, que nomás estén dando vuelta y vuelta? -decía Raquel. En ella la imagen del carrusel operaba en una forma más real y precisa. Una vuelta hemisférica desde las rectangulares fábricas de California hasta las blancas arenas de El Alamein y siempre, siempre los mismos tanques y cañones, la misma muerte, también algo como Raquel, una cosa como Raquel: lo amaba sin fijarse, sin darse cuenta, como cuando alguien -y esto era perfectamente posible, demostrable- ama alguna función fisiológica de su cuerpo hacia la que, en virtud de razones muy particulares, guarda un tierno agradecimiento. (Fenómeno, pensaba él, que se produce de modo especial entre los enfermos, quienes al padecer obstáculos en la práctica de la función fisiológica de que se trate, pero que, de cuando en cuando realizan sin tropiezos, inadvertidamente se enamoran de ella, pues aquellos momentos en que el asunto va marchando bien terminan por convertirse, así, en una entrega total, sin reservas, y en una amorosamente única e inalienable posesión). Él se dejaba amar como un muerto, como se ama a los muertos; una lápida donde estaba inscrito su nombre, desnudo del ser: *Antelmo Suárez,* dentro de cuyo cuerpo yacía como en el interior profundo de un féretro. El amor de Raquel que le enseñaba sobre sí mismo mucho más que cuanto él pudiera haber reflexionado hasta la fecha respecto a su propia persona: en verdad estaba muerto, esto era lo que ocurría. No se puede morir en vida sin resucitar, pero él había resucitado hacia la muerte, hacia la nada, aunque esta nada suya estuviese llena, como estaba, de

elementos, de materias, de actitudes, de palabras, de intenciones. Le importaba muy poco estar ahora en Mexicali -como encontrarse en cualquier otro infierno indiferente-, a donde había venido ya resurrecto en su nada, tan importante en todos sus sentidos para él. Las ruedas del convoy de Préstamos y Arrendamientos le habían pasado, aquí en Mexicali, encima de la cabeza, destrozándosela, tal era la cosa cierta y no en forma imaginaria, sino real y verdadera. Antelmo había puesto la nuca sobre uno de los rieles de las cuatro vías que se entrecruzan frente a la estación del ferrocarril y aún pudo distinguir las luces de La Chinesca segundos antes de que las ruedas del convoy le triturasen el rostro, la frente, el cráneo. A la sazón Raquel debió haberse encontrado en el sórdido mirador del restaurante Li-Po, sin que pudiera adivinar, intuir el suceso y sin estremecerse de dolor. Ya tendría más tarde a Antelmo -como así fue- junto a sus hombros desnudos, tendidos los dos en el mismo lecho y bajo la misma sábana, sin advertir que él estaba muerto y con la cabeza hecha pedazos. La Posada Internacional, donde Antelmo vivía con ella, era el cuartel de todas las prostitutas de Mexicali. Cuando Raquel llegaba "ocupada" (como un taxi o el gabinete del W.C., pensaba Antelmo), él descendía dócilmente de la única cama, hasta que Raquel y el cliente concluían su asunto de la mejor manera. A través de la bruma alcohólica escuchaba el ruido de la copulación, rítmico, sapiente, tangible. Un montón de cosas, un endemoniado montón. La disciplina ciega, esa obediencia abstracta, la abdicación absoluta de un destino que no fuera el predeterminado para ser vivido por él, con cada minuto visto y oído previamente. Obedecía, pues. No le molestaba; nunca le molestó. Era un dato más de su muerte: los muertos obedecen, no hacen ninguna otra cosa más que obedecer. A veces se repetía por dentro a Hölderlin, unido al estrujante recuerdo de Alejandra.

Silencioso lugar verdeante de hierba joven,
donde yacen hombre y mujer y se yerguen las cruces,
donde van acompañados los amigos,
donde fulguran en claro vidrio las ventanas...

Un amor despiadadamente roto es igual que el suicidio y se puede ya no volver a vivir jamás, como le había ocurrido a él: muertos los dos, Alejandra y él, yacentes en el "silencioso lugar verdeante de hierba joven", en aquel cementerio frente al mar, salpicado por las olas altas, en el malecón de La Habana. Habían decidido escapar, no importaba al país que fuese. Pero dudaron (ella) de que Antelmo pudiera tener la capacidad de vivir libre. Tenía razón. "Rezaban" a Hölderlin -no era leerlo- como oraciones lúgubres y estremecedoras, sobrecogidas ante las tempestades de la bahía.

Pero no es
tiempo. Aun están ellos
desencadenados. No atañe lo divino a
quienes no lo son.

A la orilla del malecón de anchas piedras, azotados por las ráfagas de viento y lluvia, erguidos como dos cruces sobre sus propios cadáveres. Nada más bello que aquellas tempestades. Era *La Ilíada* -una guerra de titanes, pura, de donde estaban excluidos los hombres y en la que sólo los dioses tenían acceso a la batalla. Dioses ebrios y roncos que combatían como ciegos parsimoniosos, unánimes y solemnes, maldiciéndose con gravedad, con acompasada resonancia, dignos y majestuosos, sin odio, pues no se les permitía la grandeza de la lucha, revestidos como se encontraban por las colosales armaduras con que se cubrían y desde donde eran más terribles y bellos. Hermosos dioses borrachos y severos dentro de su olímpica ebriedad, que descargaban el peso gris y furioso de sus espadas ciclónicas sobre el mar, como si castigaran a una bestia tremenda de la cual fuesen dueños y esclavos, pero también con una ira temblorosa y delicada, amorosos y acariciantes, cada vez más inmortales, sin conceder un segundo de tregua a su divinidad.

Una tarde así, de agosto, decidieron escapar. Como de costumbre, aguardaban en el malecón el desencadenamiento de la tormenta, que ya venía por el sur con sus gruesas nubes negras. -Ahí vienen nuestros

dioses -decía Alejandra. Se dejaban entonces empapar por el aguacero, latiguear por el viento. Todas las tardes de ese breve agosto, durante el tiempo que estuvieron juntos en La Habana mientras trabajaban en la misma tarea. Habían hablado bajo la lluvia, entrándoles el agua por los labios, bebiéndose las nubes, a gritos, los cabellos de Alejandra como cortinas de tinta untados a su frente y a sus mejillas, pero ahora no reían ni se besaban. "Cualquier país del mundo, no importa. Con otros nombres, otros pasaportes. Ingresaremos en el Partido Comunista del país que sea y ahí lucharemos libremente, en libertad y no como en la espantosa cárcel donde vivimos". Espantosa cárcel, repetía ella con los ojos inmensamente abiertos de terror, igual a un cartujo que hubiese roto la penitencia del mutismo. Para Antelmo no era problema alguno los pasaportes. Con un bueno e inteligente pretexto se los proporcionaría el propio "aparato": Antelmo tenía la necesaria autoridad para ello. En lenguaje conspirativo se le llamaba así, el aparato, la organización encargada de las tareas clandestinas al margen de la policía militante y cuyo funcionamiento y actividades, en escala internacional, no eran conocidos ni controlados por ningún partido comunista. "Pero no es tiempo. Aún ellos están desencadenados. No atañe lo adivino a quienes no lo son ". Mas hoy lo recitaba con una indecible amargura irónica, además sin Alejandra. No le repugnaba la obediencia, la disciplina ciega. "Los muertos obedecen", se dijo de nuevo.

En Mexicali, ahora, desempeñaba el papel de un escritor borracho y fracasado, un hombre a la deriva que vivía entre las prostitutas y en las cantinas. Empero, desde lo más alto y desconocido del aparato sobrevino un súbito cambio de política: había que abandonar el descarrilamiento de los convoyes militares norteamericanos. En realidad, Antelmo no pudo organizar sino uno, sólo hasta un poco antes de llegar la orden de suspensión. Bien poca cosa y sin consecuencias desagradables para Antelmo, pues el Servicio de Inteligencia Militar norteamericano guardó el secreto en espera de un nuevo acto que lo pusiera sobre la pista de los saboteadores. El repentino cambio de política desde las cumbres del aparato le hizo pensar a Antelmo que sin duda la Unión Soviética no tardaría en alinearse con los aliados en la lucha contra Hitler. Era una vida

sórdida y miserable la que arrastraba en Mexicali, atenido a la precaria ayuda de Raquel, quien, por supuesto, desconocía sus actividades verdaderas y, por otra parte, tampoco se molestaba porque Antelmo se emborrachara todos los días. Tenía por ella un afecto compasivo y lleno de curiosidad intelectual. ¿Por qué lo amaba? ¿Por qué -tan a su modo- era en tal forma buena y pura? Por las mañanas, antes del mediodía, siempre sacaba del cajón de un ropero la pequeña botella de aguardiente, de la que vertía unos tragos en una taza de té, para que Antelmo se repusiera de los excesos alcohólicos del día anterior. Luego lo ayudaba a bañarse, sentado en un banco de hierro, bajo la regadera. Antelmo sufría de un modo horrible cuando decidía no probar una gota de alcohol para cobrar la lucidez y el estado de ánimo que le permitiera escribir unas cuantas cartas o leer algunos libros. Entonces se pasaba el día entero quieto sobre una silla, envuelto en una mugrosa bata y sumido en la más absurda y trágica melancolía. Era cuando pensaba más y más en Alejandra, pero como en una sombra, sin precisarla, con una indiferencia alucinante y monstruosa, igual que si estuviera en agonía. Por las noches, en cambio, esto se convertía en una tortura infernal. Había muchas cosas. Ese rostro de Alejandra, primero tan dulce y confiado, tan libre, con una expresión llena de agradecimiento, y enseguida un rostro inhumano a causa de la sorpresa, la incredulidad y el desamparo, cuando Antelmo le echó el automóvil encima, para después pasar sobre su cuerpo con el movimiento disparejo de las llantas, a orillas de aquel parquecito, en el malecón de La Habana, aquel "silencioso lugar verdeante de hierba joven", desde donde entonces yacían los dos, muertos para siempre.

En el restaurante Li-Po, Raquel fingía sustraer a escondidas la carne de cerdo con arroz, pero después pagaba de su propia bolsa este diario alimento de Antelmo, de su hombre. No representaba para ella ni siquiera un animal sexual. Lo amaba como a un ser desaparecido muchos siglos atrás, algún faraón egipcio en cuya tumba había que depositar diariamente la ofrenda de los alimentos para ayudarlo a subsistir durante su inacabable tránsito a lo largo del reino de la muerte. El delegado del aparato planteó el problema en toda su bestial y sencilla desnudez. - Alejandra y tú tratan de desertar. Lo hemos sabido. Pero ella no se

marcha sin antes hacernos daño: ha entregado información al enemigo a cambio de cierta cantidad. Tú tienes hoy una cita con Alejandra, a las cuatro de la tarde, en la acera del monumento *At Maine.* Las instrucciones son que la liquides. Inmediatamente después de eso saldrás del país con destino al norte de México. ¿Entendido? -La espantosa cárcel de la obediencia, una obediencia tan atroz que hasta se vuelve libertad. "No atañe lo divino a quienes no lo sean".

Cada cinco minutos pasaba un convoy militar norteamericano por enfrente de la estación de Mexicali. Antelmo reclinó la nuca sobre uno de los rieles, el cuerpo vuelto hacia el talud, como si reposara acostado boca arriba. Era de noche. No quiso cerrar los ojos y todavía pudo contemplar, a cierta distancia, las luces de La Chinesca, en cuyo restaurante Li-Po estaría Raquel trabajando, ajena al suicidio de su querido. Antelmo sintió el ruido de la locomotora al aproximarse, pero al mismo tiempo, y junto al estruendo, alguien tiró violentamente de sus pies hasta quitarlo de la vía. Era Raquel. Otra vez, como cuando lo de Alejandra, Antelmo resucitaba no a la vida sino a la muerte. Tendido en la cama, junto a Raquel, en su cuarto común de la Posada Internacional, Antelmo se volvió hacia la mujer y hundió con voracidad sus labios en ella. Aunque estaba muerto, esta noche la poseería profundamente, en una acción de gracias sin par.

Corrido de Don Pacheco Ventura
(Mixteco)

*José Juan Reyes**

Voy a cantarles la historia,
la tragedia ha sucedido:
un hombre ha fallecido,
fue un amigo de los Pérez.
Lauro, nombre de pila,
y su apellido Pacheco,
un albañil de los buenos,
aquí lo tengo presente.
Muy triste fue su destino,
Lauro fue atropellado
en un terrible accidente
en el rancho de Los Pinos.
Pacheco fue oaxaqueño,
plantó muchas construcciones,
trabajador en el campo,
siempre ese fue su empeño.
Lauro nació en Oaxaca,
de una colonia cercana,
y de donde perdiera su vida,
en la Baja California.
Muchacho canta el corrido
de Don Pacheco Ventura.
¿Dónde sus restos descansan?
en el rancho de Las Pulgas.

* José Juan Reyes (Oaxaca, 1948). Cantor popular mixteco, cuyas composiciones han dado voz a los mixtecos en Baja California

Lauro dejó familia
y al cielo pide clemencia,
Dios le conceda el milagro
allá en el Infinito Cielo.
Muchacho, canta el corrido
de Don Pacheco Ventura.
¿Dónde sus restos descansan?
en el rancho de Las Pulgas.
Vuela palomito blanco
y cántale a todo el pueblo:
Dios se ha llevado a Pacheco,
allá, a su reino eterno.

El abrazo

*Alfonso René Gutiérrez**

"y decimos, porque la realidad es mayor, cosas indiferentes"
J.L. Borges

Nos congregaste anoche para despedirte.
Las mujeres y los hombres de edad sentados adentro
los amigos platicaban o callaban sobre la acera fría.
Sucedió todo tan rápido, decían,
aún diste unos pasos con el corazón partido.
Tu padre agradecería haber podido verte una última vez.

Cuando entré en la capilla rogaban por tu alma:
"Madre de misericordia
Estrella de la mañana
Refugio de los pecadores
Puerta del Cielo..."
Yacías en un féretro azul pálido y blanco
bajo un cuadro en que el Padre recibía a Jesucristo en su resurrección
(En tu mejor edad, la muerte realzaba
la belleza de los ojos sellados bajo el tul).
Un ramo de nardos dulcificaba el aire, e inútilmente
en el techo había brillos como estrellas lejanísimas.
¿Qué era lo que entonces veías
que ya no podías decírnoslo?
Pláticas insumisas a la quietud de tus facciones
cuerpos que cruzaban el pasillo, reflejados
en el cristal de la Resurrección.

* Alfonso René Gutiérrez (Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1952). Poeta y ensayista. Fue director de la revista *Hojas* de 1980 a 1988.

Hoy bajaste a la tierra.
Hemos rezado por que llegues a una vida mejor.
Por única vez te abrazo con estas oscuras violetas,
lejanas e inútiles, con rocío de lágrimas.

307

Ceremonial

*Gabriel Trujillo Muñoz**

Uno va guardando los objetos que mejor te definen: los anteojos que descansan en la mesa de noche, el libro que dejaste en la página doscientos, el diente de oro preservado en un vaso de agua, la credencial que atestigua tus años de vida, tus ojos verdeazules, tu gesto de hombre incoercible. Uno va recogiendo las huellas que en la casa dejó tu compañía: el espejo que te devolvió tantas veces tu rostro, el crucifijo que atendió tus oraciones, la sudorosa, última camisa. Uno va reconstruyendo tus palabras, el ademán cotidiano con que dabas los buenos días, la displicente actitud de tus rutinas, el mundo imprescindible de tu infancia. Pero nada de esto sirve, nada substituye tu presencia, nada toma tu lugar entre nosotros. Con cada objeto que guardamos, con cada huella recuperada, con cada imagen reconstruida, sólo convocamos un fantasma, únicamente nos asimos de tus reliquias, como quien se empeña en obtener los restos de un naufragio y lucha ciegamente por preservarlos, por darles su valor, por mantenerlos consigo.

Uno sólo recupera -en esta inútil, torpe ceremonia- lo que nunca ha perdido.

* Gabriel Trujillo Muñoz (Mexicali, B.C. 1958). Poeta y ensayista. Es autor de *Mandrágora* (1989), *Mexicali: crónicas de infancia* (1990) y *Alabanzas y Vituperios* (1990).

Sacrificio

*Ivonne Arballo**

Entre las gradas derruidas de un templo
sepultado por el tiempo y la memoria
florecen siemprevivas y amapolas rojas

Cierro los ojos
y siento en la espalda la piedra fría
escucho impasible, el lamento del caracol marino
y la risa hueca del cascabel

Ante mi pecho desnudo
erguida la obsidiana
entre el cielo y la tierra
entre la vida y la muerte
cae el relámpago

Llueve...

Lejos, en el monte grita la codorniz
llevándose en el eco mi último aliento

Vida, instante consciente
Muerte, sombra atada a los pies
Nacimos juntas, partiremos juntas.

* Ivonne Arballo (Mexicali, B.C. 1956). Poeta y crítico de arte. Artículos suyos aparecen en periódicos y revistas de la entidad.

Post mortem

*Juana Ríos Aizú**

¿Qué quedará del polvo y del olvido?
¿Qué nacerá de esta ceniza muerta?
¿Qué flor deshojará a la mano, yerta
ahora al fin del término cumplido?

¿Qué dirá el epitafio, resumido
blasón de la virtud en la cubierta
de la casa final, última puerta
al mundo, mundo al que he pertenecido?

¿Habré dejado un solo buen recuerdo?
¿Alguna sola afinidad dolida?
¿Algún vínculo roto? ¿Alguna herida?

En medio de estas cuatro soledades
está la eternidad. Nada termina.
Nacer, vivir, morir, una rutina.

*Juana Ríos Aizú (Mexicali, B.C. 1956). Poeta. Ha publicado *Sonetos*.*Poemas* (1988).

Bibliografía

I. Historia y testimonios

Bassols Batalla, Angel, *Recursos naturales de México. Teoría, conocimiento y uso*, Editorial Nuestro Tiempo, 1985.

Burrus, Ernest y Félix Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1767*, UNAM, 1986.

Bustamante, Jorge A., *Historia de la colonia Libertad*, cuadernos COLEF, 1990.

Clavijero, Francisco Xavier, *Historia de la Antigua o Baja California*, colección "Sepan cuántos. . ." No. 143, Editorial Porrúa, 1975.

Cummings Kennedy, Laura, *Don Zeferino. Villista, bracero y repatriado*, colección "Historia para todos" #4, UABC, 1981.

Espinoza Valle, Víctor Alejandro y Bárbara Driscoll, "En la frontera: impresiones de los años treinta", *Esquina baja* #4, marzo-abril 1988.

García Oropeza, Guillermo, *Viaje mexicano*, SEP-FCE, 1983.

Garibay, Ricardo, *De lujo y hambre*, Editorial Nueva Imagen, 1981.

Gómez Cañedo, Lino, *De México a la Alta California*, colección "México heroico", Editorial Jus, 1969.

Jordán, Fernando, *El otro México. Biografía de una península*, 2a. edición, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1980.

Kaplan, Samuel, *Combatimos la tiranía. Conversaciones con Enrique Flores Magón*, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1958.

León-Portilla, Miguel. "El primer testimonio sobre el valle de Mexicali, la crónica de Pedro de Castañeda escrita hacia 1560", *Calafia* vol. II, no. 3, UABC, diciembre 1973.

Martín del Campo, David, *Los mares de México. Crónicas de la tercera frontera*, UAM-Era, 1987.

Mathes, W. Michael, *Cortés en California 1535*, UABC, 1978.

Revueltas, José, *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, obras completas #24, Editorial Era, 1983.

Rojo, Manuel Clemente, *Apuntes históricos de la Baja California*, Fuentes documentales para la historia de Baja California, no. 5, UABC, diciembre 1987.

Valadés, Adrián, *Historia de la Baja California 1850-1880*, UNAM, 1974.

Varios autores, "La Colorado River Land Company. La finca algodonera más grande del mundo", *El Mezquite* #12, INEA, enero-junio 1988.

Varios autores, *Testimonios sobre la invasión norteamericana a Baja California 1846-1848*,Ffuentes documentales para la historia de Baja California, no. 1, UABC, junio 1984.

II. Paisajes naturales

Arellano, Eduardo, "Pleno desierto", *Hojas* no. 11, UABC, 1988.

Cross, Elsa, "La Rumorosa", *Vuelta* No.141, agosto 1988.
De Anda Jacobsen, Miguel, *Trípticos de la Baja California* SEP-PCF, 1988.
Garduño, Everardo, "Un sitio calendárico k'miai", *Travesía* no. 6, UABC, 1987.
Jordán, Fernando, *El otro México. Biografía de una península*, 2a. edición, Gobierno del estado de Baja California Sur, 1980.
Rangel Plascencia, Carlos, "Caminata por las Californias. Una nueva frontera", *México desconocido* no. 161, julio 1990.
Sada, Daniel, "Claridad reminiscente", *Identidad*, suplemento cultural de *El Mexicano*, 1987.
Tibón, Gutierre, *Aventuras en México*, Editorial Diana, 1983.
Trujillo, Héctor Benjamin, *En lo gris del mundo*, UABC, 1969.
Vasconcelos, José, "Visiones californianas", *Identidad*, suplemento cultural de *El Mexicano*, 1989.

III. Cuentos y leyendas

Alvarez de Williams, Anita, *Primeros pobladores de la Baja California. Introducción a la antropología de la península*, Talleres Gráficos del Estado, 1975.
Anónimo, "Corrido de Joaquín Murrieta", en: *Testimonios del viento*, Juan Diego Razo Ozuna, compilador, Premiá Editora, 1989.
Barrios de los Ríos, José María, *El país de las perlas y cuentos californios*, edición facsimilar de la edición primera de 1908, ICBC, 1989.
Castillo Udiarte, Roberto, "Xicalli y otros textos", *Trazadura* no. 2, Revista de Arte y Cultura del XIII Ayuntamiento de Mexicali, mayo-agosto 1990.
Díaz Castro, Olga Vicenta (Sor Abeja), *Narraciones y leyendas de Tijuana*, edición de autor, 1973.
Di Bella Martínez, José Manuel, "Ave negra", *Novedades de Baja California*, 24 junio-1990.
Estrada Barrera, Enrique, *Maj Cuar Cuar (Vamos a platicar)*, Editorial América Latina, 1972.
León Sánchez, José, *Campanas para llamar al viento*, Editorial Grijalbo, 1989.
London, Jack, "El Mexicano", en: *Bajando la frontera*, Paco Ignacio Taibo II, compilador, Leega Jucár, 1985.
Meigs, Peveril, *The kiliwa indians of Lower California*, University of California Press, 1939.
Mixco, Mauricio, "Las hijas del tecolote", en: *De tierras muy lejanas. La cultura indígena en Baja California*, Yolanda Sánchez Ogás y Gabriel Trujillo Muñoz, compiladores, SEP, 1987.
Peñalosa Beltrán, Victor Manuel, "Cuchumá (leyenda de Tecate)", en: *Y todos tiramos piedras. Antología literaria de Tecate, Baja California*, José Manuel Valenzuela, Victor A. Espinosa Valle y Roberto Castillo, compiladores, Editorial Cuchumá, 1987.
Ulloa, Pedro N., "Cipriana", *El Progresista* no. 12, periódico semanario de Ensenada, 5-julio-1903.

IV. Paisajes urbanos

Bernal, Francisco y Facundo Bernal, *Itinerario poético*, edición de autor, 1990.
Garibay, Ricardo, *De lujo y hambre*, Editorial Nueva Imagen, 1981.
Ginsberg, Allen, "Vuelta a los Estados Unidos", en: *Mexicali: escenarios y personajes*, Gabriel Trujillo Muñoz y Edgar Gómez Castellanos, compiladores, UABC, 1987.
Kerouac, Jack, "Mexicali saturday live", en: *Mexicali: escenarios y personajes*, Gabriel Trujillo Muñoz y Edgar Gómez Castellanos, compiladores, UABC, 1987.
Morales, Francisco, *La ciudad que recorro*, Editorial Panfleto y Pantomima, 1987.
Pérez y Ramírez, Pedro F., *Canto infinito*, URBI Editores, 1985.
Vargas Leyva, María Ruth, *Celeste y ocho poemas*, SEP-ITT, 1987.
Villarreal, José Javier, *Poemas bajacalifornianos*, Editorial Oasis, 1984.

V. Tradiciones y costumbres

Campbell, Federico, *Tijuanenses*, Editorial Joaquín Mortiz, 1989.
Conde, Rosina, *El agente secreto*, UABC, 1990.
Di Bella Martínez, Tomás, "Cinema rural", *Hojas* No. 6, UABC, 1984.
Iglesias, Norma, *La flor más bella de la maquiladora*, SEP-Cultura-CEFNOMEX, 1985.
Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, Editorial Joaquín Mortiz, 1965.
Rivemar, Guadalupe, "El New Yorker", en: *Memoria del primer encuentro de escritores de las Californias*, José Manuel Di Bella, Sergio Gómez Montero y Harry Polkinhorn, editores, Dirección de Asuntos Culturales-Institute for Regional studies of the Californias, San Diego State University, 1987.
Rommel Alfonzo, Sergio, "El vecindario", en: *Parvada. Antología de poetas jóvenes de Baja California*, Gabriel Trujillo Muñoz, antologador, UABC, 1985.
Rubio, Eduardo, "El mismo Mexicali, la misma gente", en: *Mexicali: escenarios y personajes* , Gabriel Trujillo Muñoz y Edgar Gómez Castellanos, compiladores, UABC, 1987.
Saravia Quiroz, Leobardo, "Halloween en la calle mayor", *Arquetipo* no. 10, CETYS-Tijuana, enero-marzo 1987.
Soto Ferrel, Victor, "Canción del emigrante", en: *Parvada. Antología de poetas jóvenes de Baja California*, Gabriel Trujillo Muñoz, antologador, UABC, 1985.
Valenzuela, José Manuel, *A la brava ése. Cholos, punks, chavos banda*, COLEF, 1988.

VI. De amor y muerte

Arballo, Ivonne, "El sacrificio", *Hojas* no. 7, UABC, 1984.
Crosthwaite, Luis Humberto, *Marcela y el rey al fin juntos*, Joan Boldó i Climent Editores-UAZ, 1988.
Escalante, Evodio, *Todo signo es contrario*, UAP, 1988.
García, Katery Mónica, "Nombre del día: ocurren cosas. Tú te llamas 8 de noviembre de 1982 y qué si tú no sabes nada", *Melquiades* no. IV, University of California, Irvine, 1987.

Gómez Castellanos, Edgar, *A un recuerdo de distancia*, SEBS-DAC-INBA, 1987.
Gutiérrez, Alfonso René, "El abrazo", *Hojas* no. 7, UABC, 1987.
Herrera, Juan Felipe, *Akrilika*, Alcatraz Editions, EE.UU., 1989.
López Hidalgo, Jorge Raúl, *El fuego es humo que se traga*, ICBC, 1989.
Revueltas, José, *Antología personal*, FCE, 1975.
Reyes, José Juan, "Corrido de don Pacheco Ventura",en: *Mixtecos en Baja California. El caso de San Quintín*, Everardo Garduño, Efraín García y Patricia Morán, coautores, UABC, 1990.
Ríos Aizú, Juana, *Sonetos. Poemas*, Ediciones Cachanilla, 1988.
Santana, Vianka R., "Estela sueña", *Baja California*, 23-mayo-1990.
Trujillo Muñoz, Gabriel, *Atisbos* (inédito).
Velázquez Oliver, María Isabel, "¿Cómo será tu piel de madrugada?", *Trazadura* no. 1, Revista de Arte y Cultura del XIII Ayuntamiento de Mexicali, enero-abril 1990.

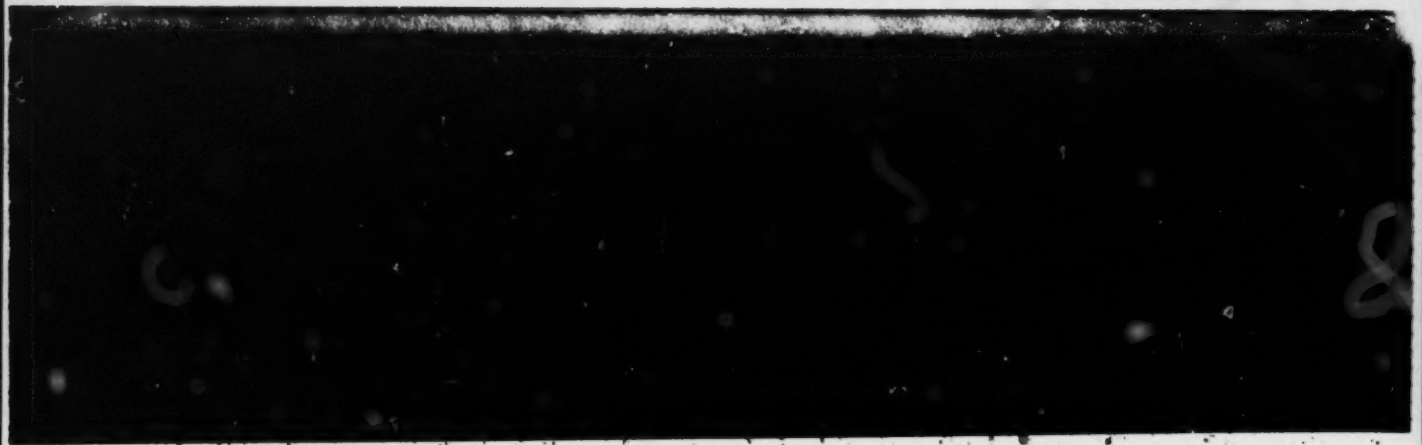
Agradecimientos a:

Instituto de Investigaciones Históricas UNAM-UABC
Universidad Autónoma de Baja California, Museo Regional
Ruth Hernández
Ivonne Arballo
Roberto Córdova

Indice de Ilustradores

Manuel Aguilar: 21, 162.
Esther Aldaco: 105, 107, 125, 135.
Alfonso Cardona: 305.
Roberto Córdova: 25, 28, 68, 83, 153, 166, 188, 216, 292, 308.
Carlos Coronado Ortega: 17, 19, 77.
Francisco Chávez Corrugedo: 139, 146.
José Antonio Evalles: 159, 180.
Silvia Galindo Betancourt: 225, 241.
José García Arroyo: 127, 144, 255, 309.
Rubén García Benavides: 31, 50.
Fernando García Rivas: 230.
Benito Gaytán: 141.
Ignacio Hábrika: 199.
Ruth Hernández: 43, 63, 117, 121, 172, 240, 267, 269, 297.
Alfonso Lorenzana: 282, 293.
Cátaro Núñez: 98, 110.
Mario Porras: 130, 272, 279.
Mati Ransenberg: 185, 235, 247.
Manuel Rodríguez Varrona: 34.
Jorge Román: 86, 90, 211, 223, 228, 242, 252.
Salvador Romero: 239.
Ramón Tamayo: 137.
Vladimir Téllez: 102, 189, 260.
Mario Urrea: 164.
Archivo Histórico del INEA: 53, 56.

La primera edición de *Lecturas de Baja California* se terminó de imprimir en octubre de 1990 en los talleres gráficos de Lito Impremex, Mexicali, Baja California, México. El tiraje consta de 3,000 ejemplares más sobrantes para reposición.



sep

BEST COPY AVAILABLE